CUIDADO CON LO QUE DESEAS

CARAVAL

STEPHANIE GARBER

Recuerda, solo es un juego…

Scarlett Dragna sueña con asistir a la celebración anual de Caraval, unos legendarios juegos que duran una semana y en los que la audiencia participa para ganar el Gran Premio. Caraval es magia, misterio y aventura. Y para Scarlett y su hermana representa la libertad y poder de huir de su estricto y cruel padre.

Ahora Scar está a punto de casarse con un hombre al que nunca ha visto y cree que su sueño nunca se cumplirá. Justo dos semanas antes de la boda, recibe la ansiada invitación a los juegos. Sin embargo, ahí nada sale como se espera: Legend, el Maestro de Caraval, secuestra a su hermana y Scar se verá obligada a entrar en un peligroso juego de amor, sueños, medias verdades y magia en el que nada es lo que parece. Real o no, solo tendrá cinco noches para descifrar las pistas que conducen hacia su hermana, o esta desaparecerá para siempre.

Stephanie Garber

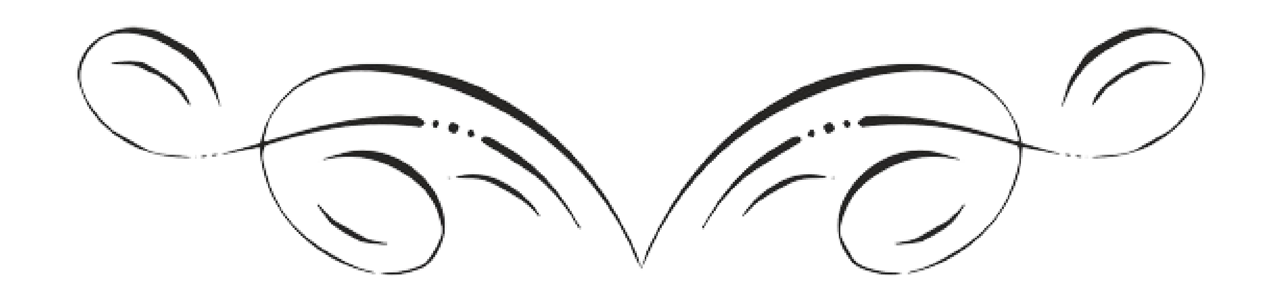
Caraval

ePub r1.0
NoTanMalo 29.6.17

Título original: *Hearts made of black*
Stephanie Garber, 2017
Traducción: Julio Hermoso

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2

Para mi madre y mi padre,
por enseñarme lo que significa el amor incondicional.



LA ISLA
DE
TRISDA





Tardó siete años en acertar con la carta.



Año 50, dinastía elantina

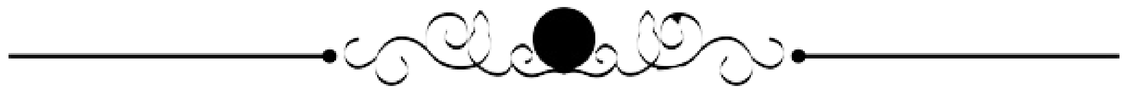
Estimado señor maestro de Caraval:

Me llamo Scarlett, pero le escribo esta carta en nombre de mi hermana Donatella.

Pronto será su cumpleaños, y le gustaría muchísimo verle a usted y a sus increíbles intérpretes de Caraval. Su cumpleaños es el trigésimo séptimo día de la estación de cultivo y, si viniera usted, sería la más maravillosa de las celebraciones.

Esperanzada en extremo,
Scarlett, de la Isla Conquistada de Trisda



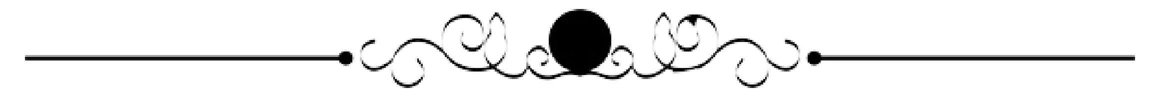


Año 51, dinastía elantina

Estimado señor maestro de Caraval:

Soy Scarlett de nuevo. ¿Recibió mi última carta? Este año mi hermana dice que es demasiado mayor para celebrar los cumpleaños, pero yo creo que solo está contrariada porque no vino usted a Trisda. En esta estación de cultivo ella tendrá diez años, y yo tendré once. Mi hermana no lo admitirá, pero aún le encantaría verle a usted y a sus extraordinarios intérpretes de Caraval.

Esperanzada en extremo,
Scarlett, de la Isla Conquistada de Trisda



Año 52, dinastía elantina

Estimado señor Legend, maestro de Caraval:

Siento mucho haber escrito mal su nombre en las otras cartas. Espero que no fuera ese el motivo de que no viniera a Trisda. El cumpleaños de mi hermana pequeña no era la única razón por la que quería que trajese usted aquí a sus increíbles intérpretes de Caraval, a mí también me encantaría verlos.

Siento la brevedad de esta carta, pero mi padre se enfadaría si me sorprendiese escribiéndole a usted.

Esperanzada en extremo,
Scarlett, de la Isla Conquistada de Trisda





Año 52, dinastía elantina

Estimado señor Legend, maestro de Caraval:

Acabo de recibir la noticia, y quería enviarle mis condolencias. A pesar de que aún no haya venido a Trisda ni respondido a ninguna de mis cartas, sé que usted no es un asesino. He lamentado mucho enterarme de que no viajará durante una temporada.

Con mis mejores deseos,
Scarlett, de la Isla Conquistada de Trisda



Año 55, dinastía elantina

Estimado maestro Legend:

¿Me recuerda? Soy Scarlett, de la Isla Conquistada de Trisda. Ya sé que han pasado unos años desde la última vez que le escribí. Me he enterado de que ha vuelto a actuar con sus intérpretes. Mi hermana me contó que jamás visita usted dos veces el mismo lugar, pero las cosas han cambiado mucho desde que pasó por aquí hace cincuenta años, y sinceramente no creo que nadie desee más que yo ver una de sus actuaciones.

Esperanzada en extremo,
Scarlett





Año 56, dinastía elantina

Estimado maestro Legend:

He oído que el año pasado fue usted a la capital del Imperio del Sur y cambió el color del cielo. ¿Es eso cierto? A decir verdad, traté de acudir con mi hermana, pero se supone que no hemos de salir de Trisda. A veces creo que jamás viajaré más allá de las Islas Conquistadas, y supongo que tal es el motivo de mis tremendas ganas de que venga usted aquí con sus intérpretes. Tal vez sea inútil pedírselo de nuevo, aunque espero que valore la posibilidad de visitarnos.

Esperanzada en extremo,
Scarlett, de la Isla Conquistada de Trisda





Año 57, dinastía elantina

Estimado maestro Legend:

Esta será mi última carta. Pronto me casaré, así que lo más probable es que sea mejor que no venga este año a Trisda con sus intérpretes.

Scarlett Dragna





Año 57, dinastía elantina

Estimada Scarlett Dragna,
de la Isla Conquistada de Trisda:

Mi enhorabuena por sus inminentes esponsales. Lamento no poder llevar a mis intérpretes a Trisda, este año no viajaremos. Solo es posible asistir a nuestra próxima interpretación por medio de invitaciones, pero estaré encantado de conocerlos a usted y a su prometido siempre que hallen la manera de salir de su isla y unirse a nosotros.

Le ruego que acepte el adjunto a modo de obsequio.

Del puño y letra del maestro
Legend de Caraval





Las sensaciones de Scarlett surgían en colores aún más vivos de lo normal. El apremiante rojo de los rescoldos incandescentes. El pujante verde de los brotes nuevos en la hierba. El desenfreno del amarillo del batir de las plumas de un ave.

Por fin había contestado.

Leyó la carta otra vez. Y otra. Y otra más. Sus ojos se detenían en cada trazo de tinta, en cada curva del emblema plateado del maestro de Caraval: un sol con una estrella en su interior, y una lágrima dentro de la estrella. El mismo sello impreso como una marca de agua en las páginas adjuntas.

No era una broma.

—¡Donatella!

Scarlett se lanzó escaleras abajo y entró en la bodega en busca de su hermana pequeña. Los familiares aromas a melaza y roble le ascendieron sinuosos por la nariz, pero la sinvergüenza de su hermana no aparecía por ninguna parte.

—Tella… ¿dónde estás? —Las lámparas de aceite proyectaban un brillo ámbar sobre las botellas de ron y varios barriles de madera recién rellenos. Conforme avanzaba, Scarlett oía un quejido, y captó fragmentos de una respiración costosa. Después de la última batalla con su padre, era probable que Tella hubiese bebido más de la cuenta y ahora estuviese roque en el suelo—. Dona…

Se atragantó con la segunda mitad del nombre de su hermana.

—Hola, Scar.

Tella ofreció a Scarlett toda una sonrisa empalagosa, dientes blancos y labios hinchados. Los rizos de su cabello rubio meloso eran un desastre, y el chal se le había caído al suelo, pero fue la imagen del joven marinero que envolvía la cintura de Tella con las manos lo que hizo tartamudear a Scarlett.

—¿He interrumpido algo?

—Nada que no podamos retomar —dijo el marinero con la cadencia del acento del Imperio del Sur, un sonido mucho más suave que el de las cortantes lenguas del Imperio Meridiano a las que Scarlett estaba acostumbrada.

Tella soltó una risita, pero al menos tuvo la cortesía de sonrojarse un poco.

—Scar, ya conoces a Julián, ¿no?

—Encantadísimo de verte, Scarlett —sonrió Julián, tan fresco y seductor como una franja de sombra en plena estación cálida.

Scarlett sabía que la respuesta de cortesía podría ser algo del estilo de «Yo también me alegro de verte», pero lo único que tenía ahora en la cabeza eran sus manos, aún enredadas en la falda azul lavanda de Tella, jugueteando con las borlas del polisón como si su hermana fuese un paquete que él se moría de ganas de abrir.

Julián apenas llevaba un mes en la isla de Trisda. Cuando desembarcó, con sus atractivos andares, alto y guapo, de piel morena, atrajo las miradas de prácticamente todas las mujeres. Incluso Scarlett volvió la cabeza un segundo, pero era lo bastante lista como para no demorarse en ello.

—Tella, ¿te importa si os separo un momento? —Scarlett se las arregló para hacer un educado gesto de asentimiento a Julián, pero en cuanto hubieron hecho las suficientes eses entre los barriles como para quedar fuera del alcance del oído del marinero, le preguntó a su hermana—: ¿Me puedes decir qué estás haciendo?

—Scar, vas a casarte; imaginaba que tendrías una cierta idea de lo que pasa entre un hombre y una mujer —contestó Tella dándole un golpe juguetón en el hombro.

—No estoy hablando de eso. Ya sabes lo que ocurrirá si padre te pilla.

—Y por eso no tengo intención de que me pillen.

—Habla en serio, por favor —dijo Scarlett.

—Hablo en serio. Si padre nos pilla, encontraré la manera de echarte a ti la culpa, sin más. —Tella le brindó una sonrisa cortante—. Pero no creo que hayas bajado hasta aquí para comentarme esto. —Sus ojos descendieron sobre la carta que Scarlett llevaba en las manos.

El brillo neblinoso de un farol destelló en los rebordes metalizados del papel, que refulgieron en oro, el color de la magia, de los deseos y de la promesa de cuanto está por venir. La dirección del sobre se iluminó con igual lustre.

Señorita Scarlett Dragna.
Casa del confesionario de los curas Trisda.
Islas Conquistadas del Imperio Meridiano.

Los ojos de Tella se agudizaron al captar la resplandeciente letra. A la hermana de Scarlett siempre le habían gustado las cosas bellas, como aquel joven que la esperaba detrás de los barriles. Con frecuencia, si Scarlett perdía una de sus pertenencias más bonitas, la podía encontrar bien guardada en el cuarto de su hermana pequeña.

Pero Tella no alargó la mano para coger la nota. Mantuvo ambas manos en los costados como si no quisiera saber nada de ella.

—¿Es otra carta del conde? —Soltó el título nobiliario como si aquel hombre fuese el diablo.

Scarlett se planteó si defender a su prometido, pero su hermana ya había

expresado con claridad lo que pensaba acerca de su compromiso matrimonial. Daba igual que las bodas concertadas se estilasen en todo el resto del Imperio Meridiano, o que el conde le hubiese estado enviando cumplidamente y durante meses las cartas más agradables; Tella se negaba a comprender cómo Scarlett era capaz de casarse con alguien a quien jamás había visto en persona. No obstante, casarse con un hombre al que no había visto nunca aterrorizaba a Scarlett mucho menos que la idea de quedarse en Trisda.

—A ver —insistió Tella—, ¿me vas a contar de qué se trata, entonces?

—No es del conde —dijo en voz contenida Scarlett, que no quería que el amigo marinero de su hermana la oyese—. Es del maestro de Caraval.

—¿Te ha contestado? —Tella le arrebató la nota—. ¡Madre del amor hermoso!

—¡Chiss! —Scarlett empujó a su hermana de espaldas contra los barriles—. Alguien podría oírte.

—¿Es que no voy a poder celebrarlo ahora? —Tella extrajo las tres hojas de papel ocultas en el interior de la invitación. La luz del farol brilló sobre las marcas de agua. Lucieron unos breves destellos dorados, como los rebordes de la carta, antes de adoptar un peligroso tono carmesí sanguinolento—. ¿Ves eso? —exclamó con voz ahogada cuando las volutas plateadas de unas letras se materializaron por toda la página y formaron palabras con una danza parsimoniosa: «Invitación individual: Donatella Dragna, de las Islas Conquistadas».

El nombre de Scarlett apareció en la otra.

La tercera solo contenía las palabras «Invitación individual». Al igual que las otras invitaciones, esta se encontraba impresa sobre el nombre de una isla de la que nunca había oído hablar: «Isla de los Sueños[1]».

Scarlett se imaginó que aquella invitación sin nombre iría dirigida a su prometido, y por un momento pensó en lo romántico que sería disfrutar de Caraval con él una vez que se hubieran casado.

—¡Eh, mira, hay más! —exclamó Tella con un gritito agudo cuando aparecieron varias líneas más en las entradas.

«De un solo uso, para poder entrar en Caraval.

»Las puertas principales se cierran a medianoche, en el decimotercer día de la estación de cultivo del año 57 de la dinastía elantina. Nadie que llegue más tarde podrá participar en el concurso ni ganar el premio de este año, un deseo».

—Eso es dentro de tres días —dijo Scarlett al tiempo que los vivos colores que había percibido antes se convertían en sus habituales tonos grises de la decepción.

No debería haber sido tan tonta como para pensar, siquiera por un instante, que aquello podría salir bien. Quizá si Caraval se celebrase dentro de tres meses, o incluso tres semanas…, en algún momento después de haberse casado. El padre de

Scarlett había sido hermético con la fecha exacta de la boda, pero ella sabía que no sería antes de tres días. Marcharse antes de eso sería imposible… y también demasiado peligroso.

—Pero mira el premio de este año —dijo Tella—. Un deseo.

—Pensaba que tú no creías en los deseos.

—Y yo pensaba que a ti te alegraría más todo esto —indicó Tella—. ¿Sabes que hay gente que mataría por echarle el guante a esto de aquí?

—¿Es que no has visto la parte de la nota en la que dice que tendríamos que salir de la isla? —Por fuertes que fuesen los deseos de Scarlett de acudir a Caraval, su necesidad de casarse era aún mayor—. Para llegar en tres días, es probable que tuviésemos que partir mañana.

—¿Y por qué te crees que estoy tan emocionada? —El brillo aumentó en la mirada de Tella; cuando estaba contenta, el mundo se volvía deslumbrante, y hacía que Scarlett soñara con resplandecer con ella y decir que sí a cualquier cosa que deseara su hermana. Sin embargo, Scarlett ya había aprendido lo traicionero que era depositar esperanzas en algo tan ilusorio como un deseo.

Alzó la voz, odiándose por ser quien destrozase la alegría de su hermana, pero mejor ella que otra persona.

—¿Es que además has estado bebiendo ron aquí abajo? ¿Se te ha olvidado lo que hizo padre la última vez que intentamos salir de Trisda?

Tella dio un respingo. Por un instante tuvo el aspecto de esa muchacha frágil que ella se esforzaba tanto en fingir que no era. Luego, con la misma rapidez, cambió su expresión, y sus labios rosados se curvaron una vez más y pasaron de quebrados a inquebrantables.

—Eso fue hace dos años; ahora somos más listas.

—También tenemos más que perder —insistió Scarlett.

Para Tella era más sencillo dejar a un lado lo que había sucedido cuando intentaron ir a Caraval con anterioridad. Scarlett jamás le había contado a su hermana todo cuanto había hecho su padre como represalia; no quería que Tella viviese atemorizada, que mirase constantemente hacia atrás por encima del hombro, que supiese que había cosas peores que las habituales formas de castigo de su padre.

—No me digas que tus dudas se deben a que temes que interfiera en tu boda. —Tella agarró las entradas con más fuerza.

—Para. —Scarlett se las volvió a arrebatar—. Vas a arrugar los bordes.

—Y tú estás evitando mi pregunta, Scarlett. ¿Todo esto es por tu boda?

—Por supuesto que no. Es por no poder salir de la isla mañana. Ni siquiera sabemos dónde está ese otro sitio. Jamás he oído hablar de una isla de los Sueños, pero sí sé que no es una de las Islas Conquistadas.

—Yo sé dónde está. —Julián salió de detrás de unos barriles de ron luciendo una sonrisa que anunciaba que no se disculparía por escuchar una conversación privada.

—Esto no te concierne. —Scarlett lo apartó con un gesto de la mano.

Julián la observó extrañado, como si jamás lo hubiese humillado una chica.

—Solo intentaba ayudar. No habéis oído hablar de esa isla porque no forma parte del Imperio Meridiano. Ninguno de los cinco imperios la gobierna. La isla de los Sueños es la isla privada de Legend, a tan solo dos días de viaje, y si queréis ir hasta allí, os puedo meter a escondidas en mi barco, pero todo tiene un precio. —Julián miró hacia la tercera entrada. Unas pestañas espesas delimitaban sus brillantes ojos pardos, perfectos para convencer a las muchachas de que se levantasen las faldas y le abriesen los brazos.

Las palabras de Tella acerca de que había gente que mataría por esas entradas resonaban en la cabeza de Scarlett. Puede que Julián tuviese un rostro cautivador, pero también presentaba ese acento del Imperio del Sur, y todo el mundo sabía que el Imperio del Sur era un lugar sin ley.

—No —dijo Scarlett—. Es demasiado peligroso si nos pillan.

—Todo lo que hacemos es peligroso. Nos meteremos en un lío si nos pillan con un chico aquí abajo —admitió Tella. Julián pareció ofenderse por que se refiriese a él como «un chico», pero Tella continuó antes de que él fuese capaz de discutírselo—. Nada de lo que hacemos es seguro, pero en este caso el riesgo merece la pena. Llevas toda la vida esperándolo, lo has deseado con cada estrella fugaz, has rezado por ello con cada barco que atracaba, para que fuera ese el mágico navío que transportaba a los misteriosos intérpretes de Caraval. Tú deseas esto todavía más que yo.

«*Da igual lo que hayáis oído sobre Caraval, no tiene punto de comparación con la realidad. Es más que un simple concurso o un espectáculo. Es lo más parecido a la magia que hallaréis en este mundo*». Las palabras de su abuela volvían a sonar en la cabeza de Scarlett mientras miraba las hojas que tenía en las manos. Aquellas historias sobre Caraval que tanto adoraba de pequeña jamás le parecieron tan reales como en aquel preciso momento. Scarlett siempre veía fogonazos de colores unidos a sus emociones más intensas, y por un instante se iluminó en su interior un deseo de color miel.

Brevemente, se permitió imaginar cómo sería ir a la isla privada de Legend, participar en el concurso y ganar el deseo. Libertad. Decisiones. Asombro. Magia.

Una bella y absurda fantasía.

Y lo mejor sería que continuara siendo así. Los deseos tenían tanto de real como los unicornios. De pequeña, Scarlett se creía las historias que su abuela le contaba sobre la magia de Caraval, pero al crecer había ido dejando a un lado aquellos cuentos de hadas. Jamás había visto prueba alguna de que existiera la magia. Ahora le parecía muchísimo más probable que los relatos de su abuela fueran las exageraciones de una anciana.

Una parte de Scarlett aún sentía un desesperado deseo de experimentar el esplendor de Caraval, pero a estas alturas no iba a creer que su magia le cambiaría la vida. La única persona capaz de ofrecerles una nueva vida a Scarlett y a su hermana era su prometido, el conde.

Ahora que ya no sostenía las entradas a la luz del farol, se desvanecieron las letras que había en ellas y volvieron a tener un aspecto casi normal y corriente.

—Tella, no podemos. Es demasiado arriesgado, si tratamos de marcharnos de la isla… —Scarlett se detuvo cuando crujió la escalera de la bodega. A continuación, los pesados pasos de unas botas. Tres pares, al menos.

Scarlett lanzó una mirada de pánico a su hermana.

Tella soltó una maldición e hizo un rápido gesto a Julián para que se escondiera.

—No huya usted por mi causa. —El gobernador Dragna completó su descenso, y el intenso olor del excesivo perfume de su traje estropeó los acres aromas de la bodega.

A toda prisa, Scarlett se metió la carta en el bolsillo del vestido.

Tres guardias seguían de cerca los pasos de su padre.

—Creo que no nos han presentado. —Haciendo caso omiso de sus hijas, el gobernador Dragna ofreció la mano enguantada a Julián. Se había puesto sus guantes de color ciruela, el tono de los cardenales en la piel y también del poder.

De todas formas, por lo menos tenía los guantes puestos. Viva imagen de la corrección, al gobernador Dragna le gustaba ir impecablemente vestido con una levita entallada de color negro y un chaleco morado de rayas. Rondaba los cuarenta y cinco años, pero no había permitido que su físico engordase como el de otros hombres. Conforme a la última moda, llevaba el cabello rubio recogido en la nuca con un lazo negro perfecto, y lucía sus cuidadas cejas y el tono rubio oscuro de su perilla.

Julián era más alto, y aun así el gobernador se las arreglaba para mirarlo por encima del hombro.

Scarlett vio cómo su padre evaluaba el abrigo marrón parcheado del marinero y sus amplios bombachos remetidos por dentro de unas botas arañadas que le llegaban por la rodilla.

El hecho de que Julián no vacilase al tenderle la mano desnuda al gobernador decía mucho de su confianza en sí mismo.

—Encantado de conocerle, señor. Julián Marrero.

—Gobernador Marcello Dragna. —Se estrecharon la mano. Julián trató de retirar la suya, pero el gobernador la sujetó con fuerza—. Julián, no debe de ser usted de esta isla, ¿verdad?

Esta vez, Julián sí titubeó.

—No, señor. Soy un marino. Primer oficial de *El Beso Dorado*[2].

—De manera que solo está de paso —sonrió el gobernador—. Aquí nos caen bien los marineros.

Son buenos para nuestra economía. La gente está dispuesta a pagar buenas sumas por fondear aquí, y se gasta más dinero aún durante su estancia. Y bien, dígame, ¿qué opina de mi ron? —Hizo un gesto con la mano libre para abarcar la bodega—. Imagino que ha de ser eso lo que ha estado catando aquí abajo,

¿no?

Al ver que Julián no respondía de inmediato, el gobernador insistió:

—¿No ha sido de su agrado?

—No, señor. Es decir, sí, señor —rectificó Julián—. Todo lo que he catado es muy bueno.

—¿Incluidas mis hijas?

Scarlett se puso en tensión.

—Puedo oler en su aliento que no ha probado el ron —dijo el gobernador Dragna —, y me consta que no estaba aquí abajo jugando a las cartas ni diciendo sus oraciones, así que, dígame, ¿a cuál de mis hijas estaba catando?

—Oh, no, señor. Lo ha malinterpretado. —Julián negó con la cabeza, los ojos tan abiertos como si jamás hubiese hecho algo tan deshonroso.

—Era Scarlett —intervino Tella—. Yo he bajado y los he pillado con las manos en la masa.

«No», maldijo Scarlett a la tonta de su hermana.

—Padre, está mintiendo. Ha sido Tella, no yo. He sido yo quien los ha sorprendido a ellos.

El rostro de Tella se enrojeció.

—Scarlett, no mientas. Solo vas a empeorar las cosas.

—¡No estoy mintiendo! Ha sido Tella, padre. ¿De verdad cree que yo iba a hacer algo así unas semanas antes de mi boda?

—Padre, no la escuche —la interrumpió Tella—. La he oído decir entre susurros que estaba convencida de que esto la ayudaría con los nervios antes de la boda.

—Eso es otra mentira…

—¡Basta ya! —El gobernador se volvió hacia Julián, cuya mano morena continuaba atrapada con firmeza en su perfumado guante de color ciruela—. Mis hijas tienen la mala costumbre de la falta de honestidad, pero estoy seguro de que usted se mostrará más comunicativo. Y ahora, dígame, joven, ¿con cuál de mis dos hijas estaba usted aquí abajo?

—Creo que debe de haber habido alguna clase de error…

—Yo no cometo errores —lo interrumpió el gobernador Dragna—. Voy a darle una oportunidad más de contarme la verdad, o… —Los guardias dieron un paso al frente.

Los ojos de Julián se desplazaron como un rayo hacia Tella.

Con una brusca sacudida de la cabeza, Tella articuló el nombre con los labios: «Scarlett».

Scarlett trató de llamar la atención de Julián, intentó decirle que estaba cometiendo un error, pero vio la determinación en el rostro del marinero aun antes de que respondiese.

—Era Scarlett.

Muchacho imprudente. Sin duda creía que le estaba haciendo un favor a Tella, cuando estaba haciendo justo lo contrario.

El gobernador soltó a Julián y se quitó los guantes perfumados de color ciruela.

—Ya te advertí acerca de esto —le dijo a Scarlett—. Ya sabes lo que pasa cuando desobedecéis.

—Padre, por favor, solo ha sido un simple beso.

Scarlett trató de situarse delante de Tella, pero uno de los guardias la empujó y la hizo retroceder contra los barriles, la agarró con brusquedad por los codos y tiró de ellos hacia la espalda de la joven, que forcejeaba con la intención de proteger a su hermana, ya que no sería Scarlett quien recibiese el castigo por aquella falta. Cada vez que Scarlett o su hermana desobedecían, el gobernador Dragna le hacía algo terrible a la otra como castigo.

El gobernador llevaba dos grandes anillos en la mano derecha, una amatista cuadrada y un diamante violeta puntiagudo. Los giró en los dedos y, acto seguido, echó la mano atrás y le propinó una bofetada a Tella en la cara.

—¡No! ¡La culpa es mía! —gritó Scarlett…, un error que ella bien sabía que no debía cometer.

Su padre golpeó de nuevo a Tella.

—Por mentir —precisó. La segunda bofetada fue más fuerte que la primera e hizo que Tella cayera de rodillas mientras el rojo le rodaba por la mejilla.

Satisfecho, el gobernador Dragna retrocedió. Se limpió la sangre de la mano en el chaleco de uno de los guardias y a continuación se volvió hacia Scarlett. Sin saber muy bien cómo, ahora parecía más alto que antes, mientras Scarlett se sentía como si hubiera menguado. No había nada que pudiera hacer su padre que le doliese más que verle abofetear a su hermana.

—No vuelvas a defraudarme.

—Lo siento, padre. He cometido un error estúpido. —Eso era lo más acertado que había dicho en toda la mañana. Tal vez no fuese a ella a quien había «catado» Julián, pero, una vez más, no había conseguido proteger a su hermana—. No lo volveré a hacer.

—Espero que lo digas en serio. —El gobernador se puso de nuevo los guantes, metió la mano en el bolsillo de la levita y sacó una carta doblada—. Tal vez no debería darte esto, pero quizá te recuerde lo mucho que tienes que perder. Tu boda será dentro de diez días, a finales de la semana que viene, el día veinte. Si cualquier cosa se interpone, será algo más que el rostro de tu hermana lo que sangre.



Scarlett aún podía oler el perfume de su padre. Olía igual que el color de sus guantes; anís y lavanda con algo similar a las ciruelas podridas. Permaneció con ella un buen rato después de que él se hubiese marchado, suspendido en el aire alrededor de Tella mientras Scarlett se sentaba a su lado esperando a que una doncella trajese vendajes limpios y medicamentos.

—Deberías haberme dejado decir la verdad —manifestó Scarlett—. A mí no me habría pegado tan fuerte para castigarte a ti. No con mi boda dentro de diez días.

—A lo mejor no te habría pegado en la cara, pero te habría hecho alguna otra cosa igual de sanguinaria… Te habría roto un dedo para que no pudieses terminar la colcha nupcial. —Tella cerró los ojos y apoyó la espalda contra un barril de ron. Ya tenía la mejilla casi del mismo color que los malditos guantes de su padre—. Y soy yo quien se merecía la bofetada, no tú.

—Nadie se merece esto —comentó Julián. Era la primera vez que hablaba desde que el padre de las chicas se había marchado—. Lo…

—No lo hagas —lo interrumpió Scarlett—. Tu disculpa no sanará sus heridas.

—No me iba a disculpar. —Julián hizo una pausa, como si meditase sus siguientes palabras—. Lo que haré será cambiar mi oferta de sacaros de esta isla. Lo haré gratis, si decidís que queréis marcharos. Mi barco zarpa del puerto mañana al amanecer. Venid a buscarme si cambiáis de opinión —dijo, y lanzó una mirada entre Scarlett y Tella antes de desaparecer escaleras arriba.

—No —precisó Scarlett al presentir lo que deseaba Tella antes de que dijese una sola palabra en voz alta—. Si nos vamos, las cosas solo estarán peor cuando regresemos.

—Yo no pienso regresar. —Tella abrió los ojos. Estaban llorosos, aunque furiosos.

A Scarlett solía irritarle lo impulsiva que era su hermana, pero sabía también que cuando Tella se decidía por fin por un plan, no había manera de cambiarlo. Se dio cuenta de que su hermana había tomado aquella decisión antes incluso de que llegase la carta de Legend, el maestro de Caraval. Por eso estaba con Julián. A decir de la

nula atención que le había prestado cuando se marchó, resultaba obvio que Tella no sentía nada por él. Solo buscaba a un marinero que se la pudiera llevar lejos de Trisda, y ahora Scarlett le había dado la razón que necesitaba para largarse.

—Scar, tú también deberías venir —expresó Tella—. Ya sé que piensas que este matrimonio te va a salvar y te va a proteger, pero ¿y si el conde es tan malo como padre, o peor?

—No lo es —insistió Scarlett—. Lo sabrías si alguna vez hubieras leído alguna de sus cartas. Es un perfecto caballero, y ha prometido que cuidará de nosotras dos.

—Oh, hermana —sonrió Tella, pero no de alegría. Era la forma en que alguien sonríe justo antes de decir algo que ojalá no tuviese que decir—. Si tan caballeroso es, ¿a qué viene tanto secretismo? ¿Por qué te han dicho solo su título, y no su nombre?

—Eso no es por él. Mantener su identidad como un misterio es otra de las formas que tiene padre de intentar controlarnos. —La carta en manos de Scarlett era buena prueba de ello—. Échale un vistazo tú misma.

Le entregó la carta a su hermana.

Día 1.o de la estación de cultivo
Año 57, dinastía elantina

Mi queridísima Scarlett:

Esta será mi última carta. Pronto embarcaré en un navío y me dirigiré a las Islas Conquistadas. Tu padre deseaba mantener la fecha de la boda como una sorpresa, pero le he solicitado que te entregue esta nota porque imagino que vernos por primera vez el uno al otro ya será suficiente sorpresa, si bien, a decir de todo cuanto he oído acerca de ti, la espero con gran agrado en lo que a mí se refiere.

Mientras te escribo estas líneas, las doncellas ya se encuentran preparando una suite de invitados para tu hermana pequeña. Creo que ambas seréis muy felices en Valenda…

El resto de la página había desaparecido. Su padre no solo había cortado las palabras de su futuro esposo, sino que también había tenido la amabilidad de eliminar cualquier resto del sello de lacre de la carta, que le podría haber dado a Scarlett alguna indicación más acerca de con quién se iba a casar.

«Otro de sus retorcidos juegos».

En ocasiones Scarlett tenía la sensación de que Trisda entera estaba cubierta por una cúpula, por una pieza enorme de cristal que atrapaba a todo el mundo en su interior mientras su padre observaba y a veces movía —o quitaba— a la gente si esta

no se encontraba en el lugar correcto. El mundo de Scarlett constituía un tablero de juego gigantesco, y su padre estaba convencido de que aquel matrimonio sería su penúltima jugada, la que situaría a su alcance todo cuanto él deseaba.

La riqueza del gobernador Dragna era superior a la de la mayoría de los cargos oficiales de las islas gracias a su comercio con el ron y a otros tratos que realizaba en el mercado negro, pero dado que Trisda era una de las Islas Conquistadas, carecía del poder y del respeto que anhelaba. Daba igual el tamaño de la fortuna que amasase, los regentes y nobles del resto del Imperio Meridiano no lo tenían en consideración alguna.

No importaba que la isla de Trisda, o las otras cuatro Islas Conquistadas, formasen parte del Imperio Meridiano desde hacía más de sesenta años; aún se consideraba a los isleños como los campesinos toscos e incultos que eran cuando el imperio los sometió. No obstante, según el padre de Scarlett, esta unión matrimonial cambiaría todo eso al vincularlo a él con una familia noble que por fin otorgaría a los suyos una cierta respetabilidad, y, por supuesto, también le daría a él un mayor poder.

—Esta carta no demuestra nada —dijo Tella.

—Demuestra que es amable, considerado y…

—Cualquiera puede sonar como un caballero en una carta, pero tú sabes que solo una persona vil haría un trato con nuestro padre.

—Deja ya de decir esas cosas. —Scarlett le arrebató la nota. Su hermana se equivocaba. Hasta la letra del conde ponía de manifiesto su consideración, elegantes curvas y un suave trazo. Si fuera tan indiferente, no le habría escrito tantas cartas para aliviar sus temores, ni habría prometido llevarse también a Tella con ellos a Valenda, la capital del Imperio Elantino, un lugar donde no podía llegar la larga mano de su padre.

Una parte de Scarlett era consciente de la posibilidad de que el conde no fuese todo cuanto ella esperaba, pero la vida con él tenía que ser mejor que vivir con su padre. Y tampoco se podía arriesgar a desafiar a su padre, no cuando aquella atroz advertencia aún le resonaba en la cabeza: «Si cualquier cosa se interpone, será algo más que el rostro de tu hermana lo que sangre».

Scarlett no iba a poner en juego su matrimonio por la mera oportunidad de ganar el premio de un deseo en Caraval.

—Tella, si tratamos de irnos por nuestra cuenta, padre nos perseguirá hasta el fin del mundo.

—Entonces, por lo menos habremos viajado hasta el fin del mundo —repuso Tella—. Preferiría morir allí que vivir aquí, o que vivir encerrada en la casa de tu conde.

—No puedes decirlo en serio —la reprendió Scarlett.

Odiaba que Tella dijese tamañas imprudencias. Solía temer que su hermana tuviese un verdadero deseo de morir: las palabras «preferiría morir» salían de sus labios con demasiada frecuencia. Se diría también que se le estaba olvidando lo

peligroso que podía ser el mundo. Además de sus relatos de Caraval, la abuela de Scarlett también les había narrado historias acerca de lo que les sucedía a las jóvenes que no contaban con una familia que las protegiese. Muchachas que trataban de abrirse paso por su cuenta, que creían estar aceptando empleos respetables para verse vendidas a burdeles o en asilos para pobres donde las obligaban a trabajar a cambio del alojamiento y la comida en unas condiciones deplorables.

—Te preocupas demasiado. —Tella se levantó del suelo con ayuda de las manos y las piernas temblorosas.

—¿Qué estás haciendo?

—No voy a seguir esperando a que venga una doncella. No quiero que nadie se pase la siguiente hora toqueteándome la cara y después me obligue a quedarme en la cama todo el día. —Recogió su chal del suelo, se lo puso en la cabeza como si fuera un pañuelo y ocultó la zona magullada de la cara—. Si me voy a marchar mañana con Julián, tengo mucho que hacer, como enviarle una nota para que pueda saber que le veré por la mañana.

—¡Espera! No te has parado a pensarlo bien. —Scarlett salió disparada tras su hermana, pero Tella voló escaleras arriba y atravesó la puerta corriendo, antes de que ella pudiese alcanzarla.

Fuera, el aire era tan denso que podía cortarse, y en el patio abierto olía a mediodía: un olor húmedo, salado, acre. Alguien acabaría de traer una redada de pescado a las cocinas. Aquel olor tan fuerte parecía estar por todas partes mientras Scarlett perseguía a Tella bajo los arcos blancos y desgastados por las inclemencias del tiempo, y cruzando salones con suelos de terrazo.

Para el padre de Scarlett, la hacienda nunca era lo bastante grande. Se encontraba en los límites de la ciudad, con más tierras que la mayoría, así que podía estar construyendo constantemente para ampliarla. Más habitaciones de invitados. Más patios. Más pasadizos ocultos donde guardar a escondidas las botellas de alcohol ilegal y quién sabe qué más. Scarlett y su hermana tenían prohibida la entrada en muchos de los salones más nuevos, y si su padre las pillaba corriendo de aquella manera, no vacilaría en hacer que les azotasen los pies. Sin embargo, los talones y los dedos doloridos no serían nada en comparación con lo que les haría si descubría a Tella tratando de marcharse de la isla.

La niebla matinal no se había levantado aún. Scarlett perdió de vista a su hermana en múltiples ocasiones, cuando Tella se aventuraba por los pasillos más neblinosos. Por un instante, Scarlett creyó que la había perdido por completo, pero entonces avistó una franja de un vestido azul que ascendía por la escalera que conducía al punto más elevado de la hacienda Dragna: el confesionario de los curas, una torre alta construida con piedra blanca que brillaba al sol, para que la viese toda la ciudad. Al gobernador Dragna le gustaba que la gente lo considerase un hombre piadoso, aunque en verdad jamás le confesaría sus fechorías a otra persona, y eso convertía aquel lugar en uno de los pocos puntos de la isla por donde rara vez se asomaba: el lugar perfecto

para llevar cartas secretas de tapadillo.



Scarlett aumentó el ritmo en lo alto de la escalera, y por fin alcanzó a su hermana en el patio semilunar ante las puertas de madera labrada que daban paso al confesionario.

—¡No corras! —le dijo Scarlett—. ¡Si escribes a ese marinero, se lo contaré todo a padre!

La silueta se detuvo de inmediato. Acto seguido le tocó a Scarlett quedarse de piedra, cuando se levantó la niebla y la muchacha se dio la vuelta. La clara luz del sol irrumpió en el patio minúsculo e iluminó el rostro de una joven novicia vestida de azul. Con la cabeza cubierta con un pañuelo, solo parecía ser Tella.

Scarlett tuvo que reconocerle a su traviesa hermana el mérito de saber evadirse. Mientras le corría el sudor por la nuca, se imaginó a Tella hurtando víveres en cualquier otro lugar de la hacienda, preparándose para marcharse con Julián al día siguiente.

Tenía que encontrar otra manera de detenerla.

Tella la odiaría durante una temporada, pero Scarlett no podía permitir que su hermana lo perdiese todo por Caraval, no cuando su matrimonio podía rescatarlas a las dos… o terminar con ellas si no se celebraba.

Siguió a la joven novicia al interior del confesionario. Pequeño y circular, se encontraba siempre en tal silencio que Scarlett podía oír el titilar de las velas. Gruesas y goteando, bordeaban los muros de piedra e iluminaban unos tapices con santos en diferentes momentos agónicos mientras el polvo y las flores secas generaban un olor a aire viciado. Sintió un picor en la nariz al pasar junto a una fila de bancos de madera. Al final de esta, sobre un altar descansaban unas hojas de papel para escribir los propios pecados.

Antes de que su madre desapareciese, hacía siete años, Scarlett jamás había entrado en aquel lugar.

Ni siquiera sabía que, para confesarse, la gente garabateaba sus malas acciones en un papel y se lo entregaba a los curas, que quemaban las notas. Su madre, Paloma, no era una mujer religiosa, igual que su padre, pero después de que ella desapareciese de Trisda, Scarlett y su hermana se sintieron desesperadas y, a falta de cualquier otro lugar, empezaron a acudir allí a rezar por el regreso de su madre.

Por supuesto que aquellas plegarias quedaron sin respuesta, pero los curas no resultaron ser completamente inútiles: Scarlett y su hermana descubrieron que eran muy discretos a la hora de entregar un mensaje.

Scarlett cogió un papel de confesión y escribió una nota con cuidado.

Tengo que verte esta noche.
Ven a mi encuentro a la playa del Ojo.
Una hora pasada la medianoche.
Es importante.

Antes de entregársela a un cura con un generoso donativo, Scarlett añadió el destinatario del mensaje, pero no lo firmó. En lugar de su nombre, dibujó un corazón. Esperaba que con eso fuera suficiente.



Cuando Scarlett tenía ocho años, para mantenerla alejada de la costa, los guardias de su padre la advirtieron acerca de las brillantes arenas negras de la playa del Ojo. «La arena es negra porque en realidad son los restos quemados de los esqueletos de unos piratas», le dijeron, y, con ocho años y siendo ligeramente más boba que ahora, se lo creyó.

Durante no menos de un año no se acercó lo suficiente a la playa como para ver siquiera la arena. Al final, Felipe, el hijo de uno de los guardias más amables de su padre, más mayor que ella, le reveló la verdad: la arena era solo arena, y no los huesos de unos piratas. Sin embargo, aquella mentira ya había arraigado en Scarlett tal y como suele suceder con tantas mentiras que se cuentan a los niños. Daba igual cuántas fueron las personas que le confirmaron la verdad, en la mente de Scarlett, la arena negra de la playa del Ojo siempre sería los esqueletos quemados de unos piratas.

Allí, de pie en plena noche, bajo el guiño de la tétrica luz de una luna azul y pecosa sobre aquella arena antinatural, los pensamientos de Scarlett se remontaron a aquella mentira, la sintió reptar dentro de sus zapatillas y moverse entre los dedos de sus pies mientras se acercaba a la negra y rocosa cueva del Ojo. A su derecha, la playa terminaba en la fachada negra y escarpada de un acantilado. A su izquierda, un muelle en ruinas que parecía una lengua enorme se adentraba en el agua más allá de unas piedras que a Scarlett le recordaban a unos dientes irregulares. Era el tipo de noche en que era capaz de oler la luna, la espesa cera de una vela que danzaba con el salobre aroma del mar, llena y resplandeciente.

Pensó en las misteriosas entradas que llevaba en el bolsillo mientras la ardiente luna le recordaba el modo en que había brillado su caligrafía metálica aquel mismo día. Por un segundo tuvo la tentación de cambiar de idea, de ceder ante su hermana y ante la minúscula parte de sí misma que aún era capaz de soñar.

Pero eso ya lo había hecho en una ocasión.

Felipe les había reservado un pasaje en una goleta.

Tella y ella solo llegaron hasta la pasarela del barco, y el precio por llegar tan

lejos fue muy alto.

Uno de los guardias se mostró especialmente rudo con Tella y la dejó inconsciente al conducirla a rastras de regreso a la hacienda. Scarlett, sin embargo, se había mantenido consciente mientras se la llevaban del muelle. La obligaron a permanecer de pie en la orilla de la playa rocosa, donde el agua azul resplandeciente de las pozas de mareas se le metía en las botas mientras su padre se adentraba en el mar con Felipe.

Debería haber sido ella a quien él ahogase aquella noche. Debería haber sido suya la cabeza que su padre mantuvo bajo el agua, sujeta hasta que sus extremidades dejasen de chapotear y su cuerpo se quedase tan inmóvil y tan muerto como las algas que el oleaje abandonaba en la orilla. Más tarde, todo el mundo creyó que Felipe se había ahogado por accidente, y solo Scarlett conocía la verdad.

«Si alguna vez vuelves a hacer algo como esto, tu hermana sufrirá el mismo destino», le advirtió su padre.

Scarlett jamás se lo contó a nadie. Protegió a Tella haciéndole creer que se había vuelto extremadamente sobreprotectora con ella, sin más. Scarlett era la única que sabía que jamás podrían abandonar Trisda a salvo a menos que ella tuviese un marido que se las pudiese llevar de allí a las dos.

Las olas chapoteaban contra la orilla y amortiguaban el sonido de los pasos, pero Scarlett los oyó.

—No eres la hermana que me esperaba.

Julián se acercó con paso tranquilo. En la oscuridad, tenía más pinta de pirata que de un marinero normal, y se movía con la adiestrada facilidad de alguien en quien Scarlett sabía que no era aconsejable confiar. La noche teñía su abrigo largo de un negro impenetrable mientras que las sombras le marcaban los pómulos y los afilaban como si de dos cuchillos se tratasen.

Ahora Scarlett dudaba si había sido inteligente escabullirse de la hacienda a esas horas de la noche para encontrarse con aquel muchacho en una playa tan apartada. Aquella era la típica conducta imprudente y disparatada sobre la que siempre le estaba llamando la atención a Tella.

—Me imagino que habrás cambiado de idea al respecto de mi oferta, ¿no? —le preguntó él.

—No, pero tengo una contraoferta para ti. —Scarlett trató de sonar atrevida mientras sacaba las elegantes entradas del maestro Legend de Caraval.

Sus dedos se negaban a soltarlas, pero tenía que hacerlo por Tella. Aquella misma tarde, al regresar a su alcoba, Scarlett la había encontrado revuelta. Era tal el desastre, que no había sido capaz de saber con qué se había largado su hermana, pero estaba claro que Tella había estado rapiñando cosas para prepararse para aquel desventurado viaje.

Ofreció las entradas de golpe a Julián.

—Te puedes quedar las tres. Utilízalas o véndelas, siempre que te marches de

aquí temprano y sin Donatella.

—Ah, con que se trata de un soborno.

A Scarlett no le gustó aquella palabra, la tenía demasiado asociada a su padre, pero, en lo referente a Tella, haría lo que tuviese que hacer, aunque eso significase renunciar a lo último sobre lo que aún soñaba.

—Mi hermana es muy impulsiva. Quiere marcharse contigo, pero no tiene la menor idea de lo peligroso que es. Si nuestro padre la atrapa, hará cosas mucho peores que lo de hoy.

—Pero ¿estará a salvo si se queda aquí? —Julián hablaba en voz baja, con un tono ligeramente burlón.

—Pretendo llevármela conmigo cuando me case.

—¿Y ella quiere irse contigo?

—Ya me lo agradecerá más adelante.

Julián dejó al descubierto una sonrisa rapaz, con el brillo del blanco de sus dientes a la luz de la luna.

—¿Sabes? Eso es exactamente lo mismo que me ha dicho tu hermana hace un rato.

El instinto de alerta de Scarlett se activó demasiado tarde. Se dio la vuelta al oír otros pasos nuevos. Tella se encontraba detrás de ella, con su silueta de baja estatura cubierta con una capa oscura que le hacía parecer parte de la noche.

—Siento hacer esto, pero fuiste tú quien me enseñó que no hay nada más importante que cuidar de una hermana.

De repente, Julián sujetó un paño contra el rostro de Scarlett, que trató de apartarlo a la desesperada. Sus puntapiés levantaron nubes negras de arena, pero fuera cual fuese la potente poción que empapaba el trapo, obró su magia con rapidez. El mundo giró alrededor de Scarlett hasta que ya no supo si tenía los ojos abiertos o cerrados.

Estaba cayendo…

Cayendo…

Cayendo.



Antes de que Scarlett perdiese la consciencia por completo, una mano sutil le acarició la mejilla.

—Es mejor así, hermana. En la vida hay algo más que mantenerse a salvo…

Sus palabras condujeron a Scarlett al interior de un universo que solo existía en el delicado territorio de los sueños lúcidos.

Al surgir la imagen de una habitación hecha de ventanas por entero, escuchó la voz de su abuela.

Una luna marcada de viruelas guiñaba el ojo a través del cristal e iluminaba las siluetas del interior con una luz azul granulada.

Unas versiones más jóvenes de Tella y Scarlett, formadas de manos minúsculas e inocentes sueños, se acurrucaban juntas en la cama mientras su abuela las arropaba. Aunque la mujer había dedicado más tiempo a las niñas después de que se marchara su madre, Scarlett no era capaz de recordar una noche en que ella las hubiese llevado a la cama: por lo general, era una tarea del servicio.

—¿Nos vas a hablar de Caraval? —preguntó la pequeña Scarlett.

—Yo quiero saber cosas del maestro Legend —dijo Tella con tonillo—. ¿Nos vas a contar la historia de cómo le pusieron el nombre?

Al otro lado de la cama, la anciana se sentaba en una silla acolchada como si fuese un trono.

Círculos de perlas negras le rodeaban el cuello esbelto, y más aún le cubrían el brazo entero desde la muñeca hasta el codo como si de unos lujosos guantes se tratara. No había una sola arruga en su vestido almidonado de color lavanda, y eso resaltaba las que ahora llevaba grabadas en su antaño hermoso rostro.

—Legend provenía de la familia Santos, una familia de artistas —comenzó la abuela—. Eran actores y dramaturgos, y todos ellos padecían una desafortunada falta de talento. La única razón de que tuviesen algún éxito es que eran guapos como los ángeles, y de uno de los hijos, Legend, se rumoreaba que era el más guapo de todos ellos.

—Pero yo creía que Legend no era su nombre real —dijo Scarlett.

—No puedo decirte su verdadero nombre —comentó la anciana—, pero sí te puedo contar que, igual que sucede con todas las grandes historias, y con las más terribles, esta empezó con un amor. El amor por la elegante Annalise de cabellos de oro y dulces palabras. Lo embrujó tal y como él había hecho con tantas muchachas antes que ella: con cumplidos, besos y promesas que él debería haber sido más listo y no tomárselo en serio.

»Legend no era rico por aquel entonces. Vivía sobre todo de su encanto y de los corazones que robaba, y Annalise decía que para ella era suficiente, pero que su padre, un mercader adinerado, jamás le permitiría casarse con alguien tan pobre.

—¿Y se casaron, entonces? —preguntó Tella.

—Lo averiguarás si sigues escuchando. —La abuela chasqueó la lengua.

A su espalda, una nube se desplazaba sobre la luna y la cubría entera salvo dos minúsculos puntos de luz que quedaban suspendidos sobre su pelo cano como los cuernos del diablo.

—Legend tenía un plan —prosiguió la mujer—. Elantine estaba a punto de ser coronada emperatriz del Imperio Meridiano, y Legend estaba convencido de que, si conseguía actuar en su coronación, eso le otorgaría la fama y el dinero que necesitaba para casarse con Annalise. Sin embargo, lo rechazaron de manera vergonzosa por su falta de talento.

—Yo sí le habría dejado entrar —dijo Tella.

—Y yo también —coincidió Scarlett.

La mujer torció el gesto.

—Si no dejáis de interrumpir las dos, no voy a terminar la historia.

Scarlett y Tella fruncieron los labios en dos diminutos corazones rosados.

—Legend no tenía ninguna magia en aquella época —continuó la abuela—, pero sí creía en los cuentos que le había contado su padre. Había oído que a toda persona se le concede un deseo imposible, solo uno, cuando esa persona desea algo más que cualquier otra cosa y es capaz de dar con un poco de magia que la ayude, de modo que Legend se marchó en busca de una mujer que había estudiado los encantamientos.

—Se refiere a una bruja —susurró Scarlett.

La abuela hizo una pausa, y a la pequeña Scarlett y la minúscula Tella se les pusieron los ojos como platos cuando la habitación de cristal se transformó en las paredes de madera de una cabaña triangular.

La historia de la abuela estaba cobrando vida ante sus ojos. Las velas de cera amarilla colgaban del techo boca abajo y emitían un humo cremoso en la dirección incorrecta.

En el centro de todo ello, una mujer con los cabellos tan rojos como la ira estaba sentada frente a un muchacho de porte esbelto cuya cabeza oscurecía un sombrero de copa negro. «Legend». Pese a que Scarlett no podía verle la cara con claridad, reconoció su característico sombrero.

—La mujer le preguntó qué era lo que más deseaba —prosiguió la anciana—, y Legend le dijo que deseaba liderar la más grandiosa *troupe* de intérpretes que el mundo hubiese visto jamás para así poder conquistar a su amor verdadero, Annalise. Pero la mujer le advirtió de que no podría conseguir ambas cosas. Debía escoger solo una.

»Legend tenía de orgulloso tanto como de guapo, y estaba convencido de que la mujer se equivocaba. Se dijo que, si fuera famoso, aquello le permitiría casarse con Annalise, así que eso fue lo que deseó. Dijo que deseaba que sus actuaciones fueran legendarias. Mágicas.

Una brisa surcó la habitación y apagó todas las velas salvo una, que iluminaba a Legend. Scarlett no podía verle bien el rostro, pero habría jurado que algo cambiaba en él, como si de repente adquiriese una sombra de más.

—La transformación comenzó de inmediato —les contó la abuela—. Su magia se alimentaba de los verdaderos deseos de Legend, que eran poderosos, sin duda. La bruja le dijo que sus espectáculos serían excepcionales y fundirían fantasía y realidad de un modo del que el mundo jamás hubiera sido testigo, pero también le advirtió de que los deseos tienen su precio, y de que cuanto más actuase, más se transformaría en los papeles que interpretara. Si interpretaba el papel de un villano, se convertiría en uno en la realidad.

—¿Entonces eso significa que es malvado? —preguntó Tella.

—¿Y qué pasó con Annalise? —Bostezó Scarlett.

La abuela suspiró.

—La bruja no había mentido cuando le dijo a Legend que no podría conseguir la fama y también a Annalise. Después de transformarse en Legend, no fue ya el mismo muchacho del que ella se había enamorado, de modo que Annalise se casó con otro y le rompió el corazón a Legend. Él se convirtió en alguien tan famoso como había deseado, pero afirmaba que Annalise lo había traicionado, y juró que jamás volvería a amar. Es probable que algunos digan de él que es malvado. Otros dirían que su magia lo hace aproximarse más a un dios.

Tanto la pequeña Scarlett como la minúscula Tella se encontraban a medio camino de quedarse dormidas, y tenían los párpados más cerrados que abiertos, aunque sus labios adoptaron la media luna de una sonrisa. Tella se retorció ante la palabra *malvado*, pero Scarlett sonrió con la mención de la magia de Legend.



Scarlett se despertó con la sensación de haber perdido algo importante. A diferencia de la mayor parte de los días, en que abría los ojos a regañadientes y se tomaba su tiempo para estirar todos y cada uno de los miembros antes de salir de la cama y echar un precavido vistazo a su alrededor, Scarlett se incorporó en el instante en que sus ojos pestañearon y se abrieron.

El mundo se mecía debajo de ella.

—Con cuidado. —Julián alargó la mano para cogerla y la sujetó antes de que ella tratase de ponerse de pie en la barca, si es que se podía llamar *barca* a aquella minúscula bañera en la que se encontraban.

El término *balsa* era mucho más apropiado. Apenas era lo bastante grande para ellos dos.

—¿Cuánto tiempo he estado dormida? —Scarlett se agarró a las bordas del bote mientras todo a su alrededor cobraba nitidez.

Frente a ella, Julián metía un par de remos en el agua con cuidado de no salpicarla mientras remaba por un mar que no le resultaba conocido. El agua casi parecía rosa, con pequeños remolinos de color turquesa que se elevaban al tiempo que un sol cobrizo ascendía en el cielo.

Era por la mañana, aunque Scarlett se imaginaba que habría pasado más de un amanecer mientras ella dormía. El rostro de Julián estaba terso la última vez que lo había visto, y su barbilla y su mandíbula parecían ahora cubiertos por la sombra de una oscura barba de no menos de dos días. Su aspecto delataba una reputación aún más dudosa que cuando le mostró aquella sonrisa rapaz en la playa.

—¡Serás canalla! —Scarlett le abofeteó en la cara.

—¡Au! ¿A qué viene esto? —Una marca roja apareció en su mejilla, del color de la ira y del castigo.

Scarlett se quedó horrorizada ante lo que había hecho. En alguna ocasión había tenido ciertos problemas para dominar su lengua, pero jamás había golpeado a otra persona.

—¡Lo siento! ¡No pretendía hacer eso! —Se agarró con fuerza a los bordes de su

banco y se preparó para su contraataque.

Sin embargo, el golpe que ella esperaba nunca llegó.

La mejilla de Julián era un fogonazo de furioso rojo, y su mandíbula no era otra cosa que una serie de líneas tensas, pero aun así no le puso la mano encima.

—No tienes por qué tenerme miedo. Jamás he pegado a una mujer.

Dejó de remar y la miró a los ojos. Al contrario que la mirada insinuante que había lucido en la bodega, o la expresión depredadora que Scarlett había visto en la playa, Julián no hacía ahora ningún intento por cautivarla ni por atemorizarla. Debajo de aquella dura apariencia, Scarlett veía el fantasma de la expresión que el marino tenía mientras presenciaba cómo su padre golpeaba a Tella. Julián parecía tan horrorizado como atemorizada estaba Scarlett.

La marca de la mano de Scarlett se desvanecía de la mejilla de Julián, y conforme desaparecía, ella tenía la sensación de que se llevaba una parte del temor. No todo el mundo reaccionaba como su padre.

Los dedos de Scarlett se aflojaron a ambos lados del bote, aunque todavía le temblaban un poco las manos.

—Lo siento —consiguió decir de nuevo—, pero es que Tella y tú nunca deberíais… Un momento. —Scarlett se detuvo. Otra vez la inundó la horrible sensación de haber perdido algo vital, y ese algo tenía los cabellos rubios como la miel y el rostro de un querubín de sonrisa diabólica—. ¿Dónde está Tella?

Julián volvió a hundir los remos en el agua, y esta vez sí salpicó a Scarlett. Unas gotas gélidas le rociaron todo el regazo.

—Como le hayas hecho algo a Tella, te juro…

—Relájate, Crimson…

—Me llamo Scarlett.

—Viene a ser lo mismo[3]. Y tu hermana está perfectamente. La encontrarás en la isla. —Julián inclinó un remo hacia su destino.

Scarlett estaba dispuesta a continuar discutiendo, pero cuando sus ojos captaron la imagen del lugar hacia el que señalaba el marinero, fuera lo que fuese lo que pretendía decir se le derritió en la lengua como la mantequilla caliente.

La isla en el horizonte no se parecía en nada a su conocida Trisda. Mientras que Trisda consistía en arenas negras, cuevas rocosas y arbustos de aspecto raquítico, esta porción de tierra era exuberante y estaba llena de vida. Unos destellos neblinosos se arremolinaban alrededor de unas montañas de un verdor vibrante —totalmente cubiertas de árboles— que se elevaban hacia el cielo cual esmeraldas gigantescas. Desde la cima del pico más alto caía una cascada azul iridiscente como si fueran las plumas fundidas de un pavo real que desaparecían en el anillo de nubes teñidas de amanecer que giraban en torno a aquella onírica isla.

«La isla de los Sueños».

Scarlett jamás había oído hablar de aquella isla antes de ver su nombre escrito en las entradas de Caraval, y aun así no le hacía falta que nadie se lo dijera para saber

que ahora se encontraba ante sus ojos. «La isla privada de Legend».

—Suerte la tuya de haberte dormido durante el trayecto hasta aquí. No hemos tenido estas vistas en el resto del viaje —le dijo Julián como si le hubiese hecho un favor. Aun así, por muy cautivadora que resultara esta isla, era otra la que le pesaba en sus pensamientos.

—¿A qué distancia de Trisda estamos? —preguntó ella.

—Estamos en algún lugar entre las Islas Conquistadas y el Imperio del Sur —respondió Julián con aire perezoso, como si estuvieran dándose un simple paseo por la playa cerca de la hacienda del gobernador.

En realidad, aquello era lo más lejos de casa que había estado nunca. A Scarlett le escocieron los ojos cuando le cayó un salpicón de agua salada.

—¿Cuántos días han pasado desde que nos fuimos?

—Hoy es día trece, pero antes de que me abofetees otra vez, deberías saber que tu hermana os ha conseguido a las dos algo de tiempo haciendo que parezca que habéis sido raptadas.

Scarlett recordó el modo tan descuidado con que Tella había rebuscado entre sus cosas y había dejado su alcoba patas arriba.

—¿Por eso estaba mi habitación hecha un desastre?

—También dejó una nota con la petición de un rescate —añadió Julián—, así que, cuando vuelvas, deberías poder casarte con tu conde y «vivir felices para siempre».

Scarlett reconoció la inteligencia de su hermana, pero si su padre descubría la verdad, se pondría furioso, en especial cuando solo faltaba una semana para su boda. Le vino a la cabeza la imagen de un dragón exhalando fuego, que le nubló la vista con cenicientos velos de ansiedad.

> *«Aunque quizá por una visita a la isla merezca la pena el riesgo». Era como si el viento le susurrase aquellas palabras y le recordase que el decimotercer día era también la fecha que figuraba en las invitaciones de Legend. «Nadie que llegue más tarde podrá participar en el concurso ni ganar el premio de este año, un deseo».*

Scarlett trató de no dejarse embaucar, pero su niña interior se empapaba de aquel nuevo universo con voracidad. Aquí, los colores eran más vivos, más intensos, más nítidos; en comparación, cualquier tono que hubiera visto antes parecía desvaído y falto de sustancia.

Las nubes adoptaban un resplandor de bronce cuanto más se acercaban a la isla, como si estuvieran a punto de incendiarse en lugar de descargar un aguacero. Le hizo pensar en la carta del maestro Legend, en la manera en que los bordes dorados casi parecían inflamarse cuando captaban la luz. Sabía que tenía que regresar a casa de inmediato, pero la promesa de lo que podría encontrar en la isla privada de Legend la tentaba igual que aquellos preciosos momentos de primera hora de la mañana, cuando

Scarlett podía despertarse y afrontar la implacable realidad del día o mantener los ojos cerrados y continuar soñando con cosas maravillosas.

Sin embargo, la belleza podía ser engañosa tal y como ponía de manifiesto el muchacho que estaba sentado frente a ella y remaba para desplazar con suavidad la balsa por las aguas como si raptar chicas fuera para él cosa de todos los días.

—¿Por qué está Tella ya en la isla? —le preguntó Scarlett.

—Porque en este bote tan solo caben dos personas. —Julián volvió a salpicar a Scarlett con el remo—. Deberías estar agradecida de que haya regresado a por ti después de dejarla a ella.

—Yo nunca te pedí que me sacaras de la isla, para empezar.

—Pero sí te pasaste siete años escribiéndole cartas a Legend, ¿no?

El calor le ascendió a Scarlett hasta las mejillas. Aquellas cartas no solo eran algo íntimo que únicamente había compartido con Tella, y además la manera burlona en que Julián había pronunciado el nombre de Legend la hizo sentirse como una boba, lo que en efecto había sido durante tantos años. Una cría que aún debía darse cuenta de que la mayor parte de los cuentos de hadas no tenían un final feliz.

—No es nada de lo que avergonzarse —dijo el marino—. Estoy seguro de que hay montones de mujeres jóvenes que le escriben cartas. Probablemente habrás oído que jamás envejece, y a mí me han contado que de alguna forma hace que la gente se enamore de él.

—No era nada de eso —contestó Scarlett—. En mis cartas no había nada romántico. Yo solo quería vivir la magia.

Julián entornó los ojos como si no la creyese.

—Si eso es cierto, ¿por qué ya no lo quieres?

—No sé qué más te ha contado mi hermana, pero yo diría que el otro día en la bodega ya viste lo que nos jugábamos. De pequeña, quería vivir Caraval. Ahora solo quiero que mi hermana y yo estemos a salvo.

—¿Y no crees que tu hermana quiere lo mismo? —Julián detuvo los remos y dejó que la barca se desplazase a la deriva sobre una ola suave—. Puede que yo no la conozca bien, pero no creo que tenga ningún deseo de morir.

Scarlett no estaba de acuerdo.

—Me parece que a ti se te ha olvidado vivir, y que tu hermana está tratando de recordártelo —prosiguió Julián—. Aunque si todo cuanto deseas es seguridad, te llevaré de vuelta.

Julián hizo un gesto con la barbilla para señalar una mota en la distancia que tenía aspecto de ser un barco de pesca más bien pequeño, muy probablemente el mismo en el que habían viajado hasta allí, ya que saltaba a la vista que aquella balsa en la que iban no estaba pensada para combatir la fuerza de los mares.

—Aunque no tengas ni puñetera idea de navegar, tampoco deberías tardar demasiado en dar con alguien que te recogiese y te llevase de vuelta a tu maravillosa Trisda. —Julián hizo una pausa y señaló hacia la neblinosa isla—. O si eres tan

valiente como tu hermana no para de decirme, solo tienes que dejar que siga remando. Te pasas esta semana con ella en la isla y compruebas si Tella tiene razón en que ciertas cosas valen más que la seguridad.

Una ola meció el bote e hizo chapotear el agua de color turquesa contra sus costados mientras ellos se adentraban a la deriva en el anillo de frías nubes de la isla. A Scarlett se le pegó el cabello a la nuca al tiempo que a Julián se le ondulaban los rizos oscuros.

—No lo entiendes —dijo ella—. Si demoro el regreso a Trisda, mi padre me destrozará. Se supone que tengo que casarme con un conde dentro de una semana, y este matrimonio es nuestra oportunidad de vivir de otra manera. Me encantaría disfrutar de Caraval, pero no estoy dispuesta a arriesgar mi única oportunidad de ser feliz.

—Qué forma tan dramática de ver las cosas. —Un tic se asomó a la comisura de los labios de Julián, como si estuviera tratando de contener una sonrisa burlona—. Quizá me equivoque, pero tampoco es que la mayoría de los matrimonios sean una pura dicha.

—No he dicho eso. —Scarlett odiaba que Julián no dejase de retorcer sus palabras.

El marinero volvió a meter el remo en el agua, lo justo para salpicarla de nuevo.

—¡Deja ya de hacer eso!

—Dejaré de hacerlo cuando me digas adónde quieres ir. —La salpicó una vez más mientras el bote se aproximaba a la isla y las nubes de latón comenzaban a oscurecerse en tonos de verde y de un azul gélido.

Un aroma que Scarlett jamás había percibido flotaba en el aire. Trisda siempre apestaba a pescado, pero aquí el aire resultaba dulce con un toque de acidez cítrica. Se preguntó si estaría alterado con alguna sustancia, porque, aunque sabía lo que tenía que hacer —llegar a la isla, encontrar a Tella y regresar a casa lo antes posible —, le estaba costando muchísimo decírselo a Julián. De pronto, volvía a tener nueve años, tan ingenua y esperanzada como para creer que una carta podía lograr que sus deseos se hiciesen realidad.

La primera vez que le escribió fue después de que su madre, Paloma, los abandonase. Pretendía ofrecerle a Tella un cumpleaños feliz. Su hermana fue quien más desconsolada se quedó cuando se fue su madre, y Scarlett trató de compensar la ausencia de Paloma, pero ella también era pequeña, y Tella no era la única que echaba desesperadamente de menos a su madre.

Habría sido más fácil dejarla marchar si al menos se hubiese despedido, si hubiera escrito una nota o dejado la más mínima pista de adónde o por qué se había marchado, pero Paloma se desvaneció sin más y sin llevarse nada consigo. Desapareció como una estrella que se quiebra y deja el mundo como estaba salvo por los fragmentos de luz que faltan y que nadie volverá a ver jamás.

Scarlett podría haberse preguntado si su padre habría hecho daño a su madre de

algún modo, pero el gobernador se puso hecho una furia cuando Paloma le dejó. Puso toda la hacienda patas arriba buscándola. Envió a sus guardias a recorrer las aldeas con el pretexto de estar buscando a un criminal, porque no quería que nadie descubriese que su esposa había huido. Si la raptaron, no quedaron signos de ningún forcejeo ni llegó jamás ninguna nota que pidiese un rescate. Al parecer, había decidido marcharse, y eso empeoraba las cosas todavía más.

Y a pesar de todo ello, Scarlett siempre había considerado a su madre una persona mágica, llena de sonrisas deslumbrantes, una risa musical y palabras dulces; cuando ella estaba en Trisda, había alegría en el universo de Scarlett, y su padre no era tan duro. El gobernador Dragna no se había mostrado violento con su familia antes de que Paloma lo abandonase.

La abuela de Scarlett se había interesado más en las niñas a partir de entonces. No era particularmente cariñosa. Scarlett siempre sospechaba que no le gustaban los niños, pero contaba unas historias exquisitas. Encandilaba tanto a Scarlett como a Tella con sus cuentos de Caraval, les decía que era un lugar donde vivía la magia, y ella se enamoró de esa idea y se atrevió a creer que si Legend y sus intérpretes iban a la isla de Trisda, le devolverían a su vida algo de alegría, al menos durante una breve temporada.

De pasada, Scarlett valoró la idea de sentir no solo un poco de felicidad, sino también de magia.

Pensó en cómo sería disfrutar de Caraval durante un día, explorar la isla privada de Legend, antes de cerrarle por completo la puerta a sus fantasías.

Faltaba una semana para su boda. No era el momento de embarcarse en una aventura imprudente.

Tella había saqueado el dormitorio de Scarlett, y Julián le acababa de decir que también había dejado una nota pidiendo un rescate, pero su padre terminaría descubriendo que todo era un engaño. Quedarse allí era la peor idea posible.

Ahora bien, si las hermanas solo se quedaban durante el primer día de Caraval, aún podrían regresar a tiempo para la boda de Scarlett, que dudaba que su padre averiguase tan pronto la verdad acerca de dónde habían estado. Estarían a salvo siempre que Tella y ella se quedasen solo durante las primeras veinticuatro horas, y su padre jamás descubriría dónde se habían metido realmente.

—El tiempo casi se ha acabado, Crimson.

La nube que los cubría se hizo menos espesa, y la orilla de la isla surgió a la vista. En la distancia, Scarlett vio una arena tan blanca y esponjosa que parecía el glaseado de una tarta. Casi se podía imaginar a Tella recorriéndola con los dedos —y convenciendo a Scarlett para que se uniese a ella— para ver si aquella arena sabía tan dulce como parecía.

—Si voy contigo ahora, ¿me prometes que no habrá más intentos de rapto si mañana trato de regresar a Trisda con Tella?

Julián se llevó una mano al corazón.

—Por mi honor.

Scarlett no estaba muy segura de que Julián tuviese demasiado honor, pero en cualquier caso, una vez que entrasen todos en Caraval, lo más probable era que se marchase y las abandonara.

—Puedes volver a remar. Pero ten cuidado con salpicarme.

Las comisuras de los labios de Julián se curvaron al tiempo que volvía a hundir los remos en el agua, y esta vez le empapó de frío las zapatillas a Scarlett.

—Te he dicho que dejes de mojarme.

—Yo no he sido. —Julián remó de nuevo, con más cuidado ahora, pero el agua seguía mojándole los pies a Scarlett. Estaba aún más fría que la de las vigorizantes costas de Trisda.

—Creo que hay una vía en el bote.

Julián soltó una maldición cuando el agua les llegó por los tobillos.

—¿Sabes nadar?

—Vivo en una isla. Por supuesto que sé nadar.

Julián se quitó el abrigo y lo tiró por la borda del bote.

—Si te quitas la ropa, será más fácil. Llevas algún tipo de ropa interior, ¿no?

—¿Estás seguro de que no podemos remar sin más hasta la playa? —discutió Scarlett. Aunque el frío le estaba empapando los pies, las manos le sudaban. La isla de los Sueños parecía encontrarse a unos cien metros; era una distancia mayor de lo que nunca había nadado.

—Podemos probar, pero este bote no llega a la orilla. —Julián se quitó las botas —. Nos irá mejor si utilizamos el tiempo que tenemos en quitarnos la ropa. El agua está fría; será imposible llegar completamente vestidos.

Scarlett estudió la superficie del agua cubierta por las nubes en busca de alguna señal de un barco o de un bote.

—Pero ¿qué nos pondremos cuando lleguemos a la isla?

—Me parece que basta con que nos preocupemos por llegar hasta allí, y por «nos» me refiero a ti.

—Julián se desabotonó la camisa y quedaron al descubierto una serie de músculos que dejaban bien a las claras que él no tendría ningún problema en el agua.

Luego, sin mediar palabra, se zambulló en el mar.

No miró atrás. Sus fuertes brazos cortaban la gélida corriente con facilidad mientras que el agua glacial ascendía en torno a Scarlett hasta que la mitad inferior de su vestido estuvo flotando a la altura de las pantorrillas. Intentó remar, pero solo consiguió hundir más el bote.

No tuvo más opción que saltar.

El aire abandonó sus pulmones a toda velocidad, y algo frío e irrespirable ocupó su lugar. Lo único que era capaz de ver era el color blanco. Todo era blanco. Hasta la tonalidad del agua había cambiado de aquellos remolinos de color rosa y turquesa a unos tonos aterradores de un blanco helado. Scarlett asomó la cabeza fuera del agua y

boqueó en busca de un aire que la achicharraba en su camino de descenso.

Trató de arrancar contra la corriente con la misma facilidad que Julián, pero él tenía razón. El corsé que le constreñía el pecho apretaba demasiado; la pesada tela que le rodeaba las piernas no dejaba de enredarse. Desesperada, no paraba de dar patadas, pero no servía para nada: cuanto más luchaba Scarlett, mayor batalla presentaba el mar. Apenas era capaz de mantener la cabeza fuera del agua. Una ola helada le rompió sobre la cabeza y la arrastró al fondo. Tanto frío y tanto peso. Le ardían los pulmones mientras luchaba por volver a alcanzar la superficie. Así debió de sentirse Felipe cuando el gobernador lo ahogó. «Te lo mereces», se dijo una parte de sí misma. Igual que unas manos, el agua la empujaba hacia abajo…

Más abajo…

Más abajo…

—Creía que sabías nadar. —Julián tiró de Scarlett hacia arriba hasta que su cabeza irrumpió en la superficie del agua—. Respira. Despacio —le sugirió—. No intentes coger mucho aire de golpe.

Y el aire aún le quemaba, pero Scarlett consiguió decir las palabras:

—Te has ido.

—Porque creía que sabías nadar.

—Es el vestido… —soltó Scarlett al sentir que la volvía a arrastrar al fondo una vez más.

Julián inhaló con fuerza.

—¿Te ves capaz de aguantar a flote un minuto sin mi ayuda?

Blandió un cuchillo en la mano libre y, antes de que Scarlett pudiera confirmarlo o quejarse, se sumergió veloz en el agua.

A ella le pareció que pasaba una eternidad antes de sentir la presión del abrazo de Julián en la cintura. A continuación, la punta del cuchillo le presionó en los pechos. Aguantó la respiración mientras el marinero trazaba una firme línea descendente por su estómago hasta llegar al centro de sus caderas para cortarle el corsé. El brazo que tenía alrededor de su cintura se apretó, y también lo hizo algo en el pecho de Scarlett. Nunca había estado en tal situación con un chico. Intentó no pensar en lo que Julián estaría viendo o palpando mientras terminaba de rajarle el pesado vestido y se lo arrancaba del cuerpo para dejarla tan solo con el camisón interior mojado y pegado a la piel.

Julián dio un grito ahogado al volver a la superficie y salpicó a Scarlett con el agua en la cara.

—¿Podrás nadar ahora? —Las palabras le costaban un mayor esfuerzo que antes.

—¿Y tú? —le preguntó Scarlett con la voz ronca, también forzada. Tenía la sensación de que acababa de suceder algo muy íntimo, o tal vez hubiera sido intenso tan solo para ella. Se imaginó que el marinero habría visto a muchas chicas en diversos grados de desnudez.

—Estamos malgastando nuestras fuerzas con la charla. —Julián empezó a nadar,

y esta vez se mantuvo cerca de ella, aunque Scarlett no sabía si era porque le preocupaba su seguridad o porque había perdido las energías ayudándola.

La joven aún podía sentir el empuje del mar que tiraba de ella hacia abajo, pero sin aquel vestido tan pesado, podía avanzar contra él. Alcanzó la resplandeciente orilla blanca de la isla de los Sueños a la vez que Julián. De cerca, la arena parecía más esponjosa aún. Esponjosa y, ahora que lo pensaba, más parecida a la nieve. Mucho más de lo que nunca había visto en Trisda. Nubes allí posadas, de un mágico color blanco, una fría alfombra que cubría toda la orilla.

Toda ella intacta de un modo inquietante.

—No me vayas a fallar ahora. —Julián agarró la mano de Scarlett y tiró de ella hacia los perfectos penachos de nieve—. Vamos, tenemos que seguir en movimiento.

—Espera… —Scarlett estudió la fría nieve una segunda vez. De nuevo le recordó a una tarta glaseada, de esas que había visto en los escaparates, lisa y perfecta, sin una sola huella del tamaño de las de Tella en la nieve—. ¿Dónde está mi hermana?



Las vaporosas nubes se habían desplazado a una posición en la que cubrían el sol y sumían la costa en una neblina de sombra de color azul grisáceo. La nieve intacta a los pies de Scarlett, que había dejado de ser blanca, le lanzaba guiños con un centelleo azul lavanda como si de una broma entre ellas se tratase.

—¿Dónde está Tella? —insistió Scarlett.

—Debo de haberla dejado en otra parte de la isla. —Julián alargó el brazo para volver a coger de la mano a Scarlett, pero esta la retiró—. Tenemos que seguir en movimiento, o nos congelaremos los dos.

Cuando hayamos entrado en calor, podremos buscar a tu hermana.

—Pero ¿y si ella también se está congelando? ¡Dona… tella! —chilló Scarlett en el castañeteo de sus dientes. La nieve bajo los dedos de los pies y la tela húmeda adherida a la piel helada la estaban dejando más fría que en aquella noche en que su padre la obligó a dormir a la intemperie después de haber descubierto que Tella había besado a su primer chico. Aun así, Scarlett no se iba a marchar sin encontrar a su hermana—. ¡Donatella!

—Estás malgastando el aliento. —Empapado y sin camisa, Julián tenía un aspecto aún más peligroso de lo normal cuando fulminó a Scarlett con la mirada—. Tu hermana estaba seca cuando la dejé. Llevaba abrigo y guantes. No se va a congelar esté donde esté, pero nosotros sí lo haremos, si nos quedamos aquí.

Deberíamos dirigirnos hacia lo que sea que haya detrás de esos árboles.

Más allá del lugar donde el manto de nieve de la playa se topaba con la línea verde de una espesa arboleda, en el cielo se retorcía una columna de humo del color naranja del ocaso. Scarlett habría jurado que no estaba allí un minuto antes. Ni siquiera recordaba haber visto los árboles. Distintos de los arbustos pelados de Trisda, aquellos troncos parecían unas trenzas gruesas, retorcidas y cubiertas de un musgo azul verdoso como si fuera nieve.

—No… —Tiritó Scarlett—. Tenemos…

—No podemos seguir paseándonos así —la interrumpió Julián—. Se te están poniendo morados los labios. Tenemos que localizar ese humo.

—Me da igual. Si mi hermana sigue ahí fuera…

—Lo más probable es que tu hermana se haya marchado en busca de la entrada al concurso. Solo tenemos hasta que acabe el día para conseguir entrar en Caraval, lo que significa que deberíamos seguir ese humo, y después hacer lo mismo. —Echó a andar con el crujido de sus pies descalzos sobre la nieve.

La mirada de Scarlett recorrió veloz la playa intacta una última vez. Tella jamás había sabido esperar pacientemente —ni impacientemente tampoco—, pero si había entrado en Caraval, ¿por qué no había ni rastro de ella?

A regañadientes, Scarlett siguió a Julián al bosque. Los fragmentos de las agujas de los pinos se le quedaban pinchados en unos dedos de los pies que ya era incapaz de sentir cuando la nieve dio paso a un camino de tierra de color castaño. Sin embargo, mientras que sus pies dejaban unas huellas húmedas, no veía marca alguna de las botas de tacón de su hermana.

—Es probable que tomase otra ruta desde la playa. —Los dientes de Julián no castañeteaban, aunque su piel morena iba adoptando un tono azulado a juego con las sombras distorsionadas de los árboles.

Scarlett quería oponerse, pero la tela húmeda que la cubría se estaba congelando. En el bosque hacía más frío que en la playa. Se cubrió el pecho con los brazos gélidos, pero solo sirvió para hacerle sentir más frío.

Una fugaz sombra de preocupación se asomó al semblante de Julián.

—Hay que llevarte a algún sitio donde haga calor.

—Pero mi hermana…

—… Es lo bastante lista como para estar ya dentro del concurso. Si te congelas aquí fuera, no la vas a encontrar. —Julián rodeó con el brazo los hombros de Scarlett.

Ella se puso en tensión.

Las cejas oscuras del marinero formaron un gesto ofendido.

—Solo intento darte algo de calor.

—Pero si tú también te estás congelando. —«Y estás prácticamente desnudo».

Scarlett se apartó, medio a trompicones, al tiempo que la arboleda se acababa y el suelo de tierra blanda se transformaba en un sendero más firme, pavimentado con piedras opalinas suaves como los cantos de cristal pulido que el mar deposita en la playa. Aquel camino adoquinado se extendía más allá del alcance de la vista y se multiplicaba en un laberinto de calles sinuosas. Todas ellas tenían a ambos lados unas hileras de comercios circulares y desiguales pintados en tonos pastel o de piedras preciosas, y los comercios se apilaban los unos sobre los otros de cualquier forma, como si fuesen cajas sombrereras.

Era precioso, con su encanto, pero también tenía una quietud antinatural. Todas las tiendas estaban cerradas, y la nieve cubría los tejados igual que el polvo lo hacía sobre los libros de historia abandonados. Scarlett no sabía qué tipo de sitio era aquel, pero no era así como se imaginaba Caraval.

El humo del ocaso aún se elevaba en el aire, pero parecía tan lejano como cuando

estaban en la playa.

—Crimson, tenemos que seguir moviéndonos —le instó Julián para bajar por aquella curiosa calle.

Scarlett no sabía si era posible que el frío le hiciese sufrir alucinaciones, o si es que le pasaba algo en la cabeza. Además de estar todo extrañamente silencioso, ninguno de los carteles de aquellos comercios con forma de sombrerera tenía sentido alguno. Estaban escritos con una diversidad de idiomas. En unos decía ABIERTO: EN ALGÚN MOMENTO HACIA LA MEDIANOCHE. En otros decía VUELVA USTED AYER.

—¿Por qué está todo cerrado? —preguntó, y sus palabras surgieron en frágiles resoplidos—. ¿Y dónde está todo el mundo?

—Tenemos que seguir adelante. No te detengas. Hay que encontrar un sitio caliente. —Julián aumentó el ritmo y dejó atrás las tiendas más peculiares que Scarlett jamás había visto.

Había bombines cubiertos con cuervos disecados. Fundas de sombrillas. Cintas de señora para el pelo con incrustaciones de dientes humanos. Espejos que podían reflejar la oscuridad del interior del alma de una persona. Sin duda, el frío estaba jugando con su visión. Esperaba que Julián estuviese en lo cierto y que Tella se hallase en algún lugar calentito. Scarlett continuó buscando algún atisbo de los cabellos de su hermana, rubios como la miel, con el oído atento a su vibrante risita, pero todos los comercios estaban desiertos, en silencio.

Julián probó a abrir varios picaportes; ninguno se movió ni un milímetro.

La siguiente hilera de comercios abandonados contaba con una serie de objetos fantásticos. Estrellas fugaces. Semillas para cultivar deseos. En El Ocular de Odette vendían gafas para ver el futuro (DISPONIBLES EN CUATRO COLORES).

—Esas estarían bien —murmuró Scarlett.

En la puerta contigua al comercio de Odette, un cartel afirmaba que su dueño era capaz de reparar una imaginación rota. Aquel mensaje flotaba sobre varias botellas de sueños, de pesadillas y de algo llamado «terrores diurnos», justo lo que Scarlett suponía que estaba sufriendo en aquel instante en que se le formaban carámbanos de hielo en el cabello oscuro.

A su lado, Julián soltó una maldición. Varias manzanas de tiendas al estilo de sombrereras más allá, casi podía ver de dónde procedía el humo, que ahora se retorcía con la forma de un sol con una estrella dentro y una lágrima dentro de la estrella: el símbolo de Caraval. Sin embargo, el frío se le había metido ya a Scarlett hasta los huesos y los dientes; se le estaban escarchando incluso los párpados.

—Un momento…, qué… ¡Está por allí! —Con una mano temblorosa, la chica hizo un gesto a Julián para señalarle en dirección a Relojes Casabian.

Al principio, Scarlett creyó que solo era el marco dorado del escaparate, pero tras el cristal, más allá de un bosque de péndulos, pesos y cajas resplandecientes de madera, brillaba una chimenea. Y un letrero en la puerta decía: SIEMPRE ABIERTO.

Un coro de tictacs, cucos, segunderos y mecanismos de cuerda dio la bienvenida a

la pareja congelada, que entró en tromba. Debido al calor repentino, Scarlett notó un cosquilleo en los miembros que ya había dejado de sentir, mientras que el aire caliente le achicharraba los pulmones en su descenso.

Con las cuerdas vocales heladas, se le quebró la voz al decir:

—¿Hola?

Tictac.

Tac tic.

Solo respondieron los engranajes y los piñones.

La tienda era circular, como la esfera de un reloj. El suelo estaba enlosado en un mosaico de diferentes estilos de números, mientras que prácticamente todas las superficies aparecían cubiertas por relojes. Algunos iban hacia atrás; otros estaban llenos de ruedecillas y palancas a la vista. En la pared del fondo había varios que se movían como un rompecabezas cuyas piezas se iban uniendo conforme se aproximaba la hora en punto. En una vitrina de cristal grueso y cerrada con llave, situada en el centro de la habitación, se afirmaba que el reloj de bolsillo que había dentro retrocedía en el tiempo. Otro día, Scarlett hubiera sentido curiosidad, pero lo único que le preocupaba era acercarse más al rugiente círculo de calor que salía de la chimenea.

Habría estado encantada de quedarse delante hasta fundirse en un charco.

Julián apartó la reja y avivó los leños con un atizador que había cerca.

—Deberíamos quitarnos esta ropa.

—Yo… —Scarlett interrumpió su protesta cuando Julián cruzó hasta un reloj de pie de palisandro.

Delante aguardaban dos pares de botas, y dos atuendos en sendas perchas se balanceaban del frontón, en cada extremo.

—Parece que alguien te está echando un ojo. —El tonillo burlón había regresado a la voz del marinero.

Ella trató de no hacerle caso mientras se acercaba muy despacio. Junto a la ropa, sobre una mesa dorada cubierta de relojes lunares, un jarrón curvilíneo de rosas rojas aguardaba al lado de una bandeja cargada de pan de higo, té de canela y una nota.

Para Scarlett Dragna y su acompañante.

Cuánto me complace que consiguiera llegar.

Legend

El mensaje estaba escrito en el mismo papel de bordes dorados que la carta que Scarlett había recibido en Trisda. Se preguntó si Legend se desvivía tanto por todos sus invitados. Le costaba creer que ella fuese especial, y aun así no era capaz de imaginar que el maestro de Caraval obsequiase a todos los visitantes con un saludo

personal y unas rosas rojas.

Julián carraspeó.

—¿Me permites? —El marinero extendió el brazo por delante de Scarlett, arrancó un trozo de pan y bajó de un tirón el atuendo dispuesto para él. Acto seguido comenzó a desabrocharse el cinto que le sujetaba los pantalones—. ¿Vas a mirar cómo me desnudo? Porque a mí no me importa.

Avergonzada, Scarlett apartó la vista de inmediato. Aquel chico no tenía el menor decoro.

Ella también tenía que vestirse, pero no había dónde hacerlo con la seguridad de quedar oculta.

Parecía imposible que aquella estancia se hubiese hecho más pequeña desde que habían llegado, y, sin embargo, ahora podía ver lo verdaderamente minúscula que era. Entre ella y la puerta principal no había ni tres metros.

—Si te das la vuelta, nos podremos cambiar los dos.

—También nos podemos cambiar contemplándonos el uno al otro. —En su voz había ahora una sonrisa.

—No era eso lo que quería decir —contestó Scarlett.

Julián se rio para sus adentros, pero cuando Scarlett levantó la cabeza, el marinero estaba de espaldas. Intentó no quedarse mirando. Cada milímetro de su cuerpo estaba musculado, igual que lo estaba su torso, pero no fue lo único que le llamó la atención. Una gruesa cicatriz le desfiguraba la zona situada entre ambos omoplatos. Otras dos le atravesaban la parte baja de la espalda, como si alguien lo hubiese acuchillado varias veces.

Scarlett reprimió un suspiro ahogado y de inmediato se sintió culpable. No tenía que haber mirado.

Se apresuró a recoger la ropa preparada para ella y se centró en vestirse. Intentó evitar imaginarse lo que le habría sucedido. A ella no le gustaría que nadie viese sus cicatrices.

Por lo general, su padre solo le dejaba unas magulladuras, pero ella se había pasado años vistiéndose sola, sin la ayuda de una doncella, para que nadie las viese. Se había imaginado que tanta experiencia le vendría bien ahora, pero el vestido que Legend había dispuesto no requería de ninguna ayuda; era bastante sencillo, decepcionante: lo contrario de lo que ella se había imaginado que serían los atuendos de Caraval. No había corsé. La tela del corpiño era de un color *beige* nada llamativo, con una falda lisa. Sin enaguas, combinaciones ni polisón.

—¿Puedo darme la vuelta ya? —preguntó Julián—. No es nada que no haya visto antes.

Le recordó al instante la firmeza con que la había agarrado por la cintura mientras le rajaba el vestido, y aquello le hizo sentir un cosquilleo que le descendió desde el esternón hasta la cadera.

—Gracias por recordármelo.

—No me refería a ti. Apenas te he visto el…

—Lo estás empeorando. Pero ya puedes volverte —dijo ella—. Me estoy abrochando las botas.

Cuando Scarlett levantó la vista, Julián estaba delante de ella, y Legend no le había elegido un atuendo falto de atractivo, desde luego.

Los ojos de Scarlett se desplazaron desde el pañuelo de caballero negro azulado que le rodeaba el cuello hasta el chaleco ceñido de color burdeos en el que este se remetía. Un frac azul marino le realzaba los fuertes hombros y la estrecha cintura. El único elemento que conservaba del marinero era el cinto del cuchillo colgado de las caderas de sus finos pantalones.

—Pareces… distinto —dijo Scarlett—. Ya no tienes pinta de recién salido de una reyerta.

Julián se irguió un poco, como si le hubiera hecho un cumplido, y Scarlett no estuvo muy segura de no haberlo hecho. No parecía justo que alguien tan irritante pudiese presentar un aspecto tan cercano a la perfección, aunque, a pesar de su impoluto atuendo, seguía distando mucho de la caballerosidad, y no solo por el rostro sin afeitar o por los trasquilones ondulados de su cabello castaño. Había en Julián algo salvaje que las prendas de Legend eran incapaces de domar. Los afilados planos de su rostro, la ceñuda mirada de sus ojos castaños… aquello no quedaba amortiguado por el hecho de que ahora luciese una corbata o… ¿un reloj de bolsillo?

—¿Has robado eso? —le preguntó Scarlett.

—Lo he cogido prestado —la corrigió Julián mientras hacía girar la cadena en el dedo—. Igual que la ropa que tú llevas puesta. —Le echó un vistazo y asintió en señal de aprobación—. Ya veo por qué te envió a ti las entradas.

—¿Qué quieres dec…? —Scarlett se interrumpió al ver su reflejo en el cristal de un reloj espejado.

No había ya tonos insulsos y apagados, el vestido era ahora de un intenso color guinda: el color de la seducción y los secretos. Una elegante hilera de lazos descendía por el centro del corpiño ajustado con un cuello con escote realzado por un polisón a juego y con volantes. Más abajo, las faldas estaban festoneadas y se ajustaban a sus formas, cinco finas capas de diferentes telas que se alternaban entre las sedas y tules de color guinda y fragmentos de encaje negro. Incluso las botas habían cambiado, del simple marrón a una combinación elegante de cuero negro y encaje a juego.

Recorrió las telas del vestido con las manos para asegurarse de que no se trataba de un engaño del espejo o de la luz, o quizá le hubiera parecido sosa la ropa en su estado previo de congelación. Sin embargo, Scarlett sabía muy en el fondo que solo cabía una explicación: Legend le había ofrecido un vestido encantado.

Se suponía que una magia como aquella solo te la encontrabas en los cuentos, pero aquel vestido era muy real, y la dejaba sin saber muy bien a qué atenerse. A la niña que llevaba en su interior le encantaba; la Scarlett madura no tenía la seguridad de sentirse cómoda con él puesto, fuese mágico o no. Su padre jamás le habría

permitido ponerse algo tan llamativo, y, aunque él no estuviese allí, la atención no era algo que Scarlett ansiase.

Era una joven guapa, por mucho que ella prefiriese ocultarlo con frecuencia. Había heredado el denso y oscuro cabello de su madre, que complementaba su piel aceituna. Su rostro era más ovalado que el de Tella, con la nariz menuda y unos ojos de color avellana tan grandes que siempre le daba la sensación de que expresaban más de lo que a ella le gustaría.

Por un instante casi deseó el vestido soso de color *beige*. Nadie se fijaba en las muchachas que vestían atuendos feos. Si se concentraba en ello, quizá el vestido volviese a cambiar, pero, mientras visualizaba un corte más sencillo y un tono más ramplón, el vestido de color cereza seguía tan intenso y ajustado, ceñido a unas curvas que ella hubiera preferido ocultar.

Le vinieron a la mente las crípticas palabras de Julián —«Ya veo por qué te envió a ti las entradas»—, y se preguntó si había hallado la manera de escapar de los mortales juegos de su padre en Trisda tan solo para convertirse en una pieza muy bien vestida sobre un nuevo tablero de juego.

—Si ya has terminado de admirarte —profirió el marinero—, ¿buscamos a esa hermana a la que tantas ganas tenías de encontrar?

—Me imaginaba que tú también estarías preocupado por ella —respondió Scarlett.

—Entonces es que tienes un concepto demasiado elevado de mí. —Julián arrancó hacia la puerta cuando se dispararon todos los carillones de la tienda.

—Tal vez prefieras no salir por ahí —dijo una voz desconocida.



El hombre voluminoso que acababa de entrar en la tienda tenía el aspecto de un reloj. En su rostro oscuro y redondo, el bigote se extendía como una manecilla horaria y un minutero. Su reluciente levita marrón le recordaba a Scarlett a la madera encerada, los tirantes dorados parecían las poleas de los cables.

—No estábamos robando —dijo Scarlett—. Nosotros…

—Deberías hablar solo por ti misma. —La voz de barítono del hombre cayó varias octavas al concentrar en Julián la mirada de sus ojos entrecerrados.

A base de tratar con su padre, Scarlett sabía que lo mejor era no parecer culpable.

«No mires a Julián».

Aun así, no pudo evitar mirarlo.

—¡Lo sabía! —exclamó el hombre.

Julián alargó el brazo hacia Scarlett como si fuese a empujarla hacia la puerta.

—¡Oh, no, no huyáis! No es más que una broma —les dijo el desconocido—. ¡Que no soy Casabian, no soy el dueño! Soy Algie, y no me importa si tenéis los bolsillos repletos de relojes.

—¿Por qué intentas evitar que nos marchemos, entonces? —Las manos de Julián se encontraban sobre su cinto, y una de ellas se aproximaba al cuchillo.

—Este joven está un pelín paranoico, ¿no te parece? —Algie se volvió hacia Scarlett, pero ella también estaba percibiendo los tonos salvia de la sospecha. ¿Era cosa de ella, o el tictac de los relojes de la pared iba más rápido ahora?

—Vamos —dijo Scarlett a Julián—. Lo más seguro es que Tella esté preocupadísima por nosotros ahora mismo.

—Busquéis a quien busquéis, lo encontraréis más rápido por aquí. —Algie se acercó al gran reloj de pie de palisandro, abrió la puerta acristalada y tiró de uno de los pesos. Cuando lo hizo, los relojes del rompecabezas metálico de la pared cambiaron. Las piezas se reorganizaron, encajaron y conformaron una magnífica puerta parcheada con una ruedecilla dentada en lugar del picaporte.

Algie hizo un gesto teatral con el brazo.

—¡Solo por hoy! Un trato de ganga con el que ambos podréis utilizar esta

entrada, un atajo directo al corazón de Caraval.

—¿Y cómo sabemos nosotros que no es una simple entrada a tu sótano? —le preguntó Julián.

—¿Acaso te parece esto la puerta de un trastero? Observa con todos tus sentidos. —Algie tocó la ruedecilla dentada de la puerta, y todos los relojes de la tienda se silenciaron a una—. Si os marcháis de aquí por la otra salida, os veréis de nuevo arrojados al frío, y aún tendréis que atravesar las puertas. Esto os ahorrará un tiempo muy valioso. —Soltó la ruedecilla, y todos los relojes volvieron a moverse.

Tictac. Tac tic.

Scarlett no sabía si creía a Algie o no, pero resultaba obvio que había algo mágico en aquel portal de la pared. Le daba una ligera sensación similar a la del vestido que lucía, como si ocupase algo más de espacio que todo lo demás a su alrededor. Y, de ser un atajo a Caraval, entonces debería encontrar antes a su hermana.

—¿Cuánto nos costará?

Las oscuras cejas de Julián se arquearon.

—¿De verdad estás valorando su oferta?

—Sí, si nos lleva más rápido hasta mi hermana. —Scarlett se imaginaba que el marinero estaría totalmente a favor de los atajos, pero los ojos del joven, en cambio, no dejaban de recorrerlo todo a su alrededor, casi nerviosos—. ¿Crees que es una mala idea? —le preguntó.

—Creo que la entrada a Caraval es el humo que hemos visto, y yo preferiría conservar mi dinero. —Alargó el brazo hacia la puerta principal.

—Pero si ni siquiera conoces el precio —dijo Algie.

Julián lanzó un vistazo a Scarlett e hizo una pausa que duró el clic de un segundero. Algo insondable parpadeó en sus ojos, y cuando volvió a hablar, Scarlett hubiera jurado que había tensión en su voz.

—Haz lo que tú quieras, Crimson, pero escucha una advertencia bienintencionada para cuando entres ahí: ten cuidado en quién confías; aquí, la mayoría de la gente no es lo que parece. —Y sonó una campanilla cuando salió.

Scarlett no esperaba que se quedase con ella para siempre, y aun así se dio cuenta de que se sentía un poco más incómoda con aquella partida tan abrupta.

—Espera… —La llamó Algie cuando ella arrancó para seguirlo—. Sé que tú sí me crees. ¿Vas a perseguir a ese chico, sin más, y a dejar que sea él quien decida por ti, o vas a tomar tú tus propias decisiones?

Scarlett sabía que debía marcharse. Si no se apresuraba, jamás encontraría al marinero, y entonces estaría completamente sola. Sin embargo, el modo en que Algie había utilizado la palabra *decisiones* la hizo detenerse. Con su padre diciéndole siempre lo que tenía que hacer, rara era la vez que Scarlett tenía la sensación de contar con una verdadera oportunidad de decidir. O quizá se detuvo porque aquella parte de ella que ni mucho menos se había desprendido de todas las fantasías de su infancia deseaba creer a Algie.

Pensó en la facilidad con que se había formado la puerta y se habían silenciado todos los relojes cuando Algie tocó aquel picaporte tan peculiar.

—Aunque me interesase —dijo ella—, no tengo dinero.

—¿Y si no te estuviera pidiendo dinero? —Algie se enderezó las puntas del bigote—. He dicho que ofrezco un trato; me gustaría que me prestases tu voz.

Scarlett se atragantó con una risa nerviosa.

—Eso no suena muy justo. —«¿Acaso es la voz, siquiera, algo que se pueda prestar?».

—La quiero solo durante una hora —respondió Algie—. Tardarías eso, por lo menos, en seguir el rastro del humo, entrar en la casa y empezar el concurso, pero yo te puedo dejar entrar ahora mismo. —Sacó un reloj del bolsillo y movió ambas manecillas hasta la parte superior—. Di que sí, y este aparato se hará con tu voz durante sesenta minutos, y mi puerta te conducirá directa al corazón de Caraval.

Podría encontrar a su hermana en aquel instante.

Ahora bien, ¿y si estaba mintiendo? ¿Y si se la quedaba más de una hora? Scarlett se sentía incómoda confiando en un hombre al que acababa de conocer, y más aún después de la advertencia de Julián. La idea de perder la voz también la aterrorizaba. Sus gritos jamás habían impedido que su padre hiciese daño a Tella, pero al menos había tenido siempre la posibilidad de gritar. Si aceptaba esto y sucedía algo, se vería impotente. Si divisaba a Tella en la distancia, no podría llamarla a voces. ¿Y si Tella la estaba esperando en las puertas?

Lo único que Scarlett sabía era cómo sobrevivir a base de cautela. Cuando su padre hacía un trato, siempre había algo horrible que se le había olvidado mencionar. Scarlett no podía arriesgarse a que aquello le sucediese ahora.

—Me arriesgaré con la entrada habitual —dijo ella.

A Algie se le vino abajo el bigote.

—Tú te lo pierdes. La verdad es que era una ganga.

Tiró de la puerta parcheada y la abrió. Por un deslumbrante momento, Scarlett tuvo un atisbo del otro lado: un apasionado cielo hecho de limones fundidos y ardientes melocotones. Escuetos riachuelos que brillaban como gemas bien pulidas. Una risueña muchacha de tirabuzones del color de la miel…

—¡Donatella! —Scarlett echó a correr hacia la puerta, pero Algie dio un portazo antes de que sus dedos raspasen el metal—. ¡No!

La chica agarró la ruedecilla dentada y trató de girarla, pero se deshizo en cenizas y cayó en un lúgubre montículo a sus pies. Observó desesperada cómo volvían a cambiar las piezas y se separaban hasta que ya no hubo puerta.

Debería haber aceptado el trato. Tella lo habría hecho. Es más, Scarlett se figuraba que así era como su hermana había entrado allí. Tella jamás se preocupaba por el futuro o por las consecuencias; era cosa de Scarlett el hacerlo por ella, así que, en lugar de sentirse mejor al saber que Tella estaba ciertamente en Caraval, como debería, Scarlett solo se veía capaz de preocuparse por los problemas con que se

encontraría su hermana. Ella tenía que haber estado allí con Tella, y ahora también había perdido a Julián.

Salió a toda prisa de la tienda de Casabian y echó a correr por la calle. Cualquier calor que hubiera sentido dentro se desvaneció de inmediato. No pensaba que hubiese permanecido allí mucho tiempo, e incluso así la mañana se había marchado con la primera hora de la tarde. Los comercios con forma de sombrerera quedaban ya oscurecidos en un barullo de plomizas sombras.

«Será que el tiempo avanza más deprisa en esta isla». A Scarlett le preocupaba pestañear y encontrarse con que habían salido las estrellas. No solo se había separado de Tella y de Julián, sino que además había perdido unos minutos muy valiosos. El día casi había llegado a su fin, y la invitación de Legend decía que solo tenía hasta la medianoche para conseguir cruzar las puertas principales de Caraval.

El viento danzaba por los brazos de Scarlett y le rodeaba las muñecas con sus gélidos dedos allá donde el vestido no las cubría.

—¡Julián! —gritó esperanzada.

Pero no había ni rastro de su antiguo acompañante. Se hallaba completamente sola. No estaba segura de que el concurso hubiese empezado, pero ella se sentía ya como si fuese perdiendo.

En un momento de pánico creyó que el humo también había desaparecido, pero entonces lo volvió a localizar. Más allá de las oscurecidas tiendas de cuento, los anillos de aquel humo de olor dulce se elevaban en el cielo, surgían de una gigantesca chimenea de ladrillo unida a una de las casas más grandes que Scarlett había visto nunca. Cuatro plantas de altura, con elegantes torrecillas, balcones y maceteros repletos de vistosas preciosidades: blancas flores de carraspique, amapolas moradas y bocas de dragón de color mandarina, todas ellas intactas, no se sabía muy bien cómo, a pesar de la nieve, que había comenzado a caer de nuevo.

Scarlett se apresuraba hacia la casa, presa de un nuevo escalofrío, cuando se aproximaron a ella unos pasos y oyó una grave carcajada que surgía de una ráfaga de color blanco.

—¿No has aceptado la oferta del señor Reloj de Pie?

Scarlett dio un respingo.

—Tampoco hace falta que te asustes, Crimson, solo soy yo. —Julián surgió de entre las sombras de un edificio cercano en el preciso instante en que el sol terminaba de ponerse.

—¿Por qué no has entrado aún? —dijo señalando hacia la casa de las torretas. Medio aliviada por no estar sola, medio nerviosa al ver de nuevo al marinero. Unos minutos atrás había salido corriendo de la relojería; ahora, Julián se acercaba a ella dando un paseo como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Su tono de voz fue cálido y cariñoso al decir:

—A lo mejor tenía la esperanza de que aparecieses, ¿no?

A Scarlett, sin embargo, le costaba creer que se hubiese quedado esperándola ahí,

sin más, sobre todo después de la manera tan abrupta en que la había dejado. Había algo que él no le estaba contando, o quizá ella estuviese paranoica después de haber perdido a Tella en la relojería. Se dijo que no tardaría en estar con su hermana, pero ¿y si no era capaz de encontrarla una vez dentro?

De cerca, la mansión de madera parecía todavía más grande, se extendía hacia el cielo como si los maderos de sus vigas continuasen creciendo. Scarlett tuvo que estirar el cuello para verla entera. Una verja de hierro de quince metros de alto se retorcía a su alrededor con diversas formas tanto vulgares como inocentes: cualquiera diría que se movían, incluso actuaban. Muchachas que se pavoneaban perseguidas por chicos traviesos; brujas a lomos de tigres y emperadores subidos en elefantes; carros tirados por caballos alados; y en el centro de todo aquello colgaba un letrero de un vivo color rojo carmesí bordado con el símbolo plateado de Caraval.

Si Tella hubiese estado allí con ella se podrían haber reído juntas, de ese modo en que solo las hermanas pueden hacerlo. Tella habría fingido que aquello no la impresionaba, aunque por dentro habría estado encantada. No era lo mismo con aquel marinero extraño, que no parecía ni impresionado ni encantado.

Después de haber visto cómo la había ayudado ese día, Scarlett tuvo que admitir que no era el sinvergüenza que parecía ser, pero también dudaba que fuese el simple marinero que aparentaba. Julián observó la verja con recelo, tensos los hombros, rígidas como una tabla las líneas de la espalda. Toda la pereza que Scarlett había presenciado en el bote se había desvanecido; Julián era ahora un resorte cargado, enrollado a presión como si se estuviese preparando para alguna suerte de enfrentamiento.

—Creo que deberíamos continuar bajando y buscar una puerta —dijo él.

—¿No ves esa bandera? —respondió Scarlett—. Es por aquí por donde se tendrá que entrar.

—No, creo que es más abajo. Confía en mí.

No confiaba en él, pero después de su última metedura de pata, tampoco confiaba en sí misma, y no quería volver a quedarse sola. Unos veinte metros más abajo encontraron otra bandera.

—Este sitio parece exactamente igual que el de antes…

—¡Bienvenidos! —Una chica de piel oscura salió de detrás de la banderola pedaleando en un monociclo e interrumpió a Scarlett—. Llegáis justo a tiempo. —La chica hizo una pausa, y, uno tras otro, se encendieron llameantes los faroles que colgaban de las puntas de la verja. Resplandecientes chispas en dorado y azul, «el color de los sueños de la infancia», pensó Scarlett—. Me encanta, siempre que esto sucede —aplaudió la chica del monociclo—. Ahora, antes de poder dejaros pasar a ninguno de los dos, buenos señores, tengo que ver vuestras entradas.

Las entradas. Scarlett se había olvidado por completo de ellas.

—Ah…

—No te preocupes, amor, las tengo yo. —Julián rodeó a Scarlett con el brazo y la

atrajo a una distancia inesperadamente corta. Y ¿no la había llamado «amor»?—. Sígueme el juego, por favor —le susurró en el oído al meterse la mano en el bolsillo y sacar dos tiras de papel, ambas un poco marchitas y arrugadas de su chapuzón en el mar.

Scarlett se contuvo y no dijo nada cuando su nombre apareció en la primera. Acto seguido, la monociclista sostuvo la otra a la luz de la vela de uno de los faroles de la verja.

—Qué inusual. No solemos ver entradas sin un nombre.

—¿Hay algún problema? —preguntó Scarlett, de repente inquieta.

La monociclista bajó la mirada hacia Julián, y su alegre ademán flaqueó por primera vez.

Scarlett estaba a punto de explicarle cómo había recibido las entradas, pero Julián intervino antes al tiempo que su brazo la presionaba con más fuerza contra sus hombros en lo que parecía ser una advertencia.

—La envió el maestro Legend de Caraval. Ella y yo nos vamos a casar. Él regaló las entradas a mi prometida, Scarlett.

—Oh. —La monociclista volvió a aplaudir—. ¡Lo sé todo sobre vosotros dos! Los invitados especiales del maestro Legend. —Observó a Scarlett con más detenimiento—. Debería haber reconocido tu nombre. Lo siento. Son tantos nombres que a veces se me olvida el mío. —Se rio con su propio chiste.

Scarlett trató de forzar también una carcajada, pero lo único en que podía pensar era en el brazo que la rodeaba y en el uso que Julián había hecho de la palabra *prometida*.

—Será mejor que os aseguréis de no perderlas. —La monociclista extendió el brazo a través de la verja, le pasó las entradas a Julián y, por un instante, sus ojos se detuvieron en él como si hubiese algo más que le quisiera decir. Luego dio la impresión de que se lo pensaba mejor. Apartó la mirada, se metió la mano en el bolsillo de su chaleco parcheado y sacó un rollo de papel negro—. Ahora, antes de que pueda dejaros pasar, hay una cosa más. —Aceleró el ritmo de su pedaleo y levantó del suelo varias tiras de nieve de color lechoso—. Esto se os repetirá una vez que estéis dentro. Al maestro Legend le gusta que todo el mundo lo oiga dos veces.

Se aclaró la garganta y pedaleó aún más rápido.

—¡Bienvenidos, bienvenidos a Caraval! El más grandioso espectáculo sobre la tierra o por mar.

Dentro viviréis más maravillas de las que la mayoría de la gente ve en toda una vida. Podréis dar un sorbito de magia de una copa y comprar sueños embotellados, pero, antes de que entréis de forma plena en nuestro universo, debéis recordar que todo es un juego. Cuanto suceda más allá de esta verja podría horrorizaros o emocionaros, pero no dejéis que nada de ello os engañe. Trataremos de convenceros de que es real, pero todo es una representación. Un universo construido a base de fantasía. Así que, mientras nosotros queremos que os dejéis llevar, cuidado con

dejaros llevar demasiado lejos. Los sueños que se hacen realidad pueden ser excesivamente bellos, pero también se pueden convertir en pesadillas cuando la gente no se quiere despertar.

Hizo una pausa y pedaleó más y más rápido hasta que fue como si desaparecieran los radios de la rueda de su monociclo, y se desvanecieron delante de los ojos de Scarlett en el momento en que se abrió la verja de hierro forjado.

—Si habéis venido a participar en el concurso, tenéis que tomar esta senda. —Un carril curvo a la izquierda de la chica se iluminó con charcos de cera plateada ardiendo que hacía relucir el camino en contraste con la oscuridad—. Si habéis venido a presenciarlo… —Hizo un gesto con la barbilla para señalar a la derecha, y una brisa repentina bamboleó los farolillos de papel colgados, que cobraron vida y proyectaron una luz anaranjada como una calabaza sobre una senda en pendiente.

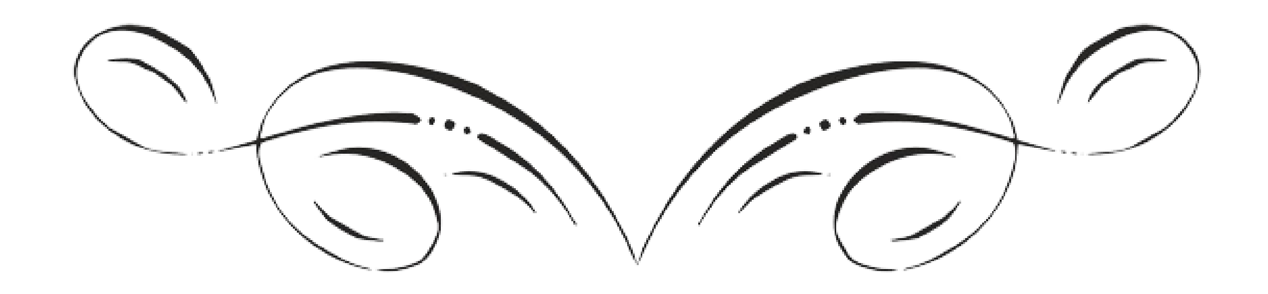
Julián hundió la cabeza más cerca de Scarlett.

—No me digas que te estás planteando la posibilidad de asistir como una simple espectadora.

—Por supuesto que no —dijo Scarlett, pero vaciló antes de dar un paso en la otra dirección.

Observó las velas que titilaban contra la noche cerrada, las sombras que se ocultaban detrás de los árboles oscurecidos y los macizos de flores que flanqueaban la centelleante ruta hacia el concurso.

«Solo me voy a quedar un día», se recordó Scarlett.



LA NOCHE DE LA VÍSPERA DE CARAVAL





El cielo estaba negro, la luna se había ido a visitar algún otro lugar del mundo, cuando Scarlett dio su primer paso en Caraval. Apenas unas estrellas rebeldes ocupaban su lugar en lo alto, observando, mientras Julián y ella cruzaban el umbral de la verja de hierro forjado y se adentraban en un reino que para algunos tan solo existiría en las historias más disparatadas.

Mientras que el resto del universo se había quedado de repente a oscuras, la grandiosa casa refulgía de luz. Todas las ventanas brillaban con una iluminación de tono mantecoso y convertían los maceteros de flores de abajo en unos lechos repletos de polvo de estrellas. El aroma cítrico de antes había desaparecido. Ahora, el aire era denso y almibarado, mucho más dulce que el aire de Trisda, pero Scarlett solo percibía un sabor amargo.

Tenía demasiado presente a Julián, la pesada carga de su brazo por los hombros y la manera en que había utilizado ese brazo para hacer colar sus mentiras. Scarlett estaba demasiado nerviosa ante la verja como para ponerse a discutir, demasiado ansiosa por entrar y buscar a su hermana, pero ahora se preguntaba si no se habría metido en otro lío.

—¿A qué ha venido todo eso? —preguntó por fin y se apartó de él una vez que dejaron atrás a la chica del monociclo, aunque no habían llegado ni mucho menos ante las grandes puertas de la mansión. Se detuvo justo al borde de su anillo de seductora luz, junto a una fuente, donde el agua cantarina acallaría sus palabras en caso de que apareciese alguien por el camino—. ¿Por qué no has dicho la verdad?

—¿La verdad? —Julián emitió un oscuro sonido muy distinto de la risa—. Estoy bastante seguro de que a la chica no le habría gustado.

—¿No tenías una entrada? —Scarlett se sentía como si se estuviera perdiendo la gracia de un chiste.

—Me imagino que piensas que esa chica parecía agradable, y que al final me habría dejado pasar. —Julián dio un elocuente paso hacia ella—. No se te puede olvidar lo que te he dicho en la relojería: aquí, la mayor parte de la gente no es lo que parece. Esa chica estaba interpretando un papel pensado para hacerte bajar la guardia.

Dicen que no quieren que nos encandilemos demasiado, pero ese es el objeto del juego. A Legend le gusta… jugar.

Aquella palabra sonó de manera irregular, como si Julián hubiese tenido la intención de decir otra cosa y hubiese cambiado de opinión en el último instante.

—A todo invitado se lo elige por una razón —prosiguió él—. Así que, si te estás preguntando por qué he mentido, es porque tu invitación no iba dirigida a un marinero corriente.

«No —pensó Scarlett—, iba dirigida a un conde».

Un bermellón de pánico se le movió dentro del pecho al recordar lo específica que era la carta de Legend. La otra entrada era para su prometido, no para el muchacho alocado que tenía delante desanudándose la corbata. Scarlett ya estaba arriesgando bastante al decidir quedarse y participar en el concurso durante un día. Fingir un compromiso matrimonial con Julián le hacía sentir como si estuviese pidiendo un castigo. ¿Quién sabía qué tipo de cosas podrían obligarles a Julián y a ella a hacer juntos como parte del concurso?

Aun cuando Julián la hubiera ayudado antes, mentir por él había sido un error, y eso siempre tiene consecuencias. Su vida entera era buena prueba de ello.

—Tenemos que volver y decir la verdad —dijo ella—. Esto no va a funcionar. Si llega a oídos de mi prometido, o de mi padre, que me he comportado como si nosotros…

En un abrir y cerrar de ojos, Scarlett tenía la espalda contra la fuente, y las manos de Julián, mucho más grandes que las suyas, se encontraban abiertas a ambos lados de ella.

—Relájate, Crimson. —Su voz sonaba inusualmente sutil, aunque, mientras él hablaba, relajarse pareció de inmediato imposible. Con cada palabra se inclinó más hacia ella, hasta que las luces de la casa desaparecieron y solo pudo verlo a él—. Nada de esto llegará a oídos de tu padre, ni de tu entregado conde. Una vez que entremos en esa casa, el concurso es lo único que interesa. A nadie le importa aquí quiénes son los demás cuando no están en la isla.

—¿Cómo sabes tú eso? —le preguntó Scarlett.

Julián le puso una sonrisa de pícaro.

—Lo sé porque ya he jugado antes. —Lo empujó para apartarse de la fuente. Reaparecieron las luces brillantes de la casa de las torretas, pero Scarlett sintió que un escalofrío le descendía sobre los hombros.

No era de extrañar que pareciese tan experto. No debería haberse quedado tan asombrada. Desde el instante en que descubrió a Julián en Trisda, Scarlett había tenido la sensación de que no era del todo de fiar, pero al parecer estaba ocultando todavía más de lo que ella creía detrás de aquel atuendo entallado de Legend.

—Así que esa es la razón de que nos hayas ayudado a mi hermana y a mí a llegar a esta isla, ¿no?

Porque querías volver a participar.

—Si te dijera que no y que lo hice porque quería rescatarte de tu padre, ¿me creerías?

Scarlett negó con la cabeza.

Julián se encogió de hombros y se echó hacia atrás, se quitó la corbata y la tiró por encima del hombro de Scarlett. Sonó un leve salpicón cuando aterrizó en la fuente.

Ahora tenía sentido por qué parecía tan seguro de sí mismo. Por qué había cruzado la isla con tanta decisión, y no asombrado.

—Me estás mirando como si hubiese hecho algo malo —comentó él.

Scarlett sabía que no debería haberse enfadado, no eran nada el uno para el otro, pero detestaba que la engañasen; ya se lo habían hecho lo suficiente, para toda la vida.

—¿Qué motivo tienes para regresar a Caraval?

—¿Acaso me hace falta un propósito? ¿Quién no desea ver a los mágicos intérpretes de Caraval, o ganar uno de sus premios?

—Por alguna razón, no me lo creo. —Scarlett podía haber pensado que él estaba allí por el premio de este año, el deseo, pero algo muy dentro de ella le decía que eso no era cierto. Los deseos eran prodigios que requerían cierta cantidad de fe, y Julián parecía ser de los que solo confían en lo que ven.

El concurso era diferente cada año, aunque se rumoreaba que algunas cosas permanecían iguales.

Siempre había alguna clase de búsqueda del tesoro con algún objeto supuestamente mágico de por medio: una corona, un cetro, un anillo, una placa o un colgante; y a los ganadores siempre se los invitaba a regresar con un acompañante. Pero Scarlett tampoco se imaginaba que eso fuese un atractivo para Julián, visto lo bien que se le daba encontrar a alguien que le ayudase a entrar.

Si Scarlett no estaba segura siquiera de creer ella misma en los deseos, le resultaba inconcebible que Julián fuese detrás de uno. No, no era el sueño de un deseo, ni lo mágico y fantástico lo que le había traído a la isla.

—Cuéntame la verdadera razón de que estés aquí —le pidió ella.

—Confía en mí cuando te digo que es mejor para ti que no lo sepas. —Julián fingió cara de preocupación—. Solo servirá para estropearte el buen rato.

—Dices eso tan solo porque no quieres contarme la verdad.

—No, Crimson, esta vez te estoy diciendo la verdad. —Sus ojos se posaron sobre los de ella, inmóviles, sin pestañear, una mirada que requería de un total control.

Con un escalofrío, Scarlett vio que el marinero perezoso de la barca había sido en parte una pantomima, y se dio cuenta de que, de haberlo deseado, Julián podía haber mantenido aquella actuación, podía haber seguido interpretando el papel de un muchacho que se había topado por accidente con su hermana, con ella y con todo aquello del concurso. Sin embargo, era como si él quisiese que Scarlett viera que había algo más en aquella historia, aunque se negase a decirle qué.

—No voy a discutir contigo sobre esto, Crimson. —Julián se enderezó y se hizo más alto al tiempo que flexionaba la espalda y los hombros como si hubiese tomado una decisión repentina—. Créeme cuando te digo que tengo buenas razones para querer entrar en esa casa. Si tú quieres ir y delatarme, no te detendré ni te guardaré rencor por ello, por mucho que hoy te haya salvado la vida.

—Lo has hecho solo para que yo pudiera ser tu tiquet de entrada al concurso.

El semblante de Julián se oscureció.

—¿Eso es lo que piensas de verdad? —Por un instante pareció realmente herido.

Scarlett sabía que estaba tratando de manipularla. Tenía la suficiente experiencia para reconocer los signos. Por desgracia, a pesar de su extenso historial de ser utilizada por su padre, o quizá a causa de ello, nunca se le daba bien escaparse. Por más que quisiera evitar a Julián, no podía hacer caso omiso del hecho de que sí le había salvado la vida.

—¿Qué pasa con mi hermana? Esta mentira podría afectar a tu relación con ella.

—Yo no llamaría «relación» a lo que había entre nosotros. —De un papirotazo, Julián se quitó una pelusa del hombro del frac, como si así fuera como él veía a Tella —. Tu hermana me estaba utilizando a mí tanto como yo a ella.

—Y ahora estás haciendo lo mismo conmigo —dijo Scarlett.

—No te hagas tanto la ofendida, que ya he jugado a esto antes. Te puedo ayudar, y nunca se sabe, podrías incluso disfrutar con ello. —La voz de Julián adquirió un tonillo insinuante al volver a representar una vez más al marinero descuidado—. Muchas chicas se considerarían afortunadas de ser tú.

—Rozó la mejilla de Scarlett con un dedo frío.

—No lo hagas. —Retrocedió con un cosquilleo en el lugar donde él la había tocado—. Si nos metemos en esto, no puede haber más de… eso, a menos que sea absolutamente necesario. Yo sigo teniendo un prometido de verdad, así que el hecho de que contemos que tú y yo estamos comprometidos no significa que tengamos que comportarnos como tales cuando no nos ve nadie.

La comisura del labio de Julián se curvó hacia arriba.

—¿Significa eso que no me vas a delatar?

Julián era la última persona a la que Scarlett querría por compañero, pero tampoco deseaba arriesgarse a permanecer en la isla más de un día. Él ya había participado antes, y a ella le daba la sensación de que necesitaría su ayuda si quería encontrar a su hermana con rapidez.

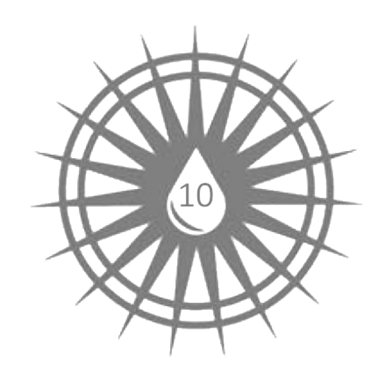
Justo entonces llegó otro grupo de gente ante la verja. Scarlett pudo oír el leve murmullo de su charla en la distancia. El eco de las palmadas de la chica del monociclo.

Dentro de la casa empezó a sonar una música de violines más densa que el chocolate más oscuro; esta se filtraba al exterior y susurraba a Scarlett al oído mientras la sonrisa de Julián se tornaba seductora, toda ella curvas desvergonzadas y promesas indecentes. Una invitación a lugares en los que una señorita joven y

recatada no pensaba, y mucho menos visitaba. Scarlett no quería ni imaginarse el tipo de cosas que esa sonrisa habría conseguido que hicieran otras chicas.

—No me mires así —le dijo a Julián—. Conmigo no funciona.

—Por eso es tan divertido.



Scarlett adoraba a su abuela, pero la consideraba una de esas mujeres que nunca llegaban a aceptar el hecho de hacerse mayores. Se había pasado los últimos años de su vida alardeando de la grandeza de su juventud, sobre lo guapa que era, cómo la adoraban los hombres; sobre aquella vez que lució un vestido morado durante Caraval que fue la envidia de todas las chicas.

Le había enseñado aquel vestido a Scarlett en muchas ocasiones. Cuando todavía era pequeña —antes de que empezase a odiar el color morado—, Scarlett estaba convencida de que sin duda era el vestido más bonito que había visto nunca.

—¿Me lo puedo poner? —le preguntó un día.

—¡Por supuesto que no! Este vestido no es para jugar con él.

Después de aquello, la anciana guardó la prenda, que permaneció en los recuerdos de Scarlett.

Esa noche pensó en el vestido, en el momento en que se abrieron las puertas de la casa de las torretas, y, en ese instante, se preguntó si su abuela había llegado realmente a asistir alguna vez a un espectáculo de Caraval, porque Scarlett no se imaginaba que su vestido morado llamase la atención en un lugar tan espectacular.

Una lujosa alfombra roja amortiguaba sus pasos mientras que una suave luz dorada le cubría los brazos de sutiles besos de calidez. El calor estaba por todas partes, cuando aquel universo había estado cubierto de frío apenas un suspiro antes. Sabía como la luz, burbujeante en la lengua y azucarado al tragar, y le provocaba un cosquilleo por todas partes desde la punta del pie hasta las yemas de los dedos de las manos.

—Es… —Le faltaban las palabras. Scarlett quería decir que era bonito, o maravilloso, pero aquellas sensaciones de repente se le antojaban demasiado vulgares para una vista tan fuera de lo común.

Pues la mansión de las torretas no era lo que aparentaba desde el exterior. Las puertas que Julián y Scarlett habían cruzado no los condujeron al interior de una casa, sino a un balcón, aunque probablemente fuese un balcón del tamaño de una casa pequeña, techado por un dosel de lámparas de cristal y el suelo cubierto con lujosas

alfombras de color arándano, delimitado por unas barandillas doradas y unos alzapaños que arqueaban unas pesadas cortinas de terciopelo rojo.

Las cortinas se deslizaron y se cerraron un instante después de que entrasen Scarlett y Julián, pero ella tuvo el tiempo suficiente para captar un atisbo de la grandeza que aguardaba más allá.

Julián no parecía impresionado, y dejó escapar una siniestra risa mientras Scarlett buscaba a tientas las palabras.

—Siempre se me olvida que nunca habías salido de tu pequeña isla.

—Esto le parecería increíble a cualquiera —le discutió Scarlett—. ¿Has visto todos esos balcones?

Había por lo menos… ¡docenas! Y abajo, es como un reino entero en miniatura.

—¿Esperabas que fuese una casa normal y corriente?

—No, por supuesto que no; es obvio que tenía un aspecto mucho más grande que un edificio normal.

—Pero ni mucho menos lo suficiente como para albergar aquel universo que había bajo el balcón.

Incapaz de controlar su entusiasmo, Scarlett se acercó más a la barandilla, pero vaciló al llegar a las cortinas rojas, pesadas y cerradas.

Julián se aproximó y las separó un poco.

—No creo que se nos permita tocar eso —dijo ella.

—O quizá sea esa la razón por la cual se han cerrado en el momento que hemos entrado nosotros, porque quieren que las abramos. —Retiró la cortina un poco más.

Scarlett estaba segura de que Julián estaría quebrantando alguna norma, y aun así no pudo evitar asomarse y maravillarse con el increíble reino que se extendía por lo menos diez pisos más abajo. Le daba un aire a las calles adoquinadas por las que Julián y ella acababan de aventurarse, solo que esta aldea no estaba abandonada: semejaba un cuento que hubiese cobrado vida. Se quedó mirando los tejados apuntados en colores vivos, las torres cubiertas de musgo, las cabañas de pan de jengibre, los puentes de oro deslumbrante, las calles de ladrillo azul y las fuentes burbujeantes, todo ello iluminado por unos faroles de velas que colgaban por todas partes y otorgaban una apariencia temporal que no era ni de día ni de noche.

Más o menos tenía el mismo tamaño que su pueblo en Trisda, pero daba la sensación de ser espectacularmente más grande, del mismo modo en que una palabra parece más larga si va entre exclamaciones. Las calles parecían tan vivas que Scarlett habría jurado que se movían.

—No entiendo cómo han metido un universo entero aquí dentro.

—No es más que un teatro muy complejo. —El tono de Julián fue seco al ascender sus ojos directos desde la escena de abajo hasta las docenas de diferentes balcones, todos ellos asomados al mismo y curioso panorama.

Scarlett no se había percatado antes, pero Julián estaba en lo cierto. Los balcones formaban un círculo, un enorme círculo. Los ánimos le dieron un considerable bajón.

A veces le costaba un día entero dar con Tella en la hacienda de su padre. ¿Cómo iba a encontrar allí jamás a su hermana?

—Observa bien mientras puedas —aconsejó Julián—. Eso te hará moverte con más facilidad sobre el terreno. Después de esto, no habrá manera de volver por aquí arriba a menos que…

—Ejem —carraspeó alguien desde la parte de atrás del balcón—. Tenéis que apartaros y cerrar esas cortinas.

Scarlett se dio la vuelta de inmediato con el breve temor de que los expulsarían por quebrantar una norma, pero el chico se tomó su tiempo para soltar la cortina.

—¿Y quién eres tú? —Julián fulminó al intruso con la mirada como si fuera aquel joven caballero quien acababa de hacer algo malo.

—Podéis llamarme Rupert. —Observó a Julián con igual desdén, como si supiese que él no debía estar allí. Con mucha pompa, el hombre se enderezó el sombrero de copa. Sin él, probablemente fuese más bajo que Scarlett.

A primera vista le había parecido un caballero con su impoluto pantalón gris y su chaqué, pero al acercarse más, Scarlett advirtió que no era más que un niño vestido como un hombre, con los mofletes regordetes de un crío y unas extremidades que tenían pinta de no haber terminado aún de crecer a pesar de vestirlas con ropa elegante. Se preguntó si su atuendo sería un homenaje a Legend, conocido por sus sombreros de copa y sus galas.

—Estoy aquí para repasar las normas y responder a cualquier pregunta antes de que iniciéis el concurso de manera oficial. —Sin más florituras, Rupert repitió el mismo discurso que les había dado la chica del monociclo.

Scarlett solo quería que la dejasen entrar. Conociéndola, Tella ya se habría encaprichado con alguna nueva forma de embrollo.

Julián le dio un codazo suave en las costillas.

—Tienes que escuchar.

—Esto ya lo hemos oído.

—¿Estás segura? —susurró Julián.

—Una vez dentro, se os formulará un misterio que tendréis que resolver —dijo Rupert—. Habrá pistas ocultas a lo largo de todo el concurso, para ayudaros por el camino. Queremos que os dejéis llevar, pero cuidado con dejaros llevar demasiado lejos —repitió.

—¿Qué pasa si alguien se deja llevar demasiado lejos? —inquirió Scarlett.

—Entonces suele morir alguien o se vuelve loco —respondió Rupert con tanta calma que Scarlett se preguntó si la habría entendido mal. Con igual compostura, se quitó el sombrero de copa y sacó dos trozos de pergamino. Ofreció ambos papeles de color crema a Scarlett y a Julián, como si los debiesen leer, pero la letra era tan pequeña que resultaba imposible—. Necesitaré una gota de sangre al final de cada uno —solicitó.

—¿Para qué? —preguntó Scarlett.

—Estos documentos confirman que habéis escuchado las normas, dos veces, y que ni el complejo de Caraval ni el maestro Legend serán responsables en el caso de que se produzca algún accidente inoportuno, la demencia o la muerte.

—Pero si has dicho que nada de lo que sucede ahí dentro es real —discutió Scarlett.

—En algunas ocasiones, la gente confunde la fantasía con la realidad, y a veces, el resultado es un accidente. Rara vez sucede —añadió Rupert—. Si os preocupa, no tenéis la obligación de participar. Siempre os podéis quedar como simples espectadores. —Al terminar parecía casi aburrido, e hizo que Scarlett se sintiera como si se estuviese preocupando por nada.

Si Tella estuviese allí, Scarlett se la imaginaba diciendo: «Te vas a quedar solo un día. Si te sientas a verlo, lo lamentarás».

Pero la idea de un contrato sellado con sangre no le sentaba nada bien a Scarlett.

No obstante, si Tella estaba participando y ella decidía no hacerlo, quizá no fuese capaz de encontrarla, lo que convertiría en imposible marcharse al día siguiente y llegar a casa a tiempo de casarse con el conde. A pesar de las instrucciones de Rupert, Scarlett seguía sin tenerlas todas consigo al respecto de las particularidades del concurso. Había tratado de aprender de su abuela todo lo que pudo, pero la mujer siempre le había contado vaguedades. En lugar de hechos, ofrecía a Scarlett impresiones románticas que empezaban a parecer un tanto erradas, cuadros pintados por una mujer que veía el pasado como ella lo deseaba en lugar de como realmente era.

Miró a Julián. Sin titubear, el marinero permitió que Rupert le pinchase en el dedo con una especie de púa y presionase la yema ensangrentada sobre la zona inferior del contrato.

Scarlett recordó aquellos años atrás, cuando Caraval dejó de viajar durante un tiempo. Había muerto una mujer. Ella no conocía los detalles del motivo, y siempre había asumido que no era más que un trágico accidente sin relación con el concurso, pero ahora se preguntaba si aquella mujer se habría dejado llevar demasiado lejos en la ilusión de Caraval.

Pero Scarlett había tomado parte en los retorcidos juegos de su padre durante todos aquellos años.

Ya sabía cuándo la estaban engañando, y no se podía imaginar que llegara a tal grado de confusión con la realidad como para perder la vida o volverse loca. Aun así, eso no significaba que no estuviera nerviosa al ofrecer la mano. Sabía perfectamente que no debía pensar que un juego, de cualquier tipo, no fuera a tener un precio.

Rupert le pinchó en el dedo anular, tan rápido que ella apenas se enteró, pero cuando presionó el dedo contra la zona inferior de aquella página tan delicada, fue como si todas las luces se apagasen por un instante. Cuando lo retiró, el mundo se volvió más luminoso aún. Se sintió como si fuese capaz de saborear el rojo de las cortinas. Tarta de chocolate empapada en vino.

Scarlett solo había tomado un sorbito de vino en su vida, pero se imaginaba que ni siquiera una botella entera podría generar una euforia tan iridiscente. Pese a sus temores, sintió un desacostumbrado momento de puro júbilo.

—El concurso comienza oficialmente mañana, con la puesta de sol, y termina con el amanecer del día diecinueve. Todo el mundo dispone de cinco noches para jugar —continuó Rupert—. Recibiréis una pista cada uno para poneros en marcha en vuestros recorridos. A continuación, tendréis que buscar vosotros las pistas por vuestra cuenta. Os recomiendo que actuéis con celeridad. Solo hay un premio, y son muchos quienes lo buscarán. —Se aproximó y les entregó una tarjeta a cada uno.

Decía: LA SERPIENTE DE CRISTAL[4].

—La mía es igual —indicó Julián.

—¿Esta es nuestra primera pista? —preguntó Scarlett.

—No —respondió Rupert—. Allí encontraréis preparado vuestro alojamiento. Vuestras habitaciones contendrán vuestras primeras pistas, pero solo si conseguís registraros antes del alba.

—¿Qué pasa al alba? —inquirió Scarlett.

Como si no la hubiese oído, el niño tiró de un cordón cerca del borde del balcón y abrió las cortinas. Unos pájaros grises habían alzado el vuelo en el cielo, y, más allá de ellos, las coloridas calles estaban más llenas que antes mientras que los balcones estaban más vacíos: sus anfitriones estaban dejando salir a todo el mundo al mismo tiempo.

A Scarlett le sobrevino otra oleada de emoción del color de la plata. Aquello era Caraval. Se lo había imaginado más veces de las que había soñado con su propia boda. Aunque solo se podía permitir quedarse un día, ya se imaginaba que le resultaría difícil marcharse.

Rupert inclinó el sombrero.

—Recordad: no dejéis que vuestros ojos o vuestros sentimientos os engañen. —Se subió a la barandilla del balcón y saltó.

—¡No! —chilló Scarlett, que se quedó lívida al verlo en caída libre.

—No te preocupes —dijo Julián—. Mira. —Señaló por encima de la barandilla en el instante en que el frac del niño se transformaba en unas alas—. Está perfectamente. Tan solo ha hecho una salida un tanto teatral.

En forma de una banda de tela gris, el niño continuó deslizándose hasta que se asemejó a uno de aquellos pájaros grandes en el cielo.

Al parecer, ya habían comenzado los trucos ante sus ojos.

—Vamos. —Julián se apartó del balcón a grandes zancadas, con un paso tan decidido que esperaba que ella lo siguiese—. Si has estado prestando atención, le habrás oído decir que todo cierra al amanecer. En este juego hay un toque de queda inverso. Las puertas se cierran al alba y no se abren hasta pasado el ocaso. No disponemos de mucho tiempo para encontrar nuestras habitaciones.

Julián se detuvo. Había una trampilla abierta a sus pies. Lo más seguro es que

fuera así cómo entró el niño sin ser visto. Conducía a una escalera de mármol negro que descendía en espiral como si fuera el interior de una oscura concha marina iluminada con unos apliques cerosos en los que goteaban unas velas cristalinas.

—Crimson… —Él la frenó en el umbral. Por un instante, su rostro expresó un dilema, igual que en aquellos tensos segundos antes de que la dejase en la relojería.

—¿Qué pasa? —le preguntó Scarlett.

—Tenemos que darnos prisa.

Julián dejó que ella fuese en cabeza, aunque unos tramos más tarde Scarlett deseó que el marinero hubiese entrado delante de ella, o que la hubiese dejado ir por su cuenta tal y como ella se imaginaba que había estado a punto de hacer en lo alto de la escalera. Según Julián, cada paso que ella daba era muy lento.

—No tenemos toda la noche —le repetía—. Si no llegamos a La Serpiente antes del amanecer…

—Nos quedaremos ahí fuera pasando frío hasta mañana por la noche. Ya lo sé. Voy tan rápido como puedo.

Scarlett había creído que el balcón tenía diez pisos de alto, pero ahora más bien le parecían un centenar. No iba a llegar nunca hasta Tella.

Habría sido distinto si su vestido no fuese tan ajustado. Una vez más, trató de desear que tuviese otra forma, pero el vestido se empeñaba en no cambiar. Le temblaban las piernas, y una fina capa de sudor le cubría los muslos cuando por fin salió de allí con Julián.

En el exterior, el aire era ligeramente más fresco y un tanto húmedo, aunque por fortuna no había nieve en ninguna de las calles. La humedad procedía de los canales. Scarlett no había reparado en ello desde arriba, pero todas las calles eran de agua. Unas barcas listadas nadaban en ellas, con colores tan vivos como los de los peces tropicales y forma de media luna, todas timoneadas por jóvenes, hombres y mujeres de su edad, más o menos.

Pero ni rastro de Donatella.

De inmediato, Julián hizo un gesto para detener una de las barcas, de color aguamarina con franjas rojas, timoneada por una joven marinera vestida a juego. También llevaba los labios pintados de rojo, y Scarlett no pudo evitar percatarse de lo mucho que se separaron cuando Julián se acercó con paso decidido.

—¿Qué puedo hacer por ti, encanto? —preguntó la joven.

—Oh, yo creo que el encanto eres tú. —Julián se pasó los dedos por el cabello y le lanzó una mirada construida a base de mentiras y de otras cosas pecaminosas—. ¿Serás capaz de llegar a La Serpiente de Cristal antes del amanecer?

—Te llevaré allá donde tengas que ir, mientras estés dispuesto a pagar. —La chica de los labios rojos puso énfasis en la última palabra y reforzó lo que Scarlett ya había asumido en la relojería: el dinero no era la principal moneda de cambio en aquel concurso.

Julián no se inmutó.

—Nos han dicho que nuestro primer trayecto de la noche sería gratis. Aquí, mi prometida, es una invitada especial del maestro Legend.

—¿Es así? —La chica entrecerró un ojo como si no se creyera lo que él le decía, pero acto seguido, y para sorpresa de Scarlett, les hizo un gesto para que subieran a bordo—. No seré yo quien contraríe a los invitados especiales de Legend.

Julián se subió de un salto ágil e hizo un gesto a Scarlett. Aquella barca parecía más sólida que la de su último viaje, con un acolchado de cojines sobre los bancos, y aun así Scarlett no era capaz de abandonar los adoquines de la calle.

—Esta no se va a hundir —expresó Julián.

—No es eso lo que me preocupa. Mi hermana: ¿y si está por aquí fuera buscándonos?

—Entonces, espero que alguien le diga que está a punto de salir el sol.

—En realidad ella no te importa lo más mínimo, ¿no?

—Si no me importase, no esperaría que alguien le dijese que está a punto de amanecer. —Julián le hizo un gesto impaciente a Scarlett para que subiese a la barca —. No tienes de qué preocuparte, amor. Es probable que la hayan puesto en la misma posada que a nosotros.

—Pero ¿y si no lo han hecho? —inquirió Scarlett.

—Entonces, en barca hay más probabilidades aún de encontrarla. Así cubriremos más rápido las distancias.

—Tiene razón —dijo la chica—. La luz del día se aproxima con rapidez. Aunque encontraras a tu hermana, no podríais llegar a pie a La Serpiente antes de que amaneciera. Cuéntame qué aspecto tiene, y yo mantendré los ojos bien abiertos por si la veo mientras vamos de camino.

Scarlett quería discutirlo. Aunque no pudiese localizar a su hermana antes del alba, quería hacer todo cuanto estaba en su mano por intentarlo. Imaginaba que aquel era el típico lugar donde alguien se podía perder para no aparecer jamás.

Aun así, Julián y la marinera tenían razón; se desplazarían más rápido en la barca del cuarto creciente. Scarlett no sabía cuánto tiempo había pasado desde que el curioso sol de la isla había desaparecido, pero sí estaba segura de que el tiempo transcurría de un modo distinto en aquel sitio.

—Mi hermana es más baja que yo, y muy guapa, con la cara un poco más redonda y unos largos bucles de cabello rubio.

Scarlett tenía la piel y el cabello más oscuros de su madre, mientras que Tella había heredado los rizos rubios de su padre.

—El pelo más claro debería hacer que fuese más fácil dar con ella —dijo la marinera, pero, hasta donde Scarlett podía ver, aquella chica se pasaba más tiempo con los ojos puestos en el atractivo rostro de Julián.

Tampoco él estaba siendo de ayuda. Mientras se deslizaban por aquellas aguas de color azul oscuro, a Scarlett le daba la sensación de que el marinero estaba buscando algo, pero no era a su hermana pequeña.

—¿Podrías remar más rápido? —preguntó Julián con un tic en un músculo de la mandíbula.

—Para ser alguien que no va a pagar, eres bastante exigente. —La chica del timón le guiñó un ojo, pero la dura expresión de Julián permaneció inalterada.

—¿Qué pasa? —preguntó Scarlett.

—Se nos acaba el tiempo.

Una sombra cayó sobre él cuando varios de los faroles alineados a lo largo del canal parpadearon y se apagaron. Avanzaba más la barca, y más eran los faroles que se apagaban; al dispersarse, el humo creaba una neblina sobre las aguas y sobre la poca gente que aún quedaba por las calles adoquinadas.

—¿Es así como sabéis aquí qué hora es? ¿Los faroles se van apagando según se acerca el amanecer?

—La mirada de Scarlett se disparaba ansiosa a su alrededor mientras Julián asentía con aire sombrío y otro conjunto de velas dejaba de ser llama para convertirse en humo.

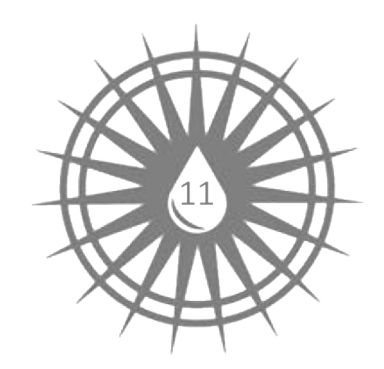
La barca se detuvo por fin con un vaivén delante de un muelle largo y destartalado. Al final de este, una puerta de un color verde chillón observaba a Scarlett como si de un ojo resplandeciente se tratase. La hiedra se aferraba a las paredes a su alrededor, y, aunque la noche hubiese engullido la mayor parte del edificio, dos mortecinos faroles iluminaban el letrero sobre la entrada: una serpiente blanca enroscada en torno a un racimo de uvas negras.

Julián ya se había bajado de la barca. Agarró a Scarlett por la muñeca y tiró de ella hacia el muelle.

—¡Más rápido!

Uno de los faroles se apagó sobre la entrada, y se diría que el color de la puerta también se desvanecía. Era apenas visible cuando Julián la abrió de golpe y empujó a Scarlett hacia delante.

Entró a trompicones, pero, antes de que él pudiera seguirla, la puerta se cerró de repente. Chocó madera contra madera, y un pesado cerrojo se deslizó, encajó en su lugar y dejó fuera a Julián.



—¡No! —Scarlett trató de meter los dedos por la rendija para volver a abrir la puerta, pero una mujer rechoncha que lucía un gorro de dormir con un pompón en la punta ya estaba colocando un sólido candado en el cerrojo—. No puede hacer eso. Mi… —vaciló.

De alguna manera, aquella mentira parecía más real si era ella quien la pronunciaba; la hacía sentir como si estuviese siendo infiel al conde. Julián le había prometido que lo que pasara en el concurso jamás llegaría a oídos de su padre ni de su auténtico prometido, pero ¿cómo podía ella estar segura? Y tampoco era como si de verdad él fuese a quedarse en la calle durante la noche.

Sin embargo, los días en aquella isla tenían pinta de poder ser peores que las noches. Scarlett se acordó de la aldea fría y abandonada por la que habían pasado para llegar hasta la casa de las torretas. Si Julián se quedaba fuera sin poder entrar, era porque la había empujado a ella por delante de él. Se había jugado lo que él deseaba para que ella estuviese bien. No podía abandonarlo.

—Mi prometido —dijo Scarlett—. Está ahí fuera, tiene que dejarlo entrar.

—Lo siento —contestó la posadera—. Las normas son las normas. Si no consigues entrar antes de que termine la primera noche, te quedas sin participar.

«¿Te quedas sin participar?».

—Esas no son las normas que yo he oído —dijo, aunque no había prestado atención a todas ellas. Se dio cuenta de que ese era el motivo de que Julián estuviese tan inquieto en la barca.

—Lo siento, querida mía. —Y la posadera parecía disculparse de verdad—. Odio separar a una pareja, pero no puedo quebrantar las reglas. Una vez que ha salido el sol y se ha cerrado la puerta para el resto del día, nadie entra ni sale hasta que el sol…

—¡Pero si no ha salido aún! —objetó Scarlett—. Todavía está oscuro. No puede dejarlo ahí fuera.

La posadera continuó mirando a Scarlett con cara de pena, pero el gesto de sus labios se mantenía inflexible. Era obvio que no iba a cambiar de opinión.

Scarlett intentó pensar en qué habría hecho Julián si la situación hubiera sido la

contraria. Por un segundo se imaginó que tal vez le habría dado igual, pero, aunque la hubiese dejado en la balsa y en la relojería, también había regresado… y aunque solo hubiera sido para poder utilizarla como tiquet de entrada en el concurso, seguía agradecida de que hubiese regresado.

Hizo acopio de un valor que reservaba sobre todo para proteger a su hermana y se irguió.

—Creo que está cometiendo un error. Me llamo Scarlett Dragna, y somos invitados especiales del maestro Legend de Caraval.

Los ojos de la posadera se agrandaron casi tan rápido como sus manos se extendieron para abrir el cerrojo de la puerta.

—¡Oh, haberlo dicho antes!

La puerta se abrió de golpe. El otro lado tenía el impenetrable tono negro que únicamente sobreviene cuando el sol está a punto de alzarse.

—¡Julián! —Scarlett esperaba encontrárselo al otro lado de la puerta, pero lo único que veía era la implacable oscuridad.

El corazón le latía con fuerza.

—¡Julián!

—¿Crimson?

Scarlett aún no podía verlo, pero oyó el sonido de sus botas sobre el muelle, golpeando al unísono de los fuertes latidos de su propio pulso.

Continuaba teniendo el corazón acelerado incluso después de que Julián se hallase a salvo en el interior. La lumbre que iluminaba el vestíbulo era tenue, unos pocos leños incandescentes que proporcionaban apenas la luz suficiente para ver, pero ella hubiera jurado que el marinero tenía cara de angustia, como si esos instantes en el exterior le hubiesen costado algo muy valioso. Podía sentir aún la noche suspendida sobre él, cómo aún le humedecía las puntas del cabello oscuro.

En algún lugar en la distancia, unas campanas comenzaron a anunciar el alba. Si hubiera esperado unos pocos segundos más, habría sido demasiado tarde para salvarlo. Scarlett combatió el inesperado impulso de extender los brazos y darle un abrazo. Tal vez Julián hubiese sido un sinvergüenza y un mentiroso, pero hasta que diese con su hermana, él era todo cuanto tenía en aquel concurso.

—Me has asustado —dijo Scarlett.

Y cualquiera diría que no era la única que lo estaba.

La posadera tenía el rostro lívido cuando cerró el pestillo de la puerta una segunda vez.

Julián se acercó un poco más a Scarlett, ejerciendo una leve presión con la mano en la parte baja de su espalda.

—¿Cómo la has convencido de que me dejase entrar?

—Mmm. —Scarlett se notaba reacia a contarle a Julián la verdad al respecto—. Solo le he dicho que aún no había amanecido.

Él arqueó una ceja en un gesto de escepticismo.

—Es posible que también le haya dicho que nos íbamos a casar, quizá —añadió Scarlett.

«Mi pequeña mentirosa», articularon los labios de Julián, que se separaron ligeramente mientras se aproximaba a ella.

Scarlett se puso en tensión. Por un instante creyó que la iba a besar, pero en cambio le susurró:

—Gracias.

Los labios de Julián permanecieron cerca de su oído, le produjeron un cosquilleo, y sintió un escalofrío cuando su mano le presionó un poco más fuerte en la parte baja de la espalda.

Había algo muy íntimo en aquel gesto.

Se apartó unos centímetros de él, pero la mano de Julián permaneció sobre su espalda y la mantuvo cerca mientras se volvía hacia la posadera, ajetreada detrás del gran mostrador de color verde oliva que ocupaba la mayor parte de aquella estancia de techos bajos.

—Y gracias —dijo Julián—. Agradezco la amabilidad que ha tenido con nosotros esta noche.

—Bueno, no ha sido para tanto, la verdad —afirmó la posadera, pero Scarlett habría jurado que seguía impresionada. Le temblaban los dedos al retocarse el gorro de dormir—. Como le decía a su prometida, odio separar a una pareja. Es más, he hecho ciertas disposiciones especiales para los dos.

La posadera volvió a rebuscar en su mostrador antes de sacar dos llaves de cristal, una grabada con un número ocho, y la otra con un nueve.

—Son fáciles de encontrar, solo tienen que subir por la escalera a su izquierda. —Les guiñó un ojo al entregarles las llaves.

Scarlett esperaba que aquel guiño no fuese más que un tic nervioso. Nunca había terminado de gustarle mucho aquel gesto. A su padre le encantaba guiñar el ojo, por lo general después de haber hecho alguna maldad. Scarlett no se imaginaba que aquella rechoncha posadera hubiese cometido ninguna fechoría en sus habitaciones, pero las llavecitas de cristal junto con aquel extraño gesto la dejaron con un rumor nervioso de un azul gélido.

Quizá solo fueran imaginaciones suyas, se dijo. Quizá las llaves fueran también parte del juego. A lo mejor abrían algo más que las habitaciones ocho y nueve, y era a eso a lo que se refería con lo de las «disposiciones especiales».

O pudiera ser que solo tuviesen unas buenas vistas de los canales.

La posadera les explicó que en cada pasillo había un retrete y un cuarto de baño para asearse.

—A su derecha tienen la Taberna de Cristal, que cierra una hora después del amanecer y abre una hora antes del ocaso.

Dentro del bar descendía una luz de jade desde las lámparas de araña de color esmeralda, suspendidas sobre unas mesas de cristal que tintineaban con las copas y la

aglomeración de un murmullo sordo. Olía a cerveza rancia y a una conversación más rancia todavía. Estaba a punto de cerrar por la llegada del día. Solo quedaban unos pocos clientes, todos ellos con diferentes rasgos y diferente color de piel y de pelo, lo que daba la idea de que procedían de todos los continentes. Ninguno de ellos tenía el pelo rubio y rizado.

—Estoy seguro de que la encontrarás mañana —dijo Julián.

—O puede que ya esté en su habitación, ¿no? —Scarlett se dio la vuelta hacia la posadera—. ¿Podría decirnos si se aloja aquí una joven señorita con el nombre de Donatella Dragna?

La posadera vaciló. Scarlett juraría que había reconocido ese nombre.

—Lo siento mucho, tesoro. No puedo decirle quién más se aloja aquí.

—Pero es mi hermana.

—Aun así, no puedo ayudarla. —La mujer miró a ambos con un ligero aire de pánico—. Normas del concurso. Si está aquí, la tendrán que encontrar por su cuenta.

—¿No puede…?

La mano de Julián presionó sobre la espalda de Scarlett; acto seguido, sus labios volvían a estar sobre su oído.

—Ya nos ha hecho un favor esta noche —le advirtió.

—Pero… —comenzó a discutirle Scarlett, aunque la expresión de Julián la detuvo. Algo que había en su rostro iba más allá de la cautela y parecía mucho más próximo al temor.

El cabello oscuro le cayó sobre los ojos al inclinarse una vez más hacia ella y susurrarle:

—Sé que quieres encontrar a tu hermana, pero los secretos son valiosos en esta isla. Cuídate de revelar los tuyos con demasiada libertad. Si la gente sabe qué es lo que más deseas, lo podrán utilizar en tu contra.

»Vamos. —Arrancó en dirección a la escalera.

Scarlett sabía que estaba amaneciendo, pero los sinuosos pasillos de La Serpiente olían al final de la noche, a sudor y al humo de un fuego que se desvanecía mezclado con el persistente aliento de unas palabras cuyos fantasmas aún rondaban el aire. Las puertas no parecían guardar un particular orden. La habitación número dos estaba en la segunda planta, mientras que la número uno estaba en el tercer piso.

La puerta de color turquesa de la habitación número cinco venía a continuación de la entrada de color frambuesa de la número once.

Todos los pasillos de la cuarta planta estaban revestidos de papel de terciopelo listado con gruesas franjas de negro y *beige*. Scarlett y Julián localizaron por fin sus aposentos, en el centro del pasillo. La una al lado de la otra.

Scarlett titubeó frente a la redondeada puerta de la número ocho, mientras Julián aguardaba a que entrase.

Daba la sensación de que habían pasado más de un día juntos. El marinero no había sido un acompañante horrible: ella sabía que tal vez no hubiese llegado tan

lejos sin su ayuda.

—Estaba pensando —empezó a decir ella— que mañana…

—Si veo a tu hermana, le diré que la estás buscando. —El tono de Julián fue cortés, pero estaba claro que se trataba de una despedida.

Así que eso era todo.

A Scarlett no tendría que haberle sorprendido ni contrariado que aquel fuese el final de su asociación. Él le había dicho que la ayudaría, pero ella había averiguado ya lo suficiente sobre él para saber que si quería algo, diría lo que fuese necesario para conseguirlo. No sabía en qué momento había comenzado a esperar más de él. Ni por qué.

Recordó lo que Julián le había comentado en la relojería acerca del concepto demasiado elevado que tenía de él, si es que pensaba que sentía algo por su hermana Tella. Julián utilizaba a la gente, y el hecho de que la hubiese utilizado a ella había resultado beneficioso para ambos, pero se había aprovechado de ella igualmente. Recordó su primera impresión de él, alto, de una belleza tosca, y peligroso como el veneno presentado en una botella atractiva.

Mantenerse alejada de él era lo mejor para ella. Más seguro. Tal vez Julián la hubiese ayudado hoy, pero Scarlett no podía bajar la guardia; saltaba a la vista que él estaba allí por su propio interés. Y, después de encontrar a Tella la noche siguiente, Scarlett ya no estaría sola ni se quedaría mucho tiempo más.

—Adiós —le dijo con un tono tan cortante como el que él había empleado con ella y, sin añadir una palabra más, se metió en su habitación.

Ya había una lumbre encendida en la chimenea, cálida y resplandeciente, que proyectaba cobrizas sombras sobre las paredes cubiertas de un papel pintado de flores —rosas, blancas con las puntas de color rubí— en diversos estados de floración. Los leños crepitaban al quemarse, un arrullo suave que atrajo a Scarlett hacia una enorme cama con dosel, la más gigantesca que jamás hubiese visto. Debía de ser el motivo de que la estancia estuviese considerada como especial. Al cobijo del blanco de las cortinas de gasa que colgaban de los postes de madera tallada, la cama estaba cubierta de una mullida capa de seda hecha a base de gruesas mantas acolchadas y atadas con lazos de color rojo grosella. Se moría de ganas por caer en el aterciopelado colchón de aquella cama y…

La pared se movió.

Scarlett se quedó de piedra. La habitación se volvió de repente más cálida y más pequeña.

Por un instante albergó la esperanza de que fuese un engaño de su imaginación.

—No —dijo al ver que Julián cruzaba una puerta estrecha junto al armario, hasta entonces camuflada por la pared empapelada de la habitación—. ¿Cómo has entrado ahí? —le preguntó, pero antes de que él respondiese, ella ya sabía con exactitud lo que había pasado.

El guiño. Las llaves. Las «disposiciones especiales».

—¡Nos ha dado la misma alcoba a propósito!

—Hiciste un buen trabajo al convencerla de que estábamos enamorados. —Los ojos de Julián se fueron directos a la espléndida cama.

A Scarlett se le encendieron las mejillas en color rojo, el color de los corazones, de la sangre y de la vergüenza.

—Yo no le he dicho que estuviéramos enamorados… Solo le he dicho que estamos prometidos. —Julián se echó a reír, pero Scarlett estaba horrorizada—. Esto no tiene gracia. No podemos dormir aquí juntos. Si alguien lo descubre, será mi ruina más absoluta.

—Ya te estás poniendo dramática otra vez. Piensas que todo te va a destrozar la vida.

Sin embargo, si alguien lo descubría, sí que acabaría con su compromiso con el conde.

—Ya conociste a mi padre. Si alguna vez descubre que yo…

—Nadie se dará cuenta. Imagino que por eso hay dos puertas con números distintos.

Julián atravesó la habitación hasta el enorme lecho y se lanzó en él.

—Tú no puedes dormir en la cama —protestó Scarlett.

—¿Por qué no? Es muy cómoda.

Él se quitó las botas y las dejó caer al suelo con un golpe sordo y sonoro. A continuación se despojó del chaleco y fue a por los botones de la camisa.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Scarlett—. No puedes hacer eso.

—Escúchame, Crimson. —Julián dejó de desabotonarse la camisa—. Ya te he dicho que no te voy a tocar, y te prometo que mantendré mi palabra, pero no voy a dormir en el suelo o en ese diván minúsculo solo porque tú seas una chica. Esta cama es lo bastante grande para los dos.

—¿De verdad crees que me voy a meter en una cama contigo? ¿Estás loco? —Una pregunta estúpida, porque resultaba obvio que sí.

Julián continuó desabotonándose la camisa, y ella tuvo la certeza de que procedía así solo porque sabía que la hacía sentir incómoda. O tal vez le gustase fanfarronear.

Captó otro atisbo de su tersa musculatura cuando se volvió hacia la puerta.

—Vuelvo abajo a ver si tiene otra habitación.

—¿Y si no la tiene? —Alzó él la voz.

—Entonces dormiré en el pasillo.

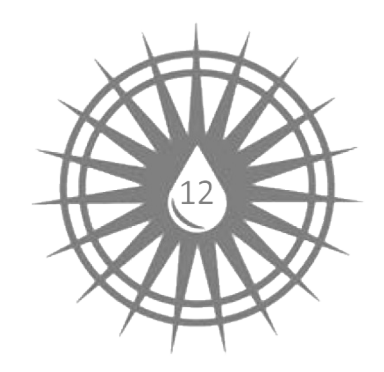
Un caballero habría protestado, pero Julián no era un caballero. Algo blando cayó al suelo. Muy probablemente su camisa.

Scarlett llevó la mano al pomo de cristal de la puerta.

—Espera…

Una forma cuadrada con los bordes dorados aterrizó a sus pies. Un sobre. Con su nombre escrito en la parte frontal con una letra elegante.

—He encontrado eso en la cama. Me imagino que es tu primera pista.



La abuela de Scarlett solía decir que el mundo de Caraval era el gran patio de recreo del maestro Legend. No se pronunciaba palabra que él no escuchase. Ni siquiera un susurro se escapaba a sus oídos, ni una sombra pasaba sin que la vieran sus ojos. Nadie veía nunca a Legend —o si lo hacían, no sabían que era él—, pero Legend lo veía todo durante Caraval.

Scarlett habría jurado que sentía su mirada cuando puso un pie en el pasillo. Lo percibió en la forma en que las velas de las lámparas parecían brillar con más intensidad, como unos ojos que se animaban, al examinar ella el mensaje.

El sobre tenía el mismo aspecto que todos los demás que Legend le había enviado con anterioridad: dorado, *beige* y cargado de misterio.

Al abrirlo le cayeron en la palma de la mano varios pétalos de rosas rojas junto con una llave. De un delicado cristal verde. Similar a la que le habían dado para su habitación, solo que esta tenía un número cinco grabado y llevaba atado un lacito negro que sujetaba un trozo ancho de papel con un nombre: Donatella Dragna.

Scarlett supo que aquella debía de ser su primera pista, pero a ella le parecía más bien un regalo de Legend, igual que el vestido y las invitaciones para la isla. Le había costado creer que ella era especial cuando estaba en la relojería, pero tal vez estuviera sintiendo el roce de la magia de Caraval, porque se sorprendió atreviéndose a albergar la esperanza de que Legend de verdad la estuviese tratando de un modo diferente, preocupándose una vez más por ella al mostrarle dónde se encontraba su hermana. Por un instante, Scarlett se sintió como si todo fuera a ir bien y a ser maravilloso.

Recorrió el pasillo volando hasta que llegó a la escalera del tercer piso. La habitación número cinco venía después de la número once: una puerta cuadrada de color turquesa con un pomo de cristal verde con un cierto aspecto de una joya gigante. Chillona y magnífica: perfecta para Tella.

Scarlett fue a usar la llave, pero la respiración al otro lado de la puerta sonaba un tanto fuerte para Tella. Le descendió por el cuello un picor anaranjado y ahumado de inquietud cuando acercó más el oído a la puerta.

Golpe seco.

Algo pesado cayó al suelo.

Seguido de un quejido.

—Tella… —Scarlett llevó la mano al pomo—. ¿Estás bien?

—¿Scarlett? —La voz de Tella sonaba forzada, sin aliento.

—¡Sí! ¡Soy yo, voy a entrar!

—¡No…, no lo hagas!

Otro golpe seco y sonoro.

—Tella, ¿qué está pasando ahí dentro?

—Nada… solo… no entres.

—Tella, si algo va mal…

—No pasa nada. Estoy… mmm… ocupada… —Tella dejó la frase en el aire.

Scarlett vaciló. Algo iba mal. Aquello no era propio de Tella.

—¡Scarlett! —La voz de Tella retumbó bien alto y claro, como si pudiera ver cómo su hermana llevaba la mano al picaporte—. Si abres esa puerta, no volveré a hablarte en la vida.

El tono de Tella sonó grave, y esta vez vino seguido del eco de una voz profunda. La voz de un hombre joven.

—Ya has oído a tu hermana —dijo él.

Aquellas palabras rebotaron por el sinuoso pasillo y golpearon a Scarlett como una ventolera inoportuna que se colaba por todos los sitios que su ropa no alcanzaba a proteger.

Mientras se apartaba de allí, se sintió como una idiota en cinco tonos distintos de frutos rojos. Había estado agobiada por Tella todo este tiempo, pero resultaba obvio que su hermana no se había preocupado por ella. Probablemente, ni siquiera habría pensado en Scarlett, no cuando tenía a un joven metido en la cama.

Scarlett no debería haberse sorprendido. Su hermana siempre había sido más alocada; Tella tenía querencia por los problemas, pero no eran sus locuras lo que le dolía a Scarlett. Tella era la persona más importante del mundo para ella, y siempre la destrozaba saber que su hermana no sentía lo mismo por ella.

Cuando las abandonó su madre, fue como si todo lo blando que había en su padre se esfumase con ella. Sus normas pasaron de lo estricto a lo severo, lo mismo que las consecuencias de no llegar a obedecerlas. Qué diferentes habrían sido las cosas si Paloma se hubiese quedado en Trisda. Scarlett juró que jamás dejaría sola a Tella como su madre había hecho con ellas. La protegería. Aunque Scarlett solo era un año más mayor, no confiaba en que nadie más se ocupase de cuidar de su hermana, y, mientras Tella crecía, Scarlett no creía que su hermana se fuese a cuidar ella sola. Sin embargo, aunque la había protegido, también la había malacostumbrado. Eran demasiadas las veces en que Tella solo pensaba en sí misma.

Al final del pasillo, Scarlett se dejó caer al suelo. Debajo, sentía el incómodo roce de las ásperas tablillas de madera. En aquel piso hacía más frío que en el de arriba, o

quizá solo se sintiese con frío a causa del rechazo de Tella. Había escogido a otra persona antes que a ella, a un joven cuyo nombre tal vez ni siquiera conociese. Si Scarlett solía temer a los hombres, Tella era lo contrario, siempre corriendo detrás de quien no debía, con la esperanza de que uno de ellos pudiese darle el amor que su padre le negaba.

Scarlett pensó en regresar a su habitación, cálida con la lumbre y llena de mantas, pero ni todo el calor del mundo la convencería para que compartiese la cama con Julián. Podría haber bajado y haberle pedido otra habitación a la posadera, pero algo le decía que no era una buena idea, no después del alboroto que le había montado para que dejase entrar a Julián. El imbécil de Julián.

«Imbécil. Imbécil. Imbécil…», se repitió mentalmente hasta que se le fueron cerrando los ojos.

—Señorita… —Una mano cálida le sacudió el hombro y la devolvió a la vigilia.

Scarlett se sorprendió y se llevó las manos al pecho mientras abría los ojos de golpe, solo para volver a cerrarlos al instante. El joven que tenía delante le sostenía una lámpara bastante cerca de la cara. Podía sentir la caricia de su calor en la mejilla, aunque el joven se mantenía a una distancia segura.

—Creo que está borracha —dijo una mujer joven.

—No estoy borracha. —Scarlett volvió a abrir los ojos.

El joven de la lámpara parecía unos años más mayor que Julián, pero a diferencia del marinero, este joven iba con unas botas bien limpias y el pelo recogido con pulcritud detrás de la cabeza. Era atractivo, y el cuidado que dedicaba a su apariencia la llevó a pensar que él también lo sabía.

Vestido por entero en un negro elegante, era el tipo de chico guapo cuya belleza Tella habría tildado de «inútil», y mientras tanto pensaría en secreto en distintas formas de ganarse su atención. Reparó en toda la tinta que le cubría las manos y le ascendía por los brazos. Tatuajes, carnales y enrevesados, símbolos de arcanistas, una máscara de luto, unos labios curvos en un seductor fruncido, garras de ave y rosas negras. Todos y cada uno de ellos desentonaban con el resto de su refinada apariencia, lo cual generaba en Scarlett una curiosidad mayor de la que debería sentir.

—Me han puesto por error en una habitación con otra persona —explicó Scarlett —. Iba de camino a pedirle otra a la posadera, pero entonces…

—¿Te quedaste dormida en pleno pasillo? —Esto procedía de la chica que había dicho que Scarlett estaba borracha. Se hallaba más lejos de la lámpara, y el resto de las luces del pasillo se habían apagado, de manera que Scarlett no podía verle la cara con claridad. Se la imaginó huraña y poco atractiva.

—Es complicado —titubeó.

Podría haberles hablado de su hermana, sin mayores problemas, pero aun en el caso de que esta pareja nunca llegase a conocer a Tella, no quería poner al descubierto las indiscreciones de su hermana.

Su deber era protegerla, y no tenía muy claro que le importase realmente lo que

alguna de aquellas dos personas pensara de ella misma, por más que no dejaran de írsele los ojos hacia el joven de los tatuajes.

Tenía el típico perfil destinado a los pintores y escultores. Labios carnosos, mandíbula fuerte, ojos oscuros como el carbón a cobijo de unas cejas pobladas y oscuras.

Verse acorralada por un joven como aquel, en un pasillo apenas iluminado, debería haberla incomodado, pero la expresión del chico era más de preocupación que depredadora.

—No tienes que explicar nada —comentó él—. Estoy seguro de que tienes una buena razón para dormir aquí fuera, pero tampoco creo que te debas quedar. Yo estoy en la número once. Puedes dormir ahí.

A decir de la manera en que lo había expresado, Scarlett estaba bien segura de que no pretendía quedarse en la habitación con ella —no como otro joven que ella sabía— y, aun así, estaba tan acostumbrada a los peligros ocultos que no pudo evitar vacilar.

Estudió de nuevo al joven a la luz de la lámpara, y sus ojos se le posaron en la rosa negra que le teñía de tinta el dorso de la mano, elegante, encantadora y un tanto triste. Scarlett no sabía por qué, pero le daba la sensación de que aquel tatuaje definía al joven de alguna forma. La parte elegante y encantadora la podía haber espantado —había aprendido que aquello solía ocultar otras cosas— pero la parte triste la atraía.

—¿Dónde dormirás tú?

—En la habitación de mi hermana. —Hizo un gesto con la barbilla para señalar a la chica a su lado—. Hay dos camas en su alcoba, y no va a necesitar las dos.

—Sí que las necesito —dijo la chica, y aunque Scarlett aún no podía verla con claridad, juraría que la había mirado de arriba abajo con cara de asco.

—No seas maleducada —la cortó el joven—. Insisto —añadió antes de que Scarlett pudiera protestar—. Si mi madre se enterase de que he dejado a una joven señorita temblorosa durmiendo en el suelo, me repudiaría, y no la culparía por ello. —Extendió una mano entintada para ayudar a Scarlett a levantarse—. Me llamo Dante, por cierto, y esta es mi hermana, Valentina.

—Scarlett, y gracias —dijo con cautela, sorprendida aún por que él no quisiera nada a cambio—. Es muy generoso por tu parte.

—Creo que me estás otorgando demasiado mérito. —Dante sostuvo la mano de Scarlett un poco más. Por un instante, sus ojos descendieron más abajo del cuello de Scarlett, y ella habría jurado que se le sonrosaban las mejillas, pero levantó la mirada antes de que aquello la incomodase—. Me ha parecido verte con anterioridad desde la taberna, y daba la impresión de que estabas con alguien más, ¿no?

—Yo… —Scarlett vaciló.

Sabía lo que le estaba preguntando, pero no era capaz de discernir si la curiosidad de Dante se debía al concurso o a otra cosa que implicase un verdadero interés en ella. Todo cuanto sabía era que aquella manera tan firme en que Dante la estaba

contemplando le templaba las partes más frías de las extremidades, y se imaginó que, si Julián estuviese en aquel pasillo con una chica guapa, no diría que Scarlett era su prometida.

—Entonces no tendrías obstáculo para encontrarte conmigo a la caída de la noche para cenar, ¿no? —le preguntó.

Valentina soltó un quejido.

—Cierra la boca —declaró Dante—. Por favor, no hagas caso de mi hermana; ha bebido demasiado esta noche. Eso la pone un poco menos agradable que de costumbre. Te prometo que ella no vendrá si te encuentras conmigo para la cena. —Siguió sonriendo a Scarlett del modo en que ella siempre había esperado que un chico lo hiciera, no como si se sintiera simplemente atraído por ella, sino como si quisiera protegerla y cuidarla. Los ojos de Dante continuaron sobre ella como si no fuese capaz de apartar la vista.

«El conde me mirará del mismo modo», se aseguró Scarlett, porque, si bien no tenía ningún tipo de relación con Julián, seguía estando prometida, y comportarse de otra manera resultaba peligroso.

—Lo siento. Es que… no puedo. Yo…

—Está bien —se apresuró a interrumpirla Dante—. No tienes que dar explicaciones. —Sonrió de nuevo, y su sonrisa fue más amplia, pero no más sincera. En silencio, la acompañó hasta su habitación antes de entregarle una llave de ónice.

Por un tenso instante permanecieron ambos próximos a la puerta, estrecha y apuntada. Scarlett se temía que, a pesar de su palabra, Dante fuese a tratar de entrar con ella, pero él se limitó a esperar a que Scarlett se asegurase de que la llave funcionaba antes de decirle en un susurro:

—Que duermas bien.

Ella fue a despedirse, pero se calló al entrar en la habitación. Sobre una cómoda, una lámpara de aceite iluminaba el espejo que había encima. Incluso en la penumbra, la imagen de Scarlett era nítida. El cabello oscuro le caía por los hombros, apenas cubiertos por unos finos volantes de tela de gasa blanca.

Soltó un grito ahogado. El malicioso vestido se había transformado una vez más, se había vuelto transparente, como de encaje, demasiado escandaloso para lucirlo en un pasillo público o mientras hablaba con un joven desconocido.

Cerró de un portazo sin terminar su despedida. No le extrañaba que Dante no le hubiese podido quitar los ojos de encima.

Scarlett no tuvo buenos sueños.

Mientras dormitaba, soñó con Legend. Ella misma se encontraba de nuevo en el balcón dorado, vestida con poco más que un corsé negro al descubierto y unas enaguas rojas, e intentaba cubrirse con las cortinas.

—¿Qué estás haciendo? —Legend entró con aire arrogante, luciendo su

característico sombrero de copa de terciopelo azul y una mirada cargada de díscolas intenciones.

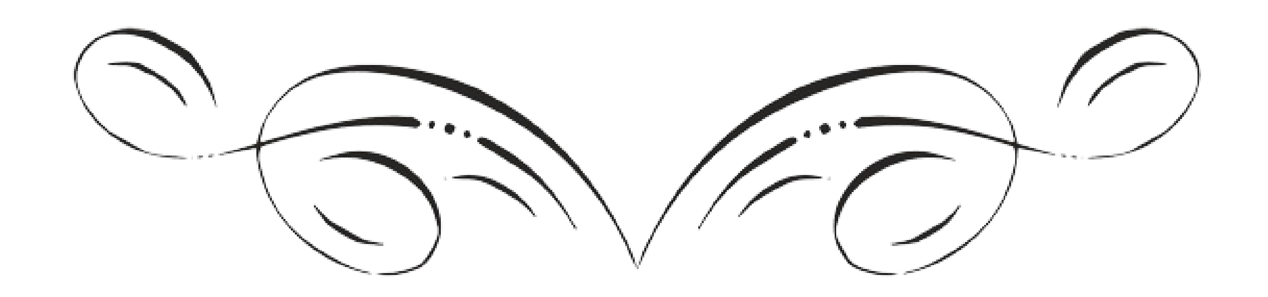
—Solo procuraba ver el concurso. —Scarlett se enroscó aún más en las cortinas, pero Legend tiró de ella y la sacó. Tenía la mano tan fría como la nieve, su rostro juvenil oculto por una sombra.

La escarcha le mordisqueaba a Scarlett los hombros desnudos.

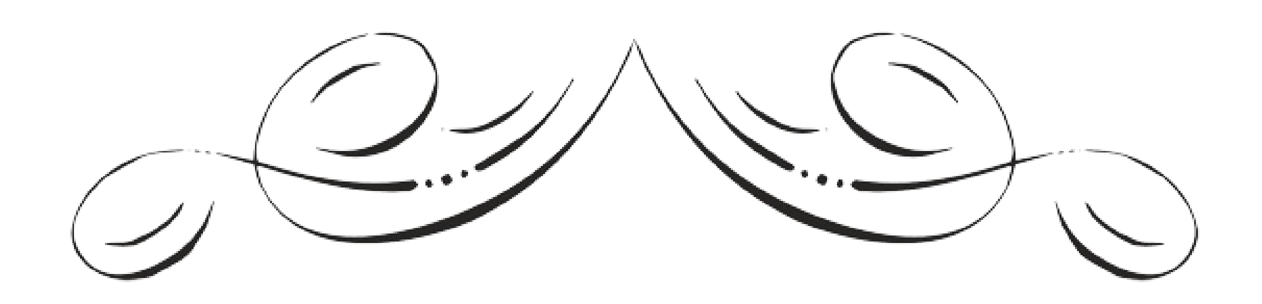
Legend se echó a reír y le envolvió la cintura con ambas manos.

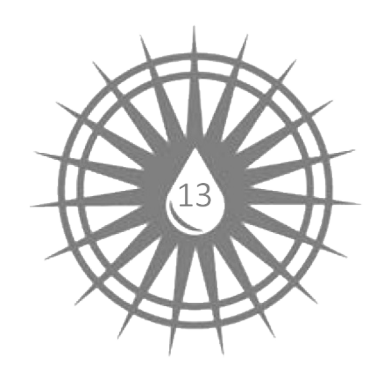
—No te invité a venir aquí para que te quedaras mirando, preciosa. —Su boca se aproximó a la de Scarlett, como si estuviese a punto de besarla—. Quiero que participes en el concurso —le susurró.

Acto seguido, la lanzó por el balcón.



LA PRIMERA NOCHE DE CARAVAL





Scarlett se despertó cubierta de un sudor frío. Le empapaba la frente a la altura del nacimiento del cabello y en el espacio de detrás de las rodillas.

Sabía que solo había sido un sueño, pero se preguntó por un instante si la magia de Caraval —si la magia de Legend— se le había colado de algún modo en los pensamientos.

O quizá el sueño estuviese hecho de sus pensamientos, ¿no? Por dos veces le habían dicho que aquellas experiencias no eran más que un juego, y aun así se estaba comportando como si todo fuera real, como si todos sus actos fuesen a ser descubiertos, juzgados y castigados.

«No te invité a venir aquí para que te quedaras mirando».

Pero Scarlett ni siquiera estaba haciendo eso.

Había visto cosas increíbles el día anterior, pero había estado sometida al constante control del miedo. Se recordó que su padre no estaba allí, y si solo se iba a quedar una noche, lo lamentaría más adelante si se pasaba todo el tiempo demasiado asustada para disfrutar de algo. Probablemente Tella dormiría otra hora más, por lo menos; Scarlett podía aguantar ese rato sin preocuparse por ella, y tampoco se iba a morir si disfrutaba de algo de diversión mientras tanto.

Sus pensamientos regresaron a Dante, al tatuaje de la rosa negra en su mano y a esa forma tan cálida y deseada en que él la hacía sentirse. Debería haberle dicho que sí. Solo era una cena, algo ni de lejos tan escandaloso como hablar con él en un pasillo a oscuras luciendo tan solo un camisón. Y ni siquiera eso había resultado tan terrible como ella se había imaginado.

La habitación que le habían prestado solo tenía una ventana minúscula y octogonal, pero bastaba para ver cómo se ponía el sol sin prisas y cómo regresaban a la vida los canales y las calles. El mundo estaba al borde del anochecer, la hora de humo antes de que todo se oscureciese por completo. Quizá, si se dirigía a la Taberna de Cristal con la suficiente rapidez, aún no sería demasiado tarde para buscar a Dante y aceptar su invitación. Sin embargo, le daba la sensación de que debería estar desayunando. Se había adaptado a dormir durante el día con una sorprendente

facilidad, pero la idea de levantarse de la cama e ir a cenar le seguía pareciendo algo antinatural.

Antes de marcharse le echó un rápido vistazo a su apariencia en el espejo. Al lavarse la cara, había sentido cómo cambiaba su vestido, cómo el fino tejido de su camisón se convertía en pesadas capas de seda.

Ojalá fuese algo que destacase menos, un atuendo que se confundiese con la noche, pero estaba claro que aquel vestido tenía sus propias ideas.

Sobre el polisón descansaba un gigantesco lazo de color vino tinto, sus dos gruesos bucles le caían por detrás hasta el suelo. El resto del vestido era del blanco más puro excepto el corpiño, que estaba envuelto en cintas rojas que apenas dejaban entrever el tejido que había debajo. Llevaba los hombros desnudos, aunque unas mangas largas le cubrían los brazos. Igual que el corpiño, las mangas iban entretejidas con cintas de color rubí que se ataban sobre las manos y dejaban que sus extremos danzasen entre sus finos dedos.

A Tella le encantaría. Scarlett ya se imaginaba el chillido de su hermana cuando la viese con un atuendo tan atrevido.

Aun cuando había jurado que no se preocuparía por su hermana durante la primera hora de la noche, no pudo evitar pensar en ella al pasar por delante de la habitación número cinco.

La puerta estaba entreabierta. Como si fuese niebla, desde el otro lado se filtraba una luz verde esmeralda, el color del pomo con forma de piedra preciosa.

Scarlett se dio la orden de pasar de largo para ir en busca de Dante, quien deseaba realmente estar un tiempo con ella. Sin embargo, algo en aquella luz, en la rendija y en el eterno tirón que tenía su hermana la atrajo más cerca.

—Tella… —Llamó a la puerta con sutileza. La rendija se abrió un poco más y vertió más luz verde, el color de lo maléfico. Regresó el mal presentimiento de antes —. ¿Tella? —Scarlett empujó la puerta para terminar de abrirla—. Ay, madre… —Se tapó la boca.

La habitación de Tella estaba manga por hombro. Todo estaba cubierto de plumas, como si un ángel rebelde se hubiera vuelto loco. Se mezclaban con las astillas de madera que se partían bajo las botas de Scarlett y las prendas que habían tirado del armario ropero destrozado. La cama también estaba rota. La colcha estaba rasgada en dos, y uno de los postes lo habían arrancado de cuajo, como un miembro cercenado de manera violenta.

Aquello era culpa de Scarlett. Tella estaba en su habitación con un hombre, pero no por lo que ella creía. Tendría que haberlo sabido. Tendría que haber entrado a pesar de las protestas de su hermana. Era su deber cuidar de ella. Tella era demasiado imprudente con los hombres, y Scarlett había sido una idiota al pensar que ambas podían quedarse allí, aunque fuera solo por un día. Tendría que haberse marchado de la isla en el instante en que la encontró. Si Scarlett se hubiese ido en ese preciso momento, aquello…

—¡Madre del amor hermoso!

Scarlett se volvió al oír aquella exclamación tan habitual en su hermana, pronunciada por una voz desconocida.

—Héctor, mira…, es otra pista. —La mujer que entró decidida en la habitación era menuda y tenía el pelo cano, y desde luego que no era Donatella—. ¡Esto es espléndido! —Tiró de un hombre más mayor que ella y con gafas para que cruzase la puerta.

—¿Qué están haciendo? —les preguntó Scarlett—. Esta es la habitación de mi hermana. No pueden entrar aquí.

La pareja levantó la vista como si acabasen de reparar en su presencia.

La mujer de pelo cano sonrió, pero no de manera agradable: fue una sonrisa tan codiciosa y tan teñida de verde como la luz que cubría la estancia.

—¿Donatella Dragna es tu hermana?

—¿Cómo lo sabe?

—¿Cuándo la viste por última vez? —preguntó la mujer de pelo blanco—. ¿Qué aspecto tiene?

—Pues… ella… —empezó a responder Scarlett, pero aquel interrogatorio le pareció repugnante, como una bañera llena de agua sucia. Había tantas ansias en el tono de la mujer del cabello plateado como en sus ojos pálidos y sus manos agarrotadas. Y entonces Scarlett la vio, en su mano arrugada. Una llave de cristal verde.

Idéntica a la que había recibido Scarlett, grabada con un número cinco y unida a un trozo de papel con el nombre de Donatella.

Volvieron a ella a toda velocidad las palabras de Julián. El nombre de su hermana era la primera pista, y otras personas habían recibido la misma pista exacta.

«Todo es un juego». Scarlett recordó la advertencia de la chica del monociclo. Esto no era real.

Pero lo parecía. Los vestidos desperdigados por la alcoba eran de verdad los de Donatella, y cuando su hermana le advirtió que se alejase de la habitación, era su voz, y el enfado sonaba verdadero, aunque ahora Scarlett se temía que no fuese por la razón que ella había creído en primera instancia.

Varias plumas alzaron el vuelo cuando la mujer recogió uno de los camisones celestes de encaje de Tella, y su acompañante se apropió de una pieza de bisutería que estaba tirada en el suelo.

—Por favor, no toquen eso —dijo Scarlett.

—Lo siento, querida, solo porque sea tu hermana eso no significa que tú te quedes con todas las pistas.

—¡Eso no son pistas! Son las cosas de mi hermana. —Scarlett alzó la voz, aunque lo único que logró con eso fue atraer a más gente.

Tan ansiosos como buitres, hombres y mujeres, tanto jóvenes como viejos, arrasaron la estancia como las bestias que chupetean la carne de los huesos. Scarlett

se sintió impotente, incapaz de detenerlos.

¿Cómo había llegado a pensar alguna vez que aquel concurso era mágico?

Algunos de ellos intentaron hacerle preguntas —como si ella pudiese conducirlos hasta otra prueba—, pero al ver que Scarlett no respondía, se apresuraban a seguir adelante.

Trató de hacerse con lo que pudo. Cogió vestidos y ropa interior, cintas, joyas y estampas. Tella debió de ser sincera al respecto de no volver nunca a Trisda, porque no era solo su ropa lo que estaba desperdigado por la habitación. Todas sus pertenencias favoritas estaban allí, y también algunas de las de Scarlett. No estaba segura de si eran cosas que Tella había cogido de manera egoísta, o si las había llevado a la isla para Scarlett, ya que no tenía planes de que ninguna de las dos regresara a Trisda.

—Disculpa. —Una chica embarazada con las mejillas rosadas y el pelo rojizo se acercó a Scarlett; su voz era el único sonido silencioso en aquel caos—. Parece que necesitas algo de ayuda. No es que yo pueda doblarme mucho. —Hizo un gesto hacia su vientre, enorme y redondo—. A lo mejor te podría sujetar esas cosas mientras tú sigues reuniendo más, ¿no?

Scarlett estaba llegando a un punto en que ya no podía recoger nada, pero no quería soltar lo que había conseguido abarcar.

—Tampoco es que pueda salir corriendo —añadió la chica. Era joven, de la edad de Scarlett, más o menos, y, por el tamaño de su vientre, parecía que podía tener el niño en cualquier momento.

—No estoy muy segura… —Scarlett se calló cuando un hombre con unos pantalones de imitación barata del terciopelo y un bombín marrón le dio una patada a un trozo de cristal de colores. Debajo relució algo rojo y brillante—. ¡No! No se los puede llevar. —Se lanzó a por el hombre, pero, en cuanto él vio el interés de ella, el suyo se avivó un tanto. Agarró del suelo los valiosos pendientes y salió disparado hacia la puerta.

Scarlett echó a correr tras él, pero el tipo era rápido, y ella llevaba los brazos cargados. Apenas había recorrido la mitad del pasillo cuando el hombre alcanzó la destartalada escalera.

—Dame, deja que yo te sujete eso. —La embarazada estaba a su lado en el pasillo —. Aquí mismo estaré cuando vuelvas —le prometió.

Scarlett no quería soltar lo que había recogido, pero no podía perder aquellos pendientes. Dejó caer las cosas en los brazos abiertos de la chica, se agarró el bajo de la falda impoluta y trató de alcanzar al hombre. Le pareció divisar el bombín marrón cuando llegó a la escalera, pero al instante lo perdió de vista.

Sin aliento, se lanzó escaleras abajo y vio cómo se cerraba la puerta de La Serpiente como si alguien acabase de cruzarla a toda prisa. Scarlett fue hacia ella y agarró el borde verde chillón. En el exterior, el mundo estaba sumido en un ocaso y en un amanecer al tiempo. Las estrellas parpadeaban en lo alto como unos ojos

diabólicos mientras que un ejército de faroles encendía las calles con la brillante luz de sus velas. La alegre tonada de un acordeón resonaba por las calles, y la gente se movía al son de su música, se balanceaban las caderas con faldas y oscilaban los codos de las chaquetas, pero ningún bombín subía y bajaba. El hombre había desaparecido.

No debería haberle importado. No eran más que unos pendientes. Aunque no solo eran pendientes.

Eran «escarlatas».

«Piedras de escarlata para Scarlett», le había dicho su madre. Un último regalo antes de marcharse.

Scarlett sabía entonces que no existía eso de las «piedras de escarlata», que en realidad no eran más que unos trozos de cristal coloreado, pero eso nunca había sido importante. Eran un fragmento de su madre, y el recordatorio de que una vez el gobernador Dragna fue un hombre distinto. «Me los regaló tu padre —le dijo ella—, porque el rojo escarlata era mi color favorito».

Costaba imaginarse a su padre siendo tan atento ahora. Qué diferente era entonces. Después de la huida de Paloma y de que él fuese incapaz de encontrarla, el gobernador destruyó todo lo que le recordaba a ella y únicamente le dejó a Scarlett aquellos pendientes, pero solo porque ella se los había ocultado. Fue entonces cuando Scarlett juró que siempre se quedaría con su hermana, que nunca dejaría a Tella sin nada más que una pieza de joyería y unos recuerdos descoloridos tal y como había hecho su madre. Incluso años más tarde, la desaparición de Paloma pesaba sobre Scarlett como una sombra que no podía disipar luz alguna por brillante que fuese.

Le ardían las lágrimas en los ojos. De nuevo, trató de recordar que aquello no era más que un juego, pero no era el juego que ella se imaginaba.

De vuelta en el pasillo sinuoso de La Serpiente, Scarlett no se sorprendió al descubrir que la embarazada se había largado con todas sus cosas. Nada quedaba en el pasillo de las valiosas pertenencias de su hermana. Todo lo que encontró Scarlett fue un botón de cristal y una estampa que se le debía de haber caído a la chica o a otra persona.

—Esos buitres…

—No sabía que fueras de las que sueltan juramentos.

Julián se apoyó en la pared opuesta con los brazos morenos cruzados e hizo que Scarlett se preguntase si había estado allí todo el rato.

—No sabía que la palabra *buitre* fuese un juramento —dijo Scarlett.

—Tu manera de decirla ha hecho que lo parezca.

—Tú también los soltarías si tuvieses una hermana a la que han raptado como parte de este concurso.

—Ahí estás otra vez, Crimson, teniendo un concepto demasiado elevado de mí. Si yo tuviese una hermana a la que raptasen en este juego, la utilizaría en provecho propio. Deja de autocompadecerte y vámonos.

Julián se impulsó para separarse de la pared y se dirigió hacia la habitación saqueada de Tella.

Los buitres se habían ido, pero habían limpiado todo lo importante. Se habían llevado hasta el pomo de cristal verde de la puerta.

—He intentado recoger todas sus cosas, pero… —A Scarlett se le quebró la voz al entrar en la habitación, al recordar la avaricia en todos aquellos ojos y aquellas manos que se hacían con las posesiones de Tella como si fueran piezas de un rompecabezas en lugar de los fragmentos de la vida de una persona.

Levantó la vista hacia Julián, pero no había lástima en su mirada de párpados caídos.

—Solo es un juego, Crimson. Esa gente solo estaba jugando. Si quieres ganar, tienes que ser un poco despiadada; Caraval no va de ser amable.

—No te creo —indicó Scarlett—. Solo porque tú tengas estropeada la brújula moral, eso no significa que aquí todo el mundo sea deshonesto.

—Los que más cerca están de ganar lo son. No todo el mundo viene aquí a pasarlo bien. Algunos solo juegan para poder vender al mejor postor lo que recogen, como ese tipo que ha salido corriendo con tus pendientes.

—No sacará mucho por ellos —dijo Scarlett con amargura.

—Te sorprendería. —Julián recogió un tirador del ropero roto—. La gente está dispuesta a pagar mucho dinero, o a confesar sus secretos más íntimos, por un pedacito de magia de Caraval. Pero los que no juegan limpio suelen pagar un precio aún más elevado. —Lanzó el tirador al aire y lo dejó caer al suelo antes de reconocer en voz baja—: Ese es el sentido de la justicia que tiene Legend.

—Bien, pues yo no quiero participar en absoluto —respondió Scarlett—. Solo quiero encontrar a mi hermana y llegar a casa a tiempo para mi boda.

—Será un problema, entonces. —Julián volvió a coger el tirador—. Si quieres encontrar a tu hermana antes de marcharte, tienes que ganar el concurso.

—¿De qué estás hablando?

—Déjame adivinar: ¿no le echaste un vistazo a la pista que te di?

—Lo único que ponía en mi pista era el nombre de Donatella.

—¿Estás segura? —Puso él en duda.

—Por supuesto. Lo único es que no me di cuenta de que era una pista. Pensé que Legend… —Se percató de su error demasiado tarde.

Los labios de Julián se estaban curvando con ese mismo gesto burlón que surgía cada vez que ella mencionaba el nombre de Legend…, aunque no hubiese terminado de formular su estúpida idea.

Scarlett comprobó la nota atada a su llave. Las únicas palabras que había eran el nombre de su hermana, pero debajo quedaba una amplia franja de espacio libre. Cruzó la habitación hasta la lámpara de cristales de colores que tenía más cerca y sostuvo la nota en alto igual que Tella había hecho con las entradas de Legend. Como era evidente, aparecieron más líneas de una elegante caligrafía.

Con Legend fue vista la chica por última vez.
Si la atrapas a ella, a él lo atraparás también.
Quizá tengas que adentrarte en el infierno.
Pero si lo consigues, tal vez te veas rica.
Y este año se le concederá un deseo al ganador.

Un instante después, el texto desapareció, y un nuevo conjunto de palabras ocupó su lugar.

Ésta es tu primera prueba del camino para encontrarla.
No será tan fácil hacerse con las siguientes.
Algunas te harán dudar de tu cordura y de todo aquello en lo que crees.
Descubrirás la segunda pista en los despojos de su partida.
La tercera te la habrás de ganar.
La cuarta te costará algo muy valioso.
Y la quinta exigirá un salto de fe.
La mayoría de vosotros fracasará, pero uno, sin duda, lo conseguirá.
Tienes cinco noches para hallar las cuatro pistas restantes y después a la chica, y el deseo de Legend será tuyo.

El sueño de Scarlett tuvo que ser algo más que una simple ilusión. Legend la quería allí de verdad.

Recordó lo que le había dicho el niño del balcón: «Una vez dentro, se os formulará un misterio que tendréis que resolver».

El misterio de ese año tenía que ser descubrir adónde se habían llevado a Tella, por eso se había juntado tanta gente revolviendo en su habitación; todos ellos también la estaban buscando. La nota no decía qué sería de Tella si no la encontraba nadie, pero Scarlett sabía que su hermana no tenía la intención de regresar a Trisda una vez que hubiese finalizado el concurso.

Si no daba con ella, Tella se desvanecería exactamente igual que su madre. Si quería ver a su hermana, Scarlett tenía que quedarse y jugar.

No obstante, no se podía quedar allí durante el concurso entero. Se suponía que debía casarse con el conde dentro de seis días, el día veinte. Caraval duraba cinco noches, y tardaría dos días enteros en su viaje de regreso a Trisda. Para que Scarlett llegase a tiempo para su boda, tendría que resolver todas las pistas y encontrar a Tella antes de la última noche del concurso.

—No pongas esa cara tan afligida —dijo Julián—. Si tu hermana está con

Legend, estoy seguro de que la están tratando bien.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó Scarlett—. Tú no la oíste; sonaba tan aterrada…

—¿La viste?

—Solo oí su voz.

Scarlett le explicó lo sucedido.

Julián tenía el aspecto de estar conteniendo la risa.

—Una y otra vez se te olvida que esto es un juego. O bien estaba actuando, o bien alguien se hacía pasar por ella. De cualquier manera, no creo que haga falta que te preocupes por tu hermana. Confía en mí cuando te digo que Legend sabe cuidar de sus invitados.

Estas últimas palabras de Julián deberían haber soltado los nudos que Scarlett tenía en el estómago, pero algo que había en la forma de hablar del marinero los tensó aún más. La sonrisa de su rostro no llegaba a sus ojos, los dejaba fríos e intactos.

—¿Cómo sabes tú cómo trata Legend a sus invitados?

—Fíjate en la habitación que nos han dado a nosotros porque tú eres su invitada especial. —El acento de Julián se hizo más fuerte al pronunciar la última palabra—. Es lógico pensar que habrá metido a tu hermana en algún lugar igual de agradable.

De nuevo, Scarlett se tendría que haber sentido mejor. Tella no estaba en peligro, era un elemento del concurso, simplemente, y uno bien importante. Sin embargo, justo eso era lo que inquietaba tanto a Scarlett. ¿Por qué, de entre toda la gente, iba Legend a escoger a su hermana?

—Ah, ya lo entiendo —añadió él—. Estás celosa.

—No lo estoy.

—Sería lógico que lo estuvieras. Fuiste tú quien le escribió cartas durante todos esos años. Nadie te culparía por sentirte mal porque la haya escogido a ella en tu lugar.

—No estoy celosa —repitió Scarlett, pero esto solo sirvió para aumentar el tamaño de la sonrisa del marinero mientras continuaba jugueteando con el tirador del ropero roto, haciéndolo desaparecer y aparecer entre sus hábiles dedos. Un truco de magia barato.

Trató de pensar en la desaparición de Tella justo así, como un juego de manos: no se había ido para siempre, tan solo estaba fuera del alcance de Scarlett.

Releyó su primera pista. «Descubrirás la segunda pista en los despojos de su partida». Siendo la hermana de Tella, Scarlett debería haber tenido alguna ventaja. Si algo de la habitación no pertenecía a Tella, Scarlett lo sabría, pero apenas quedaba casi nada, salvo el botón de cristal y la estampa que tenía en la mano, algo que con una observación más detenida dejó de parecer tan común como antes.

—¿De qué se trata? —le preguntó Julián. Al ver que Scarlett no respondía de inmediato, su tono se volvió cautivador—. Vamos, creía que formábamos un equipo.

—Ser compañeros de equipo te ha beneficiado a ti, principalmente, no a mí.

—Yo no diría «principalmente». Se te olvida que, de no ser por mí, tú ni siquiera estarías aquí.

—Yo podría decir lo mismo —le discutió Scarlett—. Anoche te salvé de que te expulsaran del concurso, ¡pero eres tú quien ha dormido en nuestra habitación!

—Tú también podrías haber dormido en la cama. —El marinero jugueteaba con el primer botón de su camisa.

Scarlett puso cara de pocos amigos.

—Sabes que eso nunca fue una opción.

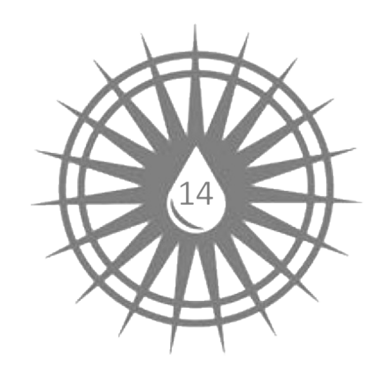
—Muy bien. —Alzó ambas manos en un gesto exagerado de rendición—. A partir de ahora será una relación más equilibrada. Yo seguiré contándote lo que sé sobre el concurso. Ambos compartiremos con el otro lo que averigüemos, y nos turnaremos cada día con la habitación. Cuando tú duermas ahí dentro, prometo que yo no lo haré. Eso sí, estás invitada a unirte a mí siempre que quieras.

—Sinvergüenza —masculló Scarlett.

—Me han llamado cosas mucho peores. Ahora, enséñame lo que tienes en la mano.

Scarlett echó un vistazo al pasillo para asegurarse de que no se había quedado nadie a escucharlos al otro lado de la puerta. Acto seguido le dio la vuelta a la estampa que tenía en la mano y se la enseñó a Julián.

—Esto no era de mi hermana.



Cuando tenía once años, Scarlett se enamoró perdidamente de los castillos. Daba igual que estuvieran hechos de arena, de piedra o de fragmentos de su fantasía. Eran fortalezas, y se imaginaba que, si viviera en una, estaría protegida y la tratarían como a una princesa.

Tella no tenía unas ideas tan románticas. No deseaba que la mimasen, ni pasarse los días encerrada en un castillo viejo y mohoso. Ella quería recorrer el mundo, ver las aldeas de hielo del Extremo Norte y las selvas del Continente Oriental, y qué mejor forma de hacerlo que con una hermosa cola de pez de color verde esmeralda.

Tella nunca se lo contó a Scarlett, pero quería ser una sirena.

Scarlett se rio tanto que se le saltaron las lágrimas cuando descubrió el alijo secreto de estampas que Tella tenía escondido. En todas ellas había unas deslumbrantes sirenas… ¡y tritones!

Después de eso, siempre que se peleaban, o siempre que Tella le tomaba el pelo a su hermana, Scarlett sentía la tentación de burlarse de ella por lo de ser una sirena. Al menos los castillos eran reales, pero hasta la propia Scarlett —quien en aquella época aún tenía unos sueños imposibles y una imaginación desbocada— sabía que las sirenas no existían. Sin embargo, Scarlett jamás dijo una palabra, ni cuando Tella se metía con ella por sus castillos o por su creciente fijación con Caraval, porque la fantasía de Tella de ser una sirena le daba esperanzas a Scarlett: la esperanza de que, a pesar del abandono de su madre y de la falta de cariño de su padre, su hermana todavía era capaz de soñar, y eso era algo que ella no quería destruir.

—Las estampas de mi hermana eran una colección muy particular —le contó a Julián—. Tella no tendría una estampa de un castillo.

—Creo que en realidad es un palacio —dijo Julián.

—Sigue sin ser la estampa que ella tendría. Esta tiene que ser la siguiente pista.

—¿Estás segura? —le preguntó Julián.

—Si no confías en que conozca bien a mi propia hermana, te puedes buscar a otra persona con la que trabajar.

—Lo creas o no, Crimson, me gusta trabajar contigo. Y creo recordar haber visto

ese palacio después de subirnos a la barca anoche. Si estás en lo cierto, y la estampa es la segunda pista, es en el palacio donde deberíamos buscar la tercera. Cuando participé en su día… —Julián guardó silencio al oír las pisadas de unas botas. Pesadas. Decididas. Se detuvieron justo delante de la puerta de la habitación de Tella.

Scarlett se asomó al pasillo.

—Vaya, hola —la saludó Dante con una sonrisa excesivamente torcida para ser perfecta. De nuevo, iba vestido entero de negro, a juego con la oscuridad de sus tatuajes, y fue como si se le iluminara la cara al divisar a Scarlett—. Justo iba ahora a ver qué tal estabas. ¿Has dormido bien en mi habitación?

Viniendo de Dante, las palabras *dormir* y *mi habitación* sonaban algo más que un poco escandalosas.

—¿Quién hay en la puerta, mi amor? —Julián se situó detrás de Scarlett. No llegó a tocarla, pero la manera en que se deslizó tan cerca era igual de posesiva. Scarlett pudo sentir el descaro de su cuerpo al acariciar el suyo cuando posó una mano en el marco y otra en la puerta justo detrás de ella.

La encantadora expresión de Dante se desvaneció. Su mirada se desplazó veloz entre Scarlett y Julián. El joven no dijo una palabra, pero Scarlett pudo ver de manera clara cómo se le endurecía el semblante. También sintió que algo cambiaba en Julián.

El pecho del marinero le rozó la espalda y, al hacerlo, toda su musculatura quedó tensa y rígida en contraste con su tono despreocupado.

—¿Es que nadie nos va a presentar?

—Julián, él es Dante —profirió Scarlett. Dante ofreció una mano, la que tenía la rosa tatuada en el dorso—. Tuvo la amabilidad de cederme su habitación, ya que hubo un malentendido con la mía.

—Bueno, es un placer conocerte, entonces. —Julián estrechó la mano de Dante —. Me alegro de que pudieras ayudar a mi prometida. Cuando supe lo que había sucedido, me sentí terriblemente mal. Ojalá hubiese acudido a mí. —Se volvió hacia Scarlett, todo él un falso afecto y miradas irritantes.

La joven se equivocaba al pensar que estaba molesto. Estaba disfrutando. Interpretaba el papel del novio preocupado tan solo para ahuyentar a Dante, cuando en realidad no podía haberle importado menos.

Scarlett volvió a alzar la vista hacia Dante con la esperanza de dar con la mejor manera de explicar que en realidad no le había mentido, pero él ya no la miraba, y su bello rostro había pasado de mostrarse contrariado a lucir una perturbadora sombra de indiferencia, como si ella hubiera dejado de existir.

—Vamos, amor —susurró Julián—, deberíamos apartarnos para que pueda echar un vistazo.

—Está bien así —dijo Dante—. Creo que ya he visto cuanto necesitaba. —Echó a andar por el pasillo sin decir otra palabra.

Scarlett se volvió de golpe hacia Julián cuando Dante desapareció de su vista.

—No soy un objeto de tu propiedad, y no me hace gracia que te comportes como

si fuera así.

—Pero sí te ha gustado su manera de mirarte, ¿no? —Julián contempló a Scarlett de arriba abajo y parpadeó con esas pestañas densas y oscuras al tiempo que le dedicaba una intencionada sonrisa de medio lado—. ¿Crees que practicará esa mirada delante del espejo?

—Basta ya. No me ha mirado así. No es más que una persona amable. A diferencia de otros, estuvo dispuesto a hacer un sacrificio para ayudarme.

—También tenía toda la pinta de estar dispuesto a cobrarse ese sacrificio.

—¡Ja! No todo el mundo es como tú. —Scarlett salió por la puerta con paso firme y recorrió el pasillo con la segunda pista bien agarrada: la estampa de Tella.

—Lo único que digo es que ese no trae nada bueno —afirmó Julián—. Deberías mantenerte alejada de él.

Scarlett se detuvo ante la escalera y cuadró los hombros mientras se volvía hacia Julián con el nítido recuerdo de la mirada hambrienta que había en su rostro cuando lo descubrió en la bodega con su hermana.

—Ni que tú fueses mejor.

—No estoy diciendo que yo sea un buen hombre —continuó Julián—, pero yo no busco ninguna de las cosas que ese tío quiere de ti. Si las buscase, te diría que también te alejases de mí. Ganó Caraval la última vez que yo participé. ¿Recuerdas qué te dije sobre el precio que pagaba la gente por este concurso? Incluso ganarlo tiene un precio, y él lo pagó por su triunfo, muy elevado. Yo apuesto por que hará lo que sea con tal de ganar el deseo e intentará recuperar todo lo que perdió. Si crees que yo tengo rota la brújula moral, la suya ni existe.

—¡Pero si es la parejita feliz! —La joven guapa de piel oscura aplaudió emocionada cuando Scarlett y Julián se subieron en su barca.

Lo último que le apetecía a Scarlett era fingir ser la extasiada futura esposa de Julián, pero consiguió endulzar un poco su tono de voz.

—¿Tú no ibas anoche montada en un monociclo?

—Oh, es que hago un montón de cosas —dijo la chica, orgullosa.

Scarlett recordó la advertencia de Julián acerca de ella, pero cuando la chica empezó a remar, costaba pensar que tuviese por dentro nada que no fuese una genuina alegría. Era mucho más agradable que la marinera de la noche anterior.

A lo mejor a Julián no le caía bien nadie que pareciese amable.

No obstante, ahora se mostraba bastante amistoso con aquella chica; después de haberle enseñado la estampa con su punto de destino, Julián le preguntó cómo se llamaba.

—Jovan, pero la gente me llama Jo —dijo la chica.

Conforme ella remaba, el marinero le iba haciendo más preguntas y se reía con sus chistes. Scarlett se quedó impresionada con lo cortés que podía ser cuando quería,

aunque se imaginaba que en su mayor parte era para obtener información. Jovan iba señalando todo tipo de cosas que ver. Los canales eran circulares, como una larga piel de manzana extendida por unas calles curvas e iluminadas por faroles, llenas de tabernas que exhalaban un humo rojizo, pastelerías con forma de magdalena, y los comercios envueltos en colorines como si fueran regalos de cumpleaños. Azul cerúleo. Naranja albaricoque.

Amarillo azafrán. Rosa pálido.

Mientras los canales conservaban un azul muy oscuro, los faroles se alineaban a lo largo de los bordes de cada edificio y realzaban los vivos colores en el bullicio de la gente que entraba y salía.

Scarlett pensó que parecía una especie de baile jovial al son de los distintos tipos de música que tocaban: arpas, gaitas, violines, flautas y violonchelos. Cada canal tenía su latido instrumental diferente.

—Hay mucho que visitar por aquí —dijo Jovan—. Si estáis dispuestos a pagar y os fijáis con la suficiente atención, en esta isla encontraréis cosas con las que no os toparíais en ningún otro sitio: hay gente que viene aquí solo para rebuscar en las tiendas y ni siquiera se molesta en participar en el concurso.

Jovan continuó parloteando, pero sus palabras se perdieron cuando Scarlett divisó lo que parecía un alboroto en la esquina de una calle. Era como si estuviesen sacando a una mujer a rastras de un comercio, a la fuerza. Oyó un grito y, acto seguido, lo único que pudo ver fue un grupo de personas que tiraban de la mujer, reducida a un pataleo y un blandir de brazos.

—¿Qué está pasando allí? —señaló Scarlett, pero cuando Jovan y Julián miraron, alguien en aquella calle había apagado todos los faroles cercanos, y todo cuanto ella había presenciado quedó oculto tras el manto de la noche.

—¿Qué has visto? —le preguntó Julián.

—Había una mujer con un vestido gris perla, la estaban sacando a rastras de una tienda.

—Ah, sería un espectáculo callejero, probablemente —dijo Jovan con desenfado—. Los intérpretes lo hacen a veces para animar un poco el ambiente para los que se limitan a observar: es probable que estuvieran haciendo como si hubiese robado algo, o como si hubiese perdido la cabeza. Estoy segura de que veréis más como ese según vaya avanzando el concurso.

Scarlett casi le susurró a Julián que parecía muy real, pero ¿acaso no la habían advertido sobre eso al entrar en el concurso?

Jovan volvió a aplaudir cuando dejó de remar.

—Pues ya hemos llegado. El palacio de la estampita. También conocido como el Castillo Maldito[5].

Por un instante, Scarlett se olvidó de aquella mujer. Unas bandas de arena reluciente se extendían y ascendían hacia un palacio con la forma de una jaula para pájaros descomunal y repleta de puentes curvos, arcos de herradura y cúpulas

redondeadas, todo ello espolvoreado con pecas de sol precipitado, como si se tratase de oro. La estampa no le hacía justicia a aquel sitio. En vez de estar iluminado con faroles, la propia estructura brillaba. Lo llenaba todo de luz, y hacía que el lugar resplandeciese más que cualquier otro, como si hubieran encontrado un punto del terreno que se las arreglase para embotellar los rayos de luz diurna.

—¿Cuánto te debemos por el trayecto? —preguntó él.

—Por ser vosotros, no hay que pagar —contestó Jovan, y Scarlett se percató de que esa era con toda probabilidad otra de las razones de que Julián se hubiera mostrado tan amable con ella—. Ahí dentro os hará falta todo cuanto tengáis. El tiempo pasa aún más rápido en el Castillo.

Jovan saludó con la cabeza a los dos relojes de arena gigantescos que flanqueaban la arenosa entrada del palacio, cada uno de ellos con una altura de más de dos pisos y lleno de un remolino de cuentas de color rubí. En el fondo solo había una pequeña fracción de aquellas cuentas.

—Si os habéis percatado, los días y las noches son más cortos en esta isla —prosiguió Jovan—. El tiempo es la energía que mueve ciertos tipos de magia, y este lugar utiliza mucha magia, así que aseguraos de emplear vuestros minutos con inteligencia cuando paséis al interior.

Julián ayudó a Scarlett a bajarse de la barca. Cuando cruzaron el arco que formaba el puente y dejaron atrás los enormes relojes, ella se preguntó cuántos minutos de su vida harían falta para configurar una sola cuenta. Un segundo en Caraval parecía más intenso que un segundo normal y corriente, igual que ese instante a las puertas del ocaso, cuando todos los colores del cielo se funden en la magia.

—Deberíamos buscar el tipo de sitio al que tu hermana se sentiría atraída —dijo Julián—. Ya verás como es aquí donde encontramos la tercera pista.

Pensó en la nota atada a su llave. «La tercera te la habrás de ganar».

Pasados los relojes de arena, el camino a su derecha ascendía por una serie de palcos dorados que constituían la mayor parte del Castillo. Desde abajo recordaba a una biblioteca llena de libros antiguos, de esos que la gente siempre te dice que no los toques, pensó Scarlett.

El camino que partía recto conducía a un patio enorme que bullía de color y de sonidos y de gente.

Una higuera de bengala crecía en su mismo centro, rebosante de pajarillos minúsculos hechos a base de prodigios. Cebras aladas y gatitos aviares, tigres voladores en miniatura que forcejeaban con elefantes del tamaño de la palma de la mano que se valían de las orejas para mantenerse en el aire. Una variopinta colección de carpas y cenadores rodeaba el árbol; de algunos de ellos salía danzando la música, mientras que las risas se trompicaban al salir de otros, como en el caso de la carpa verde jade que vendía besos.

No cabía la menor duda de hacia dónde habría ido Tella, y, si Julián se lo hubiese

preguntado, Scarlett habría reconocido que ella también estaba hipnotizada con lo que estaba viendo en aquel patio de las carpas. No debería haber tenido la tentación.

Scarlett debería haber estado pensando únicamente en Tella, buscando su siguiente pista, pero al mirar aquella carpa de los besos de color jade, palpitante de risitas acalladas, de susurros y de la promesa de las mariposas, se planteó…

A ella la habían besado. En su momento, se dijo que había sido agradable, y se contentó con aquello, pero ahora, *agradable* le parecía la palabra que uno utilizaba cuando no tenía nada mejor que decir.

Scarlett dudaba de que su beso agradable tuviese punto de comparación con un beso durante Caraval. En un lugar donde incluso el aire sabía dulce, trató de imaginarse el sabor de los labios de otra persona presionados contra los suyos.

—¿Es que se te ha antojado algo? —Julián pronunció sus palabras con una ronquera gutural que produjo un instantáneo sonrojo en el rostro de Scarlett.

—Me estaba fijando en la carpa de al lado. —Se apresuró a señalar hacia la del desafortunado color de las ciruelas.

La sonrisa del marinero se hizo más grande. Era obvio que no la creía, y su sonrisa se estiraba más cuanto más rosadas se le ponían a ella las mejillas.

—No hay por qué avergonzarse —dijo él—. Aunque si necesitas algo de práctica antes de la boda, estoy más que dispuesto a ayudarte gratis.

Scarlett trató de emitir un sonido de asco, pero le salió más bien como un gimoteo.

—¿Era eso un «sí»? —le preguntó Julián.

Ella lo miró con una cara de repulsión que pretendía hacer las veces de un «no», pero cualquiera diría que al marinero le ponía de buen humor tomarle el pelo.

—¿Has visto alguna vez a tu prometido? —interrogó él—. Podría ser realmente feo.

—Su aspecto no importa. Me envía correspondencia todas las semanas, y sus cartas son amables, atentas…

—En otras palabras, que es un mentiroso —la interrumpió Julián.

Scarlett puso mala cara.

—Tú ni siquiera sabes lo que dicen sus cartas.

—Sé que es un conde. —Comenzó a contar con los dedos—. Eso significa que es noble, y nadie ostenta una posición como esa y consigue mantener la honestidad. Si está buscando una novia de las islas, es probable que se deba a la endogamia en su familia, lo que también significa que resulta poco atractivo. —El tono de Julián se tornó serio cuando uno de sus dedos fue a apoyarse debajo de la barbilla de Scarlett y le alzó el rostro hacia el suyo—. ¿Estás segura de que no quieres reconsiderar mi oferta y replantearte lo de ese beso?

Ella se apartó con un gruñido de repulsión, pero le salió un tanto fuerte, un poco mal. Además, para su horror, más que sentir aversión, un cosquilleo de curiosidad añil le punzaba los sentidos.

Scarlett y Julián se encontraban ahora más cerca de la carpa de los besos. De ella traía el aire un perfume. Olía a plena noche, y a Scarlett le hacía pensar en labios suaves y en manos fuertes, en una oscura barba de tres días que le acariciaba la mejilla y le recordaba demasiado a Julián.

Haciendo caso omiso del modo en que se le había acelerado el pulso, trató de pensar en algo inteligente que decir como réplica a la siguiente pulla del chico, pero, para variar, él guardó silencio. En cierto modo, aquel repentino silencio resultaba más incómodo que si hubiera vuelto a tomarle el pelo.

No se podía imaginar que su respuesta a aquella oferta hubiese ofendido al marinero, aunque se había dado cuenta de que ya no caminaba tan cerca de ella como antes. Aunque no hacía esfuerzo alguno por tocarla, solía estar lo bastante próximo como para poder hacerlo con facilidad, pero continuaron atravesando el patio, demasiado separados y demasiado callados, y en absoluto parecían una pareja de prometidos.

—¿Te gustaría conocer tu futuro? —preguntó un joven.

—Oh, yo… —Scarlett se trastabilló al darse la vuelta y ver un muro de carne. Jamás había mirado a un hombre desnudo, y aunque aquel hombre no iba exactamente sin nada encima, le faltaba tan poco para ello que ella sabía que era indecoroso considerar siquiera la posibilidad de entrar en su carpa rojiza.

Aun así, no retrocedió.

Lo único que llevaba aquel hombre era un trapo marrón que caía desde la cadera hasta la gruesa parte superior de sus muslos, y eso dejaba a la vista unas lisas extensiones de piel cubiertas de tatuajes de colores vivos. Un dragón que escupía fuego perseguía a una sirena por el bosque de su abdomen, mientras unos querubines disparaban flechas desde más arriba de sus costillas. Algunos ensartaban peces huidizos, mientras que otros perforaban nubes que sangraban dientes de león amarillos y pétalos de flores de color melocotón. Algunos pétalos le caían hacia las piernas, que tenía cubiertas de detalladas escenas circenses.

Tenía la cara igualmente decorada; desde cada mejilla te miraba un ojo violáceo, mientras que unas estrellas negras le bordeaban los verdaderos ojos, pero fueron sus labios lo que llamó la atención a Scarlett. Rodeados por el tatuaje de un alambre de espino azulado, un extremo lo llevaba cerrado con un candado de oro, mientras que el otro lucía el sello de un corazón.

—¿Cuánto cobras por leerlo? —le preguntó Julián. Si estaba sorprendido por el aspecto de aquel personaje, no se le notaba.

—Revelaré tu futuro en función de lo que me des —contestó el hombre entintado.

—Eso está bien —dijo Scarlett—. Creo que yo estoy muy bien descubriendo mi futuro conforme llega.

Julián la miró.

—No era eso lo que parecía ayer cuando pasamos junto a esas gafas ridículas.

—¿Qué gafas?

—Ya sabes, esas que tenían colores diferentes y podían ver el futuro.

Ahora lo recordaba Scarlett: las gafas le habían intrigado, pero le sorprendía que él hubiese reparado en ello.

—Si quieres entrar, yo puedo seguir buscando pistas. —Julián llevó la mano a la parte baja de la espalda de Scarlett y la empujó con sutileza.

Estaba a punto de quejarse: ponerse unas gafas no era lo mismo que entrar en la penumbra de una carpa con un hombre medio desnudo, pero el día anterior había perdido a Tella porque estaba demasiado aterrorizada para cerrar un trato. Si había que conseguir la tercera pista a base de ganársela, quizá pudiera hacerlo logrando información sobre el futuro, acerca de dónde podría encontrar a su hermana.

—¿Quieres entrar conmigo? —le preguntó Scarlett.

—Prefiero que mi futuro siga siendo una sorpresa. —Julián ladeó la cabeza hacia la carpa de los besos—. Cuando hayas terminado, nos veremos justo ahí. —Le lanzó un beso provocador que a Scarlett le hizo pensar que tal vez toda aquella incomodidad de antes no fuese más que el resultado de su imaginación.

—No estoy seguro de coincidir en eso —dijo el hombre tatuado.

Scarlett podría jurar que no había hablado en voz alta; desde luego que aquel hombre no le podía haber leído el pensamiento. O tal vez se hubiese imaginado que tal afirmación se podía aplicar con facilidad a lo que estuviese pensando, fuera lo que fuese; otro modo de convencerla para que entrase en su tenebrosa carpa.



El joven de los tatuajes le dijo que se llamaba Nigel mientras la guiaba más allá de los elegantes límites de la carpa, bajando por unos escalones de arena que la condujeron a una guarida cubierta de cojines y llena de una neblina de humo de velas e incienso de jazmín.

—Siéntate —le indicó Nigel.

—Creo que prefiero quedarme de pie. —Aquel mar de cojines le recordó demasiado a la cama de su habitación en La Serpiente. Por un momento, su mente retrocedió a Julián al estirarse en la cama y desabotonarse la camisa.

Cuando volvió a fijarse en los cojines, Nigel se había situado en una pose similar, con los brazos desnudos y abiertos sobre los almohadones, dejándola con el impulso de volver a subir corriendo por la escalera.

—¿Dónde está tu bola de cristal? ¿O esas cartas que usa la gente? —le preguntó.

A Nigel apenas le temblaron las comisuras de los labios, pero ese gesto bastó para que Scarlett retrocediese hacia los escalones.

—Tienes mucho miedo.

—No, solo soy precavida —dijo Scarlett—. Y estoy intentando imaginarme cómo funciona todo esto.

—Porque tienes miedo —repitió mirándola de tal manera que le hizo creer que estaba hablando de algo además de sus titubeos antes de entrar en la carpa—. Tus ojos no dejan de buscar el tatuaje del candado en mis labios. Te sientes atrapada y en peligro. —Nigel se señaló el corazón en el otro lado de la boca—. Tus ojos también se posan aquí. Deseas amor y protección.

—¿No es eso lo que quieren todas las chicas?

—No soy quién para hablar por todas las chicas, pero los ojos de la mayoría de la gente se sienten atraídos por otras cosas. Muchos desean poder. —Nigel se pasó un dedo tatuado con una daga sobre el dragón del abdomen—. Otros quieren placer. —Recorrió con una mano el disparatado circo que tenía en los muslos, además de algún otro tatuaje—. Tus ojos han pasado por alto todos estos.

—¿Es así entonces como dices tú el futuro? —Scarlett se acercó un poco, muy

despacio, cada vez más intrigada—. Utilizas los dibujos de tu cuerpo para interpretar a la gente.

—Yo los considero como espejos. El futuro se parece mucho al pasado; está establecido, principalmente, pero siempre se puede alterar…

—Creía que era al revés —dijo Scarlett—. El pasado está establecido, pero el futuro se puede cambiar, ¿no?

—No. El pasado solo está establecido en su mayor parte, y el futuro es más difícil de cambiar de lo que cabría pensar.

—¿De modo que me estás diciendo que todo está predestinado? —Scarlett no sentía mucho afecto por el destino. Prefería pensar que, si era una buena persona, le sucederían cosas buenas. El destino la hacía sentirse impotente, sin esperanzas y con una sensación general de empequeñecimiento. Para ella, el destino era como una versión más grande y omnipotente de su padre, que le quitaba su capacidad de decisión y le controlaba la vida sin consideración alguna por sus sentimientos. El destino implicaba que no importaba nada de lo que ella hiciese.

—Te falta tiempo para zambullirte en el miedo —dijo Nigel—. Eso que tú consideras destino solo es aplicable al pasado. Nuestro futuro solo es predecible porque nosotros, como criaturas de este mundo, somos predecibles. Piensa en un ratón y un gato. —Nigel mostró la parte interior del brazo, donde un gato de pelaje leonado estiraba las zarpas hacia un ratón con rayas blancas y negras—. Cuando un gato ve un ratón, siempre lo perseguirá, a menos, quizá, que al gato lo persiga algo más grande, como un perro, por ejemplo. Nosotros somos muy similares. El futuro sabe lo que deseamos, a menos que haya algo más grande en el camino que nos haga desviarnos.

Nigel desplazó los dedos para seguir el trazo del sombrero de copa azul marino de su muñeca, y Scarlett lo observó, hipnotizada. Era prácticamente igual que el que lucía Legend en su sueño, y eso le hizo recordar la época en que todo cuanto deseaba era una carta suya.

—Aun así, el futuro suele ver con claridad incluso esas cosas que podrían alterar nuestro curso —prosiguió Nigel—. No es el destino, solo es el futuro, que observa lo que nosotros más anhelamos. Toda persona tiene la capacidad de cambiar su destino si tiene la suficiente valentía para luchar por aquello que desea más que cualquier otra cosa.

Scarlett apartó la mirada del sombrero de copa y cazó a Nigel sonriéndole de nuevo.

—¿Te intriga este sombrero?

—Oh, en realidad no estaba mirando eso. —Scarlett no sabía por qué se avergonzaba, salvo que debería haber estado pensando en Tella, y no en Legend—. Solo miraba los otros dibujos que tienes en el brazo.

Estaba claro que Nigel no la creía. Seguía luciendo una sonrisa tan amplia como la de un tigre.

—¿Estás preparada para que te diga lo que veo en tu futuro?

Scarlett se movió inquieta, observando cómo el humo caracoleaba entre los cojines a sus pies. Las líneas del concurso se estaban volviendo a difuminar. Lo que Nigel decía tenía más sentido que lo que ella deseaba. Al fijarse en el dragón que escupía fuego pensó en su padre, en su destructivo deseo de poder. El circo alocado de los muslos de Nigel le recordó a Tella, su necesidad de placer para olvidarse de unas heridas que prefería ignorar. Y desde luego que había acertado al respecto del candado y del corazón en sus labios.

—¿Cuánto me costará?

—Solo unas cuantas respuestas. —Nigel agitó una mano y envió unas volutas de humo violeta en dirección a Scarlett—. Te haré unas preguntas, y, por cada contestación sincera que me des, yo te ofreceré una respuesta a cambio.

Qué sencillo parecía con su manera de decirlo.

Solo unas pocas respuestas.

No es que le pidiera a su primogénito.

Ni un fragmento de su alma.

Qué sencillo.

Demasiado sencillo.

Pero Scarlett sabía que nada era sencillo, especialmente en un cubil como aquel, un lugar pensado para seducir y atrapar.

—Comenzaré con algo fácil —empezó Nigel—. Háblame de tu acompañante, ese joven guapo con el que has viajado hasta aquí. Siento curiosidad, ¿qué sensaciones te transmite?

Los ojos de Scarlett regresaron de inmediato a los labios de Nigel, al alambre de espino que los rodeaba. «El corazón, no. El corazón, no». No era eso lo que el marinero le transmitía.

—Julián es egoísta, deshonesto y un oportunista.

—Y, sin embargo, has accedido a participar en el concurso con él. No deben de ser esos tus únicos sentimientos. —Nigel hizo una pausa. La había visto mirar al corazón.

Scarlett no sabía con certeza por qué eso era importante, pero notaba que lo era. Lo percibió en la forma en que él le preguntó:

—¿Lo encuentras atractivo?

Ella quería negarlo. Julián era el alambre de espino, no el corazón. Aun así, por mucho que la personalidad de Julián no le gustase siempre, tampoco podía negar que físicamente era atractivo, en extremo. Su rostro de facciones duras, su cabello oscuro y alborotado, su cálida piel morena. Y aunque ella no se lo dijese nunca, le encantaba su manera de moverse, con total confianza, como si nada en el mundo le pudiese hacer daño. Hacía que Scarlett se sintiese menos temerosa cuando estaba con él. Como si el atrevimiento y la valentía no acabaran siempre en una derrota.

Pero tampoco quería contarle aquello a Nigel. ¿Y si Julián estaba escuchando

justo al otro lado de la carpa?

—Pues… —Trató de decir que le daba igual qué aspecto tuviese, pero las palabras se le quedaron pegadas a la lengua como la melaza.

—¿Tienes algún problema? —Nigel agitó la mano sobre un cono de incienso—. Toma, esto ayuda a soltar la lengua.

«O bien obliga a la gente a decir la verdad», pensó Scarlett.

Cuando volvió a abrir la boca, las palabras le salieron a borbotones.

—Creo que es la persona más atractiva que he visto jamás.

Sintió el deseo de taparse la boca con la mano y volver a meterse las palabras en ella a empujones.

—Pero también pienso que está completamente pagado de sí mismo —consiguió añadir, solo por si acaso el sinvergüenza estaba escuchado ahí afuera.

—Interesante. —Nigel formó un triángulo con ambas manos—. Ahora, ¿qué dos preguntas te gustaría hacerme?

—¿Qué? —Se sintió alarmada por el hecho de que Nigel solo quisiera saber acerca de Julián—. ¿No tienes ninguna pregunta más para mí?

—Nos quedamos sin tiempo. Las horas pasan aquí como si fueran minutos. —Las manos de Nigel se desplazaron hacia las velas que se extinguían por su cubil—. Tienes dos preguntas.

—¿Solo dos?

—¿Quieres que esa sea una de las dos?

—No, es solo que… —Scarlett cerró la boca antes de decir sin querer algo que no debería.

Si de verdad aquello era un juego, daba igual lo que preguntase. Fueran cuales fuesen las respuestas que recibiera, serían pura fantasía. Pero ¿y si alguna parte de ello resultara real? Por un instante, dejó que sus pensamientos se adentrasen de puntillas en aquel peligroso lugar. Ya había sido testigo de la magia en la relojería, a través de la puerta del reloj de Algie y del vestido encantado de Legend, y el incienso de Nigel la había obligado a decir la verdad, prueba de algo más de magia, por lo menos. Si el hombre que tenía delante era en realidad capaz de decir el futuro, ¿qué desearía saber ella?

Sus ojos regresaron al corazón de la comisura de sus labios. Rojo. El color del amor, de la pena y de otras cosas tanto virtuosas como viles. Al mirarlo ahora, pensó en el conde, en sus encantadoras cartas y en si podía creer o no en todo cuanto él le había dicho.

—La persona con la que me voy a casar, ¿puedes decirme qué tipo de hombre es…?, ¿es una persona buena y honesta?

Scarlett lamentó de inmediato no haber preguntado primero por su hermana. Debería haber estado pensando solo en Tella: por eso había entrado en aquella carpa, pero ya era demasiado tarde para retirar la pregunta.

—Nadie es verdaderamente honesto —respondió Nigel—. Aunque no mintamos

a los demás, con frecuencia nos mentimos a nosotros mismos. Y la palabra *bueno* significa cosas diferentes para gente distinta. —Nigel se inclinó hacia delante, lo bastante cerca como para que Scarlett se sintiese como si también la estuviesen mirando todas las escenas que el hombre tenía en el cuerpo. La observaba con tal atención que Scarlett se planteó si también ella tendría pintada en la cara alguna imagen que solo él podía ver—. Lo siento, pero el hombre con el que te casarás no es lo que tú llamarías «bueno». En su momento, quizá, pero ha abandonado esa senda, y no está claro que vaya a regresar a ella.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo es posible que no esté claro? Creía que habías dicho que el futuro está principalmente determinado, que éramos como los gatos, que siempre persiguen al mismo ratón.

—Sí, pero de vez en cuando hay dos ratones. No está claro a cuál continuará persiguiendo el gato. Sería aconsejable que tuvieras cuidado. —De nuevo, Nigel miró a Scarlett como si estuviera cubierta de unos tatuajes que solo él podía ver, unos tatuajes que le hicieron fruncir el ceño, como si ella también tuviese un corazón cerca de la boca pero estuviese hecho añicos.

Scarlett trató de decirse que todo eran imaginaciones suyas, que estaba intentando engatusarla, asustarla como una parte del juego. Sin embargo, su matrimonio con el conde no guardaba la menor relación con el concurso. No podía obtener beneficio alguno de la críptica advertencia de aquel hombre.

Nigel se levantó de sus cojines y se dirigió hacia el fondo de la carpa.

—Espera —le dijo Scarlett—. No te he planteado la segunda pregunta.

—En realidad, me has formulado tres.

—Pero dos de ellas no eran verdaderas preguntas. No me has explicado las reglas por completo. Me debes otra pregunta.

Nigel miró a Scarlett. Una variopinta torre de tatuajes coronada por una sonrisa depravada.

—Yo no te debo nada.



—¡Por favor! —Scarlett salió detrás de él—. Lo que te voy a pedir no es un vistazo fugaz del futuro. Se han llevado a mi hermana como parte de este concurso; ¿puedes decirme dónde la encontraré?

Nigel se dio la vuelta, un fogonazo de tinta y color.

—Si de verdad te importa esa hermana tuya, ¿por qué no has preguntado primero por ella?

—No lo sé —dijo Scarlett, pero eso no era del todo cierto.

Había vuelto a cometer un error, al igual que en la relojería. Había estado más preocupada por su propio futuro que de encontrar a su hermana, aunque tal vez pudiese enmendar este error. Nigel había dicho que le revelaría su futuro en función de lo que ella le ofreciese a él.

—¡Espera! —le llamó Scarlett en cuanto él volvió a echar a andar—. Fue el corazón. —Soltó de golpe—. Cada vez que te miraba y veía el corazón en tus labios, me hacía pensar en mi boda, que será dentro de apenas una semana. Realmente deseo casarme, pero nunca he visto a mi prometido, así que hay cosas que no sé sobre él… —No quería reconocer lo que sentía de verdad, pero se obligó a pronunciar las palabras—: Estoy asustada.

Lentamente, Nigel se dio la vuelta una vez más. Scarlett se preguntaba si ahora podría ver lo profundo que llegaban sus temores, mucho más allá de lo que la propia Scarlett se había percatado. Sus ojos localizaron los eslabones de una cadena alrededor del cuello de Nigel, y alrededor de su cuello se imaginó también un grillete que siempre la retenía y formado a base de años y años de los crueles castigos de su padre.

—Si quieres ganar este concurso —le dijo Nigel—, deberías olvidarte de tu boda. Y si quieres encontrar a tu hermana, no la hallarás en este castillo. Sigue al chico del corazón negro.

—¿Es esa la tercera pista? —le preguntó Scarlett, pero Nigel ya se había ido.

El resplandor del Castillo había disminuido cuando la chica regresó al patio. Sus arcos ahora parecían de un bronce apagado en lugar del oro centelleante, y sumían el

palacio en unas dilatadas sombras. Había consumido prácticamente todo su tiempo, pero se atrevió a tener la esperanza de haberse ganado la tercera pista al confesar sus miedos a Nigel. Quizá se hallase un poco más cerca de Tella.

Cuando Nigel dijo: «Sigue al chico del corazón negro», el primero en el que pensó fue Julián, egoísta y embustero. A Scarlett no le costó imaginarse que tuviera negro el corazón.

Por desgracia, no veía ni rastro del astuto marinero ni de la carpa de los besos de color de jade donde Julián le había dicho que se encontrase con él. Divisó una carpa afelpada de color verde trébol y otra centelleante en verde esmeralda, pero nada de nada en verde jade.

Le dio la sensación de que la isla estaba jugando con ella.

Cruzó el patio hasta la carpa esmeralda. Todas las superficies estaban cubiertas de botellas: suelo, paredes, las vigas que sostenían el techo. El vidrio tintineó como el polvo de hada cuando ella se asomó al interior.

Aparte de la propietaria, las únicas personas que había allí además de ella eran un par de mujeres jóvenes y atolondradas. Ambas se asomaban a una caja cerrada de cristal llena de botellas negras con una etiqueta de color rojo rubí.

—A lo mejor, si llegamos las primeras hasta esa chica y encontramos a Legend, podríamos echarle un poco de esto —decía una joven a la otra.

—Están hablando sobre mi tónico de pasión —dijo la propietaria, que se puso delante de Scarlett y la recibió rociándola con unas gotas de algo con olor a menta—, pero me imagino que no es a eso a lo que has venido tú. ¿Estás buscando un nuevo aroma? Tenemos aceites que atraen y perfumes que repelen.

—Oh, no, gracias. —Scarlett retrocedió antes de que la mujer pudiese rociarla otra vez—. ¿Qué había en esa botella?

—Solo es mi manera de saludar.

Scarlett lo dudaba. Se dio la vuelta para marcharse, pero algo la atrajo de regreso al interior de la carpa, una llamada muda que tiró de ella hasta una rudimentaria estantería en la zona del fondo. Estaba llena de ampollas y botellas de boticario de color naranja oscuro etiquetadas con cosas como TINTURA DE OLVIDO y EXTRACTO DE UN MAÑANA PERDIDO.

Una voz dentro de la cabeza le decía a Scarlett que estaba perdiendo el tiempo: tenía que encontrar a Julián y seguir su corazón negro. Fue a darse la vuelta una vez más para marcharse, pero le llamó la atención una ampolla de color celeste que había en un estante alto. ELIXIR DE PROTECCIÓN.

Por un segundo, Scarlett juró que el líquido azul del interior latía como un corazón.

La propietaria de la carpa la cogió y se la entregó.

—¿Tienes enemigos?

—No, era solo curiosidad. —Scarlett se fue por la tangente.

La mujer tenía los ojos de un verde botella, una intensa concentración de color, y

las arrugas de sus comisuras decían «no te creo». Aun así, tuvo la amabilidad de fingir lo contrario.

—Si alguien está a punto de hacerte daño —prosiguió con voz serena—, esto se lo impedirá. Lo único que tienes que hacer es rociarle un poco en la cara.

—¿Igual que tú me has hecho a mí? —le preguntó Scarlett.

—Mi perfume se ha limitado a abrirte los ojos para que vieses lo que podrías necesitar.

Scarlett hizo rodar en la palma de su mano el minúsculo recipiente, apenas más grande que una ampolla, y sin embargo pesado. Se imaginó lo tranquilizador que sería aquel peso tan sólido en su bolsillo.

—¿Qué me va a costar esto?

—¿A ti? —La mujer observó a Scarlett con detenimiento, valoró su ademán, la manera en que se encerraba en sí misma o se negaba a darle por completo la espalda a la entrada de la carpa—. Dime a quién temes más.

Scarlett titubeó. Julián ya la había advertido de que no revelase sus secretos con demasiada alegría.

También le había dicho que, para ganar y encontrar a su hermana, tendría que ser un poco despiadada. Se imaginó que aquella poción podría ser implacable, aunque ese no fue el único motivo de que Scarlett soltase las siguientes palabras en una rápida exhalación:

—A Marcello Dragna.

Con aquel nombre surgió una temible ráfaga de anís, de lavanda y de algo más similar a las ciruelas podridas. Scarlett echó un vistazo alrededor de la carpa para asegurarse de que su padre no estaba allí mismo, en la puerta.

—Este elixir se puede utilizar con una persona solo una vez —le advirtió la mujer —, y el efecto se pasa transcurridas dos horas.

—Gracias.

En cuanto Scarlett dijo aquella palabra, creyó ver a Julián justo detrás del borde de la carpa contigua. Un borrón de cabello oscuro y movimientos sigilosos. Juraría que la estaba mirando directamente, pero, a continuación, se marchó en sentido contrario.

Se apresuró a seguirlo corriendo hacia el frescor del límite del patio, donde ya no se alzaban los coloridos pabellones, pero Julián volvió a desaparecer. Se deslizó bajo el arco a la izquierda de Scarlett.

—¡Julián!

La chica pasó por debajo del mismo arco en penumbra y tomó un sendero estrecho que conducía a un jardín sombrío. Sin embargo, allí no había ni rastro del pelo oscuro de Julián detrás de las estatuas resquebrajadas, ni de sus decididos movimientos cerca de aquellas plantas moribundas. Se había desvanecido justo igual que parecían haberse perdido todos los colores de aquel jardín, dejándolo decolorado y feo.

Scarlett buscó otro arco por el que hubiera podido salir Julián, pero aquel parquecillo terminaba sin salida en una fuente destartalada que lanzaba escupitajos burbujeantes de agua marrón en una pila sucia; dentro de ella, varias monedas patéticas y un botón de cristal. El pozo de los deseos más triste que Scarlett había visto jamás.

No tenía sentido. La desaparición de Julián, o aquel pedazo de terreno abandonado que habían dejado morir en medio de unos dominios tan cuidados. Se diría que hasta el ambiente estaba fuera de lugar. Fétido y estancado.

Scarlett casi podía sentirse contagiada por la tristeza de la fuente, cómo se transformaba su desaliento en ese tipo de lóbrega y amarilla desesperación que asfixiaba la vida. Se preguntó si sería eso lo que le había sucedido a las plantas. Sabía lo agobiante que podía ser tal desabrimiento. De no ser por la determinación de Scarlett a la hora de proteger a su hermana a toda costa, hacía mucho tiempo que se podría haber rendido.

Con toda probabilidad, debería haberlo hecho. ¿Cómo era aquel dicho: «No hay amor que pase sin castigo»? En muchos sentidos, querer a Tella había sido una constante fuente de sufrimiento. Daba igual lo mucho que Scarlett tratase de cuidar de su hermana, nunca era suficiente para llenar el hueco que su madre había dejado, y tampoco podía decirse que Tella correspondiese realmente al amor de Scarlett. De haberlo hecho, no habría puesto en peligro todo cuanto Scarlett deseaba al arrastrarla a este miserable concurso contra su voluntad. Tella nunca pensaba las cosas con detenimiento, era egoísta, imprudente y…

«¡No!», negó Scarlett con la cabeza y respiró hondo, despacio. Ninguno de aquellos pensamientos era cierto. Quería a Tella, más que a nada. Deseaba encontrarla, más que a todo lo demás.

«Esto es obra de la fuente», advirtió. Cualquier desesperación que sintiese era producto de alguna suerte de encantamiento, dirigido con toda probabilidad a evitar que nadie permaneciese allí demasiado tiempo.

Aquel jardín estaba ocultando algo.

Quizá fuera ese el motivo de que Nigel le dijese que siguiera a Julián y a su negro corazón, porque Nigel sabía que la llevaría hasta allí. En aquel lugar debía de estar escondida la siguiente pista.

Las botas de Scarlett tintinearon contra la piedra sin brillo al acercarse al lugar donde había localizado el botón. Era el segundo que veía esa noche. Tenía que ser parte de una pista. Utilizó un palo para recogerlo, y entonces lo vio.

Era tan intrascendente que casi lo pasó por alto, una mirada menos atenta habría pasado de largo.

Bajo el deprimente color marrón del agua, grabado en la piedra de la pila, había un sol con una estrella dentro y una lágrima dentro de la estrella: el símbolo de Caraval. No parecía tan mágico como el escudo de plata de la primera carta que Legend le había enviado; por supuesto, nada tenía pinta de estar encantado en aquel

horrible jardín.

Scarlett tocó el emblema con el palo. De inmediato, el agua comenzó a vaciarse y se llevó consigo toda sensación de desdicha mientras los ladrillos de la fuente cambiaban y revelaban una escalera en espiral que desaparecía en la oscuridad de lo desconocido. Era el tipo de escalera en que Scarlett se sentía reacia a aventurarse sola, y el tiempo se le estaba agotando peligrosamente si quería regresar a la posada antes del amanecer. Sin embargo, si Julián había desaparecido por allí, y era el joven que tenía el corazón negro, Scarlett debía seguirlo para descubrir la siguiente pista. O bien era Tella lo que Scarlett perseguía, o bien era el propio temor de Scarlett lo que la perseguiría a ella y la alejaría.

Scarlett se lanzó escaleras abajo y trató de quitarse de encima la preocupación por estar cometiendo un inmenso error. Tras el primer tramo frío y húmedo, la arena le iba rodeando las botas al avanzar en su descenso en espiral por la escalera, que llegaba mucho más abajo que la que conducía a la bodega en su casa.

Unas antorchas iluminaban su descenso y proyectaban unas teatrales sombras sobre los ladrillos de arena de aspecto dorado que se oscurecían más y más con cada tramo. Se imaginó que estaría a una profundidad de unos tres pisos; le dio la sensación de que se adentraba en el corazón del Castillo, y cada vez tenía más claro que ese lugar no estaba hecho para ella.

Las preocupaciones que había tratado de enterrar resurgieron al bajar aún más. ¿Y si el joven al que había seguido no era Julián? ¿Y si Nigel le había mentido? ¿No la había advertido Julián al respecto de confiar en la gente? Cada temor le iba tensando la cadena que le rodeaba el cuello y constituía una tentación para dar media vuelta.

Al pie de la escalera se extendía una serie de pasillos en múltiples direcciones, una serpiente con más de una cabeza. Oscura y tortuosa, magnífica y aterradora. De uno de los túneles soplaba el aire frío; una brisa cálida surgía de otro, pero en ninguno de ellos se oía el sonido de unos pasos.

—¿Cómo has llegado aquí abajo?

Scarlett se dio la vuelta. La tenue luz parpadeaba sobre la boca del túnel más frío, y de allí salió la chica de los labios rojos que había sido incapaz de quitarle los ojos de encima a Julián la noche anterior, mientras remaba para llevarlos a los dos hasta La Serpiente.

—Estoy buscando a mi acompañante. Le he visto bajar…

—Aquí abajo no hay nadie más —dijo la chica—. Este no es un sitio donde tú debas…

Alguien gritó. Tan ardiente y tan vivo como el fuego.

Una débil voz en su interior le recordó a Scarlett que solo era un juego, que aquel chillido no era más que una ilusión. La chica de los labios rojos, sin embargo, parecía asustada de verdad, y el quejido sonaba increíblemente real. Sus pensamientos se remontaron con un fogonazo al contrato que había firmado con sangre y a los rumores sobre la mujer que había fallecido durante el concurso unos años atrás.

—¿Qué ha sido eso? —exigió saber Scarlett.

—Tienes que marcharte. —La chica agarró a Scarlett por el brazo y se la llevó a la fuerza de regreso hasta la escalera.

Los muros se estremecieron con otro grito, y los túneles se sacudieron el polvo, que se mezcló con la luz de las antorchas como si estas parpadeasen con aquel sonido tan espantoso.

Solo fue por un tembloroso segundo, pero Scarlett habría jurado que vio cómo ataban a una mujer: la misma señora del vestido gris perla a la que había visto antes y que se llevaban a la fuerza. Jovan le había dicho que solo era un espectáculo, pero en aquel lugar no había nadie que fuera a oír los lamentos de la mujer, aparte de Scarlett.

—¿Qué le están haciendo? —Continuaba forcejeando con la chica de los labios rojos con la esperanza de llegar hasta aquella mujer, pero la chica era fuerte. Scarlett recordó la energía con la que remaba en la barca la noche anterior.

—Deja de resistirte —le advirtió la joven—. Si te adentras más por esos túneles, acabarás enloqueciendo, igual que ella. No le estamos haciendo ningún daño, estamos evitando que ella misma se lo haga. —La chica empujó a Scarlett una última vez y la hizo caer de rodillas ante el pie de la escalera—. No vas a encontrar a tu acompañante aquí abajo, solo la demencia.

Un nuevo grito acentuó su frase; este sonó masculino.

—¿Quién era…?

Una puerta de paneles en tonos arenosos se cerró de golpe en las narices de Scarlett antes de que pudiese concluir. Desaparecieron la chica, el pasillo y los gritos de los oídos de Scarlett, pero mientras ascendía de vuelta al patio, el eco de estos persistía en su cabeza como la humedad en un día sin sol.

El último grito no había sonado a la voz de Julián, o eso era lo que trataba de decirse ella cuando cogió una barca para que la llevase de regreso a La Serpiente. Se recordó que solo era un juego, pero aquella parte de la demencia estaba comenzando a parecer muy real.

Si la mujer de gris realmente se había vuelto loca, Scarlett no podía evitar preguntarse: ¿por qué? Y si no era eso, de no ser más que otra actriz, entonces entendía que ir detrás de ella, creer que sus gritos de dolor era reales, pudiera volver loco a alguien.

Pensó en Tella. ¿Y si estaba atada y gritando en alguna parte? «No». Esa manera de pensar sería justo lo que la haría enloquecer. Era probable que Legend hubiera dispuesto toda un ala de lujosos aposentos para Tella; Scarlett se la podía imaginar dando órdenes a los criados, aquí y allá, y comiendo fresas embadurnadas de azúcar rosado. ¿No había dicho Julián que Legend dispensaba unos cuidados excelentes a sus invitados?

Scarlett esperó encontrarse a Julián en la taberna, riéndose de ella por haber salido a la carrera detrás de alguien que se parecía a él y por todo el tiempo que había pasado dentro de la sedosa carpa de Nigel. Se convenció de que Julián simplemente

se había cansado de esperarla, que se había aburrido y se había largado. Ella no lo había dejado chillando en el túnel. El joven de cabello oscuro al que ella había visto adentrarse corriendo en aquel jardín era otro distinto; y las palabras de Nigel eran otro de los engaños del juego. Ya estaba segura de todo aquello para cuando llegó a La Serpiente. Casi.

La Taberna de Cristal se hallaba más concurrida que el día anterior. Olía a risas y a fanfarronerías aderezadas con cerveza endulzada. Media docena de mesas de cristal estaban abarrotadas de mujeres despeinadas y de hombres de mejillas sonrojadas, todos ellos alardeando de sus descubrimientos… o quejándose de su falta de hallazgos.

Para inmenso placer de Scarlett, oyó que la mujer de pelo cano con quien se había topado en la habitación de Tella contaba cómo la había timado un hombre que decía vender picaportes encantados.

—Hemos probado el pomo —dijo la mujer—. Lo hemos puesto en la puerta de ahí arriba, pero no nos ha llevado a ningún sitio nuevo.

—Eso es porque solo es un juego —le respondió un hombre de barba negra—. Aquí no hay ninguna magia en realidad.

—Oh, yo no creo que…

A Scarlett le habría encantado continuar prestando atención con la esperanza de enterarse de algo, dado que las líneas que separaban el concurso y la realidad estaban comenzando a difuminarse un poco más de la cuenta para ella, pero un joven que se hallaba cerca de uno de los rincones atrajo su mirada. El pelo oscuro y caótico. Fuertes espaldas. Seguro de sí mismo. Julián.

Scarlett sintió una oleada de alivio embriagadora. Se encontraba bien, no lo habían torturado; es más, tenía un aspecto bastante bueno. Estaba de espaldas, pero la inclinación de la cabeza y el ángulo del pecho dejaban bien a las claras que estaba tonteando con una chica cerca de su mesa.

El alivio de Scarlett se transformó en otra cosa. Si ella ni siquiera podía charlar con otro chico debido a su compromiso imaginario, tampoco le iba a permitir a él que le pusiera ojitos a una fulana en un bar, en especial cuando aquella fulana era la embarazada rubicunda que se había largado con las cosas de Scarlett. Salvo que la joven ahora no parecía encinta en absoluto. El corpiño de su vestido era liso y plano, y no se curvaba ya sobre un vientre enorme.

Ligeramente furiosa, se acercó a Julián y le puso una mano en el hombro.

—Cariño, ¿quién es…? —Las palabras de Scarlett se cortaron en el aire cuando él se dio la vuelta—. Oh, disculpa. —Debería haberse dado cuenta de que vestía por entero de negro—. Creí que eras…

—¿Tu prometido? —Se lo facilitó Dante en un tono cargado de repugnantes insinuaciones.

—Dante…

—Vaya, si recuerdas mi nombre. Resulta que no me utilizaste por mi cama sin

más —dijo en voz bien alta.

Los clientes de las mesas de alrededor lanzaron a Scarlett unas miradas que iban del asco al deseo.

Un hombre se relamió mientras que un grupo de chicos le hacía gestos inapropiados.

La mujer del pelo rubicundo soltó un bufido.

—¿Esta es la chica de la que me has hablado? Por tu manera de describirla, pensé que sería mucho más guapa.

—He estado bebiendo —saltó Dante.

Un calor al rojo ardía en las mejillas de Scarlett, mucho más intenso que su habitual bochorno en tono melocotón. Julián podría ser un mentiroso, pero tenía pinta de haber acertado al respecto de la verdadera forma de ser de Dante.

Quiso responder algo tanto a Dante como a la chica, pero sentía un nudo en la garganta y un vacío en el pecho. Los hombres de las mesas cercanas continuaban mirándola con lascivia, y ahora, las cintas de su vestido comenzaban a oscurecerse, a adoptar distintos grados de negro.

Tenía que salir de allí.

Se dio media vuelta y cruzó de regreso la taberna en zigzag seguida de cuchicheos mientras el negro de las cintas se le extendía en manchas por el vestido blanco. Le brotaron las lágrimas en los ojos.

Ardientes, furiosas, avergonzadas.

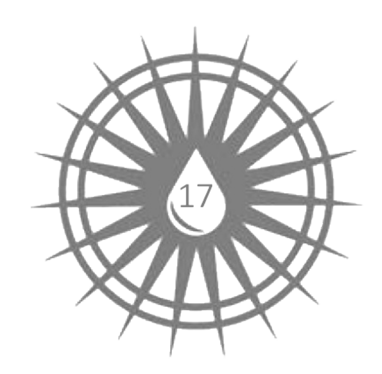
Aquello era lo que había recibido por fingir que no estaba prometida. ¿Y en qué estaba pensando…, tocarle así, llamarle «cariño»? Había creído que Dante era Julián, pero ¿acaso eso lo arreglaba?

El estúpido de Julián.

Jamás debió acceder a su acuerdo con él. Quería estar enfadada con Dante, pero era Julián quien había creado aquel lío. Se preparó al abrir la puerta de su habitación, en parte esperándose encontrárselo allí repantingado en la enorme cama blanca con la cabeza levantada sobre un almohadón y los pies apoyados en otro. Se sentía su presencia en aquella habitación. Aire frío, retorcidas sonrisas y mentiras flagrantes. Scarlett sintió la sombra de todo aquello al poner el pie dentro, pero allí no había ningún joven que lo acompañase.

El fuego rugía silencioso. Allí estaba la cama, cubierta de mullidas capas. El marinero había mantenido su promesa de turnarse en la habitación.

O jamás había llegado a salir del Castillo Maldito.



Scarlett no soñó con Legend. Ni siquiera soñó, por mucho empeño con el que buscase las profundidades.

Cada vez que cerraba los ojos se extendían los pasillos del Castillo Maldito, repletos de antorchas titilantes y de chillidos.

Cuando abrió los ojos, unas sombras merodeaban y se movían por donde no les correspondía.

Volvió a cerrar los ojos, y el horrible ciclo se repitió.

Se dijo que aquello solo estaba en su cabeza, las sombras y los sonidos. Lamentos, pisadas y un crepitar. Hasta que crujió algo que sin duda alguna se encontraba en la habitación.

Scarlett se incorporó con cuidado. El fuego bufaba al extinguirse y lanzar fragmentos de luz aquí y allá, pero lo que ella había oído sonaba más alto que eso.

Ahí estaba otra vez. Otro crujido, justo antes de que la puerta secreta de su habitación se abriese de par en par y Julián entrase a trompicones.

—Hola, Crimson.

—Pero ¿qué…? —Scarlett no pudo finalizar su pregunta. Aun en aquella luz tan difusa pudo notar que algo no iba bien. Sus pasos inconstantes. La cabeza ladeada. Salió de la cama con rapidez y se cubrió con una manta—. ¿Qué te ha pasado?

—No es tan malo como parece. —Julián se tambaleaba como si estuviera borracho, pero Scarlett podía percibir el olor metálico de la sangre.

—¿Quién te lo ha hecho?

—Recuerda, solo es un juego —sonrió Julián retorcido a la luz de la lumbre, justo antes de desmoronarse en el diván.

—¡Julián! —Scarlett corrió a su lado. Todo su cuerpo estaba frío, como si hubiese pasado a la intemperie todo ese tiempo. Quería sacudirlo, volver a despertarlo, pero no estaba segura de que la idea fuese muy brillante, dada toda aquella sangre. Tanta sangre. «Una sangre muy real». Apelmazaba el cabello oscuro de Julián y le manchó a ella las manos cuando trató de colocarlo en una postura mejor—. Vuelvo enseguida… Me voy a buscar ayuda.

—No… —Julián la agarró del brazo. Tenía los dedos helados, como el resto del cuerpo—. No te vayas. Solo es una herida en la cabeza, parecen mucho peores de lo que son. Coge la toalla y la jofaina.

Por favor. —Se tensaron sus dedos al pronunciar aquellas dos palabras, *por favor* —. La gente se hará demasiadas preguntas si traes aquí arriba a alguien más. Los buitres, como tú los llamaste, pensarán que forma parte del juego.

—Pero ¿no lo es?

Julián meneó la cabeza y dejó caer la mano helada lejos del brazo de Scarlett.

Ella no se creía que los buitres fueran su único motivo para evitar llamar la atención, pero se apresuró a coger dos toallas y la jofaina. En un minuto, el agua estaba roja y marrón. Unos minutos después, Julián recobró algo de calor. Estaba en lo cierto al respecto de la herida en la cabeza; se diría que no era tan grave como parecía. El corte era superficial, aunque Julián se inclinó hacia un lado al tratar de incorporarse.

—Creo que deberías seguir tumbado. —Scarlett le puso una delicada mano sobre el hombro—. ¿Estás herido en alguna otra parte?

—Quizá deberías comprobar aquí. —Julián se levantó la camisa y descubrió unas perfectas hileras de músculos bronceados, tan perfectas que Scarlett se podría haber sonrojado de no ser por toda la sangre que se le extendía por el abdomen.

Presionó con las toallas con mucho tiento sobre su piel y realizó unos lentos movimientos circulares con el paño. Nunca había tocado a un hombre joven —a ningún hombre— de ese modo. Tuvo cuidado de tocarle solo con el paño, aunque sus dedos sentían la tentación de ir a cualquier otro lugar, de comprobar si el tacto de su piel era tan terso como parecía. ¿Tendría el conde una tripa tan plana y marcada?

—¡Julián, has de mantener los ojos abiertos! —le reprendió Scarlett al tiempo que trataba de ahuyentar los pensamientos sobre su cuerpo. Tenía que centrarse en su tarea—. Creo que este corte podría necesitar puntos —dijo, aunque al limpiar la sangre con el paño quedó al descubierto una franja lisa de piel intacta e ilesa—. Espera, no veo ninguna herida.

—No la hay, pero qué bien sienta. —Julián soltó un quejido y arqueó la espalda.

—¡Serás sinvergüenza! —Scarlett apartó las manos y reprimió el impulso de pegarle tan solo porque ya estaba herido—. ¿Qué ha pasado en realidad? Y no me mientas, o te echo a patadas de esta habitación ahora mismo.

—No hace falta que me amenaces, Crimson. No se me ha olvidado nuestro acuerdo. No pretendo quedarme ni robarte tu virtud. Solo quería darte esto. —Se metió la mano en el bolsillo. Scarlett se percató de que no tenía los nudillos magullados ni ensangrentados, en ninguna de las dos manos. De haberse metido en una pelea, no se había resistido.

Estaba de nuevo a punto de preguntarle qué había sucedido cuando Julián abrió la mano.

Rojo centelleante.

—¿Era por esto tanto alboroto? —Julián le dejó caer en las palmas sus pendientes escarlata sin la menor ceremonia, como si le estuviera devolviendo una de las toallas ensangrentadas.

—¿Dónde los has encontrado? —inquirió asombrada Scarlett, aunque daba igual dónde los había hallado, la verdad. Se había tomado la molestia de recuperarlos. A pesar del mal trato que habían recibido, no había una sola piedra que faltase, ni que estuviera mellada ni rota. Cuando estudiaba, su padre le había exigido que aprendiese a dar las gracias en una docena de idiomas, pero ninguna de aquellas expresiones se le antojaba suficiente en aquel momento—. ¿Es así como te han herido? —le preguntó.

—Si crees que me haría daño por una pieza de bisutería, es que de nuevo tienes un concepto demasiado elevado de mí. —Julián se apoyó en el diván para levantarse y se dirigió hacia la puerta.

—Para —le dijo Scarlett—. No te puedes ir en esas condiciones.

Él ladeó la cabeza.

—¿Es una invitación a quedarme?

Scarlett titubeó.

Estaba herido.

Eso seguía sin convertirlo en decoroso.

Estaba prometida, y aunque no lo estuviera…

—No me lo parecía. —Julián agarró el picaporte.

—Espera… —Scarlett volvió a detenerlo—. Todavía no me has dicho qué te ha pasado. ¿Tiene algo que ver con los túneles que hay debajo del Castillo Maldito?

Julián hizo una pausa con la mano sobre el pomo de la puerta como si estuviese suspendido por un hilo invisible.

—¿De qué estás hablando?

—Creo que sabes perfectamente de lo que estoy hablando. —Scarlett recordaba con claridad la segunda oleada de gritos que había oído—. Te seguí.

La expresión de Julián se volvió más severa; como unas plumas mojadas, el pelo oscuro le ensombrecía una frente que se había puesto en tensión.

—Yo no he estado en ningún túnel. Si estabas siguiendo a alguien, no era a mí.

—Si no estabas ahí abajo, ¿cómo te ha pasado esto?

—Te lo juro, jamás he oído hablar de esos túneles. —Julián dejó caer la mano del picaporte y dio un paso hacia Scarlett—. Dime exactamente qué has visto ahí abajo.

El fuego se extinguió de una vez por todas en la chimenea y lanzó al aire un remolino de humo del color de las cosas que es mejor decir en susurros.

Scarlett quería dudar de él. Si Julián hubiese estado allí abajo, eso al menos explicaría unas cuantas cosas. Pero claro, de haber sido él esa persona a la que había oído chillar, se imaginaba que luciría heridas en algún otro sitio además de la cabeza.

—He encontrado los túneles después de salir de la carpa del adivino.

Le detalló todo lo sucedido a continuación y omitió la parte referente a que

pensaba que él tenía el corazón negro. Después de que Julián le hubiera dado los pendientes, había dejado de creer que tal cosa fuese del todo cierta, aunque no parase de vigilarlo con mucha atención en busca de cualquier signo de engaño. Deseaba confiar en él, pero una vida entera de desconfianza lo imposibilitaba. Todavía parecía poco estable de pie, aunque Scarlett se imaginó que se debía principalmente al corte en la cabeza.

—¿Crees que podría ser ahí donde retienen a Tella? —le preguntó ella.

—Esa no es la forma de actuar de Legend. Podría llevarnos por pasillos llenos de gritos en busca de una pista sobre dónde está tu hermana, pero dudo que la tenga ahí. —Julián mostró los dientes y a ella le recordó a esa mirada de depredador de aquella primera noche en la playa—. A Legend le gusta que sus prisioneros se sientan como invitados.

Scarlett trató de averiguar si Julián estaba siendo un tanto teatral, sin más. Jamás había oído que Legend tuviese cautivo a nadie, pero Julián ya había dicho algo similar con antelación, y su uso de la palabra *prisioneros* le dejó a Scarlett la misma sensación de inquietud que tuvo la primera vez que se planteó por qué Legend habría tomado la decisión de raptar a su hermana.

—Si Legend no tiene a Tella encerrada, entonces ¿qué está haciendo con ella?

—Por fin empiezas a hacer las preguntas apropiadas. —Los ojos de Julián buscaron los de Scarlett.

Hubo en ellos un atisbo de algo peligroso, justo antes de que empezase a cerrarlos y se tambalease de nuevo.

—¡Julián! —Ella lo agarró por ambos brazos, pero pesaba demasiado, y el diván estaba bastante lejos. Se apoyó contra él. Había pasado de estar muy frío a casi febril. El calor se elevaba de su piel a través de la camisa y le subió a Scarlett la temperatura en formas para ella inesperadas mientras lo sujetaba con el cuerpo contra la puerta.

—Crimson —murmuró el marinero al volver a parpadear y abrir los ojos. Castaño claro, el color del caramelo y de la lujuria liquidámbar.

—Creo que te tienes que tumbar. —Scarlett comenzó a retroceder, pero los brazos de Julián la envolvieron por la cintura, tan ardientes como su pecho e igualmente sólidos.

La joven trató de escabullirse a base de retorcerse, pero la forma en que la miraban sus ojos se lo impidió. Jamás la había mirado de esa manera hasta ahora. A veces la contemplaba como si deseara ser su perdición, pero en aquel preciso instante era como si Julián deseara que fuese ella quien lo desarmase.

Tal vez solo fuesen la fiebre y la herida en la cabeza, pero por un segundo Scarlett habría jurado que quería besarla. Besarla de verdad, no como cuando bromeaba en el Castillo. Se le aceleró el pulso, y todas y cada una de las partes de su cuerpo se volvieron sensibles a todas y cada una de las partes del cuerpo de Julián mientras sus ardientes manos le ascendían por la espalda. Ella sabía que debería haberse separado, pero era como si sus manos supieran a la perfección lo que estaban haciendo, y se vio

permitiendo que él la guiase, aproximándola con sutileza mientras los labios de Julián se entreabrían.

A Scarlett se le escapó un suspiro ahogado.

Las manos de Julián dejaron de moverse. Fue como si aquel minúsculo sonido lo separase de golpe.

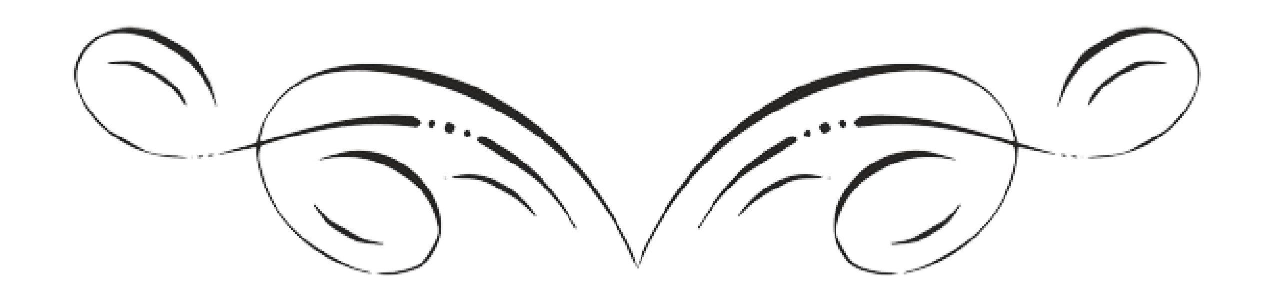
Sus ojos se abrieron de par en par, como si de repente recordase que Scarlett no era más que una cría tonta y temerosa de participar en un concurso. La soltó, y el aire frío sustituyó el calor de sus manos.

—Creo que es hora de que me vaya. —Llevó la mano al picaporte—. Te buscaré en la taberna justo después de la puesta de sol. Podemos ir juntos a echar un vistazo a esos túneles.

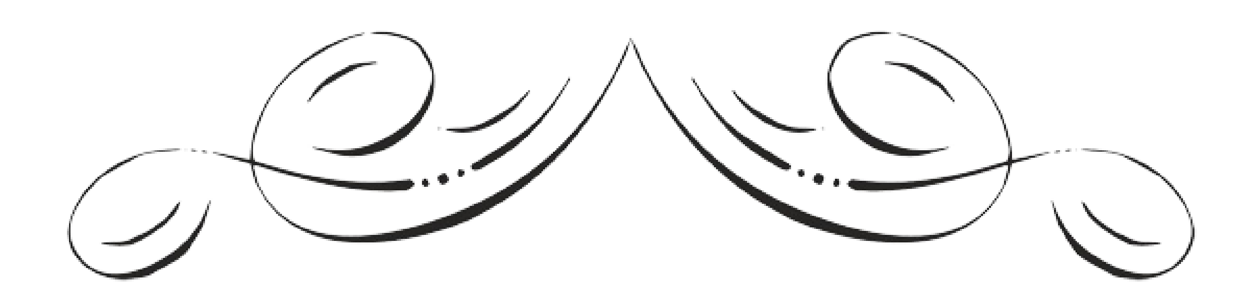
Julián se deslizó al otro lado de la puerta y dejó a Scarlett preguntándose qué acababa de suceder.

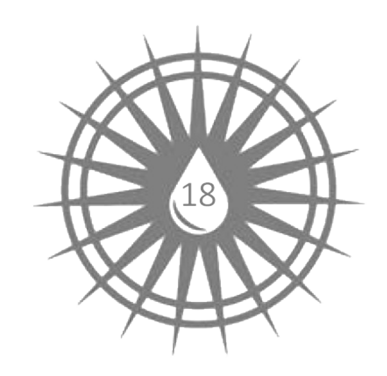
Besarle habría sido un error, y aun así se sentía… contrariada. Lo percibía en los frescos tonos de un azul nomeolvides que la envolvían como una niebla vespertina y la hacían sentirse lo bastante oculta para reconocer que deseaba experimentar los placeres de Caraval más de lo que ella jamás habría admitido en voz alta.

Hasta que se volvió a tumbar en la cama, Scarlett no cayó en la cuenta de que Julián se las había apañado para evitar contarle cómo se había herido exactamente, o cómo había conseguido regresar a La Serpiente mucho después de que el sol hubiese salido y se hubiesen cerrado las puertas.



LA SEGUNDA NOCHE DE CARAVAL





Al principio, Scarlett no reparó en las rosas.

Blancas con la punta en rojo rubí, como las flores que salpicaban las paredes empapeladas de su habitación. Ese debió de ser el motivo de que no las hubiese visto antes de quedarse dormida. Se dijo que las flores se fundían con la habitación, no había entrado nadie mientras ella dormía.

Pero lo que quería decir, en realidad, era que «Legend no había entrado en su habitación mientras ella dormía como un tronco».

Si bien sus primeras notas parecían pequeños tesoros, algo había en aquel último obsequio que tenía el aspecto de una advertencia. No estaba segura de que las flores fuesen de Legend; no había ninguna nota junto al jarrón de cristal, pero no se podía imaginar que fuesen de nadie más. Cuatro rosas, una por cada noche restante de Caraval.

Era el día quince. El concurso concluía de manera oficial al amanecer del diecinueve, y su boda era el veinte. Scarlett solo disponía de esa noche y del día siguiente para encontrar a Tella, o, como tardísimo, hasta el amanecer del dieciocho si es que quería abandonar la isla a tiempo de llegar a su boda.

Imaginó que su padre podría mantener su «rapto» en secreto ante el conde si su prometido llegaba pronto a Trisda; había ciertas supersticiones al respecto de que el novio no viese a la novia. Sin embargo, no habría manera de salvar su boda si Scarlett no llegaba a aparecer nunca.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una vez más la nota sobre las pistas:

> ESTA ES TU PRIMERA PRUEBA DEL CAMINO PARA ENCONTRARLA.
>
> NO SERÁ TAN FÁCIL HACERSE CON LAS SIGUIENTES.
>
> ALGUNAS TE HARÁN DUDAR DE TU CORDURA Y DE TODO AQUELLO EN LO QUE CREES.

La estampa del Castillo Maldito.

Descubrirás la segunda pista en los despojos de su partida.

¿Seguir al chico del corazón negro?

La tercera te la habrás de ganar.
La cuarta te costará algo muy valioso.
Y la quinta exigirá un salto de fe.
La mayoría de vosotros fracasará, pero uno, sin duda, lo conseguirá.

Dos noches.

Tienes cinco noches para hallar las cuatro pistas restantes y después a la chica, y el deseo de Legend será tuyo.

Scarlett ya no creía que Julián fuese la tercera pista, el chico del corazón negro, pero no se podía quitar de encima la sensación de que le estaba ocultando algo. Continuaba preguntándose cómo se había herido, cómo había recuperado sus pendientes, y también se preguntaba por su cuasibeso. Pero no podía ponerse a pensar en el beso ahora, cuando se iba a casar con el conde en solo cinco días.

Y porque lo único que importaba era encontrar a Tella.

Scarlett se apresuró a ponerse presentable, pero su vestido no parecía tener tantas prisas. Se tomó su tiempo para convertirse en un maravilloso diseño en rosa y *beige* con un corpiño blanco y cubierto de puntos negros y revestido de encaje rosa, un polisón a base de estilosos lazos a juego y una elegante falda de brochazos de seda rosa. No sabía cómo, pero el vestido se las había arreglado para incorporarle también unos guantes abotonados.

Tenía en el estómago la sensación de que el vestido se había tomado unas molestias añadidas con tal de impresionar a Julián. O quizá solo fuese que ella esperaba que tuviese tal efecto. Su abrupta partida el día antes la había dejado con multitud de sentimientos encontrados y una cantidad aún mayor de preguntas.

Scarlett se preparó para presionar al marinero y que le diese respuestas, pero cuando fue en su busca, se topó con la taberna prácticamente vacía. Una suave luz de jade iluminaba a un solo cliente: una chica de pelo oscuro encorvada sobre un cuaderno, sentada cerca de la chimenea de cristal. Ni siquiera levantó la mirada hacia Scarlett, al contrario que otros, conforme pasaba el tiempo y la sala comenzaba a llenarse.

Seguía sin haber ni rastro de Julián.

¿Se había aprovechado de lo que ella había descubierto sobre los túneles y la

había dejado esperando para buscar las pistas solo?

O quizá la desconfianza no debería ser siempre la primera respuesta de Scarlett.

Julián tenía sus fallos, pero, pese a haberla dejado en un par de ocasiones, en ambas fue solo por un breve periodo de tiempo, y siempre había regresado. ¿Y si hubiera pasado algo? Se preguntó si debería ir a buscarlo, pero ¿y si se marchaba y luego aparecía él?

Con cada pensamiento observaba que los guantes abotonados cambiaban del blanco al negro, y notaba que el escote de su vestido se transformaba de una forma de corazón a un cuello alto. Por fortuna, no se estaba volviendo más transparente, sino que la seda se convertía en un incómodo crepé, y podía ver que los minúsculos puntos negros del corpiño crecían y se extendían como unas manchas por todo el vestido. Un reflejo de sus preocupaciones.

Intentó relajarse con la esperanza de que Julián no tardase en aparecer y su vestido recuperase la normalidad. Viendo su imagen en el cristal de la mesa, tenía el aspecto de estar de luto, aunque eso no impedía que la gente hablase con ella.

—¿No eres tú la hermana de esa chica desaparecida? —le preguntó un cliente, y de pronto tuvo encima a una pequeña multitud.

—Lo siento, yo no sé nada —repitió Scarlett hasta que, uno por uno, todos se marcharon.

—Deberías tratar de divertirte un poco con ellos. —La chica que había estado sentada en silencio, encorvada sobre un cuaderno, apareció ante la mesa de Scarlett. Bella como una acuarela y chillona como una trompeta con su vestido de oro y una atrevida ausencia de mangas, con volantes hasta el cuello y un llamativo polisón de color lima, se sentó en la silla de cristal enfrente de Scarlett—. Si yo fuera tú, les diría todo tipo de cosas. Diles que has visto a tu hermana del brazo de un hombre con una capa, o que has encontrado en uno de sus guantes un pelo con pinta de ser de un elefante.

«¿Acaso tienen pelo los elefantes?».

Durante un segundo, Scarlett se limitó a quedarse mirando a aquella chica tan curiosa. Al parecer, ni siquiera se le había ocurrido que tal vez a Scarlett no le apeteciese charlar sobre su hermana de aquella manera, o que estaba esperando a otra persona. Esta chica era ese día de sol y calor en plena estación fría, o bien inconsciente o bien indiferente al hecho de estar fuera de lugar.

—Aquí, la gente no espera la verdad —prosiguió la joven, impertérrita—. Y tampoco la quieren. Mucha de la gente que está aquí no espera ganar el deseo; viene a vivir una aventura, y bien podrías ser tú quien se la proporcionase. Sé que lo llevas dentro, de otro modo no te habrían invitado. —La chica centelleaba, desde la falda metálica hasta las líneas de oro pintadas a juego alrededor de sus ojos rasgados.

No parecía una ladrona, pero después de la experiencia de Scarlett con la muchacha rubicunda la noche previa, no se sentía especialmente confiada.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Scarlett—. ¿Y qué quieres?

—Puedes llamarme Aiko. Y tal vez no quiera nada.

—Todo aquel que participa quiere algo.

—Entonces supongo que es bueno que en realidad yo no esté participando… —Aiko se calló cuando se acercó una nueva pareja.

Apenas más mayor que Scarlett, y claramente recién casado, el hombre sostenía la mano de su novia con el remilgo de un hombre que no tiene la costumbre de sostener algo tan importante.

—Me disculpa, señorita. —Hablaba con un acento extranjero que requería cierta concentración discernir—. Estábamos preguntándonos, ¿no es verdad que es la hermana de Donatella?

Aiko asintió de un modo alentador.

—Sí que lo es, y estará encantada de responder a vuestras preguntas.

A la pareja se le iluminó el rostro.

—Oh, gracias, señorita. Ayer noche, cuando llegamos a su habitación, estaba todo limpio. Solo esperamos una pequeñita pista.

La mención de la habitación saqueada de Tella incendió algo en las entrañas de Scarlett, pero aquella pareja parecía tan sincera… No tenían el aspecto de unos mercenarios que venderían cualquier cosa al mejor postor. Sus ropas raídas estaban en peores condiciones que el ennegrecido atuendo de Scarlett, y aun así sus manos agarradas y sus expresiones de ilusión le recordaron lo que se suponía que había de ser el juego. O lo que ella creía que había de ser. Alegría. Magia. Asombro.

—Ojalá os pudiera decir dónde está mi hermana, pero no la he visto desde que… —Scarlett titubeó al ver cómo decaían sus rostros, y recordó que Aiko le acababa de decir que la gente no esperaba ni deseaba la verdad en Caraval: «Vienen a vivir una aventura, y bien podrías ser tú quien se la proporcionase»—. La verdad es que mi hermana me pidió que me encontrara con ella… cerca de una fuente con una sirena. —A los oídos de Scarlett, aquella mentira sonaba ridícula, pero la pareja se la tragó como si fuese un cuenco de nata con azúcar, y el rostro se les iluminó ante la perspectiva de una pista.

—Ah, creo que sí que conosco la statua —observó la mujer—. ¿Es la que tienes con fondo de perlas?

Scarlett no estaba segura de lo que pretendía decir la mujer, pero se libró de ellos con un gesto de asentimiento y les deseó la mejor de las suertes.

—¿Lo ves? —le dijo Aiko—. Mira qué felices los has hecho.

—Pero les he mentido —indicó Scarlett.

—Se te escapa el sentido del concurso —afirmó Aiko—. No han viajado hasta aquí en busca de la verdad, han venido por la aventura, y tú los acabas de embarcar en una. Quizá no encuentren nada, pero tal vez sí lo hagan; el juego tiene a veces su manera de recompensar a la gente solo por intentarlo. De cualquier modo, esa pareja es más feliz que tú. Te he estado observando, y te has pasado la última hora aquí sentada con la cara más agria que la leche cortada.

—Tú también lo estarías si hubiese desaparecido tu hermana.

—Oh, pobrecita de ti. Estás aquí, en una isla mágica, y lo único en lo que piensas es en lo que no tienes.

—Pero si es mi…

—Tu hermana, ya lo sé —replicó Aiko—. Y también sé que la encontrarás al final, cuando todo esto acabe, y que pensarás que ojalá no te hubieras pasado las noches sentada en esta taberna apestosa autocompadeciéndote.

Aquello era lo típico que le habría dicho Tella, exactamente. La faceta masoquista de Scarlett estaba convencida de deberle a su hermana una especie de diezmo de sufrimiento, pero tal vez fuese justo lo contrario. Conociendo a Tella, le habría decepcionado más que Scarlett no disfrutase de la isla de Legend.

—No me voy a quedar aquí sentada toda la noche —aseguró Scarlett—. Estoy esperando a alguien.

—¿Y ese alguien llega tarde, o es que tú has venido muy pronto? —Arqueó Aiko las dos cejas pintadas—. Lamento informarte de esto, pero no creo que vaya a aparecer sea quien sea a quien esperas.

Los ojos de Scarlett se dispararon hacia la puerta por enésima vez aquella noche sin perder la esperanza de ver cómo Julián la cruzaba. Estaba segurísima de que acudiría, pero de haber un tiempo prudencial de espera, ya lo había sobrepasado.

Se apoyó en la silla y se levantó.

—¿Eso significa que has decidido dejar de aguardar aquí sentada? —Aiko se levantó también de su silla con mucha elegancia y su cuaderno bien agarrado mientras la puerta trasera de la taberna se abría una vez más.

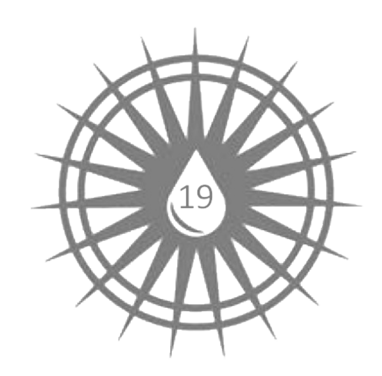
Entraron dos muchachas entre risitas, seguidas de la última persona a la que Scarlett le apetecía ver.

Entró como una ventolera hedionda de ropas negras desmadejadas y unas botas cubiertas de barro, más desaliñado que la última vez que lo había visto: Dante llevaba los pantalones arrugados, como si hubiera dormido con ellos puestos, y su frac había desaparecido.

Scarlett recordó cómo Julián le había contado que Dante quería ganar el deseo de Legend para arreglar algo que había sucedido durante un Caraval anterior. En aquel preciso momento, Dante parecía más desesperado que nunca por ganarlo.

Scarlett suplicó que su mirada la pasase de largo. Después de su último encuentro, no estaba lista para otro enfrentamiento con él; esperar a Julián le había dejado los nervios hechos trizas y le había puesto negro el vestido, pero incluso en su deseo de que Dante no reparase en ella, los ojos de Scarlett continuaban sobre él, sobre las mangas que se había recogido en los antebrazos y sobre los tatuajes que dejaban a la vista.

En especial, un tatuaje negro con la forma de un corazón.



«Sigue al chico del corazón negro».

Las palabras de Nigel regresaron raudas a la mente de Scarlett cuando los ojos de Dante se posaron en ella. La mirada que le lanzó era odio puro, pero, en lugar de amedrentar a Scarlett, prendió algo en su interior; se imaginó que aquella era la manera que el juego tenía de poner a prueba su determinación de participar sin la ayuda de Julián.

Cuando Dante desapareció por la puerta de atrás de la taberna, Scarlett salió corriendo detrás de él.

No se percató de lo calentito que se estaba en el local hasta que salió a la quebradiza noche, fría y vigorizante como el primer mordisco a una manzana helada y con un olor igualmente dulce, con rastros de azúcar quemado que se entrelazaban con los tonos de carbonilla del aire de la noche. A su alrededor, la gente atestaba la calle, densa como una bandada de cuervos.

Scarlett creyó ver que Dante se metía en un puente techado, pero una vez que llegó al puente, no había nada en él salvo la luz de los faroles, y terminaba en un decepcionante callejón sin salida. Todo lo que Scarlett encontró después de cruzarlo fue un callejón formado por muros de ladrillo, y un carrito de sidra que manejaba un niño encantador con un mono en el hombro.

—¿Te puedo ofrecer un poco de sidra con azúcar quemado? —le preguntó el niño —. Te hará ver las cosas con más claridad.

—Oh, no… Estoy buscando a alguien, con los brazos llenos de tatuajes, vestido entero de negro y con cara de enfado.

—Es posible que ese me comprara anoche un poco de sidra, pero hoy no lo he visto. ¡Buena suerte! —le indicó a voces mientras Scarlett regresaba ya corriendo por el puente.

Al llegar al otro lado descubrió a unos cuantos muchachos vestidos de negro y con la ropa alborotada —a estas alturas del juego, todo el mundo empezaba a tener un aspecto un tanto desmadejado—, pero ninguno tenía los brazos cubiertos de tinta. Scarlett continuó atravesando la multitud hasta que vio a alguien con algo con pinta

de ser un tatuaje de un corazón negro y que se subía por una escalera verde esmeralda unas pocas tiendas más allá de la Taberna de Cristal.

Scarlett se recogió la parte baja del vestido y echó a correr para seguir a su chico del corazón negro. Subió volando la escalera y salió a otro puente cubierto, pero cuando llegó al otro lado, lo único que encontró fue otro callejón sin salida y a otro chico encantador, de nuevo con un carrito de sidra y un mono.

—Espera… —Se detuvo Scarlett—. ¿No estabas tú allí ahora mismo? —Hizo un gesto vago, sin saber muy bien ya dónde estaba «allí».

—Yo no he ido a ninguna parte en toda la noche, pero ese puente que acabas de cruzar se mueve con bastante frecuencia —dijo el niño. Le mostró los hoyuelos de su sonrisa, y el mono que llevaba al hombro asintió.

Scarlett estiró el cuello para mirar hacia el puente, a su espalda: sus luces titilaban como si le guiñaran un ojo. Dos días atrás, Scarlett hubiera dicho que eso era imposible, pero ahora aquel pensamiento ni se le pasó por la cabeza. No estaba segura del momento exacto en que había sucedido, pero había dejado de dudar de la magia.

—¿Estás segura de que no quieres un poco? —El niño removía la sidra y levantaba en el aire oleadas de aroma de manzana.

—Oh… —Scarlett estaba a punto de decirle que no, su respuesta habitual, pero entonces se acordó de algo—. ¿Has dicho que esto me ayudaría a ver las cosas con más claridad?

—En ningún otro sitio encontrarás un brebaje como este.

El mono sobre su hombro volvió a asentir en señal de acuerdo.

Un bienvenido escalofrío le recorrió la espalda a Scarlett. ¿Y si ese fuera el motivo por el que Nigel le había dicho que siguiera al chico del corazón negro? Si se bebía la sidra, quizá su mirada se agudizase lo suficiente para localizar la pista que necesitaba.

Scarlett echó a escondidas un vistazo a las instrucciones del concurso: «La cuarta te costará algo muy valioso».

—¿Con qué tendré que pagar? —preguntó Scarlett.

—No es mucho: con la última mentira que hayas contado.

No tenía pinta de ser un precio muy alto, pero aun en el caso de que la sidra no fuese la próxima pista, lo más probable es que la animase de algún modo, algo que sin duda necesitaba.

Sintiéndose afortunada por haber seguido el consejo de Aiko en la taberna, Scarlett se inclinó para acercarse y le susurró su historia sobre la fuente de la sirena. El niño pareció decepcionado por no enterarse de una mentira más sustanciosa, pero le entregó la taza.

Azúcar tostado y mantequilla fundida con un toque de nata y canela tostada. Sabía a los mejores ingredientes de la estación fría mezclados con apenas un toque de calor.

—Está deliciosa, pero no veo nada de forma diferente…

—Tarda un minuto o dos en hacer efecto. Te prometo que no te decepcionará. —El niño se despidió con un gesto de la cabeza, y su mono la saludó cuando su dueño empezó a empujar el carrito en dirección a aquel puente tan engañoso.

Scarlett tomó otro sorbo de sidra, pero ahora sabía demasiado dulce, como si estuviese tratando de enmascarar un sabor más fuerte. Algo no iba bien. Sus emociones se arremolinaban en un caos de grises y blancos apagados. Por lo general, solo veía fogonazos de color vinculados a sus sentimientos, pero al fijarse en aquel niño que se marchaba, pudo ver cómo la piel se le ponía de un gris ceniciento mientras que la ropa se le volvía negra.

Ella parpadeó desconcertada por aquella imagen, pero solo para quedarse más perturbada aún cuando volvió a abrir los ojos.

Ahora, todo estaba en tonos grises y negros. Incluso la luz de las velas a ambos lados del puente era apagada y nebulosa en lugar de dorada. Intentó no dejarse llevar por el pánico, pero el pulso se le aceleraba a cada paso conforme iba cruzando el puente de regreso y volvía a un mundo que había dejado de estar lleno de color.

Caraval se había quedado en blanco y negro.

Se le cayó la sidra, el salpicón del líquido dorado y mantecoso sobre las aceras grises, el único charco de brillo en aquellos nuevos tonos apagados. Ya no se veía por ninguna parte al niño del mono.

Estaría riéndose de ella, probablemente, mientras empujaba su carrito en busca de una nueva víctima.

Levantó la vista y vio que se encontraba cerca de la entrada trasera de la Taberna de Cristal. Aiko acababa de salir con su deslumbrante vestido, que ahora era como el carbón.

—Tienes un aspecto horrible —le dijo—. Supongo que no habrás atrapado al joven al que perseguías, ¿no?

Scarlett negó con la cabeza. A la espalda de Aiko, la puerta de la taberna se estaba cerrando, y echó un vistazo al interior con la suficiente rapidez para ver que Julián no había llegado aún, o, si lo había hecho, ya se había marchado.

—Creo que he cometido un error.

—Conviértelo entonces en algo bueno.

Aiko bajó por la calle adoquinada paseándose como si ya pudiese hundirse el mundo, que ella seguiría su camino. Scarlett deseaba sentirse así, pero cualquiera diría que el juego estaba obrando en su contra, y se imaginaba lo sencillo que le resultaba a Aiko, ya que ella se limitaba a observar. Nadie le había quitado a su hermana, ni todo el color a su mundo. Podía imaginarse a Aiko deslizándose por el aire si se derrumbaba la suficiente cantidad de tierra. Lo único a lo que iba bien aferrada era a aquel maltrecho cuaderno que llevaba en la mano. Verde parduzco, el color de los recuerdos olvidados, los sueños abandonados y el cotilleo amargo.

Era un objeto sin ningún atractivo, y aun así…

El pensamiento de Scarlett se interrumpió. ¡El cuaderno estaba en color! Un color feo, pero, en un mundo en blanco y negro, atraía a Scarlett. ¿Sería así como funcionaba la sidra, quizá? Le quitaba el color a todo para que Scarlett pudiera ver con claridad las cosas que de verdad importaban… o para que pudiese dar con la siguiente pista.

LA CUARTA TE COSTARÁ ALGO MUY VALIOSO.

El consejo de Nigel había sido realmente la tercera pista. Scarlett había seguido al muchacho con un corazón pintado de negro, y él la había conducido hasta el niño de la sidra, que le había arrebatado la capacidad para percibir los colores: le había costado algo muy valioso.

El pecho le palpitaba ahora con fuerza, más que del pánico, por la emoción. No la habían engañado; le habían ofrecido justo lo que necesitaba para hallar la cuarta pista.

Scarlett siguió a Aiko, que se detuvo ante un ajetreado vendedor de gofres. El hombre sumió uno de sus dulces en el chocolate más oscuro antes de entregárselo a Aiko a cambio de un vistazo de una página de su cuaderno.

Con disimulo, Scarlett trató de mirar también.

Aiko lo cerró de golpe.

—Si quieres ver lo que hay dentro, tendrás que darme algo, como todo el mundo.

—¿Qué tipo de «algo»? —le preguntó Scarlett.

—¿Es que siempre te fijas en aquello de lo que te desprendes en lugar de pensar en lo que obtienes?

Hay cosas que merece la pena perseguir con independencia de su coste.

Aiko hizo un gesto a Scarlett para que se acercase a una calle con faroles colgados a ambos lados, que olía a flores, a flautas y al amor perdido largo tiempo atrás. La calzada se estrechaba empujada por un canal de agua por un lado mientras el otro se curvaba alrededor de un tiovivo de rosas.

—Una canción por un donativo.

Un hombre situado ante un órgano de tubos le extendió una mano gruesa.

Aiko le soltó algo en la mano, demasiado pequeño para que Scarlett lo viese.

—Intenta que sea bonito.

El organista comenzó a tocar una tonada melancólica, y el tiovivo se puso en movimiento, girando despacio al principio. Scarlett se imaginó que, si Tella estuviese allí, ya se habría subido de un salto, habría cogido las rosas rojas y se las habría puesto en el pelo.

«¡Rojas!».

Scarlett observaba cómo seguía girando aquel tiovivo rosado que lanzaba pétalos rojos al suelo.

Algunos aterrizaron también en el gofre de Aiko y se pegaron al chocolate.

La joven no era capaz de distinguir si estaba recobrando los sentidos, o si el

tiovivo era de algún modo importante, porque en el preciso momento en que ella advirtió que podía ver el intenso rojo de los pétalos, pasó por allí un caballero con un parche en un ojo. Igual que todo lo demás, iba pintado en tonos de negro y gris a excepción del pañuelo carmesí de caballero que lucía alrededor del cuello. Era del tono más oscuro de rojo que jamás había visto. Su rostro era igualmente hipnótico. Poseía ese tipo de oscura belleza que empujaba a Scarlett a preguntarse por qué nadie más lo estaba mirando como ella.

Se debatió al respecto de seguirle. Aquel hombre era todo misterio y preguntas sin responder, aunque algo en él la hacía sentir unos peligrosos tonos de un blanco sedoso. Se movía entre la multitud como un espectro, elegante, pero con la pincelada de un exceso de riesgo para su gusto, y aunque se sentía atraída hacia él, el cuaderno de Aiko la llamaba con igual fuerza.

La canción del organista cogió ritmo, y el tiovivo giró cada vez más rápido. Los pétalos caían sobre algo más que el postre de Aiko. Cayeron hasta que el suelo que tenían delante se transformó en terciopelo rojo y el canal a su lado se convirtió en sangre, y el tiovivo se quedó desnudo a excepción de las espinas.

Las pocas personas que había en la calle además de ellas aplaudieron.

Scarlett tuvo la sensación de que allí había una moraleja más profunda, pero no llegaba a captarla.

Había recuperado la visión de todo color. El caballero del parche ya casi había desaparecido de su vista, pero ella seguía sintiendo una atracción hacia él que no deseaba. De haber lucido el hombre un sombrero de copa, se podría haber preguntado si aquel era Legend. O tal vez aquel joven enigmático fuese un señuelo que Legend había dispuesto entre la multitud para alejarla de la verdadera pista. Un rato antes, aquella misma noche, Scarlett habría jurado que sentía la mirada de Legend sobre ella, espiando sus intentos de desentrañar sus pistas.

Solo le quedaba un instante para tomar su decisión: si iba a seguir a aquel joven o si trataba de examinar el cuaderno de Aiko, lo único que no habían tocado eran los pétalos rojos. Si la teoría de Scarlett sobre la sidra era acertada, tanto el joven caballero como el cuaderno eran importantes, pero solo uno de ellos la acercaría más a Tella.

—Si acepto este trato y miro en tu cuaderno, ¿qué es lo que obtendré? ¿Se trata de la cuarta pista?

Aiko se balanceó tarareando con los labios cerrados con aire críptico.

—Es posible; muchas cosas lo son.

—Pero las reglas dicen que solo hay cinco pistas.

—¿De verdad es eso lo que dicen? ¿O esa no es más que tu manera de interpretarlas? —le preguntó Aiko—. Piensa en las instrucciones como si fueran un mapa. Hay más de una forma de llegar a prácticamente cualquier destino. Las pistas están escondidas por todas partes. Las líneas maestras que recibiste solo te ponen más fácil localizarlas, pero tenlo siempre presente: las pistas no son lo único que te hace

falta para ganar. Este concurso es igual que una persona. Si de verdad quieres jugar bien, tienes que aprenderte su historia.

—Lo sé todo sobre su historia —dijo Scarlett—. Mi abuela me la ha estado contando desde que era pequeña.

—Ah, las historias que oímos de labios de la abuela, estoy segura de que son muy precisas. —Aiko le dio un mordisco a su gofre, hundió los dientes blancos en los pétalos que tenía encima mientras arrancaba a andar en una nueva dirección.

Scarlett echó un último vistazo hacia donde estaba el hombre del parche en el ojo, pero ya había desaparecido. Había perdido su oportunidad. No podía perder también a Aiko.

La bella joven estaba ahora entregada a la compra de campanillas de plata comestibles y pasteles del tamaño de una moneda y bañados en purpurina. Scarlett la seguía y se imaginaba que estaría a punto de reventar de tanto como había comido, pero seguía comprando cosas a todos los vendedores que le ofrecían algún trueque. Descubrió que Aiko creía en decir que sí siempre que fuera posible. Se hizo una pausa en la conversación cuando compró caramelos de confeti que centelleaban como luciérnagas, una copa de oro bebible y un tinte imperecedero para el pelo —«Para esos cabellos canos de los que quieres que te libren para siempre»—, aunque Aiko parecía demasiado joven para eso.

—Entonces —empezó a decir Scarlett cuando se desviaron por una calle de tejados puntiagudos pero sin vendedores, gracias al cielo. Se sentía preparada para hacer un trato, pero tampoco iba a lanzarse a ciegas, tal y como había hecho antes—, ¿llevas la historia de Caraval escrita en ese cuaderno?

—En cierto modo —dijo Aiko.

—Demuéstramelo.

Para su estupefacción, Aiko le ofreció el cuaderno.

Scarlett vaciló; casi le parecía demasiado fácil.

—Creía que solo me dejarías verlo si te ofrecía algo a cambio.

—No te preocupes, no te comprometerás a nada a no ser que decidas que deseas ver más. Las imágenes que te ayudarán están selladas con magia. —Dijo la palabra *magia* como si se tratase de una broma entre ellas.

Scarlett tomó el librillo con precaución. Fino y ligero, pero repleto de páginas, no sabía cómo, y cada vez que pasaba una era como si apareciesen otras dos detrás, todas ellas ilustradas con dibujos fantásticos. Reinas y reyes, piratas y presidentes, asesinos y príncipes. Grandes navíos del tamaño de una isla y minúsculas tiras de madera que se parecían al bote en el que Julián y ella habían…

—Espera… estos dibujos son sobre mí. —Scarlett pasó unas cuantas páginas más. Las obras de Aiko la mostraban a ella en la barca con Julián. Arrastrando los pies medio desnuda hasta la relojería. Discutiendo tras la verja de la casa de las torretas—. ¡Estos momentos pertenecen a mi vida privada!

Gracias al cielo, no había ninguna imagen comprometedora de ella en la

habitación con Julián, pero sí había una pintura de gran realismo que la mostraba huyendo de Dante mientras la juzgaban todas las miradas de la taberna.

—¿Cómo las has conseguido? —Roja como un tomate, Scarlett pasó una imagen suya con Julián en la barca. Recordó la escalofriante sensación de que la estaban observando, nada más llegar a la isla, pero esto era mucho peor—. ¿Por qué hay tantos dibujos míos? No veo que haya de otras personas.

—El concurso de este año no va de otras personas. —Los ojos contorneados en oro de Aiko se encontraron con los suyos—. A los demás participantes no les falta su hermana.

Al llegar a la isla, ser la invitada especial de Legend la había hecho sentirse privilegiada. Por primera vez en su vida se había sentido especial. Elegida. Pero, una vez más, en lugar de participar en el concurso, era como si este estuviese jugando con ella.

Una amarga escala de verdes amarillentos le revolvió el estómago de temor. A Scarlett no le gustaba que jugasen con ella, pero lo que la inquietaba todavía más era el motivo por el cual, de entre todas las personas del mundo, Legend habría escogido que este concurso fuera sobre su hermana y ella. Aquel día en la tienda del relojero, el comentario de Julián dio a entender que tendría algo que ver con su apariencia, pero ahora Scarlett tenía la sensación de que se trataba de mucho más.

—En la taberna, has empezado a preguntarme quién era yo —prosiguió Aiko—. No soy una jugadora. Soy historiógrafa. Registro la historia de Caraval por medio de imágenes.

—Nunca he oído hablar de ningún historiógrafo.

—Pues deberías sentirte afortunada de haberme conocido.

Aiko le arrebató de nuevo el cuaderno.

Scarlett no se imaginaba que la fortuna tuviese nada que ver con su encuentro. No podía negar que lo que había visto en las páginas del cuaderno era de una precisión perturbadora, pero, por muy historiógrafa que fuera aquella chica, ella no terminaba de creerse que solo hubiera ido hasta allí para observar.

—Ya le has echado un vistazo a mi cuaderno —continuó Aiko—. Y, aunque les pueda ofrecer a los vendedores que se asomen a verlo de vez en cuando, la oferta que te hago a ti es una oportunidad inusual.

Yo no soy la única artista que ha manchado sus páginas. Aquí se encuentran todas las historias verdaderas de todas las ediciones Caraval del pasado. Si decides examinar todas las historias del interior, verás quién ha ganado y cómo lo ha hecho.

Mientras Aiko hablaba, Scarlett pensó primero en Dante y después en Julián. Se preguntaba qué había pasado en las anteriores participaciones de ambos. Otras historias le vinieron también a la mente, como la de aquella mujer que había fallecido años atrás. La de su abuela, quien afirmaba que había encandilado a todo el mundo con el morado de su vestido. Scarlett dudaba que fuese a encontrar realmente a su abuela en el cuaderno, pero sí había una persona a la que vería sin la menor duda. A

Legend.

Si aquel librillo detallaba la verdadera historia de Caraval, entonces Legend tendría que aparecer representado en él con certeza. Rupert, el niño de la primera noche, describió el concurso como un misterio que había que resolver, y la primera pista decía: «Con Legend fue vista la chica por última vez».

Era lógico pensar que si encontraba a Legend, entonces encontraría también a Tella, sin tener que buscar las otras dos pistas.

—Muy bien —dijo Scarlett—. Dime lo que pides por volver a mirar el cuaderno.

—Excelente. —Aiko parecía centellear más de lo normal.

Acompañó a Scarlett más allá de un sendero delimitado con botones que conducía a un comercio de sombrerería y complementos de caballero con la forma de un sombrero de copa. A continuación, se detuvo frente a una tienda de ropa de señora.

Tres pisos de altura, hecha entera de cristal para mostrar mejor, bien iluminados, los atuendos de todos los tonos y materiales. El color de las risas de madrugada, de los rayos de sol del alba y de las olas que te rompen en los tobillos. Cada vestido parecía contar su propia y única aventura, con unos precios también únicos, a juego:

> Tu mayor arrepentimiento,
> tu peor temor,
> un secreto que jamás le contarías a nadie.

Un vestido costaba tan solo una pesadilla reciente, pero era de color ciruela, un color que Scarlett no aguantaba.

—¿Es ese tu precio? ¿Quieres que te compre un vestido?

—No. Quiero que te compres tres vestidos para ti. Uno por cada una de las tres noches del concurso.

Aiko tiró de la puerta y la abrió, pero Scarlett no cruzó el umbral.

Es curioso lo que pasa cuando la gente tiene la sensación de estar pagando por algo menos de lo que debería: de repente, el valor desciende. Scarlett había ojeado el cuaderno, así que sabía que era valioso: tenía que ser alguna especie de truco.

—¿Y qué sacas tú de todo esto? ¿Qué quieres de mí en realidad?

—Soy una artista. No me gusta que tu vestido tenga vida propia. —La nariz de Aiko se arrugó mientras observaba el vestido de Scarlett, que parecía estar de luto: se las había arreglado, incluso, para que le creciese una cola oscura—. Cuando se pone emotivo, cambia, pero es posible que la gente que abre las páginas de mi cuaderno no lo sepa. Podrían pensar que me he equivocado y que te he cambiado el vestido a mitad de la escena. Además, detesto el color negro.

Scarlett tampoco era muy aficionada al negro, le recordaba demasiadas emociones desagradables, y sería fantástico tener un mayor control sobre su atuendo. Sin embargo, dado que solo se podía quedar dos noches más como mucho, no era necesario comprar tres vestidos.

—Acepto si son dos vestidos —dijo.

Los ojos de Aiko brillaron como dos ópalos negros.

—Hecho.

Tintinearon unas campanillas de plata cuando las chicas entraron en la tienda. Recorrieron poco más de medio metro antes de toparse con un letrero colgado e incrustado de diamantes que decía: LAS LADRONAS SE CONVERTIRÁN EN PIEDRA.

Bajo aquel letrero tan bello había una joven de granito, petrificada con los largos cabellos flotando al viento como si estuviera tratando de huir.

—La conozco —masculló Scarlett—. Anoche fingía estar embarazada.

—No te preocupes —le dijo Aiko—. Volverá a la normalidad una vez termine Caraval.

A una parte de Scarlett le parecía que debía sentir lástima por la chica, pero aquello quedaba ensombrecido por la idea de que Legend tenía su sentido de la justicia, al fin y al cabo.

Detrás de la chica de granito, todos los diseños de la tienda resplandecían con la magia de Caraval, incluso los más chillones, que parecían el plumaje de un loro o un regalo de Navidad con demasiados lazos.

«Tella adoraría todo esto», pensó Scarlett.

Sin embargo, se diría que al vestido que lucía Scarlett no le gustaba la tienda en absoluto. Cada vez que ella elegía algo, su vestido cambiaba como si le estuviese diciendo: «Yo también puedo tener ese aspecto».

Al final, se decidió por un vestido rosa como la flor de un cerezo que le recordaba al primer atuendo en que se había transformado su vestido mágico. Repleto de volantes en las faldas, pero con un corpiño con hileras de botones en lugar de lazos.

Ante la insistencia de Aiko, eligió también un vestido más moderno, sin corsé. Las mangas partían de los hombros, unidas a un escote de tipo corazón y forrado con un adorno de cuentas de color champán y orquídea pálido, el color del encaprichamiento. La ornamentación se volvía más densa conforme descendía por una falda con algo de vuelo y rematada en una elegante cola muy poco práctica pero terriblemente romántica.

—Nada de cambios ni devoluciones —dijo la joven dependienta, una morena de cabello reluciente que no parecía mayor que Scarlett. Lo anunció sin emoción de ninguna clase, pero, al acercarse más, Scarlett tuvo una sensación de picor que le decía que había alcanzado el punto del concurso a partir del cual no había un posible retorno.

Delante de ella, un alfiletero y una balanza dorada de brazos iguales descansaban al borde de un reluciente mostrador de caoba. El platillo de la balanza destinado a la mercancía estaba vacío, pero el de las pesas contenía un objeto inquietantemente similar a un corazón humano. Scarlett tuvo la alarmante visión de cómo se lo sacaban a ella del pecho y lo colocaban en el platillo.

—Por los vestidos —prosiguió la dependienta—, serán tu peor temor y tu mayor

deseo. O puedes pagar con tiempo.

—¿Con tiempo? —preguntó Scarlett.

—Estamos en rebajas. Esta noche son solo dos días de tu vida por cada vestido. —La morena hablaba con total naturalidad, igual que si estuviera pidiendo unas monedas normales y corrientes. Pero a Scarlett no le parecía que sacrificar cuatro días de su vida tuviera nada de simple. Era consciente de que tampoco debía revelar sus secretos con demasiada ligereza, aunque ya habían utilizado en su contra su temor y su deseo.

—Responderé a tus preguntas —afirmó Scarlett.

—En cuanto estés preparada —le indicó la dependienta—, quítate los guantes y sujeta la base de la balanza.

Varios de entre los demás clientes de la tienda fingían no estar observando, pero Aiko miraba con interés desde el borde del mostrador. Scarlett se preguntó si sería aquello lo que buscaba en realidad.

Por supuesto que, si había estado examinando a Scarlett, ya debería conocer sus respuestas.

Ella se quitó los guantes. El latón dorado tenía un tacto sorprendentemente cálido bajo los dedos de Scarlett, casi carnoso, como si fuese un ser vivo. La mano se le puso pegajosa, y la superficie se volvió resbaladiza.

—Di ahora tu mayor temor —le instó la dependienta.

Scarlett carraspeó.

—Mi mayor temor es que le pase algo malo a mi hermana y yo no sea capaz de protegerla.

Crujió la balanza de latón. Scarlett observó maravillada cómo se movieron las cadenas, y el lado del corazón se fue elevando despacio mientras el platillo vacío descendía de manera misteriosa hasta que ambos quedaron a la misma altura exacta.

—Qué alegría, siempre que funciona —dijo la dependienta—. Ahora suéltala.

Scarlett siguió sus instrucciones, y la balanza se recuperó y regresó a su estado de desequilibrio.

—Ahora, sostenla otra vez y cuéntame tu mayor deseo.

Esta vez no le sudaron las manos, aunque la balanza seguía dándole la sensación de estar demasiado viva para su gusto.

—Mi mayor deseo es encontrar a mi hermana, Donatella.

La balanza se sacudió. Las cadenas tintinearon un poco, pero el platillo del corazón permaneció firme en el fondo.

—Le pasa algo a la balanza —observó Scarlett.

—Prueba otra vez —insistió la dependienta.

—Mi mayor deseo es encontrar a mi hermana pequeña, Donatella Dragna.

Scarlett apretó el mástil de la balanza, pero nada cambió. Tanto el platillo vacío como el corazón seguían sin moverse.

Presionó con más fuerza, pero esta vez la balanza ni se inmutó.

—Lo único que deseo es encontrar a mi hermana.

La dependienta hizo una mueca.

—Lo siento, pero la balanza nunca miente. Necesitaré otra respuesta, o si no, puedes pagar con dos días de tu vida.

Scarlett se volvió hacia Aiko.

—Tú me has estado observando; sabes que lo único que deseo es encontrar a mi hermana.

—Creo que eso es algo que deseas, sí —dijo Aiko—, pero una puede desear muchas cosas en la vida. Tampoco es que tenga nada de malo que haya otras cosas que desees un poquito más.

—No. —A Scarlett se le estaban poniendo blancos los nudillos: el concurso estaba jugando con ella—. ¡Moriría por mi hermana!

Las cadenas tintinearon, y los platillos de la balanza se volvieron a mover hasta que quedaron en equilibrio. Aquella afirmación era cierta. Por desgracia, no era una forma de pago viable.

Scarlett apartó las manos de golpe antes de que le robasen más secretos.

—Muy bien, que sean dos días de tu vida, entonces —aseguró la dependienta.

Scarlett se sentía como si la hubiesen embaucado. Aquello debía de ser lo que buscaban desde un principio. Pensó en echarse atrás. Renunciar a dos días de su vida le dejaba la sensación de una inquietud indescriptible; la misma sensación que tenía siempre que llegaba a un acuerdo con su padre, pero si rectificaba ahora, aquello demostraría más aún que encontrar a su hermana no era lo que más deseaba ella. Y tampoco echaría un vistazo al cuaderno secreto de Aiko.

—Si te llevas dos días de mi vida, ¿cómo funciona eso? —le preguntó Scarlett.

La dependienta extrajo del alfiletero una espada en miniatura.

—Córtate en el dedo con la punta de esto y apriétalo después para que caigan tres gotas de sangre sobre la balanza. —Señaló el corazón marchito.

—Si quieres, te puedo hacer yo el corte —ofreció Aiko—. A veces resulta más sencillo dejar que sea otro quien te haga daño.

Pero Scarlett ya se había cansado de que los demás le hicieran daño.

—No, puedo yo sola.

Se pasó la espada minúscula por la yema del dedo anular.

Una gota…

Otra…

Otra.

Solo eran tres puntitos de sangre, pero Scarlett los sintió uno por uno, y el dolor fue más allá del dedo. Fue como si una mano le hubiese clavado las uñas en el corazón y hubiesen apretado.

—¿Es normal que esto duela?

—Un leve mareo sí es normal. No esperarías que perder dos días de tu vida fuese indoloro, ¿no? —Se rio la dependienta como si fuese un chiste—. Te permitiré que te

lleves ahora el vestido de los botones —prosiguió—, pero el del adorno de cuentas no te lo entregarán hasta dentro de dos días, una vez que se haya completado tu pago. Después de eso…

—Un momento —la interrumpió Scarlett—. ¿Acabas de decir que quieres que pague ahora mi deuda?

—A ver, de nada me sirve a mí la semana que viene, cuando se haya terminado el concurso, ¿no?

Pero no te preocupes, no habré retirado el pago al completo hasta que el sol haya salido, lo que te da el tiempo suficiente para llegar a algún lugar seguro.

«¿Algún lugar seguro?».

—Creo que ha habido un error. —Scarlett se agarró del borde del mostrador. ¿Era cosa de su imaginación, o el corazón de la balanza había empezado a latir?—. Creía que perdería dos días al final de mi vida.

—¿Y cómo podría saber yo cuándo se va a acabar tu vida? —Se rio la dependienta, un sonido áspero que parecía hacer temblar el mundo bajo los pies de Scarlett—. No te preocupes, siempre que no le pase nada a tu cuerpo, volverás a la vida en perfectas condiciones en la puesta de sol del día dieciocho.

Eso eran solo dos días antes de su boda. Scarlett combatió una nueva oleada de pánico. Venía en tonos de verde cicuta: el color del veneno y del terror. Solo había perdido tres gotas de sangre, pero era como si se estuviese desangrando.

—No puedo estar muerta durante dos días… ¡Dentro de dos días tendré que marcharme!

Si Scarlett se moría ahora, jamás podría encontrar a su hermana y llegar a casa a tiempo para su boda. ¿Y si otra persona, como Dante, hallaba a su hermana mientras ella estaba muerta; o si el concurso terminaba antes de tiempo y Tella se encontraba a Scarlett muerta? Se le empezaba a estrechar el campo de visión, se volvía negro por los bordes.

Aiko y la dependienta intercambiaron una mirada que a Scarlett no le gustó. Aún aferrada al reluciente mostrador, se volvió hacia Aiko.

—Me has engañado…

—No es verdad —le dijo ella—. Yo no sabía que no serías capaz de responder a las preguntas.

—Pero si las he respondido —intentó gritar Scarlett, aunque el efecto de su trueque era cada vez más intenso, le embotaba los sentidos y le daba un aire más denso al mundo mientras que ella perdía consistencia. Se volvía impotente—. ¿Qué pasa si alguien le hace algún daño a mi cuerpo?

Aiko agarró a Scarlett por el brazo para sujetarla mientras ella se balanceaba.

—Tienes que volver a tu posada.

—No… —Pretendió protestar Scarlett.

No podía regresar a La Serpiente; aquel día le tocaba a Julián utilizar la habitación, pero Scarlett sentía la cabeza como si fuera un globo que trataba de

separarse de sus hombros.

—Tienes que sacarla de aquí. —La dependienta lanzó una intensa mirada a Scarlett—. Si se muere en la calle, lo más probable es que acabe enterrada a dos metros bajo tierra.

El terror de Scarlett aumentó de forma brusca y adoptó el color del azogue. Tenía el oído tan embotado como la vista, pero habría jurado que sonaba como si aquella chica deseara que aquello sucediese. Algo ácido, mohoso y quemado le ascendió borboteante por la garganta: el sabor de la muerte.

Apenas se sentía con la fuerza necesaria para tenerse en pie, y mucho menos para recorrer caminando todo el trayecto de regreso hasta la posada. Cuando se despertase, tendría que elegir entre buscar a su hermana y marcharse para llegar de vuelta a Trisda a tiempo para su boda. Scarlett ya sabía que podía acabar reduciéndose a aquello, pero no estaba lista para tomar su decisión aún. ¿Y qué haría Julián si retornaba a la habitación y se encontraba su cadáver?

—¡Scarlett! —Aiko la sacudió otra vez—. Tienes que mantenerte con vida hasta que llegues a un lugar seguro. —La empujó hacia la puerta y le metió un terrón de azúcar en la boca—. Para que tengas fuerzas. No dejes de caminar pase lo que pase.

Las plomizas piernas de Scarlett temblaban con hilillos de sudor. Apenas se tenía en pie; no conseguiría volver. El azucarillo de Aiko se le había disuelto en la podredumbre de la boca.

—¿Por qué no puedes venir tú conmigo?

—Porque tengo que estar en algún sitio que otro —contestó Aiko—, pero no te preocupes.

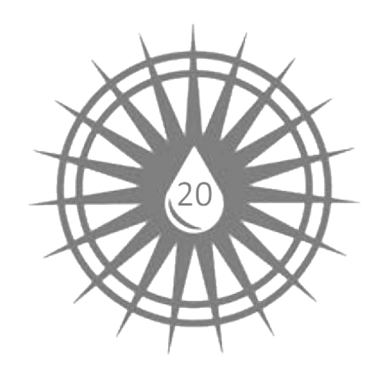
Mantendré mi palabra. Cuando alguien se lleva días de tu vida, tu cuerpo muere, pero tu mente sigue existiendo en una especie de mundo onírico. A menos que destruyan tu cuerpo.

De nuevo, Scarlett intentó preguntarle qué sucedería en ese caso, pero sus palabras surgieron enmarañadas, como si las hubiera masticado y hecho pedazos antes de escupirlas. Juraría que el blanco de los ojos de Aiko se volvía negro cuando le dijo:

—Estarás bien siempre que consigas regresar a tu habitación. Te buscaré en el mundo de los sueños y te mostraré mi cuaderno.

—Pero —Scarlett se tambaleó— a mí siempre se me olvidan los sueños.

—Este lo recordarás. —Aiko la estabilizó y le metió otro terrón de azúcar en la boca—. Pero me tienes que prometer que no se lo contarás a nadie. Ahora —le dio a Scarlett un último empujón al tiempo que ponía en sus manos el vestido del color de la flor del cerezo— sal de aquí antes de que te mueras.



Scarlett recordaría con claridad una única cosa sobre su recorrido desde la tienda de ropa. No se acordaría de la sensación de notar las extremidades ligeras como una pluma, los huesos convirtiéndose en polvo, ni ninguno de sus intentos de tumbarse en las barcas. No recordaría cómo la echaban a empujones de esas mismas barcas, ni que se le hubiese caído su vestido del color de la flor del cerezo. Sí recordaría, no obstante, al joven que lo recogió y, acto seguido, la tomó del brazo para ayudarla a recorrer a pie el resto del camino de regreso hasta La Serpiente.

Le vino a la mente la expresión «belleza inútil», aunque, al levantar la vista hacia su atractivo acompañante, su rostro no le pareció ya tan bello. Unas líneas marcadas y angulosas le resaltaban unos ojos oscuros ensombrecidos por un cabello más oscuro aún.

Ella no le caía bien a aquella persona. No solo lo sabía, es que podía sentirlo en la manera tan tosca de manejarla. La forma en que la agarraba del brazo cuando ella trataba de separarse.

—¡Suéltame! —Intentó gritar, pero tenía un hilo de voz, y los transeúntes que la podrían haber oído estaban demasiado ajetreados retornando a toda prisa a sus propias madrigueras. Un cuarto de hora era todo lo que restaba para que el sol se elevase y borrara la magia de la noche.

—Si te suelto, te meterás a rastras en otra barca.

Dante tiró de ella y la obligó a cruzar la puerta trasera y redondeada de La Serpiente. El ruido de la taberna se arremolinaba en torno a ellos, el tintineo de las jarras de sidra contra las mesas de cristal, bufidos de diversión mezclados con gruñidos de satisfacción, y las historias quejumbrosas de cosas insatisfactorias.

Solo un caballero de aspecto elegante con un parche en un ojo y una corbata roja se fijó en que se la llevaban a rastras hacia una escalera, donde el aire se oscurecía y el ruido se acallaba. Más adelante, Scarlett lo recordaría allí vigilando, pero en aquel preciso momento, su principal preocupación consistía en escapar de Dante.

—Por favor —suplicó—. Tengo que llegar a mi habitación.

—Primero tenemos que hablar. —Dante la acorraló en la escalera, sus largas

piernas y sus brazos tatuados la enjaulaban contra la pared.

—Si esto es por lo del otro día… Lo lamento. —Scarlett sintió que había tenido que emplear todas sus energías para forzar aquellas palabras de un modo coherente —. No pretendía engañarte. No debería haberte mentido.

—Esto no va de tus mentiras —dijo Dante—. Ya sé que la gente miente en este juego. Ayer… —Se calló, y sonó como si le costase un gran esfuerzo mantener el tono de voz—. Estaba molesto porque pensaba que eras distinta. Este juego… cambia a las personas.

—Lo sé —admitió Scarlett—. Por eso tengo que llegar a mi habitación.

—No puedo permitir que lo hagas. —La voz de Dante se endureció, y, por un inusual momento de aterradora claridad, Scarlett pudo ver que Dante se había desmoronado aún más que la última vez que lo había visto. Tenía los ojos enmarcados en unas sombras oscuras, como si llevase días sin dormir—. Mi hermana ha desaparecido; tienes que ayudarme a encontrarla. Sé que tu hermana ha desaparecido también, y no creo que sea como parte del juego.

«No». Scarlett no podía estar escuchando eso ahora. La desaparición de Tella no era más que otro truco de magia. Dante estaba intentando asustarla. ¿No le había contado Julián que Dante había sido cruel al ganar el concurso anterior?

—No puedo hablar de esto ahora.

Tenía que llegar a su habitación. Daba igual si le correspondía el turno a Julián. No podía morir allí mismo, no en las narices de Dante, con lo enloquecido que estaba. Sin saber muy bien cómo, Scarlett se las arregló para arrebatarle su vestido de las manos.

—¿Por qué no nos vemos en la taberna… después de que ambos hayamos dormido un poco?

—¿Quieres decir después de que tú te mueras durante dos días? —El puño de Dante se cerró contra la pared—. Sé lo que te está pasando. ¡No puedo perder otra noche! ¡Mi hermana ha desaparecido, y tú…!

¡Zas!

Antes de poder pronunciar otra palabra, Dante salió volando de espaldas. Scarlett no vio del todo el golpe, pero bastó para hacerlo caer medio tramo de escalera.

—¡Tienes que mantenerte alejado de ella! —El calor brotaba de Julián cuando despegó a Scarlett de la pared con suavidad—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

—No… Solo tengo que subir a la habitación.

Sentía cómo se le escapaban los minutos y cómo la vaciaban de vida, le convertían las extremidades en finas hebras de tela de araña.

—Crimson… —Julián la agarró cuando ella comenzaba a caerse. Él estaba mucho más caliente que ella, que quería acurrucarse en él como si fuera una manta. Enroscar los brazos a su alrededor con tanta firmeza como él la había rodeado a ella con los suyos—. Crimson, tienes que contármelo. —La voz de Julián había dejado de ser amable—. ¿Qué te ha pasado?

—Creo… creo que he cometido un error. —Sus palabras salieron pegajosas y espesas como el sirope—. Unas chicas, una con el pelo muy reluciente y otra que tenía un gofre… tenía que comprar unos vestidos, y me han hecho pagar con tiempo.

Julián soltó varios juramentos muy coloridos.

—Dime que no se han llevado ni un día de tu vida.

—No… —Luchaba por mantenerse en pie—. Se han quedado con dos días.

El bello rostro de Julián se retorció, se volvió letal, o quizá fuese el universo entero el que se estaba retorciendo y se convertía en algo letal. Todo giraba en un torbellino, de un lado a otro, mientras Julián la levantaba y se echaba el vestido rosáceo al hombro.

—Todo esto es culpa mía —masculló.

La sujetó de cerca mientras la subía por la escalera, recorrían un pasillo que se tambaleaba y entraban en lo que Scarlett tomó por su habitación. Lo veía todo blanco. Un blanco interminable salvo el rostro moreno de Julián, suspendido sobre ella mientras la tendía con suavidad sobre la cama.

—¿Dónde estabas… antes? —le preguntó ella.

—En el lugar equivocado.

Todo era neblinoso por los bordes, como el polvoriento sol de primera hora de la mañana, pero Scarlett podía distinguir los flecos oscuros de las pestañas alrededor de los preocupados ojos de Julián.

—¿Significa eso…?

—Chiss —murmuró Julián—. Ahórrate las palabras, Scarlett. Creo que lo puedo arreglar, pero necesito que te quedes conmigo un poco más. Voy a intentar darte un día de mi vida.

Scarlett tenía la cabeza tan desorientada, tan desarmada por el efecto de aquella magia en su cuerpo, que al principio pensó que lo había oído mal. Pero ahí estaba de vuelta aquella mirada en sus ojos, como si Julián quisiera que ella fuese su perdición.

—¿De verdad harías eso por mí? —preguntó ella.

En respuesta, Julián presionó la yema de un dedo sobre sus labios entreabiertos.

Metálico y húmedo, y un poquito dulce nada más. Coraje y temor, y algo más que Scarlett no era capaz de distinguir. Vagamente, sabía que era el sabor de su sangre. Era incomparable a cualquier otro regalo que hubiese recibido nunca. De una extraña belleza, de una intimidad alarmante. Y deseaba recibir más. Más de él.

Scarlett le lamió la yema del dedo, pero ansiaba saborear también sus labios. Sentirlos contra su boca y su garganta. Experimentar el sólido tacto de sus manos en su cuerpo. Sentía el ansia del fuerte peso de su pecho contra el suyo, descubrir si a él le latía el corazón igual de acelerado.

El dedo de Julián permaneció allí un momento más, presionando sobre sus labios para cerrarlos, pero el sabor de su sangre persistía. Y su deseo de él se intensificaba. Estaba sobre ella, y Scarlett podía oír el rítmico latido de su pulso. Ya había sido consciente de su presencia en otras ocasiones, pero nunca más que ahora. Su rostro la

tenía hipnotizada, la oscura peca que tenía debajo del ojo izquierdo, la sutil prominencia de sus pómulos, la cincelada línea de su mandíbula, el frescor de su aliento en su mejilla.

—Ahora necesito un poco de tu sangre.

Su voz era tan delicada, tan hecha de ternura, igual que su sangre estaba hecha de todo cuanto él estaba sintiendo.

Scarlett jamás se había sentido tan cercana a otra persona. Sabía que le iba a dar lo que le estaba pidiendo —lo que él le pidiese—, que le faltaría tiempo para dejar que él se bebiese una parte de ella igual que ella había hecho con él.

—Julián —dijo en un susurro, como si cualquier sonido más ruidoso fuera a destruir la delicadeza del instante—, ¿por qué haces esto?

El moteado ámbar de sus ojos se cruzó con los de ella, y algo en ellos hizo que se le trabase la respiración.

—Creía que la respuesta era obvia.

Julián tomó una de las frías manos de Scarlett y la sostuvo cerca de su cuchillo, y ella se imaginó que aguardaba a recibir su permiso. Y lo sabía, que Julián no estaba haciendo aquello por el concurso; aquello daba la sensación de ser algo absolutamente al margen, que tan solo existía para ellos dos.

Scarlett presionó sobre la punta de la hoja. Brotó una sola gota de sangre. Con cuidado, Julián se llevó el dedo de ella a la boca, y, cuando sus labios rozaron la piel, el universo se hizo un millón de añicos de cristales de colores.

Su corazón moribundo latió más rápido cuando la suavidad de su lengua atrajo el dedo entre sus dientes. Por un segundo, Scarlett pudo volver a sentir las emociones de Julián, tan cercanas como si fueran las suyas propias. Asombro mezclado con un feroz instinto de protección, y un hilo de dolor tan intenso que deseó arrebatárselo. Se adentró más el dedo, y presionó en uno de sus afilados incisivos.

Días antes, Scarlett se habría puesto muy tensa con solo rozarlo, pero ahora pensaba que ojalá tuviera la fuerza suficiente para rodearlo con los brazos.

No estaba en absoluto segura de hasta dónde había caído, y se imaginaba que amarle sería como caer enamorada de la oscuridad, aterradora y devoradora, y aun así de una absoluta belleza cuando salían las estrellas.

Julián le lamió el dedo una última vez; la recorrió un escalofrío tan dolorosamente gélido que lo sintió ardiente. Acto seguido, él se hallaba tumbado en la cama junto a ella, hundiéndose mientras la atraía entre sus brazos. La espalda de Scarlett encajaba a la perfección en su pecho, fuerte y sólido. Se acurrucó contra él y trató de repeler a la muerte por otro minuto más para aferrarse a él en su lugar.

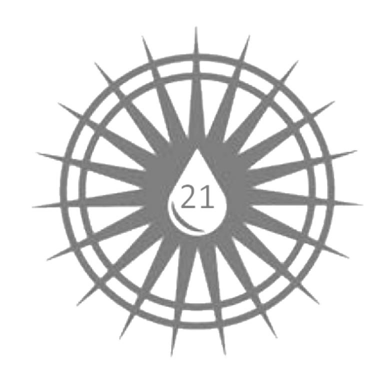
—Vas a estar perfectamente.

Julián le acariciaba el cabello mientras la visión se le oscurecía.

—Gracias —susurró ella.

Él le dijo algo más, pero todo lo que ella sintió fue el roce de su mano en la mejilla, tan sutil que pensó que se lo estaba imaginando, igual que la suave presión de

sus labios en la nuca, justo antes de morir.



La muerte era de color morado. Morado el papel de las paredes y moradas las temperaturas. Morado el vestido de su abuela… solo que la joven de cabellos rubios como la miel que lucía el vestido —y se sentaba en la silla morada— se parecía mucho más a Donatella.

Tenía las mejillas llenas de color, rebosante la sonrisa traviesa, y la magulladura que le estropeaba el rostro días atrás ya había sanado, lo que le daba un aspecto más saludable del que había tenido en años. De haber estado latiendo el corazón de Scarlett, se le habría detenido.

—Tella, ¿de verdad eres tú?

—Ya sé que ahora mismo estás muerta —dijo Tella—, pero deberías hacer un esfuerzo para que se te ocurran mejores preguntas. No tenemos mucho tiempo.

Antes de que Scarlett pudiese responder, su hermana abrió el antiquísimo libro sobre su regazo.

Mucho más grande que el cuaderno que Aiko llevaba consigo en vida, aquel libro tenía el tamaño de una lápida y el color de los cuentos de hadas oscuros: letra en oro bruñido sobre una oscura capa de hielo.

Engulló a Scarlett con aquella boca encuadernada en cuero y la escupió sobre una acera congelada.

Donatella se materializó a su lado, aunque parecía menos corpórea que antes, transparente hacia los bordes.

La propia Scarlett no se sentía demasiado sólida; la cabeza le daba vueltas de tanto soñar, de tanto morirse y de todo lo que esto acarreaba, pero esta vez sí consiguió preguntarle:

—¿Dónde te puedo encontrar?

—Si te lo dijese, sería hacer trampas —canturreó Tella—. Te tienes que fijar.

Ante ellas, un sol morado descendía detrás de una cúpula grandiosa, similar al edificio de las torretas que albergaba a Caraval, pero más pequeña y pintada en un tono ciruela oscuro con el borde violáceo.

La chica que había dentro vestía también una prenda con un tono morado. De

nuevo, parecía ser el vestido morado de su abuela. Es más, era su vestido, solo que esta vez sí que era su abuela la mujer que lo lucía, una versión mucho más joven, casi tan hermosa como ella afirmaba, con sus rizos dorados que le recordaban a Tella.

Sus brazos rodeaban a un hombre joven de cabello oscuro con pinta de estar pensando que estaría más guapa sin aquel vestido morado. También se parecía mucho a su abuelo antes de que el cuerpo le engordara y la nariz se le llenase de venillas azules. Los dedos del joven jugueteaban con las puntillas del vestido morado.

—Ah —dijo Tella—. Yo no quiero ver esta parte.

Se volvió a desvanecer mientras Scarlett se afanaba por encontrar otro sitio donde mirar, pero mirara a donde mirase veía siempre la misma ventana.

—Oh —murmuró su joven abuelo—, Annalise.

Scarlett jamás había oído que llamaran a su abuela por ese nombre; siempre había sido Anna a secas. Aun así, algo había en el nombre de Annalise que le sonaba familiar.

Comenzaron entonces a sonar las campanas por doquier. Un tañido de duelo en un mundo cubierto de niebla y de rosas negras.

La casa morada había desaparecido, y Scarlett se encontraba en una calle distinta, rodeada de gente que lucía sombreros negros y una expresión aún más lúgubre.

—Sabía que rebosaban maldad —dijo un hombre—. Rosa jamás habría muerto, si no hubiesen venido.

Los pétalos de rosa negra llovían sobre una procesión funeraria, y, sin que nadie le dijera quiénes eran «ellos», Scarlett sabía que el hombre se refería a los intérpretes de Caraval. Una mujer había muerto en el transcurso de la extensa historia de Caraval. El año que Caraval había dejado de viajar después de que se difundiese el rumor de que Legend la había asesinado.

«Rosa debió de ser esa mujer», pensó Scarlett.

—Este sueño es un horror, ¿no? —Tella reapareció una vez más, aunque su imagen ahora tenía una transparencia fantasmagórica—. La verdad es que nunca me ha gustado el negro. Cuando me muera, ¿te importaría decirle a todo el mundo que se vista de colores llamativos en mi funeral?

—Tella, tú no te vas a morir —la reprendió Scarlett.

La imagen de Tella parpadeó como una vela que pierde la confianza.

—Podría, si no ganas tú el concurso. A Legend le gusta…

Tella se desvaneció.

—¡Donatella! —llamó a gritos a su hermana—. ¡Tella!

En esta ocasión, sin embargo, parecía que se había marchado de manera definitiva. No hubo rastro ya de su vestido morado ni de sus rizos rubios. Tan solo un funeral de una infinita melancolía.

Scarlett podía sentir el gris de la presión del dolor de todos los presentes mientras continuaba escuchando con la esperanza de enterarse de lo que Tella no había sido capaz de decir, cuando las palabras de luto se convirtieron en cotilleo.

—Triste, una historia muy triste —le susurró una mujer a otra—. Cuando el prometido de Rosa ganó el concurso, su premio fue encontrársela en la cama con Legend.

—Pero si a mí me han comentado que fue ella quien canceló la boda —contó la otra mujer.

—Lo hizo justo después de que su prometido los pillase juntos. Rosa dijo que estaba enamorada de Legend y que prefería quedarse con él, pero Legend se echó a reír y le soltó que se había dejado llevar demasiado por el juego.

—Yo creía que nadie veía nunca a Legend —apuntó la otra mujer.

—Nadie lo ve más de una vez; dicen que luce un rostro diferente en cada concurso. Bello pero cruel. Me han explicado que él estaba presente cuando Rosa se tiró por la ventana, y que ni siquiera trató de impedírselo.

—Monstruo.

—Pensaba que la había empujado él —dijo una tercera mujer.

—No físicamente —respondió la primera—. A Legend le gusta someter a la gente a jueguecitos retorcidos, y uno de sus favoritos es hacer que las chicas se enamoren de él. Rosa se tiró el día después de que él la rechazase, después de que sus padres lo descubriesen y se negaran a dejarla regresar a casa.

Sin embargo, su prometido se echa la culpa. Sus criados dicen que pronuncia el nombre de Rosa entre quejidos todas las noches, mientras duerme.

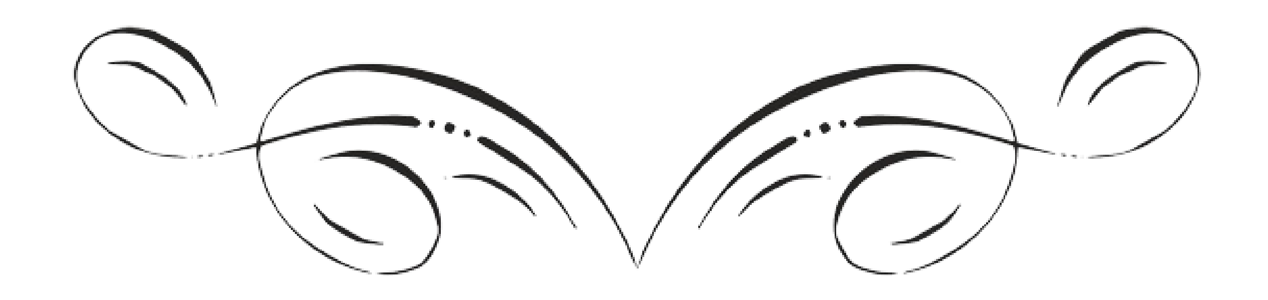
Las tres mujeres se dieron la vuelta cuando un joven pasó arrastrando los pies en la cola de la procesión. No llevaba tan largo el cabello oscuro, y a sus manos les faltaba la tinta de los tatuajes —ninguna rosa para Rosa—, pero Scarlett lo reconoció de inmediato. «Dante».

Aquel debía de ser el motivo por el que pretendía ganar el deseo con tanto fervor, para devolver a la vida a su prometida.

En aquel preciso momento, Dante ladeó la cabeza en dirección a Scarlett, pero la mirada herida de sus ojos no se posó sobre ella. Recorrieron la multitud como si fuesen de caza. Escrutaban la cada vez más espesa cortina de pétalos negros. Un mullido charco de ellos se formó en torno a los pies de Scarlett,

y varios pétalos cubrieron los ojos de Dante cuando pasó ante ella. Las flores lo cegaron e impidieron que viese a la única persona a la que Scarlett se imaginó que habría estado buscando: un joven con un sombrero de copa con el ala de terciopelo apenas a unos pocos pasos de donde ella se encontraba.

Todo el aire huyó veloz de los pulmones de Scarlett. El rostro de Legend no había aparecido de forma clara en ninguno de los demás sueños, pero esta vez pudo verlo perfectamente. No había emoción en su bello rostro, no había calidez en el castaño claro de sus ojos, ni rastro de una sonrisa que curvase sus labios; era una sombra del muchacho que ella había conocido. «Julián».



EL CUARTO DÍA DE CARAVAL





El mundo tenía el sabor de las mentiras y las cenizas cuando Scarlett se despertó. Mantas húmedas y frías adheridas a la piel sudorosa, empapadas de pesadillas y visiones de rosas negras. Al menos, Aiko no había mentido respecto de recordar los sueños. Los recuerdos de Scarlett sobre los últimos instantes viva seguían borrosos, pero sus sueños eran vívidos. Tan sólidos y reales como los pesados brazos que la retenían.

«Julián».

Su mano descansaba justo encima del pecho de Scarlett, que inhaló aire con fuerza. Los dedos de Julián estaban fríos contra su piel mientras que el hielo marmóreo de su pecho le presionaba contra la espalda con un corazón que no latía en su interior. El cuerpo de Scarlett se estremeció, pero ella no dejó escapar ni un sollozo, temerosa de que pudiera despertarlo de su sueño mortal.

Se lo podía imaginar con el aspecto que tenía en su sueño, luciendo aquel sombrero de copa. Una expresión insensible, el tipo exacto de mirada que se habría imaginado en Legend, y Julián era sin duda tan atractivo como ella siempre se había figurado que sería Legend.

Recordó los aterrorizados ojos de la posadera la primera vez que vio a Julián. Scarlett había pensado que se debía a que eran los invitados de Legend, pero ¿y si fue porque Julián en realidad era Legend? Sabía demasiado sobre Caraval. Supo qué hacer cuando ella se moría. Y Julián pudo haber dejado fácilmente las rosas en la habitación.

Sintió contra la espalda un latido repentino.

El corazón de Julián.

¿O era el corazón de Legend?

«No».

Scarlett cerró los ojos y respiró hondo para calmarse. Ya la habían advertido de esto, el propio juego riéndose de ella. No podía ser cierto. No sabía cuándo había sucedido, pero en algún lugar, en algún momento en aquel universo lleno de imposibles, Julián había empezado a significar algo para ella.

Había comenzado a confiar en él. Pero, si Julián de verdad era Legend, todo cuanto había sido importante para ella solo había sido parte de un juego para él.

El contundente pecho de Julián se hinchó y se desinfló contra su espalda ahora que el calor regresaba a él lentamente. Scarlett sintió su calidez allá donde sus cuerpos coincidían: en el hueco detrás de las rodillas, en la parte baja de la espalda. Ella exhalaba el aire en volutas irregulares mientras él se inclinaba todavía más sobre ella y sus dedos le ascendían hasta la clavícula.

Un punto azul en la yema de uno de sus dedos le sonrojó a Scarlett las mejillas con el recuerdo de su sangre en la lengua y la sensación de sus labios mientras él la saboreaba a ella. Lo más íntimo que había hecho nunca. Necesitaba que aquello fuese real. Quería que Julián fuese real.

Pero…

Aquello no consistía en lo que ella deseaba. Scarlett se acordó de todas y cada una de las veces que Julián le había dicho que Legend sabía cuidar de sus invitados. Según el sueño que había tenido, hacía algo más que limitarse a cuidar de sus invitados. Había hecho que aquella mujer se enamorase tan perdidamente que la condujo al suicidio. «A Legend le gusta someter a la gente a jueguecitos retorcidos, y uno de sus favoritos es hacer que las chicas se enamoren de él». Las palabras de su sueño le ascendieron regurgitadas como el vómito por la garganta. Si Julián era Legend, había estado engatusando a Tella antes aun de que comenzase el concurso. Quizá, incluso, las había seducido a las dos.

La náusea le revistió el estómago ante aquella horrible posibilidad. Recordó con una penosa claridad aquellos momentos antes de morir, cómo le habría dado a Julián algo más que su sangre tan solo con que se lo hubiera pedido.

Tenía que escapar de sus brazos antes de que se despertase. Seguía intentando aferrarse a la esperanza de que él no fuese Legend, pero suponía un riesgo excesivo asumir lo contrario. Ella jamás se tiraría por una ventana por ningún hombre, pero su hermana era más impulsiva. Scarlett había aprendido a atemperar sus sentimientos, pero Tella se movía por sus volátiles emociones y deseos. Así, entendió cómo Legend y aquel juego podían llevar con facilidad a Tella hacia el mismo e infortunado final de Rosa, si Scarlett no la salvaba.

Tenía que marcharse y buscar a Dante. Se imaginó que, si Rosa había sido su prometida, él sabría si Julián era Legend en realidad.

Contuvo la respiración, cogió la muñeca de Julián y se quitó una de las manos de la cintura.

—Crimson —murmuró él.

Scarlett reprimió un grito ahogado cuando los dedos que tenía sobre la clavícula le ascendieron por el cuello y dejaron un irritante rastro de hielo y fuego. Aún seguía dormido.

Pero pronto se despertaría.

Scarlett dejó de preocuparse por la cautela, se deslizó para salir de la cama y

aterrizó en el suelo como un fardo. Su atuendo tenía ahora un aspecto a medio camino entre un vestido de luto y un camisón: encaje negro y menos tela de la necesaria, pero no disponía de tiempo para cambiarse y ponerse su vestido nuevo, y en ese preciso instante le daba igual.

Al levantarse del suelo, calculó que debía de haber pasado exactamente un día desde que se murió.

Estaba a punto de amanecer el día diecisiete, lo cual le dejaba tan solo una noche para encontrar a Tella antes de tener que marcharse para su boda…

Se quedó paralizada al verse en el espejo. Su espesa melena de cabellos oscuros ahora tenía un fino mechón de gris ondulado. Al principio creyó que era un efecto de la luz, pero allí estaba: le temblaron los dedos al tocarlo, cerca de la sien, imposible esconderlo con una trenza. Scarlett jamás se había tomado por vanidosa, pero en ese momento le dieron ganas de llorar.

Se suponía que el juego no era real, pero estaba teniendo consecuencias verdaderamente reales. De ser aquel el precio de un vestido, ¿cuánto más le costaría recuperar a Tella? ¿Sería ella lo bastante fuerte?

Con los ojos rojos y pinta de estar aún medio muerta, Scarlett no se sentía especialmente fuerte. La cadena de temor que le rodeaba el cuello la asfixiaba al pensar en el poco tiempo que le quedaba. Ahora bien, si Nigel —el adivino— estaba en lo cierto respecto del destino, entonces no había una mano omnipotente que estuviera determinando el suyo; tenía que dejar de permitir que sus preocupaciones lo controlaran. Tal vez ella se sintiese débil, pero su amor por su hermana no lo era.

El sol acababa de salir, así que no podía abandonar la posada, pero sí que podía sacarle el máximo partido a aquel día buscando a Dante por La Serpiente.

Al poner el pie fuera de su habitación, la luz de las velas parpadeó a lo largo del tortuoso pasillo, cálida y mantecosa, pero en aquel espacio había algo que no encajaba. El olor. Las habituales trazas de sudor y el humo del fuego al extinguirse quedaban recubiertas de unos aromas más densos, más fuertes.

Anís, lavanda y algo similar a las ciruelas podridas.

«No».

Scarlett apenas tuvo un suspiro para que le entrase el pánico al ver a su padre doblar la esquina.

Regresó volando a la habitación, cerró la puerta con pestillo y rezó a las estrellas: de existir un dios o unos santos, la odiaban. ¿Cómo había llegado su padre hasta allí? Si las encontraba a las dos ahora, a Scarlett no le cabía la menor duda de que mataría a su hermana como castigo.

Quería creer que la imagen de su padre era una cruel alucinación, pero resultaba más lógico pensar que habría descubierto la artimaña del rapto que había tramado su hermana. Y tal vez el maestro de Caraval se las hubiese arreglado para enviarle alguna pista. «Dime a quién temes más», le había preguntado aquella mujer, y Scarlett había sido tan tonta como para responder.

¿Qué había hecho ella para que Legend la odiase tanto? Aun cuando Julián no fuese Legend, aquello daba ahora la sensación de ser muy personal, pero Scarlett no era capaz de imaginarse por qué. ¿Sería quizá debido a todas las cartas que le había enviado? ¿O es que Legend tenía un sentido del humor muy sádico y Scarlett era una persona fácil de atormentar? O quizá…

El comienzo del sueño de Scarlett le volvió a la cabeza de golpe en unos horribles tonos morados seguido de un nombre: Annalise. Durante la visión fue incapaz de relacionarlo, pero ahora sí que recordaba las historias de su abuela sobre los orígenes de Legend, cómo se había enamorado de una chica que le rompió el corazón al casarse con otro. ¿Había sido su abuela aquella chica de Legend, Anna…?

—¿Crimson? —Julián se incorporó en la cama—. ¿Qué haces empujando la puerta de esa manera?

—Yo… —Scarlett se quedó de piedra.

Sus cabellos oscuros y alborotados enmarcaban un rostro con una fachada de una convincente preocupación, pero lo único que ella alcanzaba a ver era la fría mirada de Julián mientras observaba la procesión funeraria de la chica que se había quitado la vida después de que el maestro de Caraval hubiera hecho que se enamorase de él.

«Legend».

El corazón de Scarlett latía con fuerza. Se dijo que no era verdad. Julián no era Legend. Y aun así empujó con más fuerza contra la puerta cuando él se apoyó en la cama para levantarse y se dirigió con decisión hacia ella, con un paso sorprendentemente firme y estable para alguien que acababa de despertar de la muerte.

Si Julián era Legend, su hermana Tella se encontraba en algún lugar de aquel universo mágico que él había construido. Scarlett quería exigirle una respuesta. Deseaba abofetearlo una vez más, pero tampoco sería de ayuda delatarse justo ahora. Si de verdad era Legend, y aquel jueguecito retorcido no era más que un modo de vengarse de su abuela por haberle roto el corazón, la única ventaja que tenía Scarlett era que él no sabía que ella lo había descubierto.

—Crimson, no presentas buen aspecto. ¿Cuánto tiempo hace que te has despertado? —Julián alzó la mano y le acarició la mejilla con unos nudillos fríos—. No te haces una idea de lo mucho que me has asustado. Yo…

—Estoy bien —lo interrumpió Scarlett y se movió a un lado. No quería que la tocase.

Julián apretó la mandíbula. Toda su preocupación había desaparecido, sustituida por… Scarlett quería pensar que era ira, pero no. Era dolor. Podía ver el escozor de su rechazo en tonos de un azul tempestuoso que se deslizaba sobre su corazón como la niebla en una mañana de melancolía.

Scarlett siempre había visto en colores sus propias emociones, pero nunca las de otra persona. No sabía qué la tenía más impresionada. El hecho de poder ver en ese momento el color de los sentimientos de Julián, o que dichos sentimientos estuviesen

tan heridos.

Trató de imaginarse cómo se sentiría Julián si no fuera Legend. Antes de que ella muriese, habían compartido algo extraordinariamente especial. Recordaba el cuidado con que la había subido hasta la habitación, cómo había renunciado a un día de su vida por ella, la fuerza y la seguridad de sus brazos cuando la abrazaba en la cama. Incluso podía ver la prueba de su sacrificio; tenía una pincelada de plata en medio de la oscura barba de tres días, a juego con el nuevo mechón que tenía ella en el pelo. Y ahora, ella hasta se negaba a tocarle.

—Perdona —dijo Scarlett—. Es solo que… Creo que sigo alterada por lo que ha pasado. Si me comporto de forma extraña, perdona. No tengo las ideas claras. Perdona —repitió, y tal vez fueron ya demasiados «perdona».

Palpitó un músculo en el cuello de Julián. Estaba claro que no la creía.

—A lo mejor deberías echarte otra vez.

—Ya sabes que no me puedo volver a meter en esa cama contigo —le soltó Scarlett. Eso era lo que le habría dicho antes, pero sus palabras sonaron más duras de lo que pretendía.

Julián barrió toda emotividad de su rostro, pero el torbellino de colores suspendido sobre su corazón le decía a Scarlett que estaba lejos de no sentir nada. Su dolor se mezclaba ahora con la tonalidad de algo que ella no había visto nunca. El color resultaba indiscernible, no llegaba a ser plateado ni gris, pero juraría que podía percibir la intensa emoción que había detrás: ¿sería tal vez por la sangre que habían compartido?

Sentía los pulmones comprimidos, y también la garganta. Cada respiración le dolía mientras Julián se dirigía con paso firme hacia la otra puerta.

—No estaba pensando en meterme de nuevo en la cama contigo —dijo él.

Scarlett intentó responder, pero se le habían cerrado las cuerdas vocales y le escocían los ojos. No pudo volver a respirar hasta que Julián salió de la habitación, y se dio cuenta: al marcharse, fue como si también le hubiese cerrado la puerta a ella.

Scarlett se quedó de pie con la espalda contra la pared, combatiendo el impulso de echar a correr detrás de Julián, de disculparse con él por un comportamiento tan extraño y tan horrible. Cuando él salió por la puerta, Scarlett habría jurado que no era Legend, pero no se podía arriesgar a confiar en él y equivocarse.

No, se corrigió Scarlett.

Sí se podía arriesgar a equivocarse.

Todo cuanto había hecho desde su llegada a Caraval implicaba un riesgo. Algunas de aquellas cosas no habían acabado bien, pero otras la habían sorprendido gratamente, «como el momento de intimidad que había compartido con Julián». Él jamás le habría hecho un regalo tan valioso si ella no hubiese cometido antes el error de perder dos días de su vida.

Tal vez arriesgarse ahora fuese justo lo que tenía que hacer. Si no por su propio bien, tenía que hacerlo por Tella. Julián había sido su aliado desde que Scarlett llegó, y ahora, con su padre en la isla, podría necesitar su ayuda más que nunca.

¡Oh, cielos, su padre! Scarlett ni siquiera le había contado a Julián que él estaba allí. Tenía que ir ahora mismo a buscarlo y avisarle, definitivamente.

Inquieta, Scarlett abrió la puerta. Allí continuaba aún el espantoso olor de su padre, pero la única persona que había en el pasillo era el despreciable hombre del bombín que le había robado los pendientes, y que no le prestó la menor atención cuando ella pasó corriendo delante de él camino de la escalera. No sabía adónde había ido Julián, aunque esperaba que no se hubiera marchado…

Se quedó petrificada en el siguiente rellano.

Julián, tan confiado como si de verdad fuese el maestro de Caraval, salió de la habitación de Dante con paso decidido, abrió la resquebrajada puerta del aposento de Tella y entró.

«¿Qué está haciendo?».

Julián odiaba a Dante. Y ¿por qué la habitación de Tella, si ya la habían echado abajo? ¿Qué estaba…?

Sobre ella, la posada crujió con el peso de múltiples pisadas. Tres pares. Cuando se aproximaron a la escalera de arriba, pudo oír cómo descendía hasta ella el eco de las palabras de un hombre.

No pudo distinguir la primera mitad de la frase, pero sí reconoció la voz de su padre y captó lo siguiente que dijo:

—¿La has visto pasar ahora mismo?

Un temblor recorrió el cuerpo de la chica.

—Hace menos de un minuto. A ver, ¿dónde están mis monedas? —Debía de ser aquel miserable del bombín el que hablaba.

De repente, Scarlett se hallaba de nuevo en Trisda, hecha un ovillo entre las sombras de la escalera, temerosa de moverse, no fuesen a pillarla. Pero tenía que moverse. Su padre bajaría por la escalera en cualquier momento. Scarlett no podía permitirse sentir miedo, ni debatirse sobre lo que debía hacer. Sus botas apenas tocaron el suelo al bajar siguiendo el mismo camino que había recorrido Julián para entrar en la habitación de Tella. Trató de cerrar la puerta con pestillo, pero la cerradura estaba rota.

La habitación estaba vacía.

Ni rastro de Julián por ninguna parte.

Pero había entrado allí sin la menor duda.

Scarlett se dijo que habría una explicación razonable. Y entonces lo recordó.

El jardín moribundo con el que se había encontrado en el Castillo Maldito. Olvidado y abandonado.

Un jardín estudiado de manera meticulosa para convertirlo en un lugar donde nadie se quedaría… muy al estilo de la habitación de Tella. Scarlett se imaginó a

Julián entrando, apartando los restos del saqueo y localizando una tablilla en el suelo con el símbolo de Caraval; después presionaría el símbolo con el dedo hasta que otra tablilla se deslizase y se abriese para conducirlo a un túnel oculto.

Túnel que ella tenía que localizar.

Fuera, el sonido de los pasos era cada vez más alto, un discordante coro en su frenética busca. Se dejó caer a gatas y buscó una entrada. Se le iban clavando astillas en los dedos mientras recorría el suelo. No sabía cómo, pero aquel espacio maltrecho se las ingeniaba para oler a Tella. Intensa melaza y sueños disparatados. Scarlett se desplazó con mayor urgencia; tenía que encontrar a su hermana antes de que su padre atrapara a una de las dos.

Dentro de la chimenea, todos los ladrillos estaban cubiertos de hollín, pero sus ojos se fijaron en un borrón algo más claro, como si alguien lo acabase de presionar con el pulgar. Debajo, el símbolo grabado en la pared del interior del hogar estaba sucio, resultaba difícil verlo, pero Scarlett sintió un cosquilleo en la yema del dedo al tocar en el mismo punto. Por un segundo de pánico, no sucedió nada.

Acto seguido, y lentamente, la chimenea cambió, los ladrillos se separaron entre chirridos para revelar una escalera de lujosa caoba. Las hileras de soportes que la recorrían ardían con el resplandor de unos rescoldos anaranjados que dejaban a la vista una senda más desgastada en el centro, como si alguien la recorriese con frecuencia. Scarlett se imaginó a Julián utilizando aquella escalera cada vez que se escabullía o desaparecía.

«Aun así, esto no significa que él sea Legend».

Sin embargo, a Scarlett ya le estaba costando lo suyo creérselo. Si no era Legend, ¿por qué otro motivo podría tener tantos secretos? Aunque no estuviera seduciendo a Tella cuando no estaba con Scarlett, definitivamente Julián ocultaba algo.

Un escalofrío húmedo envolvió las pantorrillas desnudas de Scarlett cuando comenzó a descender.

Pese a estar bien despierta, la tela de su vestido se mantenía tan fina como la de un camisón, y le llegaba poco más allá de las rodillas. Dos tramos de pulidos escalones conducían a tres caminos con rumbos diferentes. A la derecha, un camino de arena rosa como los pétalos. En el centro, otro sendero de piedras pulidas y brillantes que generaban unos tenues charcos de luz. A su izquierda, ladrillos.

Unas antorchas cubiertas de llamas blanquecinas iluminaban las bocas despejadas de las tres opciones. En cada ruta había múltiples conjuntos de huellas de botas de diversos tamaños. Se imaginó que cualquiera de los túneles la podría ocultar de su padre, pero solo uno de ellos podía conducir a Julián… y posiblemente a Tella, si de verdad Julián era Legend.

«Los túneles también podrían conducir a la demencia», pensó Scarlett, pero prefería enfrentarse a esa posibilidad antes que a su padre.

Cerró los ojos y escuchó. A su izquierda, el viento encerrado contra las paredes. A su derecha, el discurrir del agua. Después, en el del centro, el sonido del avance de

unas zancadas más largas y pesadas. ¡Julián!

A paso rápido, comenzó a seguirlo confiando en que la guiase el constante sonido de sus pisadas.

Era como si sonasen más fuertes cuanto más fría se volvía la temperatura del sendero.

Hasta que se detuvieron los pasos.

Se esfumaron.

Un húmedo escalofrío le acarició la nuca. Temerosa de tener a alguien detrás, Scarlett se dio la vuelta, pero allí solo estaba el pasillo silencioso y repleto de piedras que perdían su brillo rápidamente.

Scarlett empezó a correr más deprisa, pero el pie se le enganchó con algo. Se trastabilló hacia delante y alargó los brazos para guardar el equilibrio contra una pared húmeda, solo para volver a perderlo de nuevo al ver el objeto con el que se había tropezado.

Una mano humana.

La bilis le subió por la garganta. Ácida y acre.

Cinco dedos tatuados y abiertos como si se estirasen en su busca.

Sin saber cómo, consiguió reprimir un grito hasta que miró un poco más allá por el pasillo y divisó el cadáver retorcido de Dante, y a Julián de pie sobre él.



Scarlett procuró convencerse de que lo que estaba viendo no era real. Los túneles estaban tratando de enloquecerla. Aquel olor tan pútrido era artificial, se dijo. La mano no era la de Dante; era de otra persona. Ahora bien, por mucho que alguien se hubiese llevado un cadáver de alguna manera y lo hubiese grabado con tatuajes como parte de un juego, el resto de Dante resultaba inconfundible: la palidez de su piel o el ángulo de la cabeza, apenas unida al cuello ensangrentado.

Julián giró la cabeza de golpe.

—Crimson, esto no es lo que parece…

Scarlett echó a correr, pero él era más rápido. Se lanzó al esprin y la alcanzó en un suspiro, la rodeó con un fuerte brazo a la altura del pecho y con otro por el talle.

—¡Suéltame! —se retorció ella.

—¡Scarlett, para! Estos túneles intensifican el miedo: no permitas que el tuyo te domine. Te lo juro, Dante y yo trabajábamos juntos, y si dejas de resistirte, lo podré demostrar. —Julián ajustó su fuerza y le sujetó las manos en la espalda—. Me he pasado muerto todo el último día. ¿De verdad crees que lo he matado yo?

Si él era Legend, podía haber hecho que otra persona lo matase.

—¿Por qué fingiste que no conocías a Dante, si estabais trabajando juntos?

—Porque temíamos que sucediera algo como esto. Sabíamos que Legend reconocería a Dante y a Valentina de la última vez que participaron, pero yo me quedé de espectador, principalmente, así que Legend no me conoce. Consideramos recomendable mantener en secreto nuestra asociación por si acaso Legend descubría lo que Dante había venido a hacer en realidad.

De Julián vio dos ojos recortados un poco más allá por el pasillo hacia el cadáver de Dante, pero su rostro permanecía impasible. No era la mirada de quien se acaba de encontrar muerto a un amigo. La misma mirada fría del funeral. «Legend».

Scarlett reprimió un sollozo, y, aunque todos y cada uno de sus instintos se rebelaban contra ello, obligó a su cuerpo a relajarse, a no gritar cuando sintió la presión del pecho de Julián, a no golpearle cuando él le soltó despacio las muñecas. Lo único que combatió fue su creciente temor, hasta que él le quitó el brazo de la

cintura.

Y entonces Scarlett…

Julián la empujó contra la pared apenas medio metro después de que ella tratase de huir.

—Vas a conseguir que nos maten a los dos si no paras de una vez —gruñó él.

Acto seguido, Julián se abrió de un tirón los botones de la camisa, que salieron dando botes por el suelo al arquearse hacia atrás y apartarse lo suficiente para que la luz de las antorchas mostrase lo que Scarlett había tomado por una cicatriz sobre el corazón. Pero no lo era. Más tenue que los recuerdos añejos, un tatuaje en tinta blanca se retorcía cerca de la parte alta de sus costillas. «Una rosa».

—Es de otro color, pero estoy seguro de que la has visto en la piel de Dante —indicó Julián.

—Esto no demuestra nada. He visto rosas por todo Caraval. —Legend estaba obsesionado con ellas, mayor prueba si cabe de que el sueño que Aiko le había transmitido era acertado. Una voz distante le advirtió a Scarlett que no era aconsejable mostrarle su última carta al jugador que ya tenía todas las demás, pero estaba harta de juegos. A unos metros de distancia se encontraba el cuerpo de un hombre muerto; aquel juego ya había ido demasiado lejos—. Puedes dejar de mentirme. Te he visto en el funeral.

¡Sé que en realidad eres Legend!

Se congeló la sombría expresión de Julián. Por un segundo pareció aturdido; después, su semblante se suavizó en un sutil gesto de diversión.

—No sé qué funeral crees que has visto, pero yo solo he asistido a uno en mi vida, el de mi hermana Rosa, la prometida de Dante. Yo no soy Legend. Estoy aquí porque quiero impedir que destroce a alguien más del mismo modo que la destrozó a ella.

¿Rosa era su hermana? La convicción de Scarlett flaqueó, pero ¿acaso había empezado a creerle por las ganas tan desesperadas que tenía de hacerlo, o porque Julián le estaba contando realmente la verdad?

Intentó ver el color de sus emociones, pero no había nada sobre su corazón. Su conexión con los sentimientos de Julián ya se habría desvanecido.

—He visto imágenes —le dijo Scarlett—. Si era tu hermana, ¿qué hacías ahí de pie sin más? He visto que llevabas un sombrero de copa.

—¿Crees que yo soy Legend porque me has visto con un sombrero de copa en unas imágenes? —Julián sonaba como si le hubiesen entrado ganas de echarse a reír.

—¡No es solo el sombrero de copa! —Aunque eso podría haber sido la mayor parte, aún había otras cosas que él no le estaba contando—. ¿Cómo es que supiste qué hacer cuando me estaba muriendo?

—Porque oí hablar de ello a la gente cuando estuve como espectador. No es ningún secreto, pero la mayoría de la gente no está dispuesta a renunciar a su vida por otra persona, ni siquiera a un pequeño fragmento. —Julián le dedicó una mirada llena

de intención—. Ya sé que te cuesta confiar —prosiguió con tosquedad—. Después de haber conocido a tu padre, no te culpo, pero te juro que yo no soy Legend.

—Y entonces ¿cómo volviste a La Serpiente el otro día después de hacerte esa herida? ¿Y por qué no viniste a la taberna a encontrarte conmigo cuando se suponía que tenías que hacerlo?

Julián soltó un quejido de frustración.

—No sé si esto demuestra que yo no soy Legend, pero no nos vimos en la taberna porque la noche anterior me habían abierto la cabeza. Me quedé dormido y, cuando llegué al local, tú ya te habías marchado —dijo con una media sonrisa, pero había algo que no encajaba. Muy forzado.

Aun en el caso de que no fuese Legend, Julián no estaba resultando completamente honesto. Tenía los puños cerrados, reteniendo sus secretos del mismo modo en que tantas veces se había aferrado Scarlett a sus temores, como si al abrir los puños fuese a desbaratarse.

—Si de verdad estás aquí para pararle los pies a Legend, no me cabe en la cabeza que te quedases dormido una noche, y eso sigue sin explicar cómo regresaste a La Serpiente ese día.

—¿Por qué estás tan obsesionada con eso? —Frustrado, hizo un gesto negativo con la cabeza—. Muy bien, vale. ¿Quieres saber la verdad? —Julián se inclinó y se acercó más, hasta que Scarlett tuvo el frescor de su aliento en el cuello, el frescor de su olor por toda la piel, y el túnel parecía no consistir en nada que no fuese él—. No pegué ojo. Te dejé plantada en la taberna a propósito, porque después de estar contigo en la habitación el día antes, no creía que fuese buena idea volver a verte.

Su mirada descendió hasta los labios de Scarlett, quien se estremeció. En la penumbra de los túneles, estaba demasiado oscuro para distinguir su color, pero cuando Julián volvió a alzar la vista, se imaginó dos hambrientos pozos de un líquido ámbar enmarcados en unas pestañas oscuras. Era la misma forma exacta en que se había quedado mirándola entonces, cuando él tenía la espalda contra la puerta y era ella quien lo empujaba a él.

—Comencé a participar con una misión muy simple. —Julián realizó una pausa, le costó tragar saliva, y cuando volvió a hablar, su voz sonó grave y áspera, como si le resultara difícil pronunciar las palabras—. Vine aquí a buscar a Legend y a vengar a mi hermana. Mi relación contigo debía acabar justo después de que me introdujeses en el juego, de manera que sí, no he sido del todo honesto en algunas cosas, pero te juro que yo no soy Legend.

Scarlett se imaginó que podía haber hecho añicos la piedra con la fuerza de sus palabras. Julián siempre tenía el aspecto de estar ocultando lo que de verdad sentía, pero aquellas últimas siete palabras estaban absolutamente desnudas. Tal vez su tono de voz no fuera agradable, pero Scarlett no oyó en él más que la verdad.

Julián retrocedió un paso de manera intencionada, se metió la mano muy despacio en el bolsillo y sacó una nota.

—He encontrado esto en la habitación de Dante. He bajado aquí a reunirme con él, no a matarlo.

J:

Valentina sigue desaparecida. Creo que Legend va a por nosotros.

Un fogonazo en la memoria.

Valentina era la hermana de Dante.

Scarlett hizo un gesto negativo con la cabeza al recordar la última vez que había visto a Dante con vida. Estaba preocupadísimo en la escalera. Quizá, si ella no hubiese perdido aquel día, podría haberle ayudado a encontrarla.

—Tendría que haber hecho algo —mascullló Scarlett.

—No podrías haber hecho nada —afirmó Julián con rotundidad—. Valentina debía reunirse aquí con nosotros la noche en que me golpearon en la cabeza, pero no apareció.

Julián le explicó que los túneles lo recorrían todo por debajo. Había mapas incrustados en la entrada de cada uno, y el uso principal se lo daban los intérpretes de Caraval, para ir de un sitio a otro con facilidad.

—Y a veces los utilizan para matar a alguien —añadió Julián con ironía. Tenía los párpados caídos, los pómulos más afilados de lo normal, una expresión hecha de cosas destrozadas.

Scarlett pensó que ojalá supiese cómo recomponerlo, pero Julián tenía el aspecto de estar casi tan roto como ella.

—¿Todavía estás decidido a vengarte? —le preguntó.

—¿Intentarías impedírmelo si así fuese? —La mirada de Julián recorrió el túnel hacia el cadáver retorcido de Dante.

Scarlett tenía la sensación de que su respuesta debería haber sido un «sí». Quería creer que siempre había opciones aparte de la violencia, pero la muerte de Dante y la desaparición de Valentina acabaron con cualquier ilusión de que Caraval no fuese más que un juego.

Ella pensaba que su padre era despiadado, pero Legend tenía tanto de monstruo como él. Al parecer, su abuela no les había mentido cuando les dijo que cuanto más interpretaba Legend el papel de un villano, más se convertiría en uno en la realidad.

Con cautela, Scarlett alargó el brazo y tomó a Julián de la mano. Sus dedos estaban tensos, fríos.

—Siento lo de tu…

El eco de unos pasos la interrumpió. Unos pasos decididos, constantes y cercanos. No pudo oír ninguna voz, pero juraría haber reconocido aquella cadencia. De manera instintiva, soltó la mano de Julián.

—¡Creo que es mi padre!

Julián estiró la cabeza hacia el sonido. Su tristeza desapareció de un plumazo.
—¿Tu padre está aquí?
—Sí —respondió Scarlett.
Los dos echaron a correr.



—Por aquí.

Julián tiró de ella hacia un pasadizo de ladrillo e iluminado por unas telarañas que brillaban.

—No. —Scarlett le señaló hacia la izquierda—. He venido por un sendero de piedras.

No recordaba que las paredes estuviesen salpicadas también de unas piedras resplandecientes, pero tampoco es que estuviera prestando mucha atención a aquello.

A su espalda, el crujido de las botas sonaba cada vez más fuerte.

Julián frunció el ceño, pero la siguió. Sus codos empezaron a rozarse al estrecharse los muros del túnel, y las piedras salientes se les clavaban en los costados.

—¿Por qué no me has dicho que tu padre estaba aquí?

—Iba a contártelo, pero…

La mano de Julián le tapó con fuerza la boca a Scarlett, polvo y sal apretados contra sus labios mientras él le susurraba:

—Chiss…

Julián agarró una de las piedras brillantes que llenaban la pared, la giró como si fuera un pomo y empujó a Scarlett a una nada oscura. Las paredes que acogieron su espalda eran puro hielo, húmedas y frías. Notaba cómo le empapaban el fino vestido mientras procuraba recordar cómo se respiraba.

Anís, lavanda y algo similar a las ciruelas podridas reemplazaban el fresco olor de Julián y se desplazaban debajo de la extraña puerta por la que acababa de empujarla.

—Yo te mantendré a salvo —susurró él.

El cuerpo de Julián la presionaba, pegado al suyo, como para servirle de escudo justo cuando el sonido de las botas aterrizó con fuerza al otro lado de su escondite, que cada vez parecía más pequeño.

Scarlett se estaba clavando las paredes, que la impulsaban cada vez más contra él. Lo golpeó con los codos en el pecho, y eso la obligó a rodearlo con los brazos por la cintura conforme su firme cuerpo se amoldaba al de ella.

A Scarlett se le aceleró el corazón de un modo irregular. La aspereza de la barba

de varios días de Julián le raspaba la mejilla, al mismo tiempo que sentía cómo le enredaba las manos por las caderas. A través de la reveladora tela de su vestido podía notar hasta la última curva de sus dedos. Si su padre abría la puerta y la descubría así, estaría muerta.

Scarlett trató de empujarlo para apartarse, respiraba veloz, cada vez más rápido. Cualquiera diría que ahora el techo también se estaba hundiendo, acercándose, goteándole frío en lo alto de la cabeza.

—Creo que este cuartillo está tratando de matarnos —dijo Scarlett. En el exterior, oyó cómo se retiraban los pasos de su padre hasta que el sonido se deshizo y quedó en nada. Hubiera preferido seguir escondida durante otro minuto, o más, pero se le estaban aplastando los pulmones, emparedada entre Julián y la pared gélida—. ¡Abre la puerta!

—Lo estoy intentando —gruñó Julián.

Scarlett boqueaba para coger aire. El ligerísimo vestido se le subió por encima de las rodillas cuando los nudillos de Julián le recorrieron la espalda, las palmas de sus manos en busca de la salida.

—No la encuentro —dijo a duras penas—. Creo que la tienes ahí, a tu lado.

—No noto nada. —«Excepto a ti». Los dedos de Scarlett rozaron lugares que ella sabía que no deberían haber tocado mientras sus manos procuraban explorar la pared, pero, cuanto más luchaba, más parecía empujar la habitación.

«Igual que el mar a orillas de la isla».

Cuanto más pataleaba Scarlett contra las aguas, más se aterraba ella, y más la castigaba el mar.

Tal vez se tratara de eso.

Julián había dicho que los túneles acentuaban el miedo, pero quizá se alimentasen de él, también.

—La habitación permanece conectada con nuestras emociones —dijo Scarlett—. Creo que tenemos que relajarnos.

Julián soltó un ruido ahogado.

—Eso no es tan fácil ahora mismo.

Tenía los labios de Julián en el pelo, y las manos justo por debajo de la cadera, aferradas a sus curvas.

—¡Oh! —exclamó Scarlett.

Se le volvió a acelerar el pulso, y, en ese instante, pudo sentir el corazón de Julián a toda velocidad contra su pecho. Una semana atrás no habría podido relajarse en aquella situación, de ninguna manera; incluso ahora le resultaba difícil. Sin embargo, a pesar de sus mentiras, tenía la sensación de estar a salvo con él. Julián nunca le había hecho daño. Se obligó a respirar para calmarse, y, al hacerlo, las paredes dejaron de moverse.

Otra respiración.

El cuartillo se hizo ligeramente más grande.

Fuera seguía sin haber ningún sonido de su padre. Ni pasos, ni respiración. Ninguno de sus nocivos hedores.

Un momento después, las paredes a su espalda estaban menos frías, un marcado contraste con las zonas de su vestido que ahora estaban húmedas. Al expandirse la habitación, notó que Julián también se relajaba. La mayor parte del cuerpo de Scarlett aún permanecía en contacto con él, pero no tan pegados como antes. Su pecho se movía al compás con el de ella, de manera lenta y constante, mientras las paredes continuaban retrocediendo.

El cuarto se caldeaba cada vez que ellos respiraban. No tardaron en aparecer unos minúsculos puntos de luz que salpicaban el techo como el polvo de la luna e iluminaron un pomo brillante sobre la mano derecha de Scarlett.

—Espera… —le advirtió Julián.

Pero Scarlett ya había abierto la puerta. En cuanto lo hizo, el cuartillo desapareció. Por delante y por detrás de ellos se extendía un pasadizo con conchas marinas incrustadas que brillaban igual que las piedras de antes, y el suelo estaba cubierto por un sendero de arena rosa como los pétalos.

—Odio este túnel —maldijo Julián.

—Al menos hemos despistado a mi padre —dijo ella.

No había ruido de pasos en ninguna dirección. Todo cuanto Scarlett podía oír era el nítido sonido de las olas del mar al romper en la distancia. Trisda no tenía playas rosadas, pero el eco del ir y venir del agua le recordó a su hogar, además de alguna otra cosa.

—¿Cómo supiste que yo te podía introducir en el juego? —le preguntó Scarlett—. Recibí las entradas después de que tú llegases a Trisda.

Julián levantó más arena con las botas al caminar más deprisa.

—¿No te parece extraño que ni siquiera sepas cómo se llama el hombre con el que te vas a casar?

—Estás cambiando de tema —le dijo Scarlett.

—No, forma parte de tu respuesta.

—Muy bien —ella bajó la voz. Aún no detectaba otros pasos, pero quería ir sobre seguro—. Es un secreto debido al control de mi padre.

Julián jugaba con la cadena de su reloj de bolsillo.

—¿Y si hubiera algo más?

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Creo que, en realidad, tu padre podría haber estado intentando protegerte. Antes de que te enfades, tú solamente escúchame —se apresuró a continuar—. No estoy diciendo que tu padre sea una buena persona. Con lo que he visto, yo diría que es un sucio malnacido, pero puedo entender sus razones para ser tan reservado.

—Sigue —pidió Scarlett con voz tensa.

Julián le contó lo que ella ya sabía, le habló sobre Legend y su abuela Annalise, pero la versión de la historia de Julián resultó distinta de la de su abuela. En esta

historia, Legend partía con más talento y mucha menos inocencia. Lo único que le importaba era Annalise. Ella había sido la sola razón de que él se convirtiese en Legend; no tenía nada que ver con el deseo de alcanzar la fama. Entonces, antes de su primer espectáculo, se la encontró en los brazos de otro hombre, más adinerado, con quien tenía pensado casarse desde un principio.

—Después de eso, Legend se volvió un poco loco. Juró que destruiría a Annalise causándole a su familia el mismo daño que ella le había infligido a él. Dado que Annalise le había destrozado el corazón, Legend juró que le haría lo mismo a cualquier hija o nieta que tuviese el infortunio de formar parte de su linaje. Acabaría con cualquier posibilidad de disfrutar de un matrimonio feliz o de hallar el amor, y si enloquecían por el camino, mejor aún.

Julián trató de contar aquella última parte como si no lo dijese muy en serio, pero Scarlett aún recordaba su sueño con claridad. Legend no se limitaba a procurar que las mujeres se enamorasen de él, sino que además las hacía enloquecer, y no tenía la menor duda de que le estaba haciendo justo lo mismo a Tella en aquel instante.

—De modo que, cuando mis amigos y yo nos enteramos de tu compromiso —prosiguió Julián—, supimos que sería solo cuestión de tiempo que Legend te invitase a Caraval para poder romperlo.

De nuevo, hizo que sonara mucho menos dañino de lo que era, pero el compromiso matrimonial de Scarlett suponía todo su futuro. Sin aquel matrimonio, estaba condenada a una vida en Trisda con su padre.

Al aumentar la pendiente del sendero le costaba ascender por él sin dejar de pensar en aquellas cartas tan estúpidas que había enviado. Nunca las firmó con su nombre completo hasta la última, en la que hablaba de su boda: la única a la que Legend había decidido contestar.

Scarlett podía ver cómo iba cobrando sentido la historia de Julián, pero se preguntaba cómo sabía todo aquello un simple marinero. Entornó los ojos, miró al chico de pelo oscuro que tenía a su lado y le hizo la pregunta que se le había pasado por los pensamientos en más de una ocasión:

—¿Quién eres tú en realidad?

—Digamos solo que mi familia está bien relacionada. —Julián le dedicó una sonrisa que para algunas habría resultado encantadora, pero Scarlett veía que no había en ella nada que fuera ni lo más remotamente feliz.

Recordó los cotilleos que había escuchado en el sueño. La familia de Julián había repudiado a su hermana después de enterarse de su ilícita relación con Legend. Por lo que ella sabía de Julián, no podía imaginarse que él juzgase a Rosa de ese modo, pero debía de sentirse igual de culpable. Y ese era un sentimiento con el que Scarlett estaba demasiado familiarizada.

Caminaron un rato en silencio, hasta que ella consiguió aunar el valor para decir:

—No es culpa tuya, ya sabes, lo que le pasó a tu hermana.

Por un frágil instante, tan fino y extenso como una telaraña estirada, lo único que

hubo fueron las olas en la distancia y el crujido de las botas de Julián en la arena.

—Entonces ¿tú no te culpas cuando tu padre pega a tu hermana? —preguntó él a continuación. Sus palabras presentaban la suavidad de un susurro, pero Scarlett percibió con nitidez todas y cada una de ellas, y le recordaron todas las veces que ella le había fallado a Tella.

Julián hizo un alto y se volvió poco a poco hasta quedar frente a ella. La firmeza de su mirada era aún más delicada que su voz. Llegaba a alcanzar los añicos rotos de Scarlett como una caricia. El tipo de roce que se desplaza por los tejidos dañados, deja atrás los huesos fracturados y se adentra en el alma herida de una persona. Sintió cómo le subía la temperatura de la sangre mientras él la observaba. Ya podía haber llevado un vestido que le tapase hasta el último milímetro de su piel, que aun así se hubiese sentido desnuda ante los ojos de Julián. Era como si toda su vergüenza, su culpa, los horribles recuerdos secretos que ella trataba de enterrar quedasen expuestos para que él los viese.

—El culpable es tu padre —dijo él—. Tú no has hecho nada malo.

—Eso tú no lo sabes —le discutió Scarlett—. Cada vez que mi padre le hace daño a mi hermana, es porque yo he hecho algo malo, porque no he conseguido…

—¡Socorro! —Un grito se llevó su conversación como un golpe de viento—. ¡Por favor! —Le siguió un chillido muy familiar.

—¿Tella? —Scarlett echó a correr, levantando montones de arena rosada.

—¡No! —le advirtió Julián—. Esa no es tu hermana.

Sin embargo, Scarlett no le hizo caso. Conocía la voz de su hermana. Sonaba apenas a un par de metros; podía sentirla vibrar. Cada vez más fuerte, retumbó por los muros de arenisca hasta que…

—¡Quieta!

El brazo de Julián se deslizó por la cintura de Scarlett y tiró de ella hacia atrás en el instante en que el camino arenoso se terminaba de forma abrupta. Unos cuantos y desafortunados granos de arena salieron despedidos por el borde y cayeron al espumoso verde azulado de las aguas que se retorcían más de quince metros más abajo.

El aire abandonó de golpe los pulmones de Scarlett.

Julián tenía las mejillas sonrosadas de color, las manos temblorosas mientras continuaba sosteniéndola.

—¿Estás bi…?

Una carcajada perversa le arrancó el final de sus palabras. El amargo sonido de las pesadillas y otros horrores. Surgió de los muros cuando unos fragmentos de estos se contorsionaron y se convirtieron en unas minúsculas bocas.

«Otro truco de estos túneles enloquecedores».

—Crimson, tenemos que seguir adelante.

Julián la tocó con sutileza en el extremo de la cadera para guiarla hacia una senda más segura mientras los túneles continuaban carcajeándose con una versión retorcida

de la preciosa risa de su hermana.

Qué cerca de encontrar a Tella se había sentido Scarlett por un instante, pero ¿y si llegaba tarde ya para salvar a su hermana? ¿Y si Tella se había enamorado ya tan perdidamente de Legend, se había entregado a él de un modo tan absoluto, que una vez que concluyese el juego también ella quisiera poner fin a su vida? Tella amaba el peligro tanto como a una mecha le gusta arder. Nunca parecía asustarla que algunas de las cosas que tanto ansiaba pudieran consumirla como una llama.

De niña, a Scarlett le atraía la idea de la magia de Legend, pero Tella siempre quería que le contaran más acerca del lado más oscuro del maestro de Caraval. Una parte de Scarlett no podía negar que había algo seductor en ganarse el corazón de alguien que había jurado que nunca volvería a amar.

Sin embargo, Legend no estaba harto sin más; era un demente, un experto en hacer que la gente cayese no solo enamorada, sino también en la locura. ¿Quién sabía qué suerte de ideas retorcidas estaba haciendo creer a Tella? Si Julián no llega a detenerla un segundo antes, Scarlett habría corrido directa a aquel acantilado y habría muerto reventada antes de haberse percatado siquiera de su error. Y Tella saltaba sin pensar con mucha más frecuencia que Scarlett.

Tella solo tenía doce años la primera vez que trató de huir con un chico. Afortunadamente, Scarlett la había descubierto antes de que su padre notara su ausencia, pero ya desde entonces se había temido que algún día su hermana se metería en un lío del que ella no podría rescatarla.

¿Por qué no le bastaba a Legend con estropearle a ella su compromiso?

—La encontraremos —dijo Julián—. A tu hermana no le va a pasar lo mismo que a Rosa.

Scarlett quería creerle. Después de todo cuanto acababa de suceder, suspiraba por abandonarse y acurrucarse en sus brazos, en volver a confiar en él como antes. Aun así, aquellas palabras que él había pronunciado con intención de tranquilizarla trajeron a la superficie una pregunta en la que a Scarlett le había dado demasiado miedo pensar desde que él le confesó el motivo por el que estaba allí.

Se soltó de la mano de Julián y se obligó a poner una cierta distancia.

—Cuando nos trajiste a Caraval, ¿sabías que Legend se llevaría a Tella igual que se llevó a tu hermana?

Julián titubeó.

—Sabía que era una posibilidad.

En otras palabras, sí.

—¿Hasta qué punto era posible? —preguntó Scarlett con un nudo en la garganta.

Los ojos del color del caramelo de Julián se llenaron de algo similar al remordimiento.

—Nunca he dicho que yo fuera una buena persona, Crimson.

—No me lo creo. —Los pensamientos de Scarlett regresaron veloces a Nigel, el adivino, cuando le dijo que el futuro de una persona podía cambiar en función de lo

que más deseaba—. Sí creo que podrías serlo si quisieras.

—Solo lo crees porque eres demasiado buena. Las personas decentes como tú siempre creen que los demás pueden ser virtuosos, pero yo no lo soy. —Se calló. Algo doloroso se le asomó al rostro—. Ya sabía lo que iba a pasar cuando os trajese aquí a tu hermana y a ti. No sabía que Legend raptaría a Tella, pero sabía que se llevaría a una de las dos.



Scarlett no tenía huesos en las piernas, solo fina piel que envolvía unos músculos inútiles. En los pulmones le dolía la presión de unas lágrimas que no había llorado. Incluso el vestido semejaba exhausto y muerto. La tela negra se había desvaído en un gris, como si no le quedasen ya fuerzas para retener el color. No recordaba haberse enganchado el encaje, pero el dobladillo de su estrafalario camisón de luto le colgaba hecho jirones por las pantorrillas. No sabía si su magia había dejado de funcionar o si tan solo reflejaba lo agotada y deshecha que se sentía. Había dejado a Julián al pie de la escalera de caoba, y le había pedido que no fuese tras ella.

Cuando regresó a su habitación, con el fuego tan vivo y la cama enorme, todo lo que deseaba era perderse bajo las mantas, dejarse caer en un sueño inconsciente hasta que fuera capaz de olvidar los horrores de aquel día, pero no podía permitirse dormir.

En el momento en que llegó a la isla, solo le preocupaba volver a casa a tiempo para su boda, pero ahora que Legend había matado a Dante y que su padre estaba allí, el juego había cambiado. Sintió la presión del tiempo, más pesada que la aglomeración de todas las cuentas rojas de los relojes de arena del Castillo Maldito; tenía que dar con Tella antes de que la encontrara su padre, o Legend la consumiría igual que una llama quema una vela. Si ella fracasaba, su hermana moriría.

El sol se pondría en menos de dos horas, y ella tendría que estar lista para volver a empezar su búsqueda.

Así que se concedió tan solo un minuto. Un minuto para llorar a Dante, para sollozar por su hermana y para encolerizarse porque Julián no era quien ella pensaba que era. Para caer en la cama, gimotear y quejarse por todas aquellas cosas que se habían escapado de su control una detrás de otra. Para agarrar el maldito jarrón de rosas de Legend y estamparlo contra la repisa de la chimenea.

—Crimson… ¿Va todo bien ahí dentro?

Julián llamó a la puerta e irrumpió en el cuarto a la vez.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Reprimió sus lágrimas mientras lo contemplaba con mala cara. No podía aguantar que la viese llorar, aunque tenía la certeza de que ya era demasiado tarde para eso.

Julián titubeó en busca de las palabras mientras revisaba la habitación en pos de una amenaza inexistente, claramente disgustado por hallarla sollozando y que no hubiese ningún otro peligro del que encargarse.

—Me ha parecido oír algo.

—¿Qué crees que has oído? ¡No puedes entrar aquí al asalto! ¡Vete! Tengo que terminar de vestirme.

En lugar de marcharse, Julián cerró silencioso la puerta. Su mirada captó el jarrón hecho añicos y el charco en el suelo antes de regresar sobre el rostro de Scarlett, manchado de lágrimas.

—Crimson, no llores por mi culpa.

—Te tienes en muy alta estima. Mi hermana ha desaparecido, mi padre nos ha descubierto, y Dante está muerto. Estas lágrimas no son por ti.

Julián tuvo al menos la decencia de parecer avergonzado, pero se quedó en la habitación. Se sentó en la cama con mucho cuidado e hizo que el colchón se hundiese bajo su peso mientras a ella le seguían rodando las lágrimas por las mejillas. Ardientes, húmedas y saladas. Su arrebato se había llevado parte de su dolor, pero ahora no cesaban las lágrimas, y quizá Julián tuviese razón: tal vez algunas sí fueran por él.

El chico se inclinó hacia ella y se las secó con el roce de las yemas de los dedos.

—No hagas eso. —Retrocedió Scarlett.

—Me lo merezco. —Julián dejó caer la mano y se alejó un poco más, hasta que ambos se encontraron en lados opuestos de la cama—. No debería haberte mentido, ni haberte traído aquí contra tu voluntad.

—No, desde luego que no nos deberías haber traído —saltó Scarlett.

—Tu hermana habría encontrado la manera, conmigo o sin mí.

—¿Se supone que eso es una disculpa? De ser así, no es muy buena que digamos.

Julián respondió con cautela.

—No lamento haber hecho lo que tu hermana quería: creo que la gente debe tener la libertad de tomar sus propias decisiones; pero sí lamento todas las veces que te he mentido.

Hizo una pausa y, al mirarla, sus cálidos ojos pardos fueron más afectuosos de lo que nunca los había visto Scarlett, y abiertos, como si Julián quisiera que ella viese algo que él solía mantener oculto.

—Sé que no me merezco otra oportunidad, pero antes me has dicho que pensabas que podía ser una buena persona. No lo soy, Crimson, o no lo he sido, al menos. Soy un mentiroso, un resentido, y a veces cometo errores terribles. Vengo de una familia cargada de orgullo donde siempre han jugado los unos con los otros, y después de Rosa… —Titubeó, y su voz adoptó ese tono ronco, ahogado, de no poder hablar que le salía cada vez que mencionaba a su hermana—. Después de su muerte, perdí la fe en todo. No es que sea una excusa, pero si me das otra oportunidad, te juro que te resarciré.

Frente a ellos crepitaba el fuego, cuyo calor hacía menguar el charco de agua del suelo. Dentro de poco no quedarían más que las rosas y los añicos de cristal. Scarlett pensó en el tatuaje de la rosa de Julián. Ojalá hubiera sido realmente aquel marinero que pasó por su isla por casualidad, y odiaba que le hubiera mentido durante tanto tiempo, pero podía comprender la devoción por una hermana. Scarlett sabía lo que era querer a alguien de una forma tan irreversible, costara lo que costase.

Julián se apoyó en el poste de la cama, trágico y encantador en todas sus variedades, con el pelo oscuro sobre los ojos cansados, los traviesos labios curvados hacia abajo y varios rotos que le echaban a perder una camisa antes impoluta.

Scarlett también había cometido errores por culpa de aquel juego, pero Julián nunca le había echado en cara ninguno de ellos, y ella tampoco deseaba castigarlo.

—Te perdono —dijo ella al fin—. Solo prométemelo: no más mentiras.

Él respiró hondo y cerró los ojos con la frente arrugada en un gesto a medio camino entre la gratitud y el dolor.

—Te lo prometo —admitió con voz ronca.

—¿Hola? —Unos golpes en la puerta sorprendieron a ambos.

Julián saltó antes de que Scarlett se pudiera mover.

«Escóndete», gesticuló él con los labios.

«No». Ya se había escondido bastante durante todo el día. Haciendo caso omiso de las fulminantes miradas de Julián, Scarlett agarró el atizador de la chimenea y siguió los pasos del marinero, que se aproximaba sigiloso hacia la puerta.

—Traigo un paquete —dijo una voz femenina.

—¿Para quién? —preguntó Julián.

—Es para la hermana de Donatella Dragna.

Scarlett agarró el atizador con más fuerza; el corazón le latía muy deprisa.

«Dile que lo deje en la puerta», movió los labios Scarlett. Deseaba que se tratase de una pista, pero lo único en lo que no paraba de pensar era en la mano amputada de Dante. Con un escalofrío, se imaginó a Legend cortándole la mano a Tella y enviándosela a su habitación.

Después de que se desvaneciesen los pasos de la mensajera, dejó que Julián abriese la puerta.

La caja que había al otro lado era plana y negra, del color del fracaso y de los funerales. Se extendía delante de su puerta, una caja larga y casi tan ancha como Scarlett. A su lado aguardaba un jarrón con dos rosas rojas.

¡Más flores!

Scarlett tumbó el jarrón de un puntapié y arrojó las flores por el umbral de su puerta antes de tirar de la caja y meterla en el cuarto. No sabría decir si pesaba o no.

—¿Quieres que la abra? —preguntó Julián.

Scarlett negó con la cabeza. Ella tampoco quería abrir aquella caja negra, pero cada segundo que desperdiciaba era un segundo en el que podrían estar buscando a Tella. Con mucho cuidado, levantó la tapa.

—¿Qué es eso? —Las cejas de Julián formaban una «V» muy marcada.

—Es mi segundo vestido de la tienda. —Scarlett soltó una carcajada de alivio al sacarlo de la caja.

La chica le había dicho que se lo entregarían dos días después.

Aun así, algo no cuadraba en el vestido. Tenía un aspecto diferente del que ella recordaba. El color era mucho más claro, un blanco casi puro: un blanco nupcial.



Era como si el vestido se estuviese burlando de ella. Con unas mangas inexistentes y un escote muy marcado en forma de corazón que distaba mucho de transmitir encanto, aquella pieza era más escandalosa que la que Scarlett había elegido en la tienda.

Los botones de color *beige* relucían como el marfil en la cálida luz de la habitación. Encontró una pequeña nota en el fondo de la caja, pinchada con un alfiler roto.

—Se habrá caído del vestido.

Uno de los lados contenía la imagen de un sombrero de copa; en el otro había un breve mensaje:

Imagino que te quedará ideal.
Un abrazo cariñoso,

D.

—¿Quién es «D.»? —preguntó Julián.

—Creo que alguien pretende hacerme creer que es de Donatella. —Pero Scarlett sabía que aquel regalo no era de su hermana. La burla de un vestido de novia solo podía provenir de una persona, y el sombrero de copa de la nota solo podía significar una cosa: Legend.

Unas arañas invisibles le ascendían por la piel, qué sensación tan distinta de los colores que había provocado su primera carta.

—Creo que esta es la quinta pista.

Julián hizo una mueca.

—¿Y por qué lo crees?

—¿Qué más podría ser? —dijo Scarlett, que sacó su nota con todas las pistas.

ESTA ES TU PRIMERA PRUEBA DEL CAMINO PARA ENCONTRARLA.

No será tan fácil hacerse con las siguientes.

Algunas te harán dudar de tu cordura y de todo aquello en lo que crees.

La estampa del Castillo Maldito.

Descubrirás la segunda pista en los despojos de su partida.

¿Seguir al chico del corazón negro? = sidra.

La tercera te la habrás de ganar.

La cuarta te costará algo muy valioso.

2 días de vida por el sueño de Aiko.

Y la quinta exigirá un salto de fe.

La mayoría de vosotros fracasará, pero uno, sin duda, lo conseguirá.

Dos noches.

Tienes cinco noches para hallar las cuatro pistas restantes y después a la chica, y el deseo de Legend será tuyo.

—Mira, ya he averiguado las cuatro primeras pistas —dijo Scarlett—. Solo queda la quinta.

—Pero ¿por qué es esta la quinta? —le preguntó Julián mirando aún el vestido como si estuviese cubierto de algo mucho más desagradable que unos botones.

Entonces Scarlett lo descifró. Tanto los botones como el sombrero de copa eran símbolos.

—Legend es famoso por sus sombreros de copa, y yo no he dejado de encontrarme botones por todo el juego —afirmó ella—. No sabía si los botones significaban algo o no, pero, después de ver este vestido completamente cubierto de botones, estoy casi segura de que así es. Cuando lo compré, junto a la tienda había un sendero de botones que conducía a un comercio de sombrerería y complementos de caballero con forma de sombrero de copa.

—Sigo sin ver que eso indique nada. —Ahí seguía el ceño fruncido de Julián mientras leía la nota de Scarlett con todas las pistas—. «Y la quinta exigirá un salto

de fe». ¿Cómo encaja ese sitio en esto?

—No lo sé. Creo que es ahí donde interviene la parte de la fe. A lo mejor es una especie de reto por parte de Legend y tenemos que ir a la sombrerería para enfrentarnos con lo que sea que nos esté esperando allí.

Ella misma no estaba del todo convencida de aquello, pero había comenzado a darse cuenta de que por mucha lógica que tratase de aplicar a su pensamiento, siempre había variables que no era capaz de ver. A veces, la precaución solo servía para frenarla, y no para preservarla a salvo.

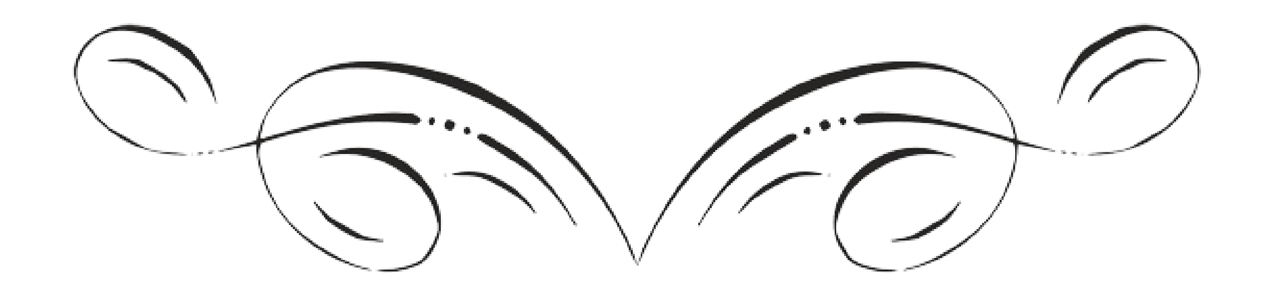
Sin embargo, era como si Julián estuviese empezando a tener la sensación opuesta. La expresión de su rostro sugería que deseaba cargar con ella al hombro y mantenerla apartada y oculta del resto del mundo.

—El sol se pondrá dentro de menos de una hora —dijo Scarlett con firmeza—. Si se te ocurre algo antes, estoy abierta a las sugerencias. Si no, creo que deberíamos ir a la tienda tan pronto como oscurezca y ver qué nos encontramos.

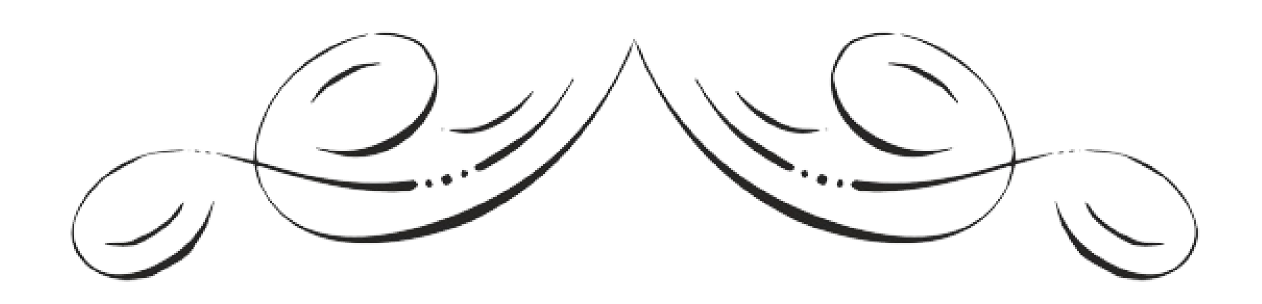
Julián observó el vestido una vez más, con la boca abierta como si quisiera decir algo, pero luego la cerró y asintió.

—Echaré un vistazo por los pasillos a ver si tu padre anda por algún sitio antes de irnos.

Cuando Julián se marchó, Scarlett se puso el vestido y cogió todos los botones que había recopilado. Tenían pinta de ser una oferta un tanto endeble, pero quizá tuviesen algo mágico en lo que ella aún no hubiese reparado.



LA CUARTA NOCHE DE CARAVAL





Al salir de la posada, Scarlett no percibió el menor rastro del repugnante perfume de su padre. Justo antes de que pusieran el pie en el exterior, Julián había jurado que había visto al gobernador salir del edificio, pero Scarlett continuaba lanzando miradas a su espalda y preguntándose si su padre la estaría siguiendo de alguna manera, esperando al momento preciso para abalanzarse encima de ella.

Las delicias de Caraval seguían danzando a su alrededor, por doquier. Chicas que se batían en duelo con sombrillas en pequeños escenarios en las aceras mientras las manadas de celosos participantes continuaban a la caza de las pistas. Ella, sin embargo, tenía la sensación de que la noche se había descarrilado. El aire era más húmedo de lo normal, y la luz también parecía poco natural. La luna no era más que una esquirla, pero proyectaba un resplandor plateado sobre las tiendas habitualmente coloridas y convertía el agua en metal líquido.

—Este plan sigue sin darme buena espina. —Julián bajó la voz cuando se adentraron en la vía curva que bordeaba el tiovivo de las rosas.

—¿Una canción por un donativo? —preguntó el organista.

—Esta noche no —contestó Scarlett.

El hombre se puso a tocar igualmente. Esta vez no giró el tiovivo, las flores rojas se mantuvieron en su sitio, pero la música bastó para amortiguar las palabras de Julián cuando continuó:

—Me parece que esa sombrerería de la que me has hablado es demasiado evidente para ser la pista definitiva.

—A lo mejor es tan obvia que todo el mundo la ha pasado por alto.

Los pies de Scarlett se desplazaron con mayor rapidez cuando se aproximaron a la tienda de ropa de señora, con sus tres pisos, donde había comprado los vestidos.

Unas densas nubes de tormenta se habían desplazado para tapar la luna, y, a diferencia de la última vez que Scarlett pasó por allí, todos los escaparates de la tienda estaban oscuros. La sombrerería que había junto a la tienda de señora estaba tan apagada que casi no se veía, pero su silueta resultaba inconfundible.

Bordeado por un amplio foso de maceteros de flores negras que rodeaban el

edificio cilíndrico de dos plantas como si fuese el ala, aquel lugar tenía la forma exacta de un sombrero de copa con un sendero de botones que conducía a su puerta de terciopelo negro.

—En serio, esto no es del estilo de Legend —insistió Julián—. Ya sé que es famoso por esos sombreros de copa tan ridículos, pero él no sería tan descarado.

—La tienda está tan oscura que casi no se ve. Yo no llamaría a esto «evidente», desde luego.

—En esto hay algo que no encaja —dijo Julián para el cuello de su camisa—. Creo que debería entrar yo solo y echar un vistazo primero.

—Quizá no deberíais entrar ninguno de los dos. —Aiko apareció de repente al lado de Scarlett. Esta vez llevaba la blusa y la falda plateadas, con los ojos y los labios pintados a juego. Como una lágrima que hubiese llorado la luna—. Cuánto me alegro de que decidieras ponerte este vestido. —Se acercó a Scarlett con elegancia y asintió en un gesto de aprobación—. Creo que tiene un aspecto aún mejor que la otra noche.

Julián miró de forma alternativa a ambas chicas, una mirada hecha de confusión y desconfianza a partes iguales.

—¿Os conocéis?

—Fuimos juntas de compras —respondió Aiko.

La expresión de Julián se volvió pétrea.

—¿Fuiste tú quien la convenció para que comprase los vestidos?

—Y tú debes de ser el que la dejó esperando en la taberna, ¿no? —Aiko lo observó de pies a cabeza arqueando las cejas adornadas con perlas, aunque ya debía de saber quién era Julián por los dibujos de su cuaderno—. Si no querías que se fuese de compras, no deberías haberla dejado plantada.

—Me da lo mismo que se vaya de compras —dijo Julián.

—Entonces ¿es que no te gusta su vestido?

—Perdonadme —interrumpió Scarlett—, pero tenemos un poquito de prisa.

Para dejar buena constancia, Aiko exageró un gesto de repulsión al contemplar de arriba abajo la sombrerería.

—Os recomiendo a los dos que os mantengáis alejados de la sombrerería esta noche. Ahí dentro no vais a encontrar ninguna ganga.

Rugió un trueno en lo alto.

Aiko alzó la mirada cuando empezaban a caer del cielo unas gotas resplandecientes.

—Debería irme. Nunca me ha gustado la lluvia; se lleva toda la magia. Solo quería advertiros: creo que ambos estáis a punto de cometer un error.

La lluvia plateada continuaba cayendo cuando se alejó con aire majestuoso.

Las gotas se aferraron al cabello oscuro de Julián cuando hizo un gesto negativo con la cabeza, con cara de no saber muy bien qué pensar.

—Has de tener cuidado con esa. Aunque pienso que tiene razón sobre esta

sombrerería.

Scarlett no estaba tan segura. Los sueños de Aiko le habían proporcionado algunas respuestas; no obstante no todas ellas habían sido acertadas. No sabía ni remotamente de qué lado estaba en realidad aquella chica.

La lluvia caía con algo más de fuerza cuando Scarlett se acercó decidida a las puertas de la sombrerería. Julián tenía razón. Aquello no era ni mucho menos del estilo de Legend. No tenía nada de romántico ni de mágico. Sin embargo, al mismo tiempo sí que transmitía una sensación de algo. Scarlett tuvo la premonición verde esmeralda de que haría un descubrimiento en el interior.

—Voy a entrar —dijo—. La quinta pista requiere un salto de fe. Aunque esto no me conduzca hasta Legend, me podría acercar más a Tella.

Una campanilla tintineó cuando Scarlett empujó la puerta de aquella tienda tan inusual.

Sombreretes melocotón, bombines lima, gorros amarillos de punto, sombreros de copa de terciopelo y diademas muy llamativas cubrían hasta el último centímetro de un techo abovedado, mientras que unos pedestales llenos de rarezas brotaban por toda la tienda como unas florecillas silvestres y estrafalarias.

Había cuencos con calzadores de cristal, carretes de hilo invisible, pajareras llenas de cintas creadas con plumas, cestas rebosantes de agujas que se enhebraban solas, y unos gemelos supuestamente hechos de oro de un duende.

Julián entró detrás de ella arrastrando los pies y sacudiéndose la lluvia, que fue a parar a todo cuanto había a la vista, incluido el caballero de llamativo atuendo que se encontraba de pie a un lado, a poco más de un metro de distancia de la puerta.

Incluso entre tanto colorido y tantos objetos elegantes, aquel caballero llamaba la atención. Vestido con un frac rojo muy oscuro y un pañuelo a juego en el cuello, cualquiera diría que podría formar parte de la decoración: era el tipo de hombre al que se invitaba a una fiesta solo por su manera de lograr un aspecto bello e intrigante a un tiempo. Debajo del frac lucía un chaleco rojo a juego que contrastaba con la camisa oscura y con los pantalones ajustados, que llevaba a la perfección remetidos por dentro de unas botas altas y plateadas. Aun así, lo que más llamó la atención de Scarlett fue su sombrero de copa con ribetes de seda.

—Legend —suspiró Scarlett mientras el corazón se le iba a la boca del estómago.

—Perdona, ¿qué decías? —El cabello negro como la tinta se derramó por la esquina de la frente del caballero y le rozó el borde del cuello negro al quitarse el sombrero de copa y dejarlo en un expositor de gorras de idéntico aspecto—. Me siento halagado, pero creo que me has confundido con otra persona. —Mostró una sonrisa de diversión al girar sobre los talones hacia Scarlett.

A su lado, Julián se puso en tensión, y ella se quedó también de piedra. Había visto antes a aquel joven. Su rostro no era de los que una chica olvida con facilidad. Unas largas patillas desembocaban en una barba meticulosamente recortada, moldeada como una obra de arte, que silueteaba unos labios diseñados para los

susurros oscuros y unos dientes blancos y rectos ideales para dar mordiscos.

Scarlett se estremeció, pero no apartó la vista. Sus ojos continuaron estudiándolo, ascendiendo hasta que alcanzaron su parche negro en el ojo.

Era el mismo joven al que había divisado la noche en que la vista se le quedó en blanco y negro. Él no se había fijado en ella entonces, pero ahora sí la observaba. Con intensidad. Tenía el ojo derecho tan verde como una esmeralda recién tallada.

Julián se acercó más, y la humedad de su chaqueta le produjo a Scarlett unos escalofríos que le recorrieron los brazos. No dijo una palabra, pero la mirada que le lanzó al otro joven era tan claramente amenazadora que Scarlett juró que había sentido un cambio en la habitación. Fue como si los colores de la tienda brillasen más y de un modo violento.

—No creo que él pueda ayudarnos —masculló Julián.

—¿Ayudar con qué? —El caballero tenía un ligero acento que a la chica le costaba ubicar, pero, a pesar de que Julián continuaba lanzándole miradas asesinas, su tono de voz se mantenía seductor. Miraba a Scarlett casi como si la estuviese aguardando.

Tal vez no fuese Legend, pero ella tenía la sensación de que era alguien. Le mostró los botones que había ido recolectando durante el concurso. No estaba muy segura de qué decir sobre ellos, aunque esperaba que, al enseñárselos, él le pudiese abrir alguna puerta secreta como la que encontró en el Castillo Maldito o en la habitación de Tella.

—Nos estábamos preguntando si nos podría ayudar con esto —quiso saber Scarlett.

El caballero sostuvo la palma de la mano de Scarlett. Llevaba puestos unos guantes negros, y aun así Scarlett pudo notar que, bajo el tejido aterciopelado, tenía las manos suaves. Era de ese tipo de aristócratas que dejan que los demás les hagan el trabajo duro.

Levantó la mano de Scarlett para echar un vistazo más de cerca a los botones, aunque su atento ojo verde seguía sobre ella. Intenso, elegante y venenoso.

Julián carraspeó.

—Oiga, amigo, tal vez sería mejor que se fijase en los botones.

—Ya lo he hecho, pero la verdad es que no me interesan mucho las baratijas.

El caballero le cerró a Scarlett los dedos sobre la palma de la mano, y, antes de que ella la pudiese retirar, le besó la mano y mantuvo allí los labios mucho más tiempo del necesario.

—Creo que deberíamos irnos —dijo Julián. Tenía los nudillos blancos, los puños cerrados con fuerza en los costados como si se estuviese conteniendo para no cometer algún acto violento.

Scarlett pensó en marcharse con él antes de que sucediese algo lamentable, pero se suponía que un salto de fe no había de ser sencillo. Se recordó que después de beberse la sidra vio en color el pañuelo que aquel joven lucía en el cuello, y eso

significaba que él tenía que ser importante.

El caballero la observaba como si hubiese una pregunta que esperaba que ella le formulase. Sus labios se curvaron en otra sonrisa que alardeaba de aquellos dientes blancos y peligrosos.

Julián rodeó a Scarlett con un brazo protector.

—Le agradecería que dejara de mirar de esa manera a mi prometida.

—Qué curioso —respondió el caballero—. Y yo, en todo este tiempo, convencido de que era mi prometida.



El instinto le decía a Scarlett que echase a correr, pero su cuerpo se negaba a moverse. Su interior era un torbellino de colores chillones.

Oyó al caballero pronunciar su nombre —el conde Nicolas d'Arcy— cuando sintió que aumentaba la presión del brazo de Julián sobre sus hombros.

—Creo que se equivoca —dijo Julián con seguridad—. Habrá confundido a mi prometida con otra persona. Lleva pasándole toda la semana, ¿verdad que sí, amor? —Le apretó el hombro de un modo que más bien parecía una advertencia.

Sin embargo, Scarlett seguía demasiado impresionada para moverse. Los botones jamás fueron pistas. La caja negra que contenía el vestido cubierto de botones no era de Legend ni de su hermana. «La D significaba D'Arcy».

Igual que a Legend, parecía que a su prometido también le encantaban los juegos, aunque, cuanto más tiempo mantenía Julián el brazo sobre los hombros de Scarlett, más disminuía la diversión en la cara del conde Nicolas d'Arcy.

Scarlett apenas se podía creer que aquel fuese el mismo hombre que tantas cartas encantadoras le había escrito. No tenía aspecto de ser mezquino, ni le faltaba atractivo en absoluto, pero tampoco transmitía las mismas sensaciones que sus cartas. El conde con el que ella se había carteado parecía ansioso por conocerla para que no hubiese ya necesidad de secretismo. Ahora se preguntaba si no se habría limitado a escribir todo cuanto se imaginaba que ella desearía leer, pues se diría que aquel joven distaba mucho de ser transparente. Tenía pinta de ser de los que disfrutan guardando secretos.

—Espero que no estés decepcionada. —El conde se ajustó el pañuelo al tiempo que se abría una puerta trasera a su espalda y regresaba el sastre con otro hombre. Lavanda. Anís. Ciruelas podridas.

—Amor, creo que nos tenemos que ir ya. —Julián abrió de golpe la puerta principal en el preciso instante en que apareció el gobernador Dragna.

Todos los tonos de morado surgieron en fogonazos ante los ojos de Scarlett.

Pero Julián no vaciló. En el momento en que el conde alargó el brazo para agarrar a su hija, el chico tiró de un empujón un expositor de ojos de cristal y utilizó la

distracción para empujar a Scarlett bajo el arco de la puerta y meterla debajo de una cortina de lluvia de plata. Ella se aferró a la mano de Julián mientras las airadas palabras de su padre la perseguían por la espalda.

—¡Haga lo que sea necesario para detenerla! —gritó.

—¡Scarlett, no tienes por qué salir corriendo! —La voz del conde no sonaba tan dura, pero corría veloz, en especial para un caballero tan elegantemente vestido.

Scarlett tiró de Julián hacia un puente cubierto, con la esperanza de que fuese el mismo y engañoso puente de dos noches atrás. Pero no lo era. Su padre y el conde continuaban persiguiéndolos por calles tortuosas y tiendas de iluminación cegadora, por delante de personas que aplaudían como si aquello formase parte del espectáculo.

—Por aquí… espera. —De un tirón, Julián sacó a Scarlett de la resbaladiza calle principal, hacia los canales, atravesando una multitud que trataba de ponerse a cubierto—. Sube.

—¡Pero si hay rayos! —dijo Scarlett—. No podemos subirnos en una barca.

—¿Se te ocurre algo mejor? —Julián agarró dos remos al saltar a una barca con forma de media luna.

—¡Scarlett! —gritaba su padre bajo la lluvia—. No lo hagas… —Sus palabras quedaron interrumpidas por la descarga de un relámpago y el estallido de un trueno. En aquella noche de fogonazos de plata, Scarlett vio algo que jamás había visto.

Su padre parecía asustado. Le caía la lluvia por las mejillas como si fueran lágrimas. Estaba convencida de que no era más que un efecto óptico, pero por un instante se imaginó que su padre realmente la quería, que quizá, y muy en el fondo, de verdad le importase. Junto a él, la expresión del conde quedaba oculta por las sombras, pero mientras corrían, Scarlett habría jurado que lo había visto emocionado con aquel desafío con el que ella lo obsequiaba.

Apartó la mirada y se llevó las rodillas húmedas al pecho, bien agarradas, mientras los remos de Julián cortaban el agua. Aunque su padre tuviese aún capacidad para la ternura, y aunque el conde hubiera parecido en realidad el tipo de hombre que ella pensaba que sería, Scarlett no habría podido convencerse para regresar con ninguno de los dos.

Ya había tomado su decisión, y lo había hecho antes de salir huyendo de la sombrerería con Julián.

No sabía en qué momento exacto había sucedido, pero un matrimonio acordado con un hombre al que solo conocía a través de unas cartas había dejado de ser algo deseable para ella. Por fin comprendió a qué se refería Tella cuando le dijo que en la vida había algo más que sentirse a salvo.

Observó cómo Julián tiraba de nuevo con fuerza de los remos mientras los rayos surcaban el cielo como telarañas. Antes de conocerlo, Scarlett creía que se contentaría con casarse con alguien que cuidase de ella, pero Julián había hecho surgir un deseo de algo más.

Recordó haber pensado que enamorarse de él sería como enamorarse de la

oscuridad, pero ahora se imaginaba que él era más bien como una noche estrellada: las constelaciones siempre están ahí, fijas, una magnífica guía contra la sempiterna oscuridad.

—Crimson, ¿has oído lo que te he dicho?

Scarlett bajó de golpe la mirada desde el cielo hasta el chico empapado que tenía delante.

—¿Qué?

—¡Que tenemos que salir de la barca! —gritó Julián en la lluvia al chocar contra un muelle a oscuras.

—¿Dónde estamos?

—En el Castillo Maldito.

—No… —Volvieron a ella los jirones de un pánico violeta. Nigel ya le había dicho que Tella no estaba en el Castillo—. Tenemos que seguir buscando a mi hermana. Me equivocaba con los botones, pero tiene que haber…

—No podemos continuar en el agua —la interrumpió Julián—. Nos va a matar un rayo.

Mientras él hablaba, el blanco resplandeciente de los rayos no dejaba de cortar el cielo.

—Pero si mi padre la encuentra antes…

—¿Sabes siquiera dónde ponerte a buscar ahora mismo?

Al ver que Scarlett no respondía, Julián la cogió de la mano y la llevó a rastras al muelle, tembloroso y apenas iluminado. La única luz procedía de los enormes relojes de arena del Castillo y del torbellino de cuentas rojas que había en su interior. Aiko debía de haberles dicho la verdad respecto de que la lluvia se llevaba la magia, porque el Castillo ya no brillaba. Ya no era dorado, y había perdido todo el lustre. En el patio, las carpas abandonadas se sacudían al viento, y su tamborileo sin melodía reemplazaba a la vibrante música de los pájaros de varias noches atrás.

—Tenemos que encontrar un sitio donde secarnos —dijo Julián.

—Preferiría no perder de vista la barca. —Scarlett se acurrucó debajo de un arco cercano, desde donde podía ver el muelle y a cualquiera que llegase—. Tenemos que ponernos a buscar otra vez en cuanto deje de llover.

Julián no respondió de inmediato.

—Me parece que este juego, o al menos tu participación en él, debería acabarse ya. Jamás debí haberte traído. Puedo llevarte a un lugar seguro, fuera de la isla…

—¡No! —lo interrumpió Scarlett—. Yo no me marcho de aquí sin mi hermana. Después de lo que acabo de hacer, mi padre se pondrá todavía más furioso cuando encuentre a Tella, y lo pagará con ella.

—¿Y qué pasa contigo? ¿Seguirás sacrificándote? ¿Te casarás con Nicolas d’Arcy?

Ojalá pudiese evitar aquella pregunta que él le estaba haciendo, pensó Scarlett. Si permanecía en el concurso y su padre la atrapaba, no la mataría, la obligaría a casarse

con el conde, lo que le parecía casi como la muerte. Sin embargo, si no se casaba con él, ¿de qué otra manera podría proteger a su hermana?

—No sé lo que voy a hacer.

Julián emitió algo similar a un gruñido.

—¿De manera que sigues con la idea de cumplir con tu compromiso?

—¡No sé si lo voy a hacer o no! Pero ¿qué otra opción me queda?

Las cortinas de agua plateada caían con más fuerza.

Scarlett aguardó a que Julián añadiese algo, que la reconfortase de alguna manera, que le dijese que él podía ser su otra opción, pero no había terminado de pensarlo y ya se daba cuenta de lo ridículo que era. ¿De verdad creía que Julián le iba a decir que quería arrastrarla a otro tipo de vida, o casarse con ella?

Obtuvo su respuesta cuando los relámpagos volvieron a rasgar la noche. Tenía a Julián a su lado, pero su expresión era hermética. Recordó el modo en que se había sacudido aquella pelusa del hombro en la primera noche. Quizá Julián no quisiera que fuese la novia del conde, pero eso no significaba que tuviera intenciones de estar él con ella en su lugar.

—Qué estúpida soy. —Su voz danzó entre quebrarse y gritar—. Nada de esto significa lo más mínimo para ti. Has visto a mi prometido, te has puesto celoso, te has precipitado y ahora te arrepientes.

—¿Eso es lo que piensas? —Las palabras de Julián sonaron profundas y ásperas—. ¿Crees que me arriesgaría a contrariar a tu padre, que te pondría en peligro de esa manera, porque estoy celoso? —Se echó a reír, como si los celos fueran una suposición ridícula.

—Qué mentiroso eres —le soltó Scarlett.

Los labios de Julián formaron una dura línea recta.

—Eso ya lo hemos hablado.

—No —dijo Scarlett—. Te engañas a ti mismo. Me atraes hacia ti cada vez que temes perderme, y cada vez que me acerco demasiado, me apartas.

—Yo solo te he apartado una vez. —La voz de Julián se endureció al aproximarse un paso—. Sin duda, estaba celoso, pero esa no es la única razón de que quisiera alejarte de ahí.

—Entonces cuéntame cuáles eran tus otras razones —le pidió Scarlett.

El marinero avanzó hasta que no quedó casi espacio entre ambos. Ella podía sentir la humedad de la ropa de Julián, adhiriéndose a la suya. Lentamente, la rodeó con el brazo por la cintura, como si quisiera brindarle la oportunidad de apartarse, pero ella había tomado ya su decisión. Se le aceleró el corazón cuando el otro brazo de Julián la atrapó y se tensó por la parte alta de su espalda y la aproximó a las duras superficies planas de su pecho hasta que los labios de ambos palparon el mismo aire frío.

—¿Es esto lo bastante próximo para ti? —Los labios de Julián sobrevolaban los suyos en un susurro temeroso de besarla—. ¿Estás segura de que deseas esto?

Scarlett asintió con miedo de llegar a apartarlo en caso de pronunciar la palabra incorrecta. Con Julián no se trataba de protección: quería estar con él, sin más; con el chico que la había salvado de ahogarse en más de un sentido.

La mano de él descendió hacia la parte baja de su espalda, delicada y firme, acercándola una vez más, mientras la otra mano se deslizaba bajo el pelo y alrededor del cuello, frotando la sensible piel de aquella zona antes de abrirse una nueva senda.

—No quiero que te arrepientas de ninguna de tus decisiones.

El tono de Julián sonaba casi afligido, como si quisiera que ella se apartase, aunque todo en el modo en que él seguía acariciándola generaba en Scarlett la sensación contraria. Los dedos de él se posaban ahora sobre su boca, trazando la silueta de su labio inferior. Sabían a madera y a lluvia, mojados después de recorrerle el cabello húmedo.

—Sigue habiendo cosas que no sabes sobre mí, Crimson.

—Cuéntamelas, entonces —dijo Scarlett.

Ya le había hablado sobre su hermana Rosa y sobre Legend, pero resultaba obvio que había más sombras en su vida.

Los dedos de Julián permanecían sobre la boca de Scarlett. Ella los besó despacio, uno por uno, apenas una leve presión de los labios, pero pudo notar el efecto que tenía en él por la manera en que su otra mano se hundía en la parte baja de su espalda. Tuvo que concentrarse en no perder el aliento en la voz al alzar la mirada hacia su rostro medio eclipsado por la oscuridad y decirle:

—No tengo miedo de tus secretos.

—Ojalá pudiese decir que no deberías tenerlo.

Le acarició el labio una última vez antes de llevar su boca sobre la de ella, más salada que los dedos y más intensa que la mano que ahora se desplazaba por su espalda o la que le ceñía con fuerza la cintura. La sostenía como si se le fuese a resbalar de entre los brazos, y ella se aferraba a él y disfrutaba del tacto de la musculatura que le cubría la espalda.

Julián murmuró unas palabras sobre los labios de Scarlett en una voz demasiado baja para que las entendiese, pero ella se imaginó acertada su impresión de lo que quería decirle cuando la obligó a abrir los labios y la dejó probar el frescor de su lengua y el borde de sus dientes al rozarle el labio inferior. Y cada roce creaba unos colores que ella nunca había visto. Colores tan suaves como el terciopelo y tan vivos como unas chispas que se convertían en estrellas.



Aquella noche, la luna tardó un poco más en ocultarse, observando con su mirada de plata cómo Julián cogía a Scarlett de la mano y la envolvía con mimo con la suya. La besó una vez más, con sutileza y detenimiento, transmitiéndole sin palabras la tranquilidad de que no tenía la intención de dejarla marchar.

De haber sido esta otro tipo de historia, así habrían permanecido los dos, enredados el uno en los brazos del otro hasta que el sol se desperezase y proyectase un arcoíris en un cielo asolado por la tormenta.

Sin embargo, la mayor parte de la magia de Caraval consumía tiempo, se empapaba de las horas del día y las convertía en maravillas por la noche. Y esa noche se estaba agotando. Casi todas las cuentas rojas y resplandecientes de ambos relojes de arena del Castillo Maldito se había precipitado ya al fondo.

Como la caída de unos pétalos de rosa.

Scarlett levantó la mirada hacia Julián.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Creo que ya sé cuál es la última pista. Son las rosas.

Scarlett recordó el jarrón de flores que había encontrado junto a la caja que contenía su vestido.

Había cometido la estupidez de pensar que lo habían enviado todo junto. No sabía qué significado tendrían, pero estaban por todo el juego. Era lógico creer que formaban parte de la quinta pista; tenían que simbolizar algo más que un enfermizo homenaje a Rosa.

—Tenemos que regresar a La Serpiente y mirar bien esas rosas —dijo ella—. Podría haber algo en los pétalos, o una nota en el jarrón.

—¿Y si nos ve tu padre cuando volvamos hacia allá?

—Iremos por los túneles.

Scarlett tiró de Julián por el patio. Ya refrescaba allí fuera, pero el aire se notó más frío aún cuando llegaron al jardín abandonado. Estaban rodeados de unas plantas esqueléticas, mientras la lóbrega fuente del centro goteaba en un melancólico canto de sirena.

—Esto no lo tengo muy claro —indicó Julián.

—¿Desde cuándo te has convertido tú en el nervioso de los dos? —bromeó Scarlett, aunque ella también percibía unos tonos ocre de inquietud, y sabía que no era por el encantamiento del jardín.

Acababa de cometer un tremendo error al ir a la sombrerería, y no estaba ansiosa por cometer otro, pero Aiko tenía razón cuando le dijo que hay cosas que merece la pena perseguir con independencia de su coste. Scarlett se sentía ahora como si estuviera tratando de salvarse ella además de rescatar a Tella.

Hasta entonces no había pensado mucho en el premio de aquel año —el deseo—, pero ahora sí lo hacía.

Si Scarlett ganaba el concurso, a lo mejor sí que podrían salvarse las dos.

Soltó la mano de Julián y presionó sobre el símbolo de Caraval incrustado en el interior de la fuente. Igual que antes, se vació el agua, y la pila se transformó en un conjunto de escaleras en espiral.

—Vamos. —Le hizo un gesto a Julián para que se pusiera en movimiento—. El sol saldrá de un momento a otro.

Scarlett ya se lo podía imaginar, irrumpiendo en la oscuridad y abriendo paso al amanecer de aquel día en que ella, en un principio, tenía pensado marcharse. Y, por primera vez, a pesar de todo cuanto había sucedido, se alegraba de haberse quedado allí, porque ahora estaba decidida a ganar el concurso y zarpar de la isla con algo más que su hermana.

Volvió a estirar el brazo para coger la mano de Julián al poner el pie en la escalera.

—¿Por qué me da la impresión de que siempre intentas marcharte en el instante en que aparezco? —El gobernador Dragna se asomó por el otro extremo del jardín descuidado, seguido por el conde, a quien el pelo oscuro le goteaba en el ojo y ya no parecía tan emocionado con el reto.

Scarlett tiró de Julián escaleras abajo, por los húmedos escalones hasta la entrada del túnel, aferrada a su mano mientras su padre y el conde iban tras ellos. No se atrevió a echar la vista atrás, pero oía cómo los perseguían, el estruendo de sus botas, el temblor del suelo, el martilleo de su propio corazón al descender por la espiral de la escalera.

—Julián, tienes que adelantarte. Busca la palanca para cerrar el túnel antes de que… —Scarlett se calló cuando su padre y el conde alcanzaron la escalera. Sus sombras se alargaban en la luz dorada y trataban de atraparla desde lejos. Ya era demasiado tarde para dejarlos fuera del túnel.

Pero Scarlett y Julián ya estaban casi al pie de la escalera. Scarlett pudo ver los túneles que salían en tres direcciones distintas: uno iluminado en oro, otro prácticamente negro, y el último iluminado por un azul de plata.

Se soltó el brazo de la protectora sujeción de Julián y lo empujó hacia el túnel más oscuro.

—Debemos separarnos, y tú te tienes que esconder.

—No… —Alargó el brazo hacia ella.

Scarlett retrocedió.

—No lo entiendes: después de lo de esta noche, mi padre te matará.

—Entonces no dejaremos que nos atrape.

Julián entrelazó los dedos con los de ella y echó a correr con Scarlett por el pasillo iluminado en oro, a la izquierda.

A ella siempre le había gustado el color del oro. Le parecía mágico y esperanzador, y por un breve y resplandeciente momento se atrevió a soñar que lo era, a tener la esperanza de escapar de su padre, de labrarse su propio destino. Y casi lo hizo.

Pero no pudo escapar de su prometido.

Scarlett sintió que su mano enguantada le abarcaba el brazo. Un instante después, la cabeza se le fue hacia atrás de golpe y sintió arder cada milímetro del cuero cabelludo cuando las manos de su padre la agarraron por el pelo.

Chilló cuando entre ambos hombres la arrancaron de la mano de Julián.

—¡Suéltenla! —gritó Julián.

—No des un paso más, o esto se pondrá peor.

El gobernador Dragna rodeó con la mano la garganta de Scarlett sin dejar de tirarle del pelo.

Scarlett reprimió un grito, y una lágrima de dolor le rodó por la mejilla. No podía ver a su padre con aquel ángulo retorcido del cuello, pero se podía imaginar la morbosa expresión de su rostro. Aquello solo iría a peor.

—Julián —suplicó ella—, por favor, sal de aquí.

—No voy a abandonarte…

—Ni un paso más —repitió el gobernador Dragna—. ¿Recuerdas la última vez que jugamos a esto?

Haz algo que no me guste, y lo pagará mi queridísima hija.

Julián se detuvo en seco.

—Mucho mejor, pero, para asegurarnos de que no se te olvida… —El gobernador Dragna soltó a Scarlett y le dio un puñetazo en el estómago.

Scarlett cayó de rodillas al tiempo que el aire le abandonaba los pulmones. Se le nubló la vista al impactar contra la tierra del suelo. No podía sentir sino el dolor, el eco de los puños de su padre, y la tierra en la que había caído, que le manchaba las manos al tratar de ponerse en pie de nuevo.

A su alrededor, las voces rebotaban en las paredes. Voces furiosas y voces aterradas, y, cuando se levantó, el mundo había cambiado.

—¿Es eso realmente necesario?

—Tóquela otra vez y le…

—Creo que no has captado el objeto de mi demostración.

Uno por uno, les fue adjudicando las palabras a cada uno de los hombres

conforme iba asimilando la nueva escena. La cuidada expresión del conde se había convertido en algo más nublado e incierto, mientras ayudaba a Scarlett a levantarse. Frente a ellos, demasiado lejos de su alcance, su padre estaba de pie con un cuchillo en el cuello de Julián.

—Pues no quiere apartarse de ti —dijo el gobernador Dragna.

—Padre, detenga esto —pidió Scarlett con aspereza—. Siento haber huido. Ya me tiene a mí. Déjelo marchar.

—Pero, si lo dejo marchar, ¿cómo sé que te comportarás?

—Coincido con su hija —expresó el conde, cuyo brazo la rodeaba ahora, casi protector—. Creo que esto ha ido ya demasiado lejos.

—No voy a matarlo. —Se arrugaron las comisuras de los ojos del gobernador, como si los demás estuvieran siendo poco razonables—. Tan solo le estoy proporcionando a mi hija un mayor incentivo para no volver a huir.

Una resbaladiza sensación del color del barro cubrió a Scarlett por dentro cuando su padre acomodó el cuchillo. Estaba convencida de que nada podía ser tan doloroso como verle pegar a Tella, pero aquella hoja, tan cerca del rostro de Julián, generaba todo un mundo nuevo de terror.

—Por favor, padre —tembló y se estremeció con cada palabra—. Lo prometo, jamás volveré a desobedecerle.

—Ya he escuchado antes esa promesa sin valor alguno, pero, después de esto, creo que por fin mantendrás tu palabra.

El gobernador se relamió la comisura de los labios al girar la muñeca.

—No…

El conde le cubrió la boca a Scarlett con la mano enguantada y amortiguó sus gritos mientras su padre rasgaba con la daga el bello rostro de Julián. Ascendió desde la mandíbula, cruzando la mejilla entera, hasta debajo del ojo.

Julián se tragó un grito de dolor mientras Scarlett forcejeaba por llegar hasta él, pero se vio incapaz de algo más que de patalear y temió que su padre le fuera a causar a Julián un daño mayor del que ya le había hecho. Lo más probable es que Scarlett hubiera mostrado demasiada emoción, tal y como estaban las cosas.

Esperó a que Julián respondiese al ataque; que sacase el cuchillo; que echase a correr. Recordó esas hileras de musculatura morena y bien definida, se imaginó que podría imponerse a su padre aun herido y sangrando. Sin embargo, a pesar de ser un chico que había empezado mostrándose tan egoísta, ahora parecía decidido a mantener su ridícula palabra y a quedarse allí con ella. Permanecía estoico como una estatua herida mientras Scarlett se derrumbaba por dentro.

—Bien, creo que ya hemos terminado —declaró su padre.

—¿Sabe? —Julián se volvió hacia el conde y le dijo en una sonrisa ensangrentada —: Es patético que tenga que torturar a un hombre solo para conseguir que una mujer se quede a su lado.

—Quizá me equivocaba sobre lo de haber terminado.

El gobernador Dragna levantó el cuchillo una vez más.

Scarlett intentó liberarse del conde, pero sus brazos la rodeaban a la altura del pecho, la retenían y se le clavaban como cuerdas.

—No estás mejorando la situación —le dijo el conde entre dientes. Acto seguido, en voz más alta y en un tono de aburrimiento se dirigió al gobernador—: No creo que eso sea necesario. Solo está tratando de tomarnos el pelo. —Puso una sonrisa de suficiencia, como si no le pudieran importar menos las palabras de Julián, y, aun así, Scarlett podía notar cómo se le aceleraba el corazón y el calor de su rápido aliento contra su cuello, incluso al añadir—: Y por todos los santos, dele un pañuelo a ese hombre; está manchándolo todo de sangre.

El gobernador le lanzó a Julián un paño cuadrado minúsculo que apenas bastaba para absorberle la sangre. Scarlett veía caer las gotas al suelo mientras aquel sombrío grupo echaba a caminar con paso lento.

Durante todo el recorrido de regreso a La Serpiente, Scarlett trató de pensar en alguna vía de escape. A pesar de su herida, Julián aún se mostraba fuerte. Ella se imaginaba que el marinero podría haber huido con facilidad, o al menos haber intentado resistirse, pero marchaba silencioso junto a su padre mientras que el conde llevaba agarrada la mano inerte de Scarlett.

—Todo saldrá bien —susurró Nicolas d’Arcy.

Scarlett se preguntaba en qué tipo de mundo de fantasía viviría para pensar tal cosa. Casi deseaba que se encontrasen otro cadáver y que eso le diese la oportunidad de liberarse. Se odió por tener aquella idea, pero eso no le impidió pensarlo.

Cuando abandonaron el túnel y fueron a parar a la habitación arrasada de Tella, el conde hizo un esfuerzo por sacudirse el polvo de la chaqueta mientras que Scarlett valoraba las posibilidades de salir corriendo. Estaba claro que su padre no tenía intención alguna de dejar marchar a Julián: miraba al joven igual que un niño se come con los ojos una muñeca de su hermana pequeña antes de arrancarle hasta el último pelo, o la cabeza.

—Lo soltaré mañana, al final de la noche, cuando tú te hayas comportado. —El gobernador Dragna le pasó un brazo a Julián por los hombros mientras el trapo de la mejilla le seguía goteando sangre.

—¡Pero, padre, necesita atención médica!

—No te preocupes por mí, Crimson —dijo Julián.

Obviamente, él no sabía lo mucho que todo podía todavía empeorar.

Scarlett hizo un último intento. No veía escapatoria alguna para ella en todo aquello, pero quizá no fuese demasiado tarde para Julián. Si él escapaba, aún podría salvar a Tella, también.

—Por favor, padre, haré lo que usted quiera, pero tiene que dejarlo marchar.

El gobernador Dragna sonrió de oreja a oreja. Aquello era exactamente lo que él deseaba oír.

—Ya he dicho que lo soltaré, pero no creo que él se quiera marchar aún. —Apretó

el hombro a Julián—. ¿Te apetece dejarnos a solas, hijo?

Scarlett trató de cruzar una mirada con los ojos de Julián, intentó suplicarle en silencio que se marchara, pero se estaba mostrando más testarudo que nunca. Ojalá volviera a convertirse en aquel joven al que había conocido en Trisda, a quien nada le importaba. Su generosidad no le serviría de nada allí, a menos que deseara morir.

Al parecer quedaba en sus manos encontrar la manera de ponerle fin a aquello.

—No hay ningún otro sitio adonde tenga que ir —dijo Julián—. ¿Vamos a subir todos de una vez por la escalera, o es que piensan obligarnos a dormir aquí?

—Oh, no vamos a dormir juntos… No todos, al menos.

El gobernador Dragna guiñó un ojo, y un temblor le recorrió el cuerpo a Scarlett. La estaba mirando con ese tipo de expresión que le podría haber iluminado el rostro a otra persona antes de hacer un obsequio, pero los regalos del gobernador Dragna jamás eran agradables.

—El conde D’Arcy y yo hemos estado compartiendo una *suite*, pero es demasiado pequeña para cuatro personas, así que el marinero se quedará allí conmigo, y, Scarlett —ahora el gobernador arrastraba lentamente las palabras, unas sílabas inconfundibles—, tú dormirás en tu habitación con el conde D’Arcy. Estaréis casados dentro de nada —prosiguió—, y tu prometido ha pagado una buena suma por ti. No veo la necesidad de hacerle esperar más antes de disfrutar de lo que ha comprado.

El horror de Scarlett se intensificó cuando los labios de su padre se inclinaron en una nueva sonrisa.

Qué distinto era aquello de como se había imaginado ella las cosas. Resultaba horroroso que la hubiesen comprado como a una oveja, que le hubiesen puesto precio y dijeran que ese era todo su valor.

—Padre, por favor, aún no estamos casados, esto no es decoroso…

—No, no lo es —la interrumpió el gobernador—, pero tampoco hemos sido nunca una familia decorosa, y tú no te vas a quejar a menos que quieras ver cómo tu amigo sigue sangrando. —El gobernador acarició el lado intacto del rostro de Julián.

Él ni se inmutó, aunque ya no presentaba la plácida expresión que tenía en los túneles. Todo en él se había intensificado. Su mirada buscó los ojos de Scarlett, una mirada en la que ardía un silencioso fuego.

Estaba tratando de decirle algo, pero ella no tenía ni idea de qué. Todo cuanto Scarlett era capaz de percibir era la proximidad del conde D’Arcy; se imaginó sus manos, ansiosas por reclamar su cuerpo mientras que las manos de su padre mostraban el anhelo de infligirle más dolor a Julián.

—Considera, si quieres, un regalo de boda por adelantado que no lo mutile más aquí mismo —manifestó el gobernador Dragna—. Pero como digas una sola palabra que no sea un «sí», se acabó mi generosidad.

—No —dijo Scarlett—. No lo volverás a tocar, porque yo no haré nada más a menos que lo liberes de inmediato.

Scarlett se volvió hacia el conde, que no tenía aspecto de estar disfrutando con aquello. Unas arrugas le echaban a perder su perfecta frente, aunque no hacía nada para detener al gobernador, y la sola visión de su persona, allí de pie con su pañuelo carmesí y sus botas plateadas, la ponía enferma hasta el tuétano.

Tella tenía razón: «Ya sé que piensas que este matrimonio te va a salvar y te va a proteger, pero ¿y si el conde es tan malo como padre, o peor?».

Scarlett no sabía si el conde era realmente peor que su padre, pero en aquel instante parecía igual de vil. Ya no le sostenía la mano con la misma delicadeza que en la sombrerería; su sujeción era firme, segura. Nicolas d'Arcy tenía más fuerza de la que daba a entender. Tenía la capacidad de detener aquello si lo deseaba.

—Si dejas que eso suceda —Scarlett hizo una pausa para mirar al conde a los ojos en busca del joven con el que tantas cartas había cruzado—, si utilizas la amenaza de este castigo para controlarme, jamás te obedeceré ni te respetaré. Pero si lo dejas marchar, si das muestra de la humanidad que he leído en tus cartas, seré la perfecta esposa por la que has pagado. —Recordó las palabras de Julián en el túnel y añadió —: ¿De verdad quieres una novia que solo dormirá contigo porque torturarías a otro hombre si no lo hiciera?

El rostro del conde se sonrojó. El corazón de Scarlett latía más rápido con cada nueva sombra que le oscurecía a él el semblante. Frustración. Vergüenza. Orgullo herido.

—Suéltelo —dijo el conde apretando los dientes—. O se acabó nuestro trato.

—Pero…

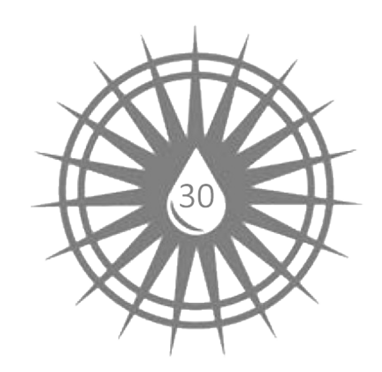
—No lo discutiré más. —La elegante voz del conde se volvió áspera—. Quiero poner fin a esto.

El gobernador Dragna no parecía muy complacido al separarse de un juguete con el que apenas había jugado, pero, para sorpresa de Scarlett, liberó a Julián sin más discusión, empujándolo hacia la puerta.

—Ya le has oído. Márchate.

—Crimson, no hagas eso por mí. —Julián le lanzó una mirada de súplica a Scarlett—. No puedes entregarte a él. No me importa lo que me pase a mí.

—Pero a mí sí me importa —dijo ella, y por mucho que deseaba ver por última vez el bello rostro de Julián, para demostrarle que lo consideraba lo más lejano de un sinvergüenza o un mentiroso, no se atrevió a mirarlo a los ojos—. Ahora, por favor, márchate antes de que hagas esto más difícil aún.



Los sinuosos pasillos de La Serpiente parecían más cortos de lo que Scarlett recordaba. El conde D’Arcy y ella se hallaban ya en la cuarta planta, justo ante su puerta.

Eran demasiadas las maneras en que se podía torcer su plan. El conde sostenía la llave de cristal, pero bajó la vista hacia Scarlett antes de introducirla en la cerradura.

—Scarlett, quiero que sepas que no es así como pretendía que fueran las cosas entre nosotros. Lo que ha pasado en esos túneles… Ese no era yo. —Sus ojos se encontraron con los de ella, mucho más amable que su forma de mirarla en la sombrerería. Por un instante, Scarlett casi pudo ver algo bajo su apariencia arreglada en exceso, como si aquello no fuese más que otra capa que se ponía de cara a la galería y, en realidad, él estuviese tan atrapado como lo estaba ella—. Este matrimonio es muy importante para mí. La idea de perderte me ha vuelto un poco loco. Cuando estábamos en los túneles no podía pensar con claridad, pero las cosas serán distintas una vez que estemos casados. Te haré feliz, te lo prometo.

Con la mano que tenía libre, el conde acarició el mechón de plata y se lo apartó de la cara, y, por un espantoso momento, Scarlett pensó que se iba a inclinar y a besarla. Necesitó hasta el último gramo de fuerza del que había hecho acopio en aquella semana para no salir corriendo, o no dar un respingo.

—Te creo —le respondió, aunque no podría haberle dicho nada más lejos de la realidad.

Ella sabía que lo sucedido en los túneles podía llevar a la gente a la locura, retorcer sus temores para obligarlos a hacer —o permitir— determinadas cosas que no harían en situaciones normales. No obstante, por mucho que la mantuviese a salvo a partir de entonces y jamás levantase un dedo contra ella, no existía universo alguno en el que el conde Nicolas d’Arcy pudiera jamás hacer feliz a Scarlett, no cuando la única persona con la que ella deseaba estar era Julián.

El temor se le aferró a las tripas cuando el conde abrió la puerta de su habitación.

De nuevo, pensó en los modos en que se podía torcer su plan.

Podía haber malinterpretado a Julián.

Julián podía haberla malinterpretado a ella.

Su padre podría volver y escuchar al otro lado de la puerta: ya había tenido noticia de que tales cosas tan deplorables hubieran sucedido.

Le empezaron a sudar las palmas de las manos al seguir al conde al interior de la estancia caldeada.

La cama gigantesca, con lo tentadora que le había parecido la primera vez que la vio, ahora aguardaba como una silenciosa amenaza. Los cuatro postes de madera le hacían pensar en una jaula; se imaginaba al conde cerrando las cortinas y atrapándola dentro. Lanzó una mirada al ropero con la esperanza de que Julián apareciese por la puerta oculta al otro lado, o tal vez saliese de allí dentro. Era lo bastante grande para contener a una persona, pero las puertas estaban cerradas, y así seguían.

Allí solo estaban Scarlett, el conde y la cama.

Ahora que estaban solos, el conde se manejaba de un modo distinto. Su exagerada sofisticación había desaparecido por completo, reemplazada por una precisión clínica, como si se tratase de algún tipo de negocio que tuviese que cerrar.

Se quitó primero los guantes y los dejó caer al suelo. Después comenzó a desabrocharse los botones del chaleco con el leve sonido de estos al saltar, que a Scarlett le hizo sentir arcadas. No podía hacerlo.

Al ver cómo su padre le hacía daño a Julián, Scarlett por fin había comprendido aquello que Julián le había estado tratando de decir antes en los túneles. Ella había crecido pensando que los abusos de su padre habían sido culpa suya, que eran el resultado de lo que sucedía cuando ella cometía un error.

Ahora, sin embargo, podía verlo con claridad: el responsable era su padre. Nadie se merecía aquellos «castigos».

Esto también estaba mal. Cuando había besado a Julián, le había dado la sensación de que aquello era bueno. Dos personas que decidían entregar una minúscula y vulnerable parte de sí mismos, el uno al otro. Eso era lo que Scarlett deseaba. Eso era lo que se merecía. Nadie tenía el derecho de decidir por ella. Cierto, su padre la había tratado siempre como a una de sus posesiones, pero ella no era un objeto que pudiese comprarse o venderse.

Antes, Scarlett siempre se había sentido como si no tuviese elección, pero ahora estaba empezando a darse cuenta de que sí la tenía. Solo debía ser lo bastante atrevida para tomar las decisiones difíciles.

El sonido de otro botón. El conde había pasado a los botones de la camisa, y estaba mirando a Scarlett como si se estuviese preparando para quitarle aquel vestido empapado y completar su transacción.

—Hace mucho frío aquí dentro, ¿no te parece? —Scarlett cogió el atizador de la chimenea y movió los troncos, observó cómo el fuego pasaba sobre el metal hasta convertirlo en diversos tonos de un rojo vivo anaranjado: el color del coraje.

—Creo que ya lo has avivado bastante. —El conde le puso una mano firme sobre el hombro.

Scarlett se dio la vuelta y le apuntó a la cara con el atizador al rojo vivo.

—No me toques.

—Cariño. —Solo parecía un tanto sorprendido, y ni mucho menos tan temeroso como a ella le hubiera gustado—. Podemos tomarnos las cosas con calma, si quieres, pero deberías soltar eso antes de que te hagas daño.

—Me las puedo arreglar para no hacerme daño —dijo Scarlett, y le acercó el atizador un poco más hasta detenerlo justo debajo de su ojo verde intenso—, pero tal vez tú no tengas tanta suerte. No te muevas ni suspires una sola palabra a menos que quieras tener una cicatriz en la mejilla comparable a la de Julián.

La respiración del conde se alteró, pero su voz se mantenía enervantemente imperturbable al decir:

—No creo que seas consciente de lo que estás haciendo, cariño.

—¡Deja de llamarme así! No soy tuya, y soy muy consciente de mis actos. Ahora, métete en la cama.

Scarlett le hizo un gesto con el atizador, pero el color de la punta de este comenzaba ya a perder intensidad. Había pensado en atarlo a la cama, pero no había forma de que aquello funcionase. En cuanto ella soltase el arma, él se le echaría encima, y, a pesar de sus amenazas, Scarlett no sabía si iba a ser capaz de obligarse a utilizar el atizador.

—Sé que estás asustada —dijo el conde con mucha calma—, pero si dejas de hacer lo que sea que estés haciendo, olvidaré que esto ha sucedido siquiera, y nadie sufrirá ningún daño.

«Daño».

El elixir de protección.

La ampolla que había comprado en la carpa del Castillo le vino a la mente, pero seguía en el bolsillo de su vestido encantado. Solo tenía que llegar hasta el ropero.

—Retrocede hasta el final, la espalda contra los postes de la cama.

Scarlett hizo lo mismo mientras él procedía tal y como ella le había ordenado. Acto seguido se lanzó a por el ropero. El conde se levantó de un salto en el instante en que ella se dio la vuelta, pero Scarlett ya estaba abriendo las puertas de madera.

Con una sonora caída, Julián se precipitó del ropero. Tenía la piel gris, sangrando. A Scarlett se le resquebrajó el corazón.

—¿Qué hace él aquí? —El conde se quedó paralizado el tiempo suficiente para que Scarlett metiese la mano en el ropero y sacase el elixir. No podría hacer nada por Julián a menos que se encargase antes de D'Arcy.

Arrancó la parte superior de la botellita y vació todo su contenido sobre el conde. El líquido olía a margaritas y a orina.

El conde se atragantó y farfulló:

—¿Qué es esto?

Cayó de rodillas al tratar de agarrar a Scarlett, pero parecía un niño que intentaba atrapar un pajarillo. El elixir hacía efecto con rapidez y le mermó los reflejos hasta

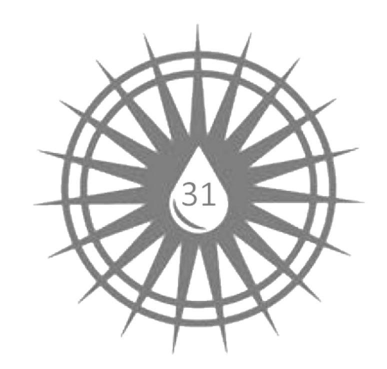
reducirlo a un torpe gateo.

—Estás cometiendo un error. —Seguía encogiéndose en el suelo mientras ella corría al lado de Julián—. Esto es justo lo que quiere Legend —dijo el conde con la lengua de trapo y los labios que se le entumecían igual que el resto del cuerpo—. Tu padre me ha contado la historia… de tu abuela y de Legend. No tengo ni idea de quién es este —continuó el conde con una mirada caída hacia Julián—, pero le estás haciendo el juego a Legend. Te trajo a esta isla para acabar con nuestro matrimonio, para arruinarte la vida.

—Bueno, pues parece que ha fracasado —respondió Scarlett—. Desde mi perspectiva, lo que parece es que Legend me ha hecho un favor.

Los ojos de Julián temblaron y se abrieron mientras Scarlett lo ayudaba a levantarse y su prometido terminaba de derrumbarse en el suelo.

—No estés tan segura de nada de eso —farfulló el conde—. Legend no le hace favores a nadie.



—¿Puedes caminar? —le preguntó Scarlett.

—¿Acaso no lo estoy haciendo? —La voz de Julián era juguetona, pero no había nada de gracioso en la herida que le ascendía desde la mandíbula hasta el ojo. Ella lo rodeaba con los brazos para ayudarlo a mantener el equilibrio—. Crimson, no te preocupes por mí. Tenemos que llegar hasta tu hermana.

—Antes te tienen que dar puntos.

La mirada de Scarlett volvió a posarse en el corte irregular de su mejilla. Le dejaría cicatriz, y, aunque no le haría estar menos guapo, a ella se le ponía mal cuerpo al recordar lo frágil que le había parecido Julián al caer del ropero.

—Estás exagerando —respondió él—. No es para tanto. Tu padre apenas me ha rozado. Dudo que lo disfrute a menos que sus víctimas se mantengan conscientes.

—Pero si te habías desmayado en el armario.

—Me he recuperado. Me repongo rápido. —Como si quisiera demostrarlo, se separó de ella cuando descendieron al último piso.

La luz se colaba por las rendijas del contorno de las puertas, y crecía la iluminación de las velas en sus soportes, preparándose para otra noche traicionera. Un pequeño grupo de entregados participantes dormía en el suelo, acurrucados los unos con los otros, aguardando a que anocheciese y se abriesen las puertas.

—Sigo pensando que deberíamos buscar la manera de vendarte la herida —susurró Scarlett.

—Solo necesita un poco de alcohol.

Julián pasó pavoneándose por encima de los participantes dormidos y entró en la taberna, aunque Scarlett estaba segura de que no se había recuperado del todo. Las botas raspaban el suelo de cristal con un paso irregular cuando se metió detrás de la barra y se vertió media botella de un licor transparente sobre la mejilla.

—¿Lo ves? —Con una mueca de dolor, negó con la cabeza e hizo caer al suelo varias gotas—. No es tan malo como parece.

Una línea seguía dibujándose desde un punto cercano a la comisura de su ojo hasta el borde de la mandíbula. No era tan profunda como había pensado Scarlett,

pero, aun así, continuaba sin poder obviar el mal cuerpo que tenía.

Con todo lo sucedido, había perdido la noción del tiempo, pero se imaginaba que el sol se pondría en unas dos horas para dar la bienvenida a la última noche del juego.

Para ganar, Scarlett tenía que encontrar a su hermana antes que nadie y, después de lo que le había hecho al conde —no se había limitado a dejarlo fuera de combate, también lo había atado a la cama antes de marcharse—, podía hacerse una idea demasiado clara de lo furioso que se pondría su padre al despertar y de los perversos castigos que infligiría a Tella si la encontraba antes que ella. No la mataría sin más; primero la torturaría.

—Se me olvidó mirar las rosas cuando estaba en la habitación —dijo Scarlett.

Julián dio un sorbo de la botella antes de dejarla a un lado.

—Fuiste tú quien dijo que estaban por todo Caraval.

Y se refería a que sería imposible averiguar qué rosas eran en realidad pistas. Seguramente habría cientos de rosas que ella tampoco había visto. La primera pista que recibió decía: «Y la quinta exigirá un salto de fe», pero Scarlett no tenía la menor idea de qué relación guardaba eso con las flores.

Demasiadas rosas y muy poco tiempo.

—Crimson, no te me vengas abajo ahora.

Scarlett alzó la vista; tenía a Julián delante de ella, atrayéndola hacia él antes de que pudiese decirle: «No lo hago». Pero se imaginaba que, si él la soltaba, lo haría. Caería al suelo. Y lo atravesaría.

Caería y caería…

Julián la besó, y sus labios abrieron los de Scarlett hasta que lo único que ella pudo percibir, lo único en lo que pudo pensar fue él. Sabía a brisa y a medianoche, en tonos de un intenso pardo y un azul claro, colores que la hacían sentirse segura y protegida.

—Todo va a ir bien —murmuró Julián, y le puso los labios en la frente.

Scarlett se derrumbaba ahora por unos motivos completamente distintos. Se hundía en una sensación de seguridad que hasta entonces desconocía. Los labios de Julián seguían presionándole la sien, y sus brazos la rodeaban como si deseara protegerla, no poseerla ni controlarla. Él no la dejaría desmoronarse.

Él no la lanzaría por un balcón tal y como Legend había hecho con ella en su sueño.

—Julián… —Scarlett levantó la mirada de forma abrupta cuando la expresión «salto de fe» que rezaba la pista surgió disparada en sus pensamientos.

—¿Qué pasa? —inquirió.

—Tengo que preguntarte algo sobre tu hermana.

Él se puso en tensión.

—No te lo preguntaría si no fuera importante, pero creo que nos podría ayudar a encontrar a Tella.

—Adelante —dijo él, y, a pesar de la hermética expresión de su rostro, su voz

carecía de dureza—. Pregunta lo que quieras.

—He oído cosas sobre la muerte de tu hermana, pero las versiones resultaban contradictorias. ¿Te importaría decirme cómo murió, exactamente?

Julián respiró hondo. Era obvio que el tema le incomodaba, pero dijo:

—Después de que Legend la rechazase, Rosa se precipitó de un balcón y murió.

Un balcón, no una ventana como Scarlett había oído decir en su sueño. No era de extrañar que Julián no se mostrase más emocionado al ver todos aquellos balcones al inicio del juego. Eran cincuenta crueles recordatorios de su pérdida. Legend era un auténtico monstruo y, si Scarlett estaba en lo cierto, había preparado aquel juego para que fuese una retorcida repetición de la historia, o bien con Scarlett o bien con su hermana. «Un salto de fe, sin ninguna duda».

Con un escalofrío, a Scarlett le preocupó que se tratara justo de eso: que tuviese que saltar de un balcón para salvar a su hermana.

Se guardó aquella sospecha para sí mientras le hablaba a Julián sobre su sueño con Legend y el balcón.

—Creo que tenemos que buscar la última pista por los balcones.

Julián se pasó una mano por el pelo.

—Hay docenas de ellos, con diferentes entradas. No veo por qué va a ser un plan mejor.

—Entonces deberíamos ponernos a buscar ya mismo. —Esperándose una réplica, Scarlett prosiguió—: Ya sé que salir durante el día va contra las reglas, pero tampoco creo que Legend se atenga a ellas realmente. La posadera dijo que no podríamos participar si no entrábamos allí antes del amanecer de la primera noche, pero no mencionó el resto de las noches. —Bajó la voz por si acaso había alguien despierto entre la gente del pasillo—. Todas las puertas están cerradas para que los participantes crean que no pueden salir, pero nosotros sí podemos, por los túneles. Si nos vamos ahora mismo, podemos sacarles ventaja al conde y a mi padre, y tal vez podamos ganar el concurso.

—Ahora estás pensando por fin como una jugadora —sonrió Julián, aunque su sonrisa era tan plana como una línea en un cuadro.

Scarlett se preguntó si su audaz Julián también temía ahora a su padre, o si temía lo mismo que ella: que para salvar a su hermana, uno de ellos tuviese que dar un salto mortal.



La mano de Julián era lo único que le transmitía una sensación realmente sólida cuando emergieron de los túneles y se adentraron en un reino que parecía por completo distinto a la luz del sol del atardecer.

El cielo de Caraval era un difuminado cremoso de volutas de vainilla y mantequilla. Hacía pensar a Scarlett que el aire a su alrededor debía de saber como la leche azucarada y los sueños endulzados, pero lo único que percibía era polvo y neblina.

—¿Dónde quieres mirar primero? —preguntó Julián.

Los balcones rodeaban el perímetro completo del escenario del juego. Scarlett estiró el cuello en busca de un atisbo de movimiento o de cualquier cosa llamativa en alguno de los más cercanos, pero el manto de niebla le dificultaba la visión. A ras de suelo, las tiendas que por la noche parecían tan coloridas ahora presentaban un aspecto casi borroso. No tenían agua las enrevesadas fuentes que salpicaban casi cada rincón de cada calle. Aquel mundo era todo quietud, silencio y una niebla lechosa.

No había barcas de colores vivos recorriendo los canales, ni había nadie caminando por las vías de adoquines.

Scarlett se sintió como si se hubiese metido en un recuerdo apagado, como si la mágica ciudad hubiera quedado abandonada mucho tiempo atrás, y ella estuviese regresando para encontrarse con que nada era en absoluto como ella lo recordaba.

—Ni siquiera parece el mismo sitio. —Caminó un poco más cerca de Julián. Se había temido que, en el instante en que pusieran el pie en el exterior, alguien trataría de expulsarlos del juego, pero aquella realidad extraña y desvaída resultaba casi aterradora—. No alcanzo a ver ninguno de los balcones.

—No nos centremos en ellos, entonces. Quizá el salto de fe signifique algo distinto —comentó Julián—. Tú lo dijiste antes, creías que la pista tenía algo que ver con las rosas. ¿Hay algo más aquí que te recuerde a tu sueño con Legend?

Lo primero que ella pensó fue: «Legend se ha marchado de aquí». No veía ningún sombrero de copa, ningún pétalo de rosa, ningún color más vivo que el más pálido de los amarillos. Sin embargo, mientras sus ojos la dejaban en la estacada, sus oídos

captaron una suave melodía.

Sutil. Tan silenciosa que sonaba como un recuerdo, pero conforme Scarlett avanzaba con Julián, la música iba creciendo y convirtiéndose en algo más sólido y conmovedor. Surgía de la calle del tiovivo cubierto de rosas, el único lugar que no había invadido la niebla. Recordó que era también una de las pocas cosas que se habían mantenido en color cuando el resto del mundo se le quedó en blanco y negro.

De un color más intenso que la sangre recién derramada, el tiovivo parecía tener más vida que la última vez que Scarlett lo había visto. Era tal su esplendor, que no reparó en el hombre sentado al organillo. Era mucho más mayor que los demás trabajadores con los que se había tropezado, y tenía el rostro ajado, lleno de arrugas y un tanto triste, un reflejo de su música. Dejó de tocar en cuanto Scarlett y Julián se aproximaron, pero los ecos de su tonada permanecieron suspendidos en el ambiente como un perfume.

—Otra canción por un donativo. —El hombre puso la mano y alzó la mirada a Scarlett, expectante.

Ya le tenía que haber resultado asombroso la primera vez que vio al organista el hecho de que pidiese monedas en un lugar donde la gente rara vez las utilizaba.

Scarlett se volvió hacia Julián; no quería repetir el error que había cometido en la sombrerería.

—¿Te parece esto del estilo de Legend?

—Si por estilo de Legend entendemos tétrico e inquietante, entonces sí. —Con los párpados caídos, Julián lanzó una mirada al tiovivo sumergido en rosas y al hombre de tez rubicunda que estaba ante el organillo—. ¿Crees que esto nos llevará al balcón de tu hermana?

—No estoy segura, pero sí creo que nos llevará a algún sitio, definitivamente.

Aiko estaba en lo cierto cuando advirtió a Scarlett y a Julián de que cometían un error al entrar en la sombrerería. Era lógico creer que también había procurado ayudar cuando llevó a Scarlett a aquel tiovivo tan peculiar. Tal vez se tratase de una casualidad, pero aunque lo hubiera sido, dudaba que fuese también una coincidencia el hecho de haber regresado allí cuando no había nadie más y haberse encontrado con el organista esperándolos.

—Muy bien. Aquí tienes.

Julián se metió la mano en el bolsillo y sacó unas monedas.

Al recordar las palabras de Aiko, Scarlett añadió:

—¿Podrías tocar algo bonito para nosotros?

La canción que sonó a continuación no era bonita, salía raspando por los tubos del organillo como las últimas palabras de un moribundo, pero hizo que girara el tiovivo. Despacio, al principio, aunque hipnótico en su elegante movimiento. Scarlett podría haber permanecido allí de pie, mirando, toda la vida, pero en su sueño, justo antes de lanzarla por el balcón, Legend la había advertido de que no se quedara mirando.

—Vamos. —Soltó la mano de Julián y se subió de un salto a la plataforma

giratoria.

Él puso cara de querer impedírselo, pero la siguió al momento.

El tiovivo comenzó a girar más rápido, y no tardaron en encontrarse ambos en lugares opuestos, con los dedos sangrando mientras buscaban entre los rosales cubiertos de púas un símbolo que abriese un pasadizo con una escalera.

—¡Crimson, yo no veo nada! —gritó Julián sobre la música.

La melodía se volvía más ruidosa y desafinada cuanto más veloz giraba el tiovivo, y lanzaba más pétalos que ascendían por el cielo en un ciclón de rubí.

—¡Está aquí! —contestó Scarlett a voces. Lo presentía con cada pinchazo en el dedo. No habría tantas púas si no hubiese algo escondido debajo. Las púas protegían las rosas. De nuevo, tuvo la sensación de que había algo que aprender en aquel tiovivo, pero antes de poder descubrirlo, vio un sol con una estrella dentro y una lágrima dentro de la estrella. Estaba oculto bajo un rosal del tamaño de un poni pequeño, con la forma de un caballo semental que lucía un sombrero de copa.

Scarlett se agarró de los tallos de las flores para no caerse cuando se agachó y presionó con el dedo sobre el símbolo de Caraval. Un toque, y el emblema entero se llenó de sangre.

El tiovivo giró aún más rápido. Vueltas y más vueltas. Y, al girar en aquella danza destructiva, el centro desapareció y se convirtió en un círculo de oscuridad. Un agujero de un negro cielo privado de estrellas. Al contrario que en los demás pasadizos, esta vez no había escaleras. Scarlett no veía el fondo.

—Creo que tenemos que saltar.

Quizá se había equivocado al respecto del balcón, y aquel era el salto de fe.

—Espera… —Julián bordeó el agujero y la agarró de una de las manos ensangrentadas, antes de que Scarlett pudiera saltar.

—¡¿Qué estás haciendo?! —gritó ella.

—Quiero que te lleves esto. —Julián sacó un reloj de bolsillo con una cadena larga y circular y se lo puso en la mano a la fuerza—. En el interior de la tapa he grabado las coordenadas de un barco, justo frente a la costa de la isla.

Un renovado pánico hizo presa en Scarlett cuando la expresión de Julián se tornó más seria. Tenía toda la pinta de ser un adiós.

—¿Por qué me das esto ahora?

—Por si acaso nos separamos o por si sucede algo inesperado. El barco ya cuenta con tripulación; te llevará allá donde tú quieras… —Luego se calló, y por un instante pareció que las palabras se le hubieran quedado atrancadas en la garganta. Se le afligió el semblante cuando el tiovivo dio una sacudida y comenzó a detenerse, y el agujero empezó a menguar—. ¡Crimson, tienes que saltar ya!

Le soltó la mano.

El gesto de sus labios se volvió áspero, y le dio un aire a la vez triste y apesadumbrado.

—No queda tiempo para todas las cosas que me gustaría decirte.

Scarlett deseaba hacerle más preguntas. Quería saber por qué Julián, quien momentos antes le sostenía la mano como si no pensara soltarla jamás, de repente la miraba como si temiese que no volvería a verla. Pero el agujero negro ya se estaba cerrando.

—¡Por favor, no me obligues a utilizar esto sin ti! —Cogió la cadena y se la colgó del cuello.

Y saltó.

Mientras caía, le pareció escuchar a Julián, que le gritaba algo acerca de no fiarse de Legend, pero sus palabras quedaron amortiguadas por el rumor del agua, que rugía al darle la bienvenida a un río gélido.

Scarlett boqueó en busca de aire al tiempo que batía enloquecida los brazos con tal de no hundirse.

Se alegraba de encontrarse en el agua en lugar de haber aterrizado en una superficie de roca o en un lecho de cuchillos, pero aquella corriente era demasiado fuerte como para enfrentarse a ella. La absorbió y la arrastró por un recorrido que parecía eterno.

Tenía el cuerpo entero sumergido en el frío, pero se obligó a no dejarse llevar por el pánico. Podía con aquello. El agua no estaba intentando castigarla; se relajó hasta que disminuyó la fuerza de la corriente. Acto seguido, se abrió paso de vuelta a la superficie a base de brazadas e impulsos constantes y uniformes, y movió con fuerza las piernas hasta llegar a unos anchos escalones.

Parpadearon y cobraron vida unas minúsculas luces verdes tan infinitesimales como motas de polvo, y poco a poco se le fue acostumbrando la vista. Revoloteaban en el aire como si fueran luciérnagas, y proyectaban una iluminación de jade sobre dos estatuas de esteatita gris azulada que guardaban el acceso a los escalones.

Más del doble de altas que Scarlett y vestidas con unas túnicas que desaparecían bajo el agua, ambas figuras tenían las manos unidas en un gesto de oración silente. Pero aun cuando sus ojos estaban cerrados, sus rostros distaban de transmitir paz. Tenían la boca muy abierta, como si chillasen en una callada agonía mientras Scarlett se aupaba sobre la negra escalinata de esteatita.

—Estaba empezando a perder la fe en ti.

El clic de un bastón sonó sobre la escalera conforme se iban iluminando uno por uno los pulidos peldaños. Sin embargo, no fue la escalera ni los turbios lugares a los que conducían, sino el hombre joven del sombrero de copa de terciopelo lo que capturó toda la atención de Scarlett.

Apenas pestañeó, y ya lo tenía allí delante de ella, tendiéndole una mano para ayudarla a ponerse de pie.

—Cuánto me alegro de que por fin hayas llegado, Scarlett.



Scarlett recordó que no debía dejarse impresionar.

Sabía que Legend era una víbora. Una serpiente con frac y sombrero de copa seguía siendo una culebra. Daba igual que aquella serpiente fuese casi exactamente como ella se había imaginado a Legend.

Tal vez no fuese tan guapo como ella había creído, pero aun así, estaba hecho de una deslumbrante elegancia aliñada con intriga e ilusión y realzada por un centelleo en sus oscuros ojos que la hizo sentir como si la encantada fuera ella, cubierta de una magia que tan solo él pudiese ver.

Su aspecto era más joven de lo que a Scarlett le habría cabido pensar, unos pocos años mayor que ella, sin ni una arruga ni una cicatriz en el rostro. Debían de ser ciertos los rumores de que nunca envejecía. Llevaba puesta una media capa de color azul real que se quitó enseguida y se la colocó a Scarlett sobre los temblorosos hombros.

—Te sugeriría que te sacases la ropa mojada, pero ya me han dicho que eres más bien pudorosa.

—Yo prefiero no decirte lo que me han contado sobre ti —le soltó Scarlett.

—¡Oh, no! —Legend se llevó las manos al pecho en un fingido gesto de ofensa—. ¿La gente va por ahí diciendo maldades sobre mí?

Se echó a reír, un sonido denso, intenso, que rebotó por las paredes de la caverna como si hubiese una docena de Legend distintos y ocultos detrás de las piedras. El ruido continuó aun después de que dejase de reírse, y aquel eco tan horrible no cesó hasta que chasqueó los dedos. No obstante, allí permanecía la sonrisa de maníaco de Legend, temblorosa e inquieta, como si estuviese pensando en algún chiste que aún no le hubiera contado.

«Está loco».

Scarlett retrocedió lentamente al tiempo que su mirada se desplazaba a toda velocidad hacia el agua, donde Julián debería estar emergiendo detrás de ella, pero ahora el agua ni se movía.

—Si estás esperando a tu amigo, no creo que vaya a unirse a nosotros. Al menos

no todavía. —Las comisuras de sus labios adoptaron un gesto cruel, dejándola con una fría sensación de un violeta azulado que llegaba más hondo que la humedad que empapaba sus ropas.

—¿Qué le has hecho a Julián y a mi hermana?

—Qué lástima, de verdad —dijo Legend—. Eres tan teatral que habrías sido una intérprete fantástica.

—Eso no responde a mi pregunta —indicó Scarlett.

—¡Porque estás formulando preguntas incorrectas! —gritó Legend.

Al instante, se encontraba de nuevo delante de ella, más alto de lo que Scarlett había advertido y aún más loco que un momento atrás. Tenía los ojos negros por completo, como si las pupilas le hubieran devorado el blanco.

Scarlett se recordó que aquellos túneles que discurrían por debajo del juego le hacían cosas raras a la gente en la cabeza. Se mantuvo firme en el sitio sin inmutarse y repitió:

—¿Dónde están mi hermana y Julián?

—Ya te he dicho que esa no es la pregunta correcta. —Legend hizo un gesto negativo con la cabeza, como si le hubiese decepcionado—. Pero, ya que los traes a colación por segunda vez, siento curiosidad.

Si solo pudieras volver a ver a uno de ellos, a Julián o a tu hermana, ¿a cuál elegirías?

—Se han acabado los juegos para mí —dijo Scarlett—. He dado tu salto de fe, no he de responder ninguna pregunta más.

—Ah, pero las reglas dicen que tienes que encontrar a la chica antes de ganar de manera oficial. —Las luces verdes danzaban alrededor de la cabeza de Legend y le daban un brillo esmeralda a su piel clara. Era un hombre mágico sin lugar a dudas, pero en todos los sentidos equivocados—. ¿Te has planteado, siquiera, por qué se juega durante la noche?

—Si te contesto, ¿me dirás dónde encontrar a mi hermana?

—Si es que consigues hacerlo correctamente.

—¿Y si me equivoco?

—Te mataré, por supuesto. —Legend se rio, pero esta vez era una risa hueca, como una campana sin badajo—. No lo digo en serio. No hace falta que me mires como si me hubiese colado una noche a hurtadillas en tu casa y hubiese estrangulado a todos tus gatitos. Si respondes de manera incorrecta, haré que te reúnas con tu acompañante masculino, y juntos podréis seguir buscando a tu hermana.

Scarlett dudaba mucho que Legend mantuviese su palabra, pero le estaba bloqueando el paso a la escalinata que tenía delante, y a su espalda había un río que ella no confiaba en que condujese a nada bueno.

Intentó recordar lo que le había dicho Julián sobre Caraval en su primera noche allí: «Dicen que no quieren que nos encandilemos demasiado, pero ese es el objeto del juego».

—Supongo que el juego no sería lo mismo a la luz del día —respondió Scarlett—. La gente está convencida de que nadie ve las maldades que realizan en la oscuridad, los viles actos que cometen o las mentiras que cuentan como parte del juego. Caraval se desarrolla de noche porque a ti te gusta mirar y observar lo que hacen las personas cuando creen que no habrá consecuencias.

—No está mal —dijo Legend—. Aunque me inclino a pensar que a estas alturas ya te has dado cuenta de que lo que sucede aquí no es solo un juego, en realidad. —Bajó la voz hasta un susurro—: Una vez que la gente se marcha de esta isla, las cosas que han hecho no se deshacen sin más, por mucho que ellos deseen que se deshagan.

—Tal vez esa debería ser tu advertencia cuando entra la gente —le indicó Scarlett.

Legend se volvió a reír, y esta vez sonó casi de verdad.

—Qué terriblemente desafortunado es que esto vaya a terminar tan mal. Podrías haberme caído muy bien. —Le acarició el mentón con un frío nudillo.

Scarlett tuvo un leve resbalón al dar un paso atrás, nerviosa, mientras lanzaba otra inútil mirada a su espalda, hacia las aguas inmóviles.

—Ya he respondido a tu pregunta. Y bien, ¿dónde está mi amigo?

—Me asombra —respondió Legend—. Yo solo te he dicho la verdad, y tú ni siquiera me permites tocarte. Aun así, te crees enamorada de alguien que no ha hecho más que mentirte durante todo el concurso. Ese amigo tuyo te ha dicho que no te fíes de mí, pero tampoco te puedes fiar de él.

—Viniendo de ti, lo tomaré como un respaldo.

Legend suspiró con aire teatral, inclinando la cabeza hacia atrás.

—Ah, tan esperanzada y tan estúpida. Veamos cuánto le dura.

En aquel preciso instante se oyeron unos fuertes pasos por los escalones de arenisca a la espalda de Legend. Un momento después apareció Julián, perfectamente seco y, aparte de la herida que le había abierto el padre de Scarlett, del todo ileso.

—Justo hablábamos de ti —dijo Legend—. ¿Quieres decírselo tú, o lo hago yo? —Le brillaban los ojos, y esta vez no había en ellos la menor locura, en absoluto. Era la imagen del perfecto caballero con su sombrero de copa y su frac, cuerdo del todo y espantosamente victorioso.

A Scarlett le goteaba el agua del pelo por la nuca y se volvía ardiente allá donde le tocaba la piel.

No se podía creer que Legend hubiera cumplido su palabra, pero, más aún, no le gustaba cómo sonaba lo que acababa de decir ni la posesiva manera en que estaba mirando a Julián.

—Me da la sensación de que tu prometido no es más que un florero, pero tenía razón en una cosa —aseguró Legend—. Yo no le hago favores a nadie. No tendría ningún sentido tomarme tantas molestias para poner fin a tu compromiso tan solo para dejarte marchar de la isla con otro. Y ese es el motivo de que haya tenido a Julián trabajando para mí durante todo el juego.

«No». Scarlett oyó las palabras de Legend, pero se negaba a procesarlas. No quería creerlas. Miró a Julián, a la espera de algún tipo de señal de que todo aquello formaba parte de un engaño mayor.

Entretanto, el maestro de Caraval observaba a Julián como si fuese una de sus preciadas posesiones, y, para horror de Scarlett, él le sonrió en respuesta, con el brillo de los rectos bordes de sus dientes a la luz de las antorchas. Era la misma sonrisa perversa que vio por primera vez en la playa del Ojo; la mueca de alguien que acaba de hacerle a otro una jugarreta muy cruel.

—En un principio había pensado que eligieses a Dante —admitió Legend—. Pensaba que sería más tu tipo, aunque supongo que está bien que me equivoque de vez en cuando.

—¿Dante y su hermana también formaban parte del juego? —bufó Scarlett.

—No me digas que no fue un engaño brillante —dijo Legend—. E intenta no poner esa cara de enfado. Hice que alguien te avisara. Es más, dos veces te dijeron que no te creyeras nada.

—Pero… —Boquiabierta, Scarlett se volvió hacia Julián—. ¿Y tu hermana, Rosa? ¿Todo eso era mentira?

Por un instante casi le pareció que Julián daba un respingo ante el nombre de Rosa, pero cuando volvió a hablar, no había emoción en su voz. Hasta el acento le había cambiado.

—Hubo alguien con el nombre de Rosa, y murió tal y como te dije, pero no era mi hermana. No fue más que una infortunada chica que se dejó llevar demasiado por el juego.

Le temblaban las manos, pero aun así Scarlett se negaba a creerlo. No podía haber sido todo mentira, un simple juego para Julián. Hubo momentos que ella sabía que fueron de verdad. Continuó observándolo a la espera de ver algún temblor en alguna parte, un destello de emoción, una mirada que le dijese que el juego, en realidad, era aquella actuación con Legend.

—Supongo que se me da mejor de lo que imaginaba. —La sonrisa de Julián se volvió despiadada, una de esas sonrisas pensadas para destrozarle a alguien el corazón.

Sin embargo, el de Scarlett ya estaba roto. Su padre la destrozó durante años, y ella, una y otra vez, se lo había permitido. Había dejado que la hiciera creerse que no tenía ningún valor y que no podía hacer nada, pero ninguna de esas dos cosas era cierta. Para ella se había acabado lo de permitir que su temor la llevara a sentirse más débil, que le royese los huesos hasta no poder hacer nada más que gimotear y quedarse mirando.

—Sigo diciendo que me has hecho un favor —afirmó mientras se volvía de nuevo hacia Legend—. Tú mismo lo has dicho. Mi exprometido tiene más de objeto de decoración que de hombre, y estoy mucho mejor sin él. Ahora, devuélveme a mi hermana y déjanos volver a casa.

—¿A casa? ¿Todavía te queda un sitio adonde ir pasado mañana, ahora que has tirado todo tu futuro por la borda? ¿O… —Legend lanzó otro vistazo a Julián— lo dices porque sigues sumida en la ilusión de que él siente algo por ti?

Scarlett quería decirle que no era una ilusión. El Julián al que conocía se había dejado torturar por ella. ¿Cómo podría eso no ser real? Se negaba a creerlo, aun cuando él la contemplase como si fuera la chica más tonta del mundo. Y seguramente tenía razón.

No había caído en algo que había sido cierto hasta ese momento. Desde que Julián la trajo a la isla, su mirada había estado ahí, aquel centelleo; ya fuera de frustración, de enfado o de risa, siempre había algo en esa mirada que decía que alguna faceta de ella tocaba alguna fibra dentro de él.

Allí no había nada ahora. Ni siquiera pena. Por un peligroso instante, Scarlett dudó de que fuera cierto todo aquello en lo que ella creía.

Entonces lo recordó. «Por si sucede algo inesperado».

El reloj de bolsillo. La mano de Scarlett fue a parar a la fría pieza de joyería que le colgaba del cuello. Se le aceleró un poco el pulso al aferrarse a él y recordar las palabras de Julián en el tiovivo.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Legend.

—Nada —respondió Scarlett, pero pronunció aquella palabra con demasiadas prisas, y las manos del maestro de Caraval fueron más rápidas, abrieron el terciopelo de la capa azul que aún cubría los hombros de Scarlett, y los gélidos dedos sacaron el reloj.

—No recuerdo haberte visto esto antes. —Legend ladeó la cabeza hacia Julián—. ¿Un obsequio reciente?

Julián no negó nada mientras Legend abría aquel collar improvisado. Tic. Tic. Tic. El segundero del reloj ascendía camino de las doce, y una voz surgió del interior de la tapa. El volumen apenas superaba el de un susurro, pero Scarlett reconoció el timbre de Julián.

—Lo siento, Crimson. Ojalá pudiera decirte qué es lo que siento, pero las palabras… —Se detuvo durante varios tics de tensión mientras el segundero continuaba su vuelta por los números. Acto seguido, como si este le hubiese dado cuerda, la voz de Julián se reprodujo—: No era solo un juego para mí.

Espero que puedas perdonarme.

Había un tic nervioso en la comisura del ojo de Legend cuando cerró de golpe la tapa del reloj y se dirigió a Julián.

—No recuerdo que esto formara parte de ningún plan. ¿Te importaría darme una explicación?

—Creo que se explica bastante bien por sí solo —respondió Julián, que se volvió de nuevo hacia Scarlett con aquella mirada que ella había estado buscando, sus ojos pardos cargados de todo tipo de tácitas promesas.

Él había querido decirle la verdad, pero cualquiera diría que le resultaba

físicamente imposible, como si algún hechizo o encantamiento no le permitiese pronunciar las palabras. Aun así, continuaba siendo aquel Julián suyo. Scarlett sentía que los añicos de su baqueteado corazón se atrevían a moverse para unirse de nuevo. Y habría sido un momento muy bello si Legend no hubiera decidido escoger aquel preciso instante para sacar un cuchillo y apuñalar a Julián en el pecho.

—¡No! —gimió Scarlett.

El chico se tambaleó, y el universo entero pareció escorarse y balancearse con él. Las luces de jade de la cueva se volvieron pardas.

Scarlett corrió a su lado mientras la sangre le borboteaba entre los preciosos labios.

—¡Julián! —Se arrodilló cuando él se cayó al suelo de la caverna.

Legend no le había alcanzado el corazón, pero sí debía de haberle perforado uno de los pulmones.

Había sangre. Mucha sangre, muchísima. Aquella debía de ser la razón de que él la contemplase con tanta frialdad, sin hacer ningún esfuerzo por mostrar la verdad ni con una simple mirada. Julián sabía que Legend lo castigaría por su traición.

—Julián, por favor… —Scarlett cubrió la herida con las manos y se las empapó de rojo por segunda vez aquel día.

—Está bien —tosió él con más sangre que le manchaba la boca—. Seguramente me lo merecía.

—¡No digas eso! —Scarlett se arrancó la capa de los hombros y la presionó con fuerza contra el pecho de Julián en un intento por cortar la hemorragia—. Yo no lo creo, ni tampoco creo que esto deba acabar así.

—Entonces no permitas que acabe aquí. Ya te lo he dicho… no merezco que llores. —Julián levantó el brazo para apartarle una de las lágrimas, pero la mano se le volvió a caer antes de tocarla.

—¡No! No te rindas —le suplicó Scarlett—. Por favor, no me dejes. —Tenía muchas otras cosas que quería decirle, pero se temía que si se despedía de él, a Julián le resultaría más sencillo dejarse ir—. No puedes abandonarme. ¡Me dijiste que me ayudarías a ganar el concurso!

—Te mentí… —Le temblaron los ojos—. Yo…

—¡Julián! —chilló Scarlett, y empujó con más fuerza sobre su pecho al ver que era más la sangre que empapaba la capa y le cubría las manos—. Me da igual que mintieses. Si no te mueres, te lo perdonaré todo.

Los ojos de Julián se cerraron, como si no la oyese.

—Julián, por favor, no dejes de luchar. Llevas el concurso entero peleándote conmigo, no pares ahora.

Lentamente, sus párpados se abrieron. Por un instante pareció como si regresara con ella.

—Te mentí sobre la herida que me hice en la cabeza —farfulló—. Quería que recuperases los pendientes, pero el hombre era más fuerte de lo que aparentaba… Me

metí en un pequeño lío. Aunque mereció la pena por verte cara… —El fantasma de una sonrisa le movió los labios—. Debería haberme mantenido lejos de ti… pero de verdad quería que lo lograras… quería que…

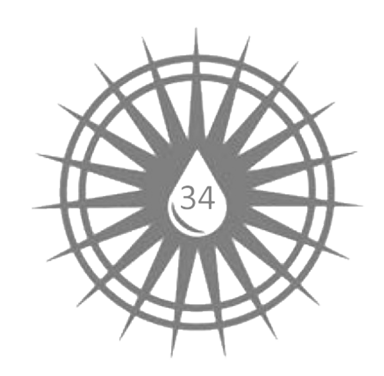
La cabeza de Julián cayó hacia atrás.

—¡No! —Bajo sus manos, Scarlett sintió que el pecho del joven se desinflaba una última vez—. Julián. Julián. ¡Julián!

Hizo fuerza con las manos sobre su corazón, pero nada se movía.

Scarlett no sabía cuántas veces había repetido su nombre. Lo dijo como una oración. Una súplica.

Un susurro. Un adiós.



Scarlett jamás había querido un segundo para hacer un alto, para bajar el ritmo hasta un deslizar tan lento que un solo latido se prolongase un año entero, un aliento se extendiese por toda una vida, y un roce pudiese durar una eternidad. Por lo general, ella deseaba lo contrario, que el tiempo se acelerase, que se lanzase a la carrera para así poder escapar de cualquier dolor actual y avanzar a un nuevo e inmaculado momento.

Sin embargo, ella sabía que cuando se acabara aquel preciso instante, el siguiente ya no le parecería renovado, ni intensamente prometedor de cara al futuro. Estaría incompleto, carente, vacío, porque Julián no permanecería en él.

Las lágrimas de Scarlett cayeron más pesadas al sentir morir a Julián, sus músculos perder la tensión, su cuerpo cada vez más frío, su piel adquirir una grisácea palidez que no tenía vuelta atrás.

Sabía que Legend lo estaba observando, que obtenía de su dolor un morboso placer. Sin embargo, una parte de ella no soportaba desprenderse de Julián, como si de un modo milagroso pudiese volver a respirar, o latir una sola vez. En una ocasión le dijeron que las emociones y los anhelos alimentaban la magia que hacía posible un deseo, pero, o bien Scarlett no sentía lo suficiente, o las historias que le habían contado sobre los deseos estaban hechas a base de mentiras.

O, quizá, Scarlett estaba pensando en las historias incorrectas.

La esperanza es algo muy poderoso. Hay quien dice que es una especie de magia completamente distinta. Esquiva, difícil de aprehender, pero tampoco es una gran cantidad lo que se necesita.

Y Scarlett no disponía de mucha, tan solo el recuerdo de un poema escrito con torpeza.

> Con Legend fue vista la chica por última vez.
> Si la atrapas a ella, a él lo atraparás también.
> Quizá tengas que adentrarte en el infierno.
> Pero si lo consigues, tal vez te veas rica.

Y ESTE AÑO SE LE CONCEDERÁ UN DESEO AL GANADOR.

Por un momento, Scarlett se había olvidado de aquel deseo, pero si conseguía encontrar primero a Tella y pedir después la vida de Julián como deseo, tal vez pudiera acabar con un final feliz después de todo. La posibilidad de que cualquier cosa volviese a ser feliz de nuevo se le antojaba casi tan irreal como un deseo, pero esa era la única esperanza que le quedaba.

Al levantar la vista, preparada para volver a exigir la ubicación de su hermana, se dio cuenta de que Legend se había desvanecido. Todo lo que había dejado era el reloj de bolsillo de Julián y su propio sombrero de copa de terciopelo, que descansaba sobre una carta oscura.

Unos pétalos de rosa negra cayeron al suelo cuando Scarlett recogió la nota, que tenía una pátina en negro ónice en el borde, una sombra de la primera carta que le envió Legend.

El puño de Scarlett se cerró en torno a la carta. Aquello era más que simple locura. Aquello era una especie de perversión que ella no entendía. Ni siquiera estaba segura de querer comprenderla.

De nuevo, le sobrevino la sensación de que aquello era algo personal, de que consistía en algo más que el sórdido pasado de Legend con su abuela Anna.

A su espalda, el agua empezó a correr otra vez. No sabía si aquello significaba que llegaba alguien más. Odiaba abandonar el cuerpo de Julián —se merecía mucho más que quedarse abandonado en una cueva—, pero si pretendía salvarlo, tenía que acabar con aquello, encontrar a Tella y conseguir aquel deseo.

Scarlett alzó la mirada y vio más luciérnagas de jade que se desplazaban como una cortina de humo resplandeciente para iluminar un desvío en la escalera ante ella.

Estimada señorita Dragna:

Se requiere su presencia en el funeral de Donatella Dragna, mañana, una hora después del amanecer. A menos que consiga usted impedir su muerte.

Sinceramente suyo,

Legend

P. D.: Le recomiendo que tome la escalera a su derecha.

Legend le había recomendado la de la derecha. Scarlett se imaginó que ya sabría que no iba a fiarse de él, así que era bastante posible que le hubiese dicho la verdad tan solo por eso. Sin embargo, era lo suficiente astuto para saber que ella también lo

habría pensado.

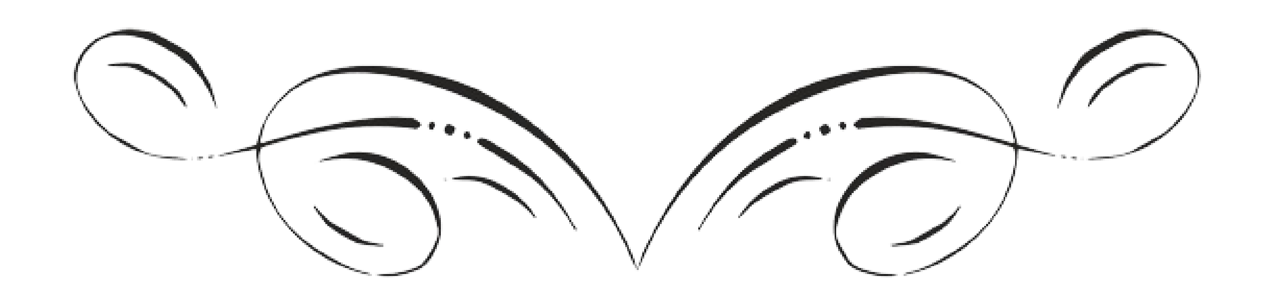
Arrancó hacia la escalera de la izquierda para cambiar de opinión en el último segundo, al recordar lo que Legend había afirmado acerca de decir la verdad. Rara vez le contaba su padre toda la verdad, aunque raro era también que le contase una burda mentira. El gobernador se guardaba las mentiras para aquellos momentos en que eran más importantes. Scarlett se figuró que Legend obraría del mismo modo.

Se obligó a correr escaleras arriba, un bucle detrás de otro y de otro más, mientras se acordaba de todas las escaleras que había subido con Julián. En cada tramo luchaba contra las lágrimas y la fatiga, y cuando lograba no echarse a llorar por Julián, se imaginaba que se encontraba a Tella del mismo modo en que lo había dejado a él: cuerpo inmóvil, corazón detenido, ojos de mirada vacía.

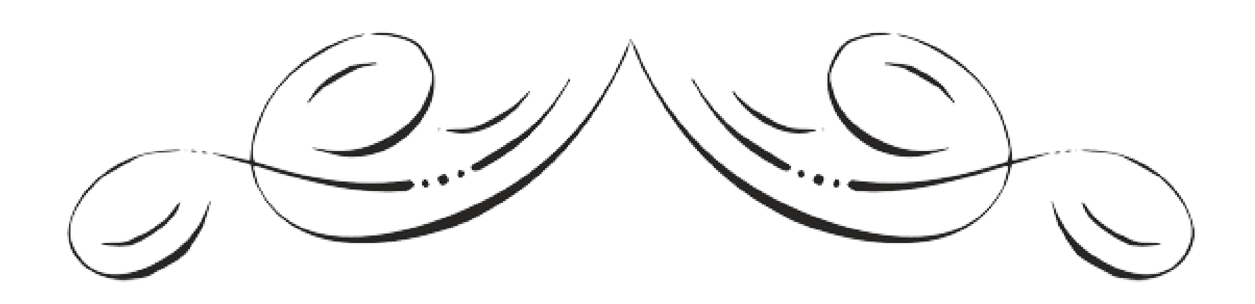
Sintió más leve el mundo una vez que llegó a lo alto de la escalera. El sudor le empapaba el vestido, y las piernas le quemaban y le temblaban. De haber escogido la escalera incorrecta, no se imaginaba con fuerzas para bajar corriendo y volver a subir después.

Ante ella había una escalera enclenque que conducía hasta una pequeña trampilla cuadrada. Scarlett perdió el paso varias veces al subirla. No tenía la menor idea de lo que se encontraría al otro lado. Sintió calor. Se oía también un crepitar. Un fuego, sin duda.

Se tambaleó contra la escalera y rezó por que fuese una simple lumbre en la chimenea, no una habitación entera en llamas. Respiró hondo al tirar de la trampilla.



QUINTA NOCHE, LA ÚLTIMA DE CARAVAL





Luz de las estrellas por doquier.

Constelaciones que Scarlett jamás había visto cubrían la bóveda de un vasto cielo negro. El universo era un balcón sin barandillas y con una extensión de ónice luminoso por suelo, con unos divanes acolchados de excesivo tamaño y del color del polvo de estrellas, además de cinco pequeños fosos de los que surgían unas llamas azules incandescentes.

Allí, por encima del resto del mundo, tendría que haber hecho frío, pero la sensación del aire era cálida cuando Scarlett salió a rastras por la trampilla con el leve tintineo de los botones de su vestido contra el suelo pulido. Todo en aquel lugar hedía a Legend, incluso el olor de los fosos de fuego, como si la leña estuviese hecha de terciopelo y algo ligeramente dulce. El aire transmitía una sensación suave y venenosa. Cerca de la pared del fondo de la habitación, una enorme cama negra con una montaña de cojines oscuros como las pesadillas se reía de ella. Scarlett no sabía qué uso le daba Legend a aquel cuarto, pero su hermana no estaba por ninguna…

—¿Scar?

Una figura menuda se incorporó en la cama. Sus rizos rubios como la miel rebotaban alrededor de un rostro que podría haber sido angelical de no ser por su diabólica sonrisa de oreja a oreja.

—¡Mi querida hermana! —chilló Tella mientras saltaba de la cama y atrapaba a Scarlett en un abrazo antes de que esta hubiera recorrido medio camino por la habitación.

Y cuando envolvió a Scarlett con la ferocidad de sus brazos, la hizo creer que los finales felices eran posibles. Su hermana estaba viva. Su tacto era el de la suavidad, los rayos del sol y las semillas para cultivar sueños.

Ahora, Scarlett solo tenía que traer de vuelta a Julián.

Se apartó de Tella únicamente para asegurarse de que en realidad era su hermana, quien la abrazaba a menudo, pero por lo general no con tanto entusiasmo.

—¿Estás bien? —Miró a su hermana de arriba abajo en busca del rastro de algún corte o una magulladura. Scarlett no podía permitir que su emoción la hiciese olvidar

por qué estaba allí—. ¿Te han tratado bien?

—¡Oh, Scar! Siempre tan agobiada. Cuánto me alegro de que por fin estés aquí. Por una vez me estaba empezando a inquietar. —Tella respiró hondo, o quizá fuese una tiritona, ya que vestía solo un camisón celeste muy fino—. Estaba comenzando a temer que no vinieses nunca… y no es que no se esté en la gloria aquí arriba.

Tella abrió los brazos para abarcar todas las estrellas, que parecían lo bastante próximas como para agarrarlas y guardárselas en el bolsillo. Tan cerca, en la mente de Scarlett. Como ese reborde que rodeaba el balcón, tan bajo, tan pegado al suelo que casi no formaba una barrera de ninguna clase. Una prisión camuflada para parecer la *suite* principal con unas vistas grandiosas.

—Tella, cuánto lo siento.

—No pasa nada —dijo Tella—. Es solo que me estaba aburriendo como una ostra.

—Aburriéndote… —A Scarlett se le atragantó la palabra. No se imaginaba que Caraval hubiese cambiado a su hermana tanto como la había cambiado a ella, pero ¿aburrirse?

—No me malinterpretes, que ha tenido sus cosas buenas, y me han tratado bien… ¡Madre del amor hermoso! —Los redondos ojos de Tella se abrieron de par en par al descender sobre las manos y el vestido ensangrentado de Scarlett—. ¿Qué ha pasado? ¡Tienes sangre por todas partes!

—No es mía.

Sintió un nudo en la garganta al mirarse las manos. Una sola gota le había dado un día de la vida de Julián. Le dolía pensar en cuántos días tenía desparramados por todo su cuerpo. «Días que él debería haber vivido».

Tella hizo una mueca.

—¿De quién es la sangre?

—Prefiero no contártelo aquí mismo. —Scarlett se detuvo ahí sin saber muy bien qué decir. Tenían que salir de allí, alejarse de Legend, pero ella también necesitaba volver a encontrarlo si pretendía recoger su premio y salvar a Julián—. Tella, tenemos que irnos. —Pondría a salvo a su hermana, y después regresaría a por el deseo—. Vístete rápido; no te lleves nada que nos ralentice. Tella, ¿por qué no te mueves? ¡Que no tenemos mucho tiempo!

Pero Tella no movía un dedo. Allí seguía de pie con su frágil camisón celeste, un ángel arrugado que contemplaba a Scarlett con enormes ojos de preocupación.

—Ya me advirtieron que esto podría pasar. —Tella bajó la voz y utilizó ese horrible tono habitualmente reservado para los niños o las personas mayores que no entran en razón—: No sé adónde crees que tenemos que huir, pero está bien. El juego se ha acabado. Esta habitación es el final, Scar. Te puedes sentar y respirar tranquila. —Su hermana trató de acompañarla a uno de aquellos divanes acolchados tan absurdos.

—¡No! —Se apartó Scarlett—. Quien sea que te advirtiera de eso te mintió.

Nunca ha sido solo un juego. No sé qué te han contado a ti, pero estás en peligro… las dos lo estamos. Padre está aquí.

Tella arqueó las cejas, aunque enseguida suavizó su expresión, como si no estuviera en absoluto alarmada.

—¿Seguro que no ha sido una especie de ilusión óptica?

—Estoy más que segura. Tenemos que salir de aquí. Tengo un amigo… —Scarlett no podía decir el nombre de Julián, apenas era capaz de decir la palabra *amigo*, pero se obligó a mantenerse fuerte por Tella—. Mi amigo tiene un barco que nos va a llevar allá donde nosotras queramos ir. Como tú siempre quisiste.

Scarlett alargó la mano hacia su hermana, pero esta vez fue Tella quien retrocedió y frunció los labios.

—Scar, por favor, escucha lo que estás diciendo. Has estado viendo visiones. ¿No recuerdas la advertencia que te hicieron al llegar, que no te dejaras llevar demasiado lejos?

—¿Y si te digo que el concurso de este año es distinto? —profirió Scarlett y, tan rápido como pudo, trató de explicarle la historia de Legend con su abuela—. Nos ha traído aquí para vengarse. Ya sé que te han tratado bien, pero, sea lo que sea lo que te ha dicho, es mentira. Tenemos que marcharnos.

Mientras hablaba, la expresión de su hermana fue cambiando. Empezó a mordisquearse el labio inferior, aunque Scarlett no sabía si era porque temía por las vidas de ambas o por su cordura.

—¿De verdad te lo crees? —le preguntó Tella.

Scarlett asintió y esperó con desesperación que su vínculo de hermanas acabase por imponerse a las dudas de Tella.

—Ya sé cómo suena, pero yo misma he visto la prueba.

—Muy bien, vale. Dame un momento.

Tella se marchó con prisas y desapareció detrás de la larga cortina negra de un vestidor junto a la cama mientras Scarlett se esforzaba en empujar uno de los divanes hasta que cubrió la trampilla e impidió el paso desde la escalera que ella había utilizado para llegar hasta allí. Cuando terminó, Tella reapareció cubierta con una bata de seda azul, con un paño en una mano y una palangana con agua en la otra.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Scarlett—. ¿Por qué no te pones algo decente?

—Siéntate. —Tella hizo un gesto hacia uno de aquellos trastos acolchados tan numerosos—. No estamos en peligro, Scar. Sea lo que sea eso que temes, ya sé que crees que es real, pero en eso consiste todo Caraval. Se supone que todo tiene que parecer de verdad, pero nada lo es. Ahora, siéntate para que te lave un poco la sangre. Te sentirás mejor cuando estés limpia.

Scarlett no se sentó.

Tella estaba utilizando otra vez aquel tono de voz, ese para los niños desquiciados y los adultos que deliran. Tampoco es que Scarlett pudiera culparla por ello; si ella no

se hubiese encontrado cara a cara con su padre, y si no hubiese visto morir a Julián, si no hubiera notado cómo se le paraba el corazón, sentido el calor de su sangre en las manos ni visto cómo se le escapaba la vida, quizá habría sido capaz de dudar que fuese real.

Ojalá pudiera ella dudarlo.

—¿Y si pudiera demostrarlo? —Scarlett sacó la invitación al funeral—. Legend me ha dejado esto justo antes de subir aquí. —Le puso de golpe la invitación a Tella en la mano—. Míralo tú misma.

¡Piensa matarte!

—¿Por la abuela Anna? —Tella fruncía el ceño mientras leía. Acto seguido pareció reprimir una carcajada—. Oh, Scar, me parece que te has tomado esta carta a la tremenda.

Tella sofocó otra risita al devolverle la nota. Lo primero que le llamó la atención a Scarlett fueron los bordes. Ya no eran negros, estaban fileteados en oro, y la letra también había cambiado.

Estimada señorita Dragna:

Como mi invitada especial, me gustaría que asistiera usted con su hermana a una fiesta por lo general reservada para mis intérpretes de Caraval. Comenzará una hora después del amanecer. Me consta que no soy el único que espera verlas allí a las dos.

Sinceramente,

Legend.



—No hay nada amenazador en esto —se rio Tella—. No, a menos que te ponga nerviosa la idea de que le gustes a Legend, ¿no?

—¡No! Eso no es lo que decía antes. Era una invitación a un funeral, a tu funeral. —Scarlett miró a Tella con ojos de súplica—. No estoy loca —insistió—. Esta nota era diferente cuando la he leído en los túneles.

—¿En los que hay bajo el juego? —La interrumpió Tella—. ¿No son esos los túneles donde la gente enloquece?

—Eran unos túneles distintos. Te lo juro, Tella, no estoy loca. La nota decía que ibas a morir mañana a menos que yo fuera capaz de impedirlo. Por favor, aunque no me creas, necesito que lo intentes.

Tella debió de notar su desesperación.

—Déjame ver ese papel otra vez.

Scarlett se lo volvió a entregar. Esta vez, su hermana examinó la invitación con particular detalle, la sostuvo cerca de uno de los fosos de fuego, pero dio igual lo que hiciese, el texto no cambiaba.

—Tella, lo juro, era para un funeral, no una fiesta.

—Te creo —dijo Tella.

—¿Me crees?

—Bueno, me imagino que será igual que las entradas que recibiste en Trisda, que cambian bajo una cierta luz, pero, Scar… —Una vez más aquel tono de voz tan dolorosamente medido—. ¿No podría ser parte del juego, sin más, un recurso para hacerte subir aquí porque estabas tardando mucho? Y ahora que estás aquí: ¡tachán! La nota ha pasado de ser una amenaza a una recompensa. Dime, ¿qué te parece más lógico?

Tal y como lo decía Tella, sonaba muy razonable, y, oh, qué ganas tenía Scarlett de que estuviera en lo cierto. Sabía lo engañosos que podían ser los túneles, y también Legend, pero él no era la única amenaza.

—Tella, aunque no te lo creas, te juro que padre está aquí. Te está buscando, nos está buscando a las dos, ahora mismo. Y confía en mí cuando te digo que su presencia

no es un espejismo mágico de Caraval.

Está aquí con el conde Nicolas d'Arcy, mi prometido. Para escapar, tuve que dejar fuera de combate a D'Arcy con un elixir de protección y después atarlo a la cama. Estoy segura de que te puedes imaginar lo furioso que se pondrá padre si nos encuentra.

—¿Has atado a tu prometido a la cama? —se rio Tella por lo bajo.

—¡No tiene ninguna gracia! ¿Es que no has oído lo que te he dicho que va a pasar si padre nos encuentra?

—¡Scar, no sabía que se te daba tan bien! Me pregunto en qué más te habrá cambiado el juego. —Se agrandó la sonrisa de Tella, que parecía realmente asombrada e impresionada, algo que podría haber agradado a Scarlett de no esperar ella, por el contrario, que se asustara y le entrase el pánico.

—Esa no es la cuestión. He tenido que hacerlo porque padre me iba a obligar a… —La vergüenza le cerró la garganta al tratar de pronunciar aquellas palabras. Pensar en lo que su padre había tratado de imponerle no la hacía sentir precisamente como un ser humano. Más bien como un objeto.

El semblante de Tella se endulzó. Rodeó con los brazos a Scarlett y la estrechó de un modo que solo una hermana podía hacerlo. Feroz como un gatito al que le acaban de salir las zarpas, dispuesta a hacer jirones el mundo entero con tal de enderezar aquello. Y por un instante Scarlett pensó que así sería.

—¿Ahora me crees? —le preguntó.

—Creo que esta semana has pasado por una pequeña locura, pero ya se ha terminado. Nada de eso era real. —Tella apartó un bucle oscuro del rostro de Scarlett —. No tienes que preocuparte, hermana. Y —añadió—, algún día, padre pagará por sus pecados. Todas las noches rezo por que descienda un ángel y le corte las manos para que no vuelva a hacerle daño a nadie.

—No creo que los ángeles hagan eso —masculló Scarlett.

—Tal vez no lo hagan los del cielo, pero hay distintos tipos de ángeles. —Tella se apartó y abrió los labios en una sonrisa forjada de esperanzas, de sueños y de otras cosas traicioneras.

—No me digas que estás pensando en cortarle las manos a padre tú misma.

—Después de esta noche, no creo que las manos de padre sigan siendo un problema, al menos para nosotras. —En los ojos de Tella titilaba el mismo resplandor peligroso de su sonrisa—. No he estado sola todo el tiempo aquí arriba. He conocido a alguien. Lo sabe todo sobre nuestro padre, y ha prometido cuidar de nosotras, de las dos.

Tella resplandecía, más deslumbrante que la luz de las velas y la purpurina de cristal, con ese tipo de gozo que solo podía significar algo terrible.

Cuando su hermana dijo que se había «aburrido», Scarlett se atrevió a albergar la esperanza de que Legend no hubiese tenido ningún efecto en ella, pero, a decir de su tono de voz y del aspecto que tenía justo en aquel instante, Scarlett se temió que sí lo

hubiese hecho: hasta el último atisbo de razón había desaparecido de su mirada. La expresión de Tella se había vuelto soñadora de un modo tal que decía que o bien estaba enamorada o bien estaba loca.

—No puedes confiar en él —le soltó de golpe Scarlett—. ¿Es que no has prestado atención a nada de lo que te he dicho? Legend nos odia. ¡Es un asesino!

—¿Quién ha dicho nada sobre Legend?

—¿No es de él de quien estás hablando?

Tella puso una cara divertida.

—Jamás lo he visto siquiera.

—Pero si has estado aquí arriba, en esta torre. En su torre.

—Ya lo sé —dijo Tella—, y no te haces una idea de lo irritante que ha sido observar a todo el mundo ahí abajo, mientras yo estaba encerrada aquí arriba. —Con cara enfurruñada, recorrió con la vista el balcón sin barandilla.

Estaban a no menos de tres metros y medio del borde, pero Scarlett no se sintió segura. Seguía siendo demasiado fácil saltar. Tal vez no fuese Legend quien había seducido a Tella, pero sabiendo que el maestro de Caraval le había puesto a Dante y a Julián en su camino, Scarlett no podía imaginarse que este nuevo pretendiente de su hermana fuese distinto en absoluto: el chico perfecto para volverla loca.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Scarlett.

—Daniel DeEngl —le contó Tella—. Es un lord bastardo del Imperio del Extremo Norte. ¿No te parece terriblemente maravilloso? Te va a encantar, Scar, allí arriba tienen castillos, con sus fosos, sus torres y todo tipo de cosas dramáticas.

—Pero si has estado aquí arriba todo el tiempo, ¿cómo es que habéis llegado a conoceros?

—No he estado aquí arriba todo el tiempo. —Las mejillas de Tella adquirieron el más leve sonrojo, y Scarlett recordó la voz masculina que oyó procedente de la habitación de Tella al acabar aquella primera noche—. Estaba con Daniel cuando me raptaron para el juego. Hasta trató de enfrentarse a ellos, pero también se lo llevaron a él. —Sonrió como si aquello fuese lo más romántico que jamás le hubiera sucedido.

—Tella, esto está mal —dijo Scarlett—. No puedes estar enamorada de alguien a quien acabas de conocer.

Tella dio un respingo, y el tono de sus mejillas se intensificó en un rojo más airado.

—Sé que has pasado por mucho, así que no te insistiré en que tú te ibas a casar con alguien a quien no habías visto nunca.

—Eso era distinto.

—Ya lo sé, porque, al contrario que tú, yo sí conozco a mi prometido.

—¿Has dicho «prometido»?

Tella asintió con orgullo.

—No lo dices en serio —aseguró Scarlett—. ¿Cuándo te ha pedido que te cases con él?

—¿Por qué no te alegras por mí?

La expresión de Tella se vino abajo, como una marioneta que Scarlett hubiese dejado caer.

Scarlett se mordió la lengua y reprimió sus cinco primeras respuestas.

—Scar, ya sé que he rezado por cosas horribles, el tipo de cosas que no hacen los ángeles, pero también he rezado pidiendo algo exactamente como esto. Tal vez sea capaz de conseguir que un chico venga detrás de mí hasta una bodega, pero, hasta Daniel, yo no le había importado de verdad a nadie.

—Estoy segura de que ese tal Daniel tiene toda la pinta de ser maravilloso —dijo Scarlett con delicadeza—, y quiero alegrarme por ti, de verdad que sí, pero ¿no te parece demasiada coincidencia?

No dejo de pensar en que Legend podría estar jugando a algo distinto contigo, ¿y si este Daniel es parte de ello?

—No lo es —indicó Tella—. Ya sé que tú no tienes mucha experiencia con los hombres, pero yo sí, y créeme cuando te digo que mi relación con Daniel es muy real. —Retrocedió un paso largo, con los pies pálidos sobre el oscuro suelo de ónice, y cogió una campanilla de plata de uno de los divanes acolchados.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Scarlett.

—Estoy llamando a Daniel para que lo puedas conocer y juzgar por ti misma.

Se abrió la puerta y apareció Jovan, con el aspecto de un arcoíris vestida con el mismo atuendo colorido que lucía la primera noche, montada en el monociclo.

—Ah, hola —se animó al ver a Scarlett—. Por fin has encontrado a tu hermana.

—No te puedes fiar de ella —le susurró Scarlett a Tella—. Trabaja para Legend.

—Por supuesto que trabaja para Legend —respondió esta—. Jo, disculpa a mi hermana, sigue con la cabeza metida en el juego. Cree que Legend viene a matarnos a las dos.

—¿Estás segura de que se equivoca? —Jovan le guiñó un ojo como si estuviese de broma, pero cuando su mirada se desplazó sobre Scarlett, toda su jovialidad se desvaneció.

—¿Has visto eso? —exclamó Scarlett—. ¡Lo sabe!

Tella no le hizo caso.

—¿Puedes traerme aquí a lord DeEngl, por favor?

Antes de que Scarlett pudiera quejarse, Jovan asintió y desapareció por donde había llegado, por una puerta oculta en la pared del fondo.

—Tella, por favor —le suplicó Scarlett—. Tenemos que salir de aquí. No te haces una idea de lo peligroso que es esto. Aun en el caso de que no te equivoques con Daniel, este sigue sin ser un lugar seguro. Legend no os dejará estar juntos.

Scarlett hizo una pausa y expuso las manos, le mostró toda aquella valiosa sangre una vez más.

—Mira… ¿lo ves? —Se le quebró la voz—. Esto es real. Antes de subir aquí, he visto cómo Legend mataba a alguien…

—O has creído verlo —la interrumpió Tella—. Fuera lo que fuese lo que creíste ver, estoy segura de que no era real. Se te sigue olvidando que todo cuanto pasa ahí abajo forma parte del juego. Y no voy a huir corriendo de Daniel porque tú te hayas dejado llevar en exceso por él. —La boca de Tella formaba una leve curva descendente—. No sé de nadie que me quiera más que tú, Scar, sin ti me quedaría desconsolada. Por favor, no me abandones ahora, y no me pidas que abandone a Daniel. —Los labios de la joven se fruncieron un poco más—. No me obligues a escoger entre los dos amores de mi vida.

«Dos amores». Scarlett sintió una punzada en el corazón ante las palabras que había elegido su hermana. De golpe, se encontraba de nuevo en los escalones, viendo caer hacia atrás la cabeza de Julián antes de que se detuviese su aliento. Tenía que hallar la manera de traerlo de vuelta, pero también tenía que sacar a su hermana de aquella torre de forma segura y alejarla de aquel balcón.

—Bien —dijo Tella animada, como si todo hubiera quedado claro por más que Scarlett no hubiese dicho una palabra—. ¡Ayúdame a ponerme guapa para lord Daniel! —Se fue dando saltitos hacia la zona de su vestidor—. A lo mejor te quieres asear tú también —le indicó a voces a su hermana—. Tengo varios vestidos que te quedarían espectaculares.

La noche seguía oscureciéndose mientras Scarlett permanecía anclada en el sitio.

Era consciente del aspecto de medio muerta que tenía, y sintió la tentación de conservarlo. Le gustaba la idea de aterrorizar al prometido de Tella. A Scarlett le gustaba todavía más la idea de marcharse, pero su hermana no era de las que saldrían corriendo detrás de ella si lo hiciese. ¿Y si Tella tuviese razón? Quizá fuera presuntuoso asumir que el concurso entero giraba en torno a ellas dos. Si su hermana estaba en lo cierto y Scarlett echaba aquello a perder, desde luego que Tella jamás se lo perdonaría.

Ahora bien, si Scarlett no estaba loca y Julián estaba realmente muerto, entonces tenía que reclamar su deseo y salvarlo.

Detrás de la cortina del vestidor de Tella había un ropero y numerosos baúles rebosantes de todo tipo de ropa. Scarlett veía a su hermana debatirse entre diversos vestidos.

Con un poco de suerte, después de conocer al tal Daniel, Scarlett podría pensar en alguna forma de convencer a Tella de que se marchase con ella. Mientras tanto, se quedaría a su lado y averiguaría el modo de que Legend le diera su deseo.

—El lavanda —aseguró Scarlett—. El azul es siempre el que mejor te queda.

—Sabía que te quedarías —dijo Tella—. Toma, este es para ti, te dará un aire muy dramático con tu cabello oscuro y ese mechoncito nuevo. Perdona, pero no tengo zapatillas de tu talla. Tendrás que dejar que se te sequen las botas.

Le dio un vestido de color arándano con una vaporosa falda de fiesta, más larga por detrás que por delante y cubierta de cuentas rojas con forma de lágrima.

Aquel vestido hacía juego con la sangre de las manos de Scarlett. Cuando por fin

se las lavó, se juró una vez más que encontraría la manera de traer de vuelta a Julián. Ninguna otra herida le mancharía las manos aquella noche.

—Prométeme una cosa —pidió Scarlett—. Pase lo que pase, júrame que no vas a tirarte de ningún balcón.

—Solo si tú me prometes que no vas a decir ninguna cosa rara como esa cuando llegue Daniel.

—Estoy hablando en serio, Tella.

—Y yo. Por favor, no estropees esto…

Llamaron a la puerta.

—Debe de ser Daniel.

Tella deslizó los pies en un par de bailarinas de plata antes de darse una vuelta con su vestido lavanda, el color de los dulces sueños y los finales felices.

—Estás preciosa —le indicó Scarlett.

Sin embargo, pese a atreverse a albergar la esperanza de que fuera su hermana quien hubiera tenido razón desde el principio, no pudo ignorar el amargo charco amarillo de temor que sintió en el estómago cuando Tella salió con elegancia de detrás de la cortina del vestidor y se dirigió a la puerta oculta en la pared del fondo.

El universo se tambaleó cuando Tella la abrió, todo se escoró en el momento en que Scarlett vio cómo el hombre que estaba al otro lado rodeaba la cintura de su hermana con los brazos y la atraía para besarla.

Dos puntos de rosa coloreaban las mejillas de Tella cuando se apartó de él.

—Daniel, tenemos compañía.

Tella llevó al hombre al que llamaba Daniel hasta los divanes acolchados, donde Scarlett aguardaba de pie, inmóvil.

—Me gustaría presentarte a mi hermana, Scarlett.

Tella volvió a sonreír resplandeciente, tan deslumbrante que no reparó en el paso que Scarlett había retrocedido de manera involuntaria, ni la forma en que el joven que tenía a su lado se pasaba la lengua por los labios cuando ella no estaba mirando.

—Donatella, aléjate de él —dijo Scarlett—. Su nombre no es Daniel.



Ya no lucía un sombrero de copa, y había cambiado el frac oscuro por una levita blanca como la nieve, pero en sus ojos aún centelleaba la misma demencia, como si detrás de ellos hubiese algún trastorno, y él no se preocupase por ocultarlo.

—Scar —siseó Tella. «Otra vez rarita», gesticuló con los labios.

—No, sé quién es —insistió Scarlett—. Es Legend.

—Scarlett, por favor, deja de comportarte como una loca —dijo su hermana—. Daniel ha estado conmigo, toda la noche, todas las noches del concurso. No es posible que él sea Legend.

—Es cierto. —Legend le pasó el brazo por los hombros a Tella, que parecía una chiquilla atrapada bajo su peso mientras tiraba de ella y se la acercaba de un modo posesivo.

—¡Quítale las manos de encima! —Scarlett se abalanzó sobre Legend.

—¡Scar! ¡No! —Tella agarró a su hermana del pelo y la apartó de un tirón antes de que lograse hacerle poco más que un arañazo—. Daniel, cuánto lo siento —declaró—. No sé qué mosca le ha picado.

¡Scarlett, pon fin a esta locura!

—¡Te ha mentido! —Scarlett sentía arder el cuero cabelludo mientras forcejeaba con su hermana—. Es un asesino.

Sin embargo, Legend no tenía aspecto de asesino en aquel instante. Vestido de blanco y sin su sonrisa demencial, parecía más inocente que un santo.

—Quizá deberíamos atarla antes de que se haga daño.

—¡No! —gritó Scarlett.

Por el rostro de Tella cruzó un fogonazo de inquietud.

—Cielo, está desquiciada, nos va a hacer daño a uno de los dos. —Legend fruncía el ceño como si de verdad se sintiera preocupado—. ¿Recuerdas las advertencias sobre la gente que se deja llevar demasiado lejos? Yo la sujeto mientras tú vas a por la cuerda. Debería haber algo en uno de los baúles de vestuario, para situaciones como estas.

—Tella, por favor, no lo escuches —le rogó Scarlett.

—Cielo —presionó Legend con una voz que rezumaba engañosa inquietud—, es por su propia seguridad.

La mirada de Tella fue disparada desde Legend, en toda su prístina gloria, hasta Scarlett, con el pelo enmarañado y las mejillas con la mugre de las lágrimas.

—Lo siento —dijo—, pero no quiero que te hagas daño.

—¡No! —Scarlett se revolvió de nuevo, se le arrancó la manga del vestido y cayeron al suelo las cuentas en el momento en que Legend fue a sujetarla en lugar de su hermana.

Unas manos tan fuertes como grilletes de hierro le retorcieron las muñecas detrás de la espalda mientras Tella desaparecía tras la cortina de su vestidor.

—¿Ves qué dispuesta está a hacer lo que yo le sugiera? —le ronroneó Legend en el oído.

—Por favor —suplicó Scarlett—, déjala en paz. Haré lo que tú quieras, si la dejas marchar. Que quieres que me tire por el balcón, lo haré. ¡Pero no le hagas daño a ella!

En un brusco movimiento, Legend giró a Scarlett en redondo. Piel pálida y pómulos prominentes; y unos ojos llenos de una demencia no desvelada.

—¿Saltarías por ella, a la muerte? —Soltó a Scarlett con un empujón—. Hazlo, entonces. Ahora.

—¿Quieres que salte ahora mismo?

—Ahora mismo no. —Le temblaron las comisuras de los labios en la histérica imitación de una sonrisa—. No te habría invitado a su funeral si tuviese planeado que murieras esta noche. Camina solo hasta el borde del balcón, tan cerca como puedas sin caerte.

Scarlett no era capaz de pensar con claridad. Se preguntaba si era así como Tella se sentía al respecto de Legend, ofuscada y desconcertada.

—Si lo hago, ¿me prometes que no harás daño a mi hermana?

—Tienes mi palabra. —Legend se hizo una cruz sobre el pecho con uno de sus pálidos dedos—. Si te acercas al borde del balcón, te juro por mi asombrosa vida que no volveré a tocar a tu hermana.

—¿Y me prometes que no permitirás que nadie más lo haga?

Los ojos de Legend repasaron a Scarlett de arriba abajo, desde la manga arrancada de su vestido hasta sus pies descalzos.

—La verdad es que no estás en situación de hacer ningún trato.

—¿Por qué estás negociando conmigo, entonces?

—Quiero ver hasta dónde estás dispuesta a llegar —dijo en un tono cargado de curiosidad, pero su manera de mirarla fue un desafío en toda regla—. Si no estás dispuesta a hacer esto, jamás serás capaz de salvarla.

Para Scarlett sonó como si le dijese: «Si no eres capaz de hacer esto, no la quieres lo suficiente».

Con determinación, Scarlett se dirigió hacia la cornisa del balcón. El aire de la noche le barría los tobillos conforme se acercaba cada vez más, y, aunque nunca

había tenido miedo a las alturas, sintió un mareo al atreverse a mirar hacia abajo, a las motas de luz y los puntitos de la gente; y a la solidez de un suelo que no tendría la menor piedad si…

—¡Alto! —gritó Legend.

Scarlett se quedó paralizada, pero Legend continuó chillando, llenándose la boca de un terror artificial, quebrándose la voz en los momentos precisos.

—Donatella, corre, tu hermana está intentando tirarse.

—¡No! —gritó Scarlett—. ¡Yo no…!

Una mirada de advertencia por parte de Legend la interrumpió.

—Di una sola palabra más y te quedas sin garantías por mi parte.

No obstante, una promesa suya no significaba nada. Había sido una tonta al creer en algo de lo que le había dicho. La había empujado hasta aquel borde para apartarla más de Tella, que reapareció con la cuerda y una expresión horrorizada.

—¡Scarlett, por favor, no saltes! —Tella tenía la cara llena de manchas rojas.

—No iba a saltar —insistió ella.

—Cuánto lo siento… Me ha convencido para que la suelte —dijo Legend—. Después ha dicho que si se tiraba, despertaría del juego.

—No es culpa tuya, Daniel —comentó Tella—. Scar, por favor, apártate de la cornisa.

—¡Está mintiendo! —gritó Scarlett—. Ha sido él quien me ha obligado a ir hasta el borde… Me ha dicho que si lo hacía, no te haría daño a ti. —Demasiado tarde, se dio cuenta de que aquello solo la hacía sonar más loca—. Tella, por favor, tú me conoces; sabes que yo no haría algo así.

Tella se mordía el labio inferior con aspecto, una vez más, de no saber qué pensar, como si en el fondo ella supiese que su hermana no era una suicida.

—Te quiero, Scar, pero sé que este concurso provoca cosas extrañas en la gente. —Le entregó el rollo de cuerda a Legend, que bajó la cabeza en un gesto teatral, como si aquello le afligiese a él también.

—¡No! —Scarlett quería retroceder, pero tenía el borde del balcón a su espalda, la cruel noche ansiosa por engullirla si se caía.

En lugar de retroceder, se lanzó hacia delante y trató de ser más rápida que Legend, pero él se movió como una víbora. Una de sus manos le sujetó las muñecas, y utilizó la otra para sentarla en una silla de un empujón.

—¡Suéltame!

Intentó patalear, pero Tella también estaba allí, trabajando para atarle los agitados tobillos mientras Legend le amarraba los brazos y el pecho a la silla. Scarlett podía sentir el aliento de Legend contra el cuello, caliente, cuando le susurró en una voz demasiado baja para que Tella la oyese:

—Espera y verás lo que hago ahora.

—¡Te mataré! —chilló Scarlett.

—Quizá deberíamos darle un sedante, ¿no? —preguntó Tella.

—No, creo que esto debería retenerla el tiempo suficiente. —Legend dio un último tirón de la cuerda y le cortó la respiración a Scarlett.

Se abrió una puerta oculta en el fondo, y regresó la sonrisa de maníaco de Legend cuando entró el padre de Scarlett acompañado del conde Nicolas d'Arcy. El gobernador avanzó con zancadas grandes y decididas, la cabeza bien alta, sacando pecho como si fuese un huésped de honor. El conde parecía interesado en una sola persona: Scarlett.

—¡Tella! —El pánico de ella se intensificó.

Por primera vez surgió también un atisbo de temor en la expresión de Tella.

—¿Qué están haciendo ellos aquí?

—Los he invitado yo.

Legend abrió un brazo en un gesto magnánimo hacia Scarlett, que seguía forcejeando contra sus ataduras mientras los dos hombres se aproximaban.

—Bien atadita y lista para llevar, como se le prometió —dijo Legend.

—Daniel, ¿qué estás haciendo? —susurró Tella.

—En serio, deberías haber escuchado a tu hermana.

Legend se apartó a un lado mientras el gobernador Dragna y el conde Nicolas d'Arcy se echaban encima de Scarlett.

El conde se había aseado desde la última vez que ella lo había visto. Se había peinado aquel pelo tan negro, se había cambiado de ropa y se había puesto un frac de color rojo granate. Miró a Scarlett e hizo un gesto negativo con la cabeza como si estuviese diciendo «te lo dije».

—¿Puedo quedarme con la cuerda? —preguntó el gobernador con una expresión de represalia que le llenaba los ojos.

—¡Daniel, diles que se aparten de nosotras! —gritó Tella.

—Ay, Donatella —expresó Legend—. Estúpida y cabezota hasta el final. No hay ningún Daniel DeEngl, aunque ha sido un placer fingirlo. —Soltó una risa perversa. El mismo sonido horrible que Scarlett oyó la primera vez que estuvo en los túneles.

A Scarlett se le clavaban astillas en los brazos al luchar por liberarse de la cuerda.

Tella no dijo una palabra más, pero su hermana veía cómo se derrumbaba, cómo se empequeñecía, se hacía más niña y se volvía de repente frágil, sin dejar de contemplar a Legend de la manera en que Scarlett se imaginaba que ella había mirado a Julián cuando supo la verdad sobre cómo la había engañado. Creyéndoselo pero sin aceptarlo. Esperando una explicación que Scarlett sabía que no llegaría nunca.

Hasta el gobernador Dragna parecía atónito ante la identidad confesa de Legend. Sin embargo, el conde no tenía un aspecto completamente sorprendido. Se limitó a ladear la cabeza.

—No te creo —afirmó Tella.

—¿Quieres que te haga un truco de magia para demostrar que de verdad lo soy?

—No es eso lo que no me creo. Dijiste que me querías —afirmó Tella—. Todo aquello que me dijiste…

—Mentí —respondió Legend lisa y llanamente, y había algo en su ausencia de tono, como si Tella no tuviese la suficiente importancia para odiarla.

—Pero… pero… —farfulló ella cuando se rompió al fin el hechizo en que Legend la tenía sumida.

De haber estado hecha de porcelana, tal y como Scarlett a menudo pensaba, se habría roto en mil pedazos. Sin embargo, no dejaba de retroceder, cada vez más cerca de aquella cornisa del balcón, tan peligrosa.

—¡Quieta, Tella! —le gritó Scarlett—. Estás casi en el borde.

—No me voy a parar hasta que los dos se alejen de ella —dijo Tella con una intensa mirada dirigida a su padre y al conde—. Si uno de los dos da un solo paso más hacia mi hermana, juro que saltaré. Y, padre, usted sabe que si no me tiene a mí, jamás será capaz de controlar a Scarlett. Aunque la tenga a ella, no conseguirá que se lleve a cabo este matrimonio.

El gobernador y el conde se detuvieron, pero Tella continuó retrocediendo, y sus bailarinas plateadas se deslizaron hasta el borde del balcón.

—¡Tella, quieta! —Scarlett luchaba por liberarse de la cuerda, y las cuentas se le caían del vestido al revolverse contra con la silla. Aquello no podía estar pasando, no después de haber visto morir a Julián. No podía perder a Tella de aquel modo—. ¡Te estás acercando demasiado al borde!

—Un poco tarde para eso —se rio Tella con un sonido frágil, tan quebradizo como su propio aspecto.

Scarlett quería correr hacia ella, agarrarla allá donde permanecía tambaleándose, al borde del balcón, aunque la cuerda no estaba aún lo bastante suelta. Había logrado liberarse los tobillos, pero los brazos seguían atados. Solo las estrellas observaban con lástima cómo se balanceaba hacia atrás y hacia delante con la esperanza de que, si volcaba la silla, rompería uno de los brazos y por fin se soltaría.

—Donatella, está bien —dijo su padre casi con ternura—. Todavía puedes volver a casa conmigo.

Os perdonaré a las dos, a ti y a tu hermana.

—¡¿Y espera que me lo crea?! —estalló Tella—. Es un mentiroso, padre, ¡y peor que él! —Señaló a Legend con un dedo tembloroso—. ¡Son todos unos mentirosos!

—Yo no, Tella. —La silla de Scarlett impactó contra el suelo con un estruendo y se astilló uno de los brazos, de manera que por fin pudo salir a rastras de entre la cuerda y arrancar hacia la cornisa.

—¡Quédate ahí, Scar! —Tella movió un pie de tal forma que el talón traspasó el borde.

Scarlett se quedó paralizada.

—Tella, por favor… —Scarlett dio otro paso temeroso, pero al ver tambalearse a su hermana, se detuvo de nuevo en seco aterrorizada por la posibilidad de que un movimiento en falso la empujase por esa misma cornisa de la que ella tenía tantas ganas de rescatarla—. Por favor, confía en mí. —Extendió una mano. Ya no la tenía

manchada de sangre, y esperaba poder salvar a Tella del modo en que no había sido capaz de salvar a Julián en los túneles—. Encontraré la manera de cuidar de ti. Te quiero tanto…

—Oh, Scar —dijo Tella. Le rodaban las lágrimas por las mejillas rosadas—. Yo también te quiero, y ojalá fuese tan fuerte como tú, lo bastante para tener la esperanza de que esto fuera a mejor, pero ya no puedo más. —Sus ojos de color avellana se cruzaron con los de Scarlett, tan tristes como la leña recién cortada. Acto seguido los cerró, como si Tella no pudiera soportar mirarla a los ojos—. Iba en serio cuando te dije que prefería morir en el fin del mundo que llevar una vida miserable en Trisda. Lo siento muchísimo.

Con los dedos temblorosos, Tella le lanzó un beso a su hermana.

—¡No lo…!

Tella dio un paso más allá de la cornisa del balcón.

—¡No! —gimió Scarlett al ver a su hermana caer en picado en la noche.

Sin alas con las que descender volando, cayó hacia su muerte.



Scarlett solo recordaría fragmentos, piezas sueltas de lo que sucedió a continuación. No recordaría el aspecto de Tella, como una muñeca que se había caído de una estantería muy alta, hasta que la sangre comenzó a encharcarse a su alrededor.

Ni tan siquiera entonces pudo Scarlett apartar la mirada del cuerpo sin vida de su hermana. No dejaba de anhelar. Ojalá su hermana se moviese. Ojalá Tella pudiera levantarse y caminar. Ojalá tuviese un reloj capaz de retroceder en el tiempo y darle a Scarlett una última oportunidad de salvarla.

Se acordó de aquel reloj de bolsillo que vio en su primer día allí, el que alteraba el tiempo. Ojalá Julián hubiera robado ese reloj, y no el otro.

Pero Julián también estaba muerto.

Scarlett se atragantó con un sollozo. Los había perdido a los dos. Lloró hasta que le dolieron los ojos, el pecho y otras partes del cuerpo que no sabía que le podían doler.

El conde se acercó a ella, como si pretendiera ofrecerle algún tipo de consuelo.

—Quieto —levantó Scarlett una mano temblorosa—. Por favor. —Se asfixiaba al hablar, pero no podía soportar el consuelo de nadie, y menos el suyo.

—Scarlett —dijo su padre, que se aproximó a ella mientras el conde se apartaba. O, más bien, el gobernador fue arrastrando los pies, encorvado como si llevase una mochila invisible amarrada a la espalda, y, por primera vez, Scarlett no vio a un monstruo, sino a un simple matón viejo y triste. Se fijó en las canas que le teñían el cabello rubio por los extremos, y en los ojos inyectados en sangre. Un dragón sin fuego y con las alas rotas—. Lo siento…

—No lo haga —le cortó Scarlett; su padre se lo merecía—. No quiero volver a verle. No quiero volver a oír su voz, y no quiero que intente aliviarse la conciencia con una disculpa. Usted ha provocado esto. Usted la empujó a venir a este lugar.

—Solo intentaba protegeros. —Se abrieron de par en par los orificios nasales del gobernador. Tal vez sí tuviese las alas rotas, pero aún le quedaban las llamas después de todo—. Si me hubieseis escuchado, en lugar de ser siempre tan desobedientes, par de infames desagradec…

—¡Señor! —Jovan, en quien Scarlett no había reparado hasta entonces, se situó con atrevimiento delante del gobernador Dragna—. Creo que ya ha dicho bast…

—Quita de en medio. —El gobernador abofeteó en la cara a Jovan.

—¡No la toque! —dijeron a una Legend y Scarlett, aunque fue Legend quien arrancó disparado.

Sus facciones, marcadas y pálidas, y sus ojos oscuros, muy oscuros, se concentraban ahora en el gobernador.

—No le hará daño a ningún otro de mis intérpretes.

—¿O qué es lo que hará? —Gruñó el gobernador Dragna—. Conozco las reglas. Sé que no puede hacerme daño mientras el juego siga en marcha.

—Entonces sabrá también que el juego se termina al amanecer, que se aproxima veloz. Cuando eso suceda, ya no me obligarán esas reglas. —Legend le mostró los dientes—. Y dado que ha visto mi verdadero rostro, eso será un incentivo más para librar al mundo de usted.

Hizo un gesto con la muñeca, y lucieron con más intensidad todas las velas de las lámparas y los fuegos en los fosos, por todo el balcón, y proyectaron un infernal resplandor rojo anaranjado por el suelo de obsidiana.

El gobernador Dragna palideció.

—Tal vez me haya dado igual su hija —prosiguió Legend—, pero sí me importan mis intérpretes, y sé lo que ha hecho.

—¿De qué está hablando? —preguntó Scarlett.

—No le hagas caso —dijo el gobernador.

—Tu padre se creyó capaz de matarme, a mí —respondió Legend—. El gobernador erró al creer que Dante era el maestro de Caraval, y le quitó la vida a él, y no a mí.

Scarlett miró horrorizada a Marcello Dragna.

—¿Usted mató a Dante, padre?

Incluso el conde, que se mantenía a una cierta distancia, pareció desconcertado ante aquello.

La respiración del gobernador Dragna se volvió pesada.

—¡Solo trataba de protegeros!

—Tal vez debería pensar más en protegerse usted —continuó Legend—. Si yo estuviera en su lugar, gobernador, me marcharía ahora mismo y no regresaría jamás, ni a este lugar ni a ningún otro donde se pudiera topar conmigo. Las cosas no acabarán de un modo tan favorable la próxima vez que lo vea.

El conde retrocedió el primero.

—Yo no he tenido nada que ver con ningún asesinato. Yo solo he venido a por ella. —Su mirada se desplazó hacia Scarlett, y allí se mantuvo mucho más allá del momento incómodo inicial. No dijo una palabra más, pero sus labios se curvaron lo justo para mostrar un fogonazo del blanco de sus dientes. Era la misma forma de contemplarla que la primera vez que había huido de él, como si acabase de empezar

una partida entre ellos dos, y él estuviera deseando jugar.

A Scarlett le dio la impresión de que, si bien el conde Nicolas d'Arcy se marchaba, el asunto entre ellos distaba mucho de estar finiquitado.

El conde inclinó la cabeza en una burla de reverencia. A renglón seguido dio media vuelta y salió por la puerta con paso resuelto y el eco de sus botas de plata al desaparecer.

—Vamos. —El gobernador Dragna hizo un gesto vacilante con la mano a Scarlett para que se pusiera en movimiento—. Nos vamos.

—No. —Ella estaba temblando de nuevo, pero se mantuvo firme—. No iré a ningún sitio con usted.

—Serás estúpida… —maldijo el gobernador—. Si te quedas, habrá derrotado a nuestra familia. Esto es lo que él quiere, pero, si prefieres venir conmigo, él pierde. Estoy seguro de que el conde…

—No me voy a casar con él, y usted, padre, no me puede obligar. Es usted quien ha destrozado nuestra familia. Lo único que desea es poder y control —dijo Scarlett —, pero ya no tendrá ninguno de los dos sobre mí. No le queda ya nada para retenerme ahora que Tella no está.

Por un instante, Scarlett sintió la tentación de subirse a la cornisa y añadir: «Ahora márchese, antes de que pierda a sus dos hijas», pero no le iba a permitir que acabase con ella tal y como lo había hecho con su hermana. Haría lo que tenía que haber hecho mucho tiempo atrás.

—Conozco sus secretos, padre. Antes siempre tenía demasiado miedo, pero ahora que ya no puede utilizar a Tella para controlarme, no tengo motivos para seguir callada. Ya sé que piensa que puede matar a alguien y quedar impune, pero no me imagino que sus guardias permanezcan leales mucho más tiempo cuando le cuente a todo el mundo que usted mató al hijo de uno de los suyos. Le contaré a toda la isla cómo asesinó a Felipe, cómo lo ahogó con sus propias manos, solo para aterrorizarme con el fin de que lo obedeciese. ¿Cree que dormirá usted bien cuando el padre de Felipe lo sepa todo? Y conozco otros secretos también, secretos que pondrán fin a todo lo que ha levantado.

Scarlett jamás había sido tan audaz en toda su vida. Consiguió que le doliese el corazón, el alma y hasta los recuerdos. Todo le dolió. Se sintió vacía y pesada a la vez. Le causaba dolor respirar y le costaba un esfuerzo hablar, pero seguía viva. Continuaba respirando, hablando y sintiendo. La mayor parte de lo que sentía era un tormento, pero ya no le tenía miedo a nada.

Y, por primera vez, era su padre quien tenía aspecto de temerla a ella.

Parecía más aterrorizado de Legend, pero, de todas formas, se iba a marchar, y Scarlett no se imaginaba que volviese a ir detrás de ella. Un gobernador no vivía demasiado sin su leal guardia. Las Islas Conquistadas no eran el lugar más prestigioso que gobernar, pero siempre había alguien con intención de usurpar el poder.

De modo que Scarlett debería haber tenido una sensación victoriosa cuando su padre salió por la puerta. Por fin era libre. Libre de su padre. Libre de ir a donde quisiera… eso le había dado Julián con las coordenadas de su reloj de bolsillo.

«Julián». El dolor que sentía por él era distinto del dolor que sentía por la pérdida de Tella: cada uno le arrancaba una mitad de su ser, pero pesaban de igual manera sobre ella. Notaba cómo se le iban formando unos sollozos nuevos en el pecho, que se alzaban como olas a punto de romper, pero al pensar en Julián, se acordó de algo más. Recordó por qué había abandonado su cuerpo en los túneles.

Había ganado el concurso. Aún contaba con su deseo, y Legend estaba allí para concedérselo.

Por un instante sintió esperanzas, más leves que la carga de su dolor. Indescriptibles e iridiscentes…

«Y absolutamente imposible agarrarse a ellas».

Porque no era solo a Julián a quien tenía que salvar.

Volvió a sentir un dolor en el pecho. Ya no estaban ni Tella ni Julián, y en su opinión no debería haberse visto obligada a elegir, siquiera, pero ahí estaba esa elección que la hacía sentir peor hermana. O quizá Julián le importase más de lo que ella se había dado cuenta, porque, pese a saber que escogería a Tella, no podía decirlo sin más, como si tal vez hubiese una manera de salvarlos a los dos que aún no hubiese averiguado.

Su hermana, o el chico del que Scarlett estaba casi segura de haberse enamorado.

Julián había muerto por ella. Lo había arriesgado todo por ella al enfrentarse a su padre y, después, al entregarle aquel reloj de bolsillo justo antes de que ella se encontrase con Legend. Scarlett pensó en lo tensa que sonaba la voz de Julián cuando estaba tratando de decirle la verdad. Protegerla no era su obligación, pero había hecho cuanto había podido. Y también la había hecho sentir cosas que ella no sabía que podía llegar a desear, y Scarlett siempre lo querría por eso.

Sin embargo, Tella no solo era su hermana, sino también su mejor amiga, la única persona del mundo a la que habría querido más que a nada ni a nadie, la persona de cuyo cuidado ella era responsable.

Scarlett se volvió hacia Legend con una decisión tomada.

—He ganado. Me debes un deseo.

Legend soltó un bufido, como si le hiciese gracia.

—Me temo que la respuesta a eso es «no».

—¿A qué te refieres con «no»?

Legend contestó con sequedad.

—Por tu tono de voz, yo diría que sabes exactamente a qué me refiero.

—Pero si he ganado el concurso —le discutió Scarlett—. He resuelto esas pistas tuyas tan confusas.

He encontrado a mi hermana. Me debes un deseo.

—¿De verdad esperas que te conceda un deseo después de todo esto?

Alrededor de Legend, las velas parpadearon, como si todas ellas se estuvieran riendo con él.

Scarlett cerró los puños y se dijo que no volvería a llorar, aunque las lágrimas le abrasaran dentro del ojo. Concederle un solo deseo y obligarla a escoger entre las dos personas a las que amaba ya era lo bastante cruel, pero no concederle ningún deseo en absoluto era incalificable.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Te da igual que hayan muerto dos personas inocentes? No tienes el más mínimo corazón.

—Si tan vil soy, entonces ¿cómo es que tú sigues aquí? —dijo Legend, pero cuando deslizó la mirada hacia ella, sus ojos ya no eran aquellas dos gemas centelleantes que Scarlett había visto en su primer encuentro. De haber sido cualquier otro, habría jurado que casi parecía triste.

Debía de ser cosa del propio dolor de Scarlett: estaba viendo visiones, porque Legend también parecía ahora más apagado, menos resplandeciente que en los túneles o cuando se presentó en el balcón, como si antes fuera envuelto en una especie de glamur que de algún modo estaba esfumándose y le hacía parecer menos el Legend que ella había visto antes. Si en los túneles le brillaba la pálida piel, ahora tenía un aspecto polvoriento, casi borroso, como si estuviese ante una representación de él que hubiera perdido lustre con el paso del tiempo.

Durante años, Scarlett había creído que nadie podía ser peor que su padre, y que nadie podía ser más mágico que Legend, pero a pesar de sus trucos con el fuego, el maestro de Caraval ya no parecía tan mágico. Tal vez le había dicho que no le concedería el deseo porque no podía hacerlo.

Aun así, Scarlett ya había presenciado los suficientes prodigios como para creer que los deseos tenían que ser reales. Intentó recordar todas y cada una de las historias que alguna vez le habían contado sobre la magia. Jovan le había dicho que esta se alimentaba de distintas cosas, como el tiempo. Su abuela le había mencionado que era del deseo. Cuando Julián le dio un día de su vida, utilizó su propia sangre.

Sangre. Eso era.

En el universo de Caraval, la sangre poseía una suerte de magia. Si una gota podía darle un día de vida a una persona, quizá Scarlett pudiese traer tanto a Julián como a Tella de vuelta si les ofrecía la suficiente de la suya.

Se volvió hacia Jo.

—¿Cómo bajo hasta la calle?

Scarlett no estaba segura de si la chica le daría una respuesta, pero Jo le contó enseguida cómo encontrar justo lo que ella buscaba.

En el exterior estaba más oscuro a cada segundo que pasaba con la escasa luz de los faroles, que marcaba el final de la noche.

Una multitud se había congregado alrededor de Tella. La preciosa Donatella, que ya no era la Tella de Scarlett, sin su sonrisa, sus carcajadas, sus secretos, sus bromas y todas esas cosas que la convertían en la amada hermana de Scarlett.

Scarlett hizo caso omiso de los mirones y cayó de rodillas, las hundió en el charco de sangre que rodeaba a su hermana, que parecía rota de todas las maneras posibles. Tenía los brazos y las piernas torcidos en unos ángulos espantosos, sus brillantes rizos del color de la miel empapados de rojo.

Scarlett se mordió un dedo con fuerza hasta que la sangre le goteó hacia la palma de la mano. La presionó contra los labios azules e inmóviles de su hermana.

—¡Tella, bebe! —le dijo. Le temblaban los dedos al mantenerlos allí, contra la boca de su hermana, pero Tella no se movía ni respiraba—. Por favor, tú misma me dijiste que había algo más en la vida —susurró Scarlett—. No puedes dejar de vivir ahora. Ojalá pudieses volver conmigo.

Scarlett cerró los ojos y repitió el deseo como una súplica. Había dejado de creer en los deseos el día en que su padre mató a Felipe, pero Caraval le había devuelto la fe en la magia una vez más. Daba igual que Legend le hubiese asegurado que no le concedería su deseo. Era como le había dicho su abuela:

«A toda persona se le concede un deseo imposible, solo uno, cuando esa persona desea algo más que cualquier otra cosa y es capaz de dar con un poco de magia que la ayude». Scarlett quería a su hermana más que a nada; quizá eso, combinado con la magia de Caraval, fuera suficiente.

Continuó deseándolo mientras, a su alrededor, las velas de los faroles se extinguían lentamente hasta no quedar llama alguna, igual que la joven inmóvil en brazos de Scarlett.

No había funcionado.

Más lágrimas le rodaron por las mejillas. Podía haberse quedado abrazada a Tella hasta que se le secaran y tanto ella como su hermana se convirtieran en polvo, una advertencia para todo aquel que se atreviese a dejarse llevar demasiado por el engaño de Caraval.

Ahí podría haber acabado la historia, en una tempestad de lágrimas y palabras entre dientes, pero, en el preciso momento en que estaba a punto de salir el sol, en ese instante negro que precede al alba, el momento más oscuro de la noche, una mano de piel morena meció con delicadeza el hombro de Scarlett.

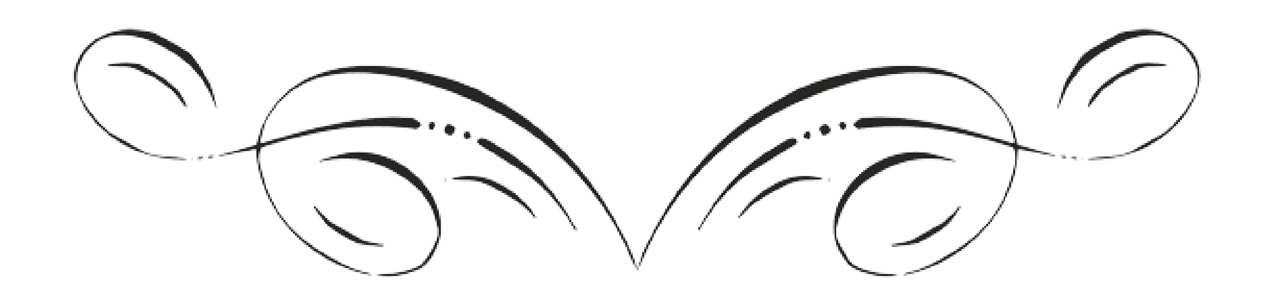
Levantó la vista para encontrarse a Jovan. Las velas y los faroles ya se habían convertido casi en humo, así que Scarlett apenas conseguía verla, pero reconoció el leve deje de su voz.

—El juego está a punto de finalizar de manera oficial. No tardarán en tocar las campanas matinales, y la gente empezará a hacer el equipaje. He pensado que tal vez quieras recoger las cosas de tu hermana.

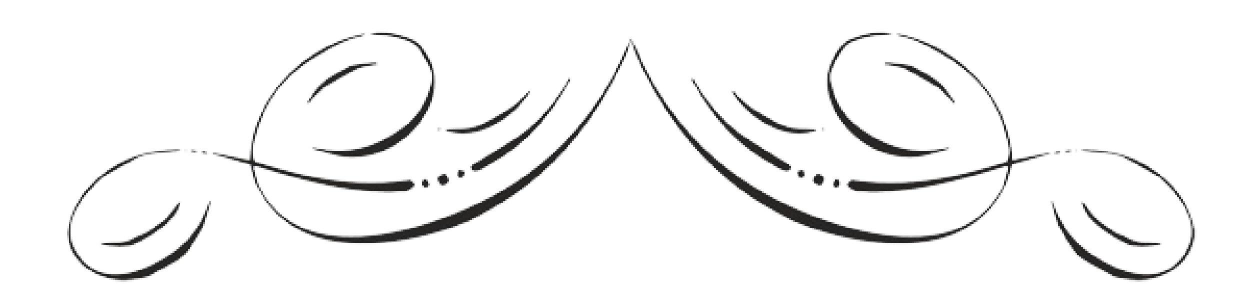
Scarlett estiró el cuello hacia el balcón sin barandilla de Tella; de Tella, no, de Legend.

—Haya lo que haya ahí arriba, no lo quiero.

—Oh, pero es que hay cosas que tal vez sí quieras —dijo Jo.



EL DÍA DESPUÉS DE CARAVAL





Cuando Scarlett llegó a la habitación abalconada de Tella, se imaginó que todo había sido una treta, otra manera de atormentarla. Los efectos personales que había en aquella *suite* eran todos recién adquiridos.

Vestidos. Pieles. Guantes. Nada de aquello le remitía a Tella. Lo único que era propio de su hermana era el recuerdo que Scarlett guardaba del vestido de color lavanda con el que había muerto. El mismo vestido que no había conseguido proporcionarle un final feliz.

Cualquier cosa que Jo pensara que…

Scarlett se detuvo al ver algo. Sobre el tocador de Tella descansaba una larga caja rectangular hecha de cristal grabado y borde de plata con un cierre que hizo que el corazón le diese un vuelco. Era un sol con una estrella dentro y una lágrima dentro de la estrella.

«El símbolo de Caraval».

Ahora Scarlett odiaba aquel escudo más que el color morado, pero sabía perfectamente que aquella caja con su maldito emblema no estaba allí antes.

Despacio, levantó la tapa.

Una hoja de papel. Con cuidado, desdobló la nota. Estaba fechada casi un año atrás.

Día 1.o de la estación cálida
Año 56, dinastía elantina

Estimado maestro Legend:

Estoy convencida de que es usted un mentiroso, un canalla y un malvado, y me gustaría mucho contar con su ayuda.

Mi padre también es un malvado, pero no de los apuestos y elegantes como usted. Es de esos a los que les gusta pegar a sus hijas. Ya sé que esto no es problema suyo y que, dado que tendrá usted el corazón negro como el carbón, quizá le dé lo mismo, pero

me han contado que sí que sintió algo cuando aquella mujer se tiró desde su balcón después de que la rechazase durante Caraval, hace unos años. Me han dicho que estaba usted muy contrariado, y que esa fue la verdadera razón de que dejase de viajar.

Ayudarnos a mi hermana y a mí no compensará por completo lo que fuera que sucediese entonces, pero tal vez lo ayude un poco. También creo que serviría para montar un concurso muy interesante, y sé bien que a usted le gusta jugar.

Sinceramente,

Donatella Dragna

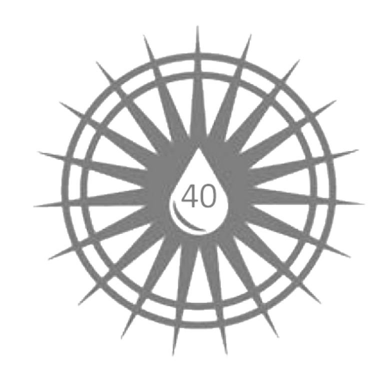
Scarlett releyó la carta una y otra vez, y cada vez se la creía un poquito más, y otro poquito, hasta que al fin se la creyó sin la menor duda.

El juego no había acabado todavía, y, al parecer, Scarlett estaba en lo cierto: el concurso de ese año se centraba en algo más que en Legend y en su abuela. Es más, tenía toda la pinta de que su hermana había hecho alguna especie de trato con el mismísimo maestro de Caraval.

—¡Jo! —llamó a voces—. ¡Jovan!

La chica apareció con un peculiar brinco en los andares la segunda vez que gritó su nombre.

—Llévame ante el maestro Legend —dijo Scarlett.



—¿Qué significa esto? —exigió saber Scarlett.

Frente a ella, Legend estaba sentado en una silla tapizada en color champán, mirando por una ventana ovalada. No había balcón, no en aquella estancia. Scarlett pensó que aquellos aposentos estarían enfermos, de ser posible que una habitación lo estuviese. Aquel espacio tan extenso se encontraba recubierto de unos tonos apagados de *beige*, sin más muebles que un par de sillas descoloridas.

Agitó la carta delante de Legend, que seguía sin apartar la vista de la ventana. Contemplaba a la gente allá abajo, tirando de baúles y bolsos de viaje, que iniciaba su éxodo de regreso al «mundo real».

—Me preguntaba cuándo vendrías —dijo con displicencia.

—¿Qué tipo de trato hiciste con mi hermana? —le preguntó Scarlett.

Un suspiro.

—No hice ningún trato.

—¿Por qué me has dejado esta carta, entonces?

—Tampoco he hecho tal cosa. —El maestro de Caraval por fin apartó la mirada de la ventana, aunque en su plácida expresión había algo que desentonaba… o que faltaba, más bien—. Piensa. ¿Quién querría que tú tuvieras esa carta? —le preguntó él.

De nuevo, Legend fue el primero en quien pensó.

—Yo no he sido —insistió—. Te daré una pista: no debería ser difícil averiguarlo. Imagínate quién te la podría haber dejado.

—¿Donatella? —suspiró Scarlett. Podría haber movido la caja cuando se marchó a por la cuerda—. Pero ¿por qué?

Sin hacer caso a su pregunta, Legend le entregó a Scarlett un pequeño paquete de cartas.

—Se supone que tengo que darte esto también.

—¿Y por qué no me cuentas qué está pasando y se acabó? —dijo Scarlett.

—Porque ese no es mi papel.

Legend se levantó de la silla y pasó tan cerca de ella que la podía haber rozado.

Volvía a lucir su sombrero de copa y el frac, pero ya no se reía, ni sonreía, ni tenía ninguno de esos detalles de loco con los que había empezado a asociarlo. No la estaba mirando como si intentara verla, sino como si tratase de mostrarle algo sobre él mismo.

De nuevo, a Scarlett le picó la sensación de que a Legend le faltaba algo, como si las nubes se hubiesen marchado y hubieran dejado el sol al descubierto, salvo que allí no había sino más nubes. En la habitación de Tella, era como si Legend hubiera querido que Scarlett viese lo perturbado que estaba; la había hecho creer que sería capaz de hacer cualquier locura en cualquier momento. Ahora parecía que fuese todo lo contrario.

Las palabras «mi papel» no paraban de repetirse en los pensamientos de Scarlett.

—Tú no eres Legend en realidad, ¿no es así?

Una leve sonrisa.

—¿Significa eso que sí, o que no? —No estaba de humor para adivinanzas.

—Me llamo Caspar.

—Eso sigue sin ser una respuesta —dijo Scarlett, y sin haber dejado aún de fulminarlo con la mirada, las piezas del rompecabezas iban encajándole en la mente y creando el cuadro completo de algo que había sido incapaz de ver hasta aquel instante.

Sintió que le quemaba el reloj de bolsillo alrededor del cuello al recordar el modo en que había quedado interrumpida la confesión de Julián, como si hubiera sido físicamente incapaz de pronunciar aquellas palabras, lo mismo que le había pasado en el tiovivo, justo antes de que Scarlett saltase.

—Como intérprete, la magia te impide decir ciertas cosas —supuso Scarlett en voz alta. Recordó entonces algo más, unas palabras que escuchó en un sueño que, según le dijeron, no olvidaría: «Dicen que luce un rostro diferente en cada concurso».

Nada de magia. Diferentes actores. Eso explicaba también por qué Caspar tenía un aspecto más apagado y menos reluciente —como una copia del verdadero Legend— cuando estaban en el balcón: tenía que estar envuelto realmente en alguna especie de glamur que, al ir llegando Caraval a su conclusión, habría empezado a desvanecerse. Ahora tenía rojos los lagrimales, hinchado el espacio entre ambos. En los túneles, su piel clara gozaba de una tétrica perfección, pero ahora le veía unas minúsculas cicatrices en la mandíbula, donde se imaginaba que se habría cortado al afeitarse. Incluso tenía pecas en la nariz.

—Tú no eres Legend en realidad. —Esta vez fue una afirmación, no una pregunta—. Por eso me dijiste que tú no me concederías mi deseo. Solo eres un actor, así que no eres capaz de hacer realidad ningún deseo.

Tenía toda la pinta de que el concurso no se había terminado aún.

Scarlett debería haberse imaginado que el verdadero Legend no aparecería allí para que ella lo viese. ¿Cuántos años habían pasado antes de recibir su respuesta?

—¿Existe siquiera un Legend?

—Oh, sí —se rio Caspar con la misma levedad con que había sonreído, sazonado con algo de amargura—. Legend es muy real, pero la mayor parte de la gente no tiene ni idea de si lo ha visto o no, incluidos muchos de sus intérpretes. El maestro de Caraval no va por ahí presentándose como Legend.

Casi siempre finge ser otro.

Scarlett pensó en la miríada de personas a las que había visto durante Caraval. Si preguntó si alguno de ellos sería el esquivo Legend.

—¿Has llegado tú a verlo? —le preguntó Scarlett.

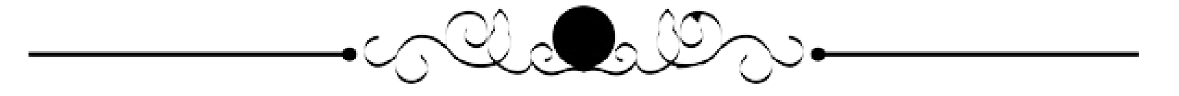
—No tengo permiso para responder a eso.

En otras palabras, no lo había visto nunca.

—Sin embargo —añadió él—, parece que tu hermana sí que consiguió captar su atención.

Caspar hizo un gesto con la barbilla en dirección a la mano de Scarlett.

Seis cartas manuscritas por dos personas distintas que arrancaban una estación después de la primera misiva de Tella.

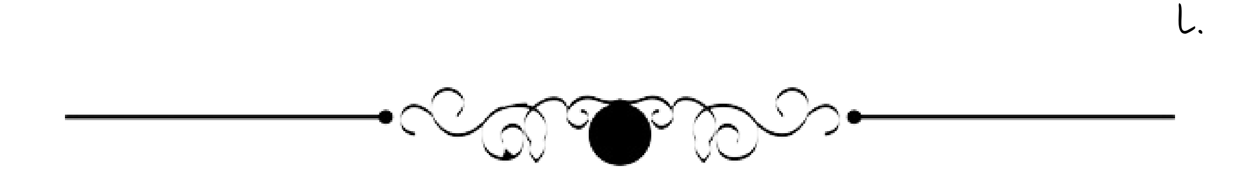


Día 1.o de la estación de la cosecha
Año 56, dinastía elantina

Estimada señorita Dragna:

Me propone usted una interesante cuestión, aunque no estoy seguro de saber qué delirio la ha llevado a creer que las puedo ayudar. Si conoce mi historia, será consciente de lo que sucedió entre su abuela Annalise y mi persona.

L.





Día 16 de la estación de la cosecha
Año 56, dinastía elantina

Estimado maestro Legend:

Soy muy consciente de su historia, pero también sé que una vez le dijeron que el papel que interpretase durante Caraval le afectaría a usted como persona, cualquiera que fuese, y de manera reciente me han contado que después del suicidio de aquella mujer, usted decidió que ya no quería seguir siendo un villano, y que estaba deseando convertirse más bien en el perfil de un héroe. Esta es su oportunidad de redención.

Donatella Dragna



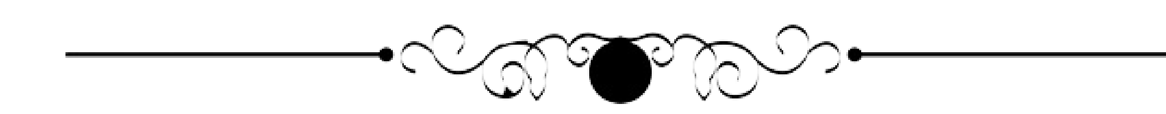


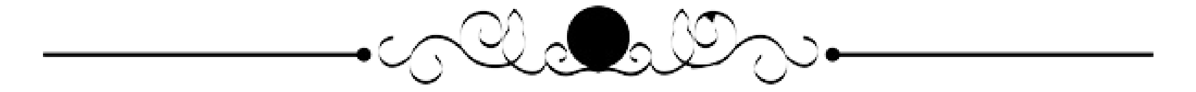
Día 44 de la estación de la cosecha
Año 56, dinastía elantina

Estimada señorita Dragna:

No hay para mí redención posible. No obstante, y dependiendo de lo lejos que esté dispuesta a llegar, lo he meditado, y tal vez pueda trabajar con usted.

L.





Día 61 de la estación de la cosecha
Año 56, dinastía elantina

Estimado maestro Legend:

Estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario. Estoy dispuesta a morir.

Donatella Dragna



Scarlett maldijo a su hermana por haber escrito unas palabras tan necias. Necias. Imprudentes. Irreflexivas…

Su ira se contuvo al leer la siguiente carta.



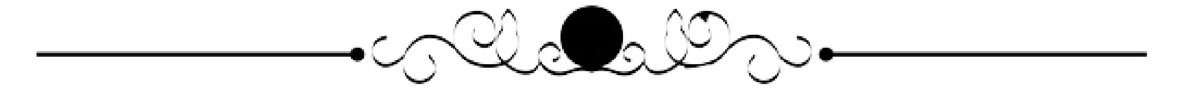
Día 76 de la estación de la cosecha
Año 56, dinastía elantina

Estimada señorita Dragna:

Doy por sentado que cree usted tener a alguien que la ama lo suficiente como para desear devolverle la vida.

L.



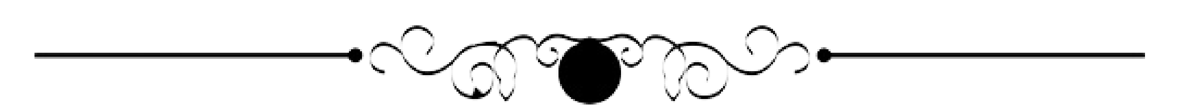


Día 1.o de la estación fría
Año 56, dinastía elantina

Estimado maestro Legend:

Sin la menor duda.

Donatella Dragna



No había más cartas después de aquello. Scarlett las releyó y, cada vez, le ardieron los ojos con más lágrimas. «¿En qué estaría pensando Tella?».

—Parece que pensaba que tú podrías desear que volviese a la vida —dijo Caspar.

Scarlett no se dio cuenta de que había formulado la pregunta en voz alta, y tal vez la respuesta de Caspar debería haberla hecho sentir mejor.

No lo consiguió.

Scarlett bajó la mirada a las cartas una vez más.

—¿Cómo sabía mi hermana todo esto?

—No puedo hablar por ella —dijo Caspar—, pero sí puedo decir que Caraval no es el único sitio donde la gente consigue cosas a cambio de secretos. Tu hermana debió de ofrecer algo valioso para llegar a enterarse de tanto.

A Scarlett le temblaban las manos. Todo aquel tiempo, Tella había estado trabajando para salvarlas a las dos, y Scarlett había fallado a ambas. Había intentado desear que Tella regresara, pero quizá no la quería lo suficiente.

El mundo se había desvaído aún más al otro lado de la ventana ovalada. La magia que mantenía unido a Caraval, fuera la que fuese, se estaba convirtiendo rápidamente en polvo y se estaba llevando consigo todos los edificios y las calles. Scarlett observaba cómo desaparecía todo en el exterior mientras las lágrimas le volvían a rodar por las mejillas.

—Insensata, Tella.

—Yo diría que inteligente es un calificativo más apropiado.

Scarlett se dio media vuelta.

Una chica de sonrisa diabólica y rizos de querubín.

—¿Tella? ¿De verdad eres tú?

—Oh, por favor, creí que se te ocurriría algo mejor que eso. —Los rizos de Tella rebotaron al adentrarse con elegancia en la habitación—. Y, por favor, no llores.

—Pero si te he visto morir —farfulló Scarlett.

—Lo sé, y créeme si te digo que tirarte al vacío no es buen camino. —Tella volvió a sonreír de oreja a oreja, pero su muerte, por muy efímera o muy falsa que fuese, aún parecía demasiado real, demasiado cercana, para que ella hiciese bromas al respecto.

—¿Cómo has podido… hacerme pasar por esto? —tartamudeó Scarlett—. ¿Cómo has podido fingir que te suicidabas delante de mí?

—Creo que os voy a dejar a solas. —Caspar se alejó hacia la puerta con una mirada de despedida hacia Scarlett—. Espero que no me guardes rencor por todo esto. ¿Nos vemos en la fiesta?

—¿Fiesta? —preguntó ella.

—No le hagas caso —dijo Tella.

—¡Deja ya de decirme lo que tengo que hacer! —Perdió Scarlett el control entre sollozos, una vez más, con aquellas lágrimas histéricas que le daban hipo y la hacían resoplar.

—Lo siento mucho, Scar. —Tella se acercó y acogió a Scarlett en un abrazo—. No quería hacerte pasar por eso.

—Entonces ¿por qué lo has hecho? —Scarlett se apartó entre sacudidas de hipo camino de una de las sillas tapizadas que había entre su hermana y ella. Al margen de lo aliviada que estuviera de contemplar a Tella con vida, no era capaz de sacarse de encima lo que había sentido al verla morir, al acunar su cadáver, al creer que jamás volvería a oír su voz.

—Sabía que tu amor podía retornarme la vida con desearlo —manifestó Tella.

—Pero yo no te la he devuelto. Legend jamás me concedió mi deseo.

—Un deseo no es algo que alguien te pueda conceder —le explicó Tella—. Legend podía darte un poco más de magia para que te sirviese de ayuda, pero el deseo tan solo podía funcionar si tú lo querías más que cualquier otra cosa.

—Entonces ¿me estás diciendo que mi deseo te ha devuelto la vida? —Scarlett aún era incapaz de comprenderlo. Al ver a su hermana viva, respirando y gastando bromas impertinentes, se había imaginado que su muerte habría sido una especie de truco muy complejo, pero ahora no había humor de ninguna clase en la expresión de su hermana—. Tella, ¿y si eso hubiera fallado?

—Sabía que eras capaz de hacerlo —respondió con firmeza—. Nadie me quiere tanto como tú.

Habrías saltado del balcón si Caspar te hubiese convencido de que así me protegerías.

—Eso no sé yo —masculló Scarlett.

—Pues yo sí —dijo Tella—. Tal vez tú no me hayas podido contemplar durante el juego, pero yo sí me he asomado a verte un par de veces. Aun cuando no pasaste las pruebas, sabía que serías capaz de salvarme.

—¿Pruebas? —preguntó Scarlett.

—Legend insistió en que te sometiésemos a varias pruebas. Prometió que él podría aportar un poco de magia, pero tú tenías que querer tu deseo lo suficiente, o no funcionaría al final del juego. Por eso la mujer de la tienda de ropa te preguntó por tu mayor deseo.

—Pero si fallé en esa prueba.

—No fallaste en todas. Pasaste la más importante, y con eso bastó. Si no lo hubieras hecho, se suponía que yo no habría saltado.

Scarlett recordó lo que le había dicho Caspar cuando ella se dirigía a la cornisa del balcón: «Si no estás dispuesta a hacer esto, jamás serás capaz de salvarla».

—Por favor, no te enfades. —Se fruncieron los labios de Tella con forma de corazón—. Lo he hecho por nosotras dos. Como dijiste, padre me perseguiría hasta el fin del mundo si me escapaba.

—Pero no si te morías —concluyó Scarlett.

Tella asintió entristecida.

—La noche en que nos marchamos, dejé a escondidas un par de entradas para él y una nota de Legend que le decía a padre que nos podría encontrar en Caraval.

Scarlett respiró temblorosa al imaginarse a Tella colándose en el estudio de su padre. Aún sentía la tentación de reprender a su hermana por idear una trama tan horrible y peligrosa, pero por vez primera pudo comprender lo mucho que había subestimado siempre a Tella. Su hermana pequeña era más brillante, más lista y más valiente de lo que Scarlett jamás le había reconocido.

—Me lo podías haber dicho —dijo Scarlett.

—Quise hacerlo.

Tella rodeó la silla con paso precavido hasta que ambas hermanas quedaron cara a cara. Se había cambiado el traje estropeado con el que había muerto, y ahora vestía de blanco, un tono fantasmal, y Scarlett se preguntó si habría escogido aquel atuendo precisamente por tal motivo. Ni que hiciese falta un poco más de teatralidad.

—No te haces una idea de lo difícil que fue no decirte nada antes de marcharnos de Trisda. Y cuando estábamos ahí arriba, en ese balcón, tenía un miedo de muert…, estaba nerviosa, pero una parte del trato era que no podía decir una palabra. Legend me dijo que eso te sometería a demasiada presión, que podías fracasar de puro miedo. Y mira que le gusta jugar a ese canalla. —A Tella se le avinagró la cara.

Scarlett tuvo la sensación de que en aquel juego había también algo más de lo que Tella había negociado. Tampoco era una sorpresa, dado lo que Scarlett sabía ahora sobre Legend.

—Entonces ¿de verdad que esto no tiene nada que ver con la abuela Anna?

Tella asintió.

—Sí tuvieron un romance, y es cierto que no acabó bien porque ella se decidió por otro hombre, pero Legend jamás juró amargarle la vida a todas las mujeres de su linaje. Cuando la abuela se marchó a las Islas Conquistadas para casarse con el abuelo, corrió el rumor de que había huido hasta allí para esconderse porque Legend

quería vengarse, pero eso tampoco es del todo cierto. Estoy bastante segura de que muchas mujeres le han calentado a él la cama desde entonces.

Scarlett pensó en Rosa y en todo cuanto Tella había escrito en sus cartas. Aunque Legend no hubiese jurado acabar con su abuela, se podía decir que su corazón roto sí había terminado al menos con otra mujer. Scarlett se imaginó también que el maestro de Caraval habría jugado con su hermana y con ella más de lo habitual por ser las nietas de Annalise.

Le habría hecho más preguntas, pero, por mucha que fuese la curiosidad que seguía sintiendo por Legend, no podía continuar ignorando el dolor agudo de otra muerte que aún pesaba como una enorme carga sobre sus pensamientos.

—Tengo que saber sobre Julián.

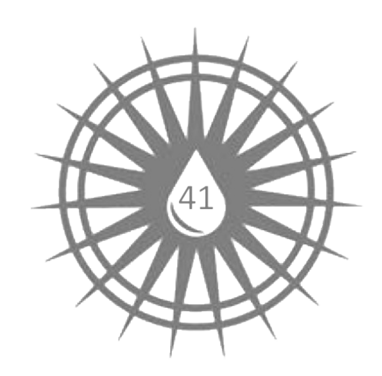
Tella se mordió la comisura del labio.

—Me preguntaba cuándo te ibas a interesar por él.

—¿Qué significa eso? —Las palabras de Scarlett sonaron duras. Quería preguntarle más, pero no se veía aún capaz de plantearse si realmente seguía vivo o no. Desde el instante en que Tella entró en la habitación por su propio pie, se había atrevido a albergar la esperanza de que Julián no estuviera muerto de verdad; sin embargo, la expresión de su hermana se volvió indescifrable, y la hizo temer que solo conseguiría un final feliz aquel día—. ¿Tú sabías que iba a morir?

Tella asintió muy despacio.

—Tal vez eso haya sido culpa mía, incluso.



Scarlett palideció y se dejó caer en una silla.

—Tú has hecho que lo maten.

—Por favor, no te enfades. Estaba tratando de protegerte.

—¿Haciéndolo matar?

—En realidad, no está muerto —le aseguró Tella.

—¿Dónde está, entonces? —Scarlett miró a su alrededor como si Julián fuese a entrar de pronto por la puerta, pero al ver que esta no se abría y que Tella fruncía el ceño, regresó parte del pánico que había sentido—. ¿Si está vivo, por qué no ha venido contigo?

—Si te tranquilizas, te lo explicaré todo —dijo Tella con el más leve de los temblores—. Antes de que comenzase el concurso, le dije a Legend que no quería que nadie intentara que te enamorases. Sabía lo mucho que deseabas casarte con el conde. A mí nunca me gustó la idea, pero quería que escogieses otro camino por tus propios motivos, y no por un intérprete de Caraval que estuviese fingiendo ser quien no era. Así que… —Tella hizo una pausa y arrastró aquellas palabras antes de decir a toda prisa—: le dije a Legend que si ocurría eso, quería a ese intérprete fuera del concurso antes de que terminase, y que tú tomaras tu decisión final sobre tu prometido. Ahora veo lo torpe que ha sido eso, pero te juro que estaba tratando de proteger tus sentimientos.

—No deberías haber…

—No es necesario que lo digas. —Tella se balanceó sobre los talones con el ceño fruncido de nuevo—. Ya sé que he cometido muchos errores. En mi cabeza, veía cómo todo se desarrollaba de un modo muy distinto. No me di cuenta de lo impredecible que es el maestro de Caraval. Se suponía que debía apartar a Julián del juego mucho antes, y jamás me imaginé que Legend haría que lo matasen delante de ti.

Tella parecía estar sinceramente arrepentida, pero eso no eliminaba el horror que se le arremolinaba a Scarlett por dentro. Nadie debería verse obligado a ser testigo de la muerte de dos seres queridos en la misma noche.

—Entonces ¿Julián está vivo?

—Sí, muy vivo. Pero ¿por qué parece que no te alegras demasiado? —respondió Tella arrugando las cejas—. Por lo que me han contado sobre vosotros dos, habría creído que…

—Prefiero no hablar de mis sentimientos ahora mismo. —Ni de ninguna de las cosas que le habían contado a su hermana.

Todo aquello estaba empezando a parecerle demasiado que asimilar. Demasiados hilos reales entremezclados con hilos falsos, enmarañados todos ellos. Scarlett quería sentirse emocionada con el hecho de que Julián estuviese vivo, pero es que aún sentía el dolor de su muerte, y saber que en realidad todo ello era fingido significaba que el Julián del que se había enamorado jamás había existido en verdad: no era sino un papel interpretado por uno de los actores de Legend.

—Quiero saber cómo funciona. Tengo que saber qué es real y qué no. —Las lágrimas amenazaban con brotar de nuevo. Scarlett sabía que debería haberse alegrado, y una parte de ella sentía alivio, pero también estaba terriblemente confundida—. Todo lo que ha sucedido, ¿seguía un guion?

—Ni mucho menos. —Tella se dejó caer en la silla al lado de Scarlett—. Mi rapto y el tuyo fueron idea mía. Además, sabía que te pondrían a prueba antes de que nos viésemos en el balcón, desde el que yo tendría que saltar, pero la mayoría de las cosas que han sucedido entre medias no seguían un guion.

»Antes de cada edición del juego, los intérpretes se someten a una magia que evita que confiesen ciertas verdades, como reconocer que en realidad son actores —prosiguió Tella—. Reciben unas directrices que han de seguir, pero no todos sus actos están predeterminados. Creo que tú ya lo sabes, pero durante Caraval siempre se mezcla un poco de realidad con lo demás. También hay algo de libre albedrío en todo esto, así que no te puedo decir qué parte de Julián era real, y con toda seguridad no debería decirte que se suponía que su papel debía terminar poco después de que te trajese a la isla. —Tella hizo una pausa muy elocuente.

Julián había dicho algo similar, pero a la luz de todo lo demás, Scarlett ya no estaba segura de creerse ninguna de las cosas que él había afirmado. Por todo cuanto ella sabía, al fin y al cabo, Julián era Legend en realidad.

Aun así, tenía que preguntarlo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Según los demás intérpretes, Julián solo tenía que traernos a la isla, y después largarse. Se suponía, creo, que debía dejarte en una relojería, pero yo no te he dicho nada —comentó Tella—. Y, por si te lo estás preguntando, entre Julián y yo no ha habido nunca nada. Jamás nos hemos besado siquiera.

Scarlett se sonrojó; había tratado de evitar pensar en ese particular.

—Tella, puedo explicártelo, yo jamás habría…

—No tienes que explicarme nada —la interrumpió Tella—. Jamás te he culpado de nada, aunque reconozco que me sorprendía cada vez que me informaban de la

evolución de los acontecimientos. —Su voz adquirió un tono más agudo, como si estuviera a punto de reírse.

Scarlett se tapó la cara con las manos. *Mortificada* no era un término con la suficiente contundencia como para aplicárselo. A pesar de las palabras de Tella, se sentía engañada y humillada.

—Scar, no te avergüences. —Tella tiró de los dedos de su hermana para separarlos de las mejillas ardiendo—. No había nada malo en tu relación con Julián, y, en caso de que te preocupase, no fue Julián quien me contó lo que estaba pasando entre vosotros dos. Fue sobre todo Dante, que parecía bastante molesto por haber dejado de gustarte.

Tella puso cara de hacer pucheritos, y Scarlett tuvo la impresión de que estaba complacida con aquello.

—Me imagino que Dante tampoco moriría en realidad, ¿es así?

—No, sí que murió, pero también ha regresado, como Julián —dijo Tella y, acto seguido, hizo cuanto pudo para explicarle la verdad acerca de la muerte y Caraval.

Ella desconocía los detalles de su funcionamiento, era una de esas cosas sobre las que la gente no hablaba en realidad. Todo cuanto sabía era que si uno de los intérpretes de Legend fallecía durante el juego, se moría de verdad, pero no de forma permanente: sentía todo el dolor y lo desagradable que acompañaba a la muerte, y permanecía muerto hasta que el juego finalizaba de manera oficial.

—¿Significa eso que tú habrías regresado, pasara lo que pasase? —inquirió Scarlett.

Tella palideció, se puso más blanca que su vestido, y por primera vez Scarlett se preguntó cómo había sido la muerte para su hermana. A Tella se le daba bien ocultar sus verdaderas emociones, y aun así pareció incapaz de evitar el temblor en la voz cuando dijo:

—Yo no soy una intérprete. La gente normal que muere durante el juego se queda muerta. Ahora vámonos. —Se impulsó para levantarse de la silla y se sacudió la lividez al llenarse la voz de júbilo—. Es hora de prepararse.

—De prepararse, ¿para qué? —preguntó Scarlett.

—Para la fiesta —le contestó Tella como si resultase obvio—. ¿No recuerdas tu invitación?

—¿La de Legend? ¿Era de verdad? —No sabía si pensar que era algo retorcido o algo terriblemente sagaz.

Tella agarró a su hermana del brazo y tiró de ella hacia la puerta.

—¡No permitiré que le digas que no a esta celebración!

Scarlett no quería apartarse de su hermana, aunque asistir a una fiesta era lo último que le apetecía.

Disfrutaba haciendo vida social, pero en aquel preciso instante no se imaginaba coqueteando, comiendo y bailando.

—¡Vamos! —Tella tiró más fuerte de ella—. No tenemos mucho tiempo. No me

gustaría llegar con estas pintas de espectro.

—Pues entonces deberías haberte puesto otro vestido —le soltó Scarlett.

—Estaba muerta —dijo su hermana sin inmutarse—. ¿Qué hay mejor que esto? Ya verás, en la próxima edición, estoy segura de que le pillarás la vis teatral a todo esto aún más que yo.

—Ah, no —aseguró Scarlett—. Para mí no habrá una próxima edición.

—Quizá cambies de idea después de esta noche. —Tella le lanzó una críptica sonrisa y empujó la puerta para abrirla antes de que Scarlett pudiera quejarse.

Igual que los túneles de debajo del juego, esa puerta conducía a otro pasillo, uno que Scarlett no había visto nunca. Unos baldosines de piedras preciosas cubrían el suelo y emitían un leve tintineo mientras Tella tiraba de ella por corredores llenos de cuadros que le recordaban al cuaderno de Aiko.

Scarlett se detuvo delante de uno que no había visto nunca, una imagen de ella en la tienda de ropa de señora, boquiabierta y con los ojos como platos, observando cada diseño, mientras Tella miraba a escondidas desde la tercera planta.

—Mi habitación está por aquí, no es la misma donde me encontraste anoche. —Tirando de Scarlett, Tella dobló unas cuantas esquinas más y se cruzó con varios intérpretes con quienes intercambió unos escuetos saludos antes de detenerse delante de una puerta redondeada de color celeste—. Perdona si no está muy ordenada.

El interior del cuarto era un desastre, repleto de corsés, trajes, sombreros enrevesados e incluso alguna capa que otra. Scarlett no veía ningún mechón gris en la cabeza de su hermana, pero se imaginó que lo llevaría escondido en alguna parte, porque Tella debía de haber perdido no menos de un año de su vida para poder adquirir tantas cosas nuevas y tan imaginativas.

—Es difícil cuando no tienes mucho sitio donde guardar las cosas —dijo mientras iba recogiendo prendas para abrir un camino cuando entró Scarlett—. No te preocupes, el vestido que te he escogido no está en el suelo.

—No creo que pueda ir. —Scarlett se sentó en el borde de la cama.

—Tienes que hacerlo. Ya te he conseguido un vestido, y me costó cinco secretos. —Se dirigió decidida hacia un baúl, y cuando se dio la vuelta, sostenía en sus brazos un vaporoso vestido de color rosa—. Me recuerda a una puesta de sol en la estación cálida.

—Entonces deberías ponértelo tú —indicó Scarlett.

—Es demasiado largo para mí, y lo conseguí para ti.

Tella le lanzó el vestido a su hermana. Tenía un tacto tan caprichoso e irreal como parecía, con unas minúsculas mangas que caían por debajo de los hombros y un corpiño en marfil recubierto de cintas que fluían sobre una falda de gasa. Unas flores de seda adornaban las cintas, y Scarlett reparó en que cambiaban de color con la luz en una combinación de encendidos *beiges* y ardientes rosas.

—Póntelo solo esta noche —dijo Tella—. Si al terminar la fiesta quieres olvidarte de Caraval y de todos los que forman parte de este universo, me iré contigo, pero no

voy a permitir que te pierdas esto.

Me han contado que Legend no hace este tipo de invitaciones a nadie que no sea uno de sus intérpretes, y tampoco creo que te quedes muy contenta si dejas a medias el asunto con Julián.

A Scarlett se le contrajo el corazón al oír el nombre. Se alegraba de que estuviera vivo, pero, hubiera lo que hubiese entre ellos, estaba segura de que no se parecería en nada a lo que fue antes.

Aunque Julián hubiese intentado decirle la verdad, bien podría haber sido tan solo porque sentía lástima por ella. O tal vez también fuese parte de su papel. Tampoco es que él le hubiese dicho nunca que la quería.

—Me siento como si ni siquiera lo conociese. —También se sentía como una idiota, pero le parecía un ridículo excesivo reconocerlo.

—Entonces, esta noche es tu oportunidad de conocerlo de verdad. —Tella cogió a su hermana de las manos y tiró de ella para levantarla de la cama—. Ojalá pudiera decirte que lo que hubo entre vosotros era real, fuera lo que fuese.

—Tella, eso no me ayuda.

—Porque no me has dejado terminar. Aunque aquello no fuera lo que tú creías que era, los dos habéis vivido algo importante en esta última semana. Yo diría que él tiene tantas ganas de aclararlo como tú.

«Aclararlo». Otra manera de decir «ponerle fin», «finiquitarlo».

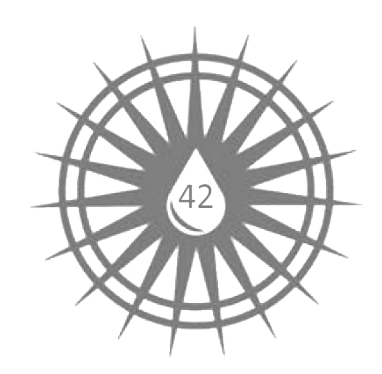
Ahora entendía de sobra que Julián le hubiese advertido de que la mayoría de la gente que conocería durante Caraval no era lo que parecía.

Sin embargo, Scarlett no podía negar que deseaba volver a verlo.

—Me aseguraré de que eres la chica más guapa de la fiesta. Conmigo, por supuesto. —Tella soltó una risita, dulce y guapa, y Scarlett, a pesar de sentir que se le volvía a romper el corazón por Julián, se recordó que tenía a su hermana, y que por fin eran felices y maravillosamente libres. Esto era lo que siempre había querido, y se presentaba un futuro aún por escribir, lleno de esperanzas y de posibilidades.

—Te quiero mucho, Tella.

—Ya lo sé. —Tella alzó la mirada con una expresión de una ternura indescriptible—. No estaría aquí si no me quisieras.



Era como adentrarse en un universo hecho de sueños y cuentos de hadas ancestrales que hubiesen cobrado vida. El olor del verdor perenne en el aire, polvo tachonado de motas de la luz dorada de los faroles.

Scarlett no sabía qué había sido de la nieve, pero no quedaba ni un copo. El suelo estaba salpicado de pétalos de flores, en cambio. El bosque contenía tonos de verde, oliva, jade y marfil. Hasta los troncos de los árboles estaban cubiertos de un intenso musgo esmeralda, excepto las porciones envueltas en serpentinas en *beige* y oro. Había gente tomando a pequeños sorbos unas bebidas doradas tan densas e intensas como la miel, mientras que otros comían pasteles con aspecto de nubes.

Y allí estaba Julián. Al verlo, se le subió el corazón a la garganta. Scarlett lo había estado buscando desde el momento en que llegó, y de repente no se podía mover ni respirar.

Al otro lado del camino, bajo un arco de hojas verdes y cintas de oro, Julián se encontraba de pie bebiéndose una copa alta de aquella miel, con pinta de estar muy vivo y charlando con una morena de cabellos relucientes, demasiado guapa para la comodidad de Scarlett. Cuando él se rio con algo que había dicho la chica, el corazón le bajó a Scarlett de golpe de la garganta al estómago.

—Esto ha sido un error.

—Parece que vuelves a necesitar mi ayuda. —Aiko surgió entre Tella y Scarlett.

A diferencia de aquellos atuendos coloridos y centelleantes que se había puesto durante Caraval, el vestido con polisón de Aiko era ahora oscuro y sobrio. Azul o negro, Scarlett no sabría decirlo. Con una falda recta hasta el suelo, las mangas largas y el cuello alto.

—Suelo coger frío —afirmó sin más—. Y parece que tú también estás tiritando, aunque me da la sensación de que no es por la temperatura. —Su mirada se dirigió hacia la morena, y observó cómo le envolvía el brazo a Julián con la mano—. Se llama Angelique. Tal vez la recuerdes de la tienda de ropa. Le encanta coquetear con los que tienen los ojos puestos en otra. —Aiko lanzó una indirecta con la mirada a Scarlett.

—¿Es esa tu manera de decirme que debería ir allí y hablar con él?

—Tú lo has dicho, no hemos sido nosotras —dijo Tella.

Aiko coincidió con un gesto de asentimiento.

—¡Ah! —exclamó Tella.

Scarlett siguió la mirada de su hermana hasta que se tropezó con Dante, que acababa de llegar a la fiesta. Seguía vistiendo de negro, pero ahora tenía ambas manos, y a una chica guapa de cada brazo.

—¡Dante, cuánto me alegro de que estés aquí! Te estaba buscando, y creo que Aiko también. —Tella salió correteando hacia él.

Sin mediar palabra, Aiko la siguió y dejó a Scarlett a solas.

Scarlett trató de calmarse respirando hondo, pero el corazón le latía más rápido con cada paso que daba. El rocío en la hierba le mojaba las finas bailarinas de oro. Julián no había mirado aún en su dirección, y ella temía lo que vería cuando lo hiciese. ¿Le sonreiría? ¿Por cortesía o de verdad? ¿O se daría media vuelta hacia Angelique y dejaría claro que fuera lo que fuese lo que había tenido con Scarlett no era nada en realidad?

Se detuvo a unos metros, incapaz de acercarse más. Podía oír el grave rumor de la voz de Julián, que le decía a Angelique:

—Creo que ahora iremos para allá.

—¿Y piensas volver a acaparar todo el espectáculo? —inquirió Angelique.

El depredador destello de sus dientes.

Angelique se humedeció los labios.

Scarlett quería fundirse en la noche, apagar su existencia como una estrella rota.

Entonces él la vio.

Sin decir más, dejó su copa y se encaminó hacia ella con paso firme. Se estremecieron las hojas sobre Scarlett, y, mientras él se desplazaba, llovieron fragmentos en verde y oro. Sus andares cambiaron y oscilaron entre la seguridad y otra cosa que no se parecía en nada a esta.

Su Julián. Aun así, ¿cómo podría ser «suyo» si ni siquiera sabía nada que fuese real sobre él?

Le dijo un «hola», pero le salió como un susurro, y por un instante permanecieron allí de pie sin más, bajo unos árboles que se habían quedado tan paralizados como su corazón.

—Bueno, ¿y en realidad te llamas de otra manera? —le preguntó Scarlett por fin —. ¿Como Caspar?

—No, por suerte no me llamo Caspar. —Al ver que Scarlett no sonreía, añadió—: Es demasiado confuso si todos usamos nombres distintos. Lo hace solo quien interpreta a Legend.

—¿De verdad te llamas Julián, entonces?

—Julián Bernardo Marrero Santos. —Se le curvaron los labios ligeramente, solo las comisuras, no en el gesto perverso que ella sabía. Otro claro recordatorio de que

este no era el chico que ella conocía.

Los tonos de intenso rubí del amor que había sentido durante el juego se mezclaban con las tonalidades de oscuro añil del dolor y lo volvían todo un poco violeta.

—Tengo la sensación de que no te conozco en absoluto —le soltó ella.

—Vaya…, eso me hiere, Scarlett. —Sonaba más serio que burlón, y, sin embargo, lo único que ella había oído era que la había llamado Scarlett, no Crimson. Lo más seguro era que el apodo solo fuese parte del juego, y no debería haber significado nada, pero el hecho de no oírlo le recordó una vez más quién era él en realidad, y quién no era.

—No creo que pueda seguir con esto. —Se dio la vuelta para marcharse y dejarlo allí.

—Scarlett, espera. —Julián la sujetó del brazo y la volvió hacia él. Desde la distancia podrían haber parecido una de las muchas parejas de bailarines que había a su alrededor, siempre que uno no viese la frustración en la cara de él ni el dolor en la de ella.

—¿Por qué sigues llamándome Scarlett? —le preguntó.

—¿No te llamas así?

—Sí, pero no lo habías hecho nunca hasta ahora.

—Tampoco había hecho esto nunca. —Tembló un tic nervioso en el músculo de la mandíbula de Julián—. Cuando termina el concurso, nos vamos y nos olvidamos de todo. No suelo hablar con los participantes una vez se ha acabado.

—¿Preferirías que me marchase? —le preguntó.

—No. Me gustaría pensar que resulta obvio —masculló Julián—. Pero sí quiero que dejes de mirarme como si fuera una especie de desconocido.

—Pero lo eres —dijo ella.

Julián hizo un gesto de dolor.

—¿Lo puedes negar? Tú sabes mucho sobre mí, y yo no sé nada sobre ti que sea cierto.

La expresión de dolor en el rostro de Julián se intensificó.

—Ya sé que eso es lo que parece, pero no todo lo que te he contado era mentira.

—Pero sí la mayor parte. Tú…

Julián puso un dedo sobre los labios de Scarlett.

—Déjame terminar, por favor. No todo era un engaño. El personaje que interpretamos durante Caraval siempre refleja una parte de quienes somos. Dante sigue considerándose más guapo que nadie.

Aiko es impredecible, pero útil por lo general. Puedes pensar que no me conoces, pero sí me conoces. Lo que te conté sobre mi familia, que estaba bien relacionada y que le gustaban los juegos, era verdad. —Julián abrió un brazo y lo desplazó en un gesto dirigido a toda la gente a su alrededor—. Esta ha sido mi familia durante la mayor parte de mi vida.

Su semblante se veía aderezado por una mezcla de orgullo y alguna otra emoción que Scarlett no era capaz de ubicar, y, de repente, reconoció uno de sus apellidos de las historias de su abuela: «Santos».

—¿Eres familia de Legend?

En lugar de responder, Julián echó un vistazo a la fiesta antes de volverse de nuevo hacia ella.

—¿Damos un paseo? —Le ofreció una mano.

Scarlett aún se acordaba de haberle besado los dedos, de saborearlos apretados contra sus labios.

Un temblor le recorrió los hombros desnudos con aquel recuerdo. Él mismo la había advertido de que debería tener miedo de sus secretos, y ahora entendía el motivo.

Rechazó su mano, pero lo siguió de todos modos. Sus bailarinas pisaban los pétalos de las flores mientras él la conducía hasta un sauce; allí apartó las ramas lloronas para que ella pudiera pasar. Algunas hojas brillaban en la oscuridad, proyectaban una delicada luz verde y los protegían del resto de la fiesta.

—Admiré a Legend durante casi toda mi vida —comenzó Julián—. Yo era igual que tú, cuando empezaste a escribirle aquellas cartas. Lo idolatraba. Fui creciendo, y quería ser Legend, y cuando me convertí en uno de sus intérpretes, jamás me importó que las mentiras que contaba hicieran daño a alguien. Lo único que me importaba era impresionarle. Entonces llegó Rosa.

Su manera de pronunciar aquel nombre hizo que algo se revolviese de forma incómoda en el pecho de Scarlett. Sabía que Rosa era real, aunque pensaba que había sido Legend quien la sedujo.

—¿Fuiste tú el intérprete que tuvo el romance con ella?

—No —respondió Julián de inmediato—. No llegué a conocerla siquiera, pero fui sincero cuando te dije que perdí la fe en todo cuando ella se mató. Después de eso, me di cuenta de que Caraval no era ya el juego de antaño, pensado para ofrecerle a la gente una aventura inofensiva y, con un poco de suerte, volverla algo más sensata. Legend había cambiado con el paso de los años, y no a mejor. Adoptaba una porción de los papeles que interpretaba, fueran cuales fuesen, y llevaba tanto tiempo interpretando a un villano que se había convertido en uno en la vida real. Finalmente, hace unos meses, decidí marcharme, pero Legend me convenció para que le diese otra oportunidad y me quedase.

—Entonces ¿tú sí que lo has conocido? —le preguntó Scarlett.

Julián abrió la boca, como si hubiera algo que deseara contarle, pero las palabras no le salían. La miró con una expresión muy elocuente.

—¿Te acuerdas de lo que me has preguntado sobre Legend?

—¿Si erais familia?

Julián asintió, pero no se explicó. Se agitaron las hojas brillantes del sauce cuando él prosiguió en voz baja.

—Legend me envió una carta en la que me pedía que participase en una última edición. Afirmaba que estaba tratando de redimirse, y yo quería creerle.

Respiró hondo antes de continuar.

—Se suponía que yo solo debía traeros a tu hermana y a ti a la isla, pero cada vez que intentaba alejarme de ti no podía hacerlo. Eras distinta de lo que esperaba. La mayor parte de la gente solo se preocupa de su propio placer durante Caraval, pero a ti te importaba mucho tu hermana, y eso me recordó lo que había sentido yo siempre por mi propio hermano.

Los ojos de caramelo de Julián se encontraron con los de Scarlett al terminar la frase, y, de repente, se le ocurrió algo.

—¿Legend es tu hermano? —le preguntó.

Una sonrisa irónica le curvó los labios a Julián.

—Esperaba que lo averiguases.

—Pero… —Scarlett no conseguía dar con qué decir a continuación mientras trataba de entenderlo.

Aquello explicaba por qué le había costado tanto a Julián abandonar el juego. Ella sabía lo difícil que resultaba darle la espalda a un hermano, aun cuando este te hacía daño. Y los demás intérpretes habían tratado a Julián de un modo diferente.

Desde el momento en que se enteró de que Caspar solo fingía ser Legend y que Julián estaba vivo, Scarlett se había vuelto a preguntar una vez más si el marinero era en realidad el maestro de Caraval, pero quizá solo se le ocurrió aquello por la estrecha relación que había entre ambos.

—Pero ¿cómo es posible? Eres muy joven.

—No envejezco mientras sea uno de los intérpretes de Legend —le explicó Julián—, pero estaba listo para hacerme mayor cuando decidí marcharme.

—Entonces ¿por qué te quedaste y participaste en esta edición?

Julián la miró casi nervioso, como si ahora fuese ella quien le podía romper a él el corazón.

—Me quedé porque empecé a sentir algo por ti. Legend no siempre juega limpio, y quería intentar ayudarte, pero sabía que si intimábamos y tú descubrías la verdad, eso te haría daño, así que al principio procuré darte excusas para odiarme, pero entonces se volvió más difícil apartarte de mí; me dolía cada vez que te mentía. Este juego saca a relucir lo más egoísta de muchas personas, pero tenía el efecto contrario en ti. Observarte me devolvió la convicción de que Caraval podía ser lo que creo que era antes… y que mi hermano podía volver a ser una buena persona.

La voz de Julián estaba cargada de emoción.

—Sé que te he hecho daño, pero, por favor, dame otra oportunidad.

Tenía el aspecto de querer alargar la mano y tocarla, y una parte de Scarlett deseaba que lo hiciese, pero todo aquello era demasiado que asumir de golpe. Si Julián hubiera sido Legend, habría sido más fácil odiarlo por hacerla pasar por tanto, pero el hecho de saber que Legend era en realidad el hermano de Julián la dejaba

absolutamente indecisa.

Antes de que él pudiese alargar la mano, ella se apartó.

Los labios de Julián se contrajeron en las comisuras. Estaba dolido, pero lo ocultó llevándose la mano a la cara para frotarse la zona inferior de la mandíbula. Al contrario que durante la mayor parte del juego, estaba recién afeitado, con aspecto más joven salvo por…

Scarlett se quedó de piedra.

Al verlo, al principio, no se había fijado en que la marca que le había hecho su padre aún seguía ahí, una cicatriz fina e irregular que iba desde la mandíbula hasta la comisura del ojo. Ella pensaba que, ya que podía volver a la vida, la herida se le habría desvanecido también de algún modo, y que sería como si aquella horrible noche jamás hubiera sucedido.

Julián la sorprendió mirando fijamente y respondió a la pregunta que no le había hecho.

—Tal vez no pueda morir durante el juego, pero todas las heridas que sufro durante Caraval me dejan cicatriz.

—No lo sabía —murmuró Scarlett.

Le había puesto nerviosa ver de nuevo a Julián porque se temía que el juego no fuese tan real para él como lo había sido para ella, pero a lo mejor Tella estuviese en lo cierto cuando dijo: «Siempre se mezcla un poco de realidad con lo demás».

—Lamento muchísimo que mi padre te hiciera eso.

—Conocía los riesgos que estaba asumiendo —respondió Julián—. No lo lamentes, a menos que esta cicatriz sea la razón de que te estés esforzando tanto por alejarte de mí.

Los ojos de Scarlett buscaron de nuevo su cicatriz. Julián siempre le había parecido guapo, pero justo aquella cicatriz en la mejilla lo hacía irresistible. Le recordaba su valentía y su generosidad, y que la había hecho sentir más que nadie a quien hubiese conocido nunca. Tal vez no fuera justo el mismo chico que ella pensaba durante el juego, pero ya no le parecía un desconocido. Y todo lo había hecho por ayudar a su hermano. ¿Cómo iba a poder ella, precisamente, echarle en cara algo como eso?

—Si acaso, me parece que esa cicatriz es lo más bello que he visto jamás.

Julián abrió los ojos de par en par.

—¿Significa eso que me perdonas?

Scarlett titubeó. Aquella era su oportunidad de marcharse. Tella ya le había dicho que después de esa noche, si ella quería, podrían olvidarse de todo lo relacionado con Caraval. Podían comenzar las dos una nueva vida por su cuenta en otra isla, o incluso en uno de los continentes. A Scarlett solía darle miedo no ser capaz de cuidar de sí misma, pero ahora ese desafío la emocionaba. Su hermana y ella podrían hacer lo que quisieran.

Sin embargo, al mirar a Julián, no podía negar que seguía queriéndolo. Recordó

todas las razones por las que se enamoró de él en un principio. No era solo que fuese guapo, ni que su manera de sonreír le hiciera sentir nervios en el estómago. Había sido su forma de presionarla para que no se rindiese, y los sacrificios que había hecho. Quizá no lo conociese tanto como a ella le hubiese gustado, pero estaba bastante segura de que seguía enamorada de él. Sabía que podía marcharse, pero ya se había pasado el tiempo suficiente en su vida temiendo los riesgos que acompañaban a todo lo que ella más deseaba.

En respuesta a su pregunta, Scarlett levantó una mano y, muy despacio, le llevó los dedos a la mejilla. Sintió un cosquilleo en las zonas de la piel que rozaron la suya, un escalofrío que le recorrió el brazo al trazar la delgada línea desde la comisura de sus labios abiertos hasta la del párpado.

—Te perdono —susurró ella.

Julián cerró los ojos un breve instante y acarició las yemas de los dedos de Scarlett con sus pestañas negras.

—Esta vez de verdad te prometo que no volveré a mentirte.

—Pero ¿es que no tenéis reglas sobre las relaciones con personas que no forman parte de Caraval? —le preguntó ella.

—La verdad es que las normas no van mucho conmigo. —Julián le pasó un dedo frío por la clavícula al inclinarse hacia ella y le deslizó la mano libre alrededor del cuello.

El corazón de Scarlett se aceleró ante la promesa de sus labios, el tacto de sus manos y el recuerdo de un beso, tan inmaculado y tan imprudente.

No estaba segura de quién besó antes a quién. Los labios de ambos casi se rozaban, y después, la tierna boca de Julián estaba aplastando la suya. Tenía el sabor del momento previo a que la noche dé a luz a la mañana: era el final de algo y el comienzo de otra cosa, todo envuelto en un conjunto.

Julián la besó como si jamás hubiera sentido el tacto de sus labios y selló la promesa que acababa de hacerle al atraerla contra su pecho y entrelazar sus largos dedos en las cintas de su vestido.

Scarlett levantó las manos y las enredó en sus cabellos satinados. En ciertos aspectos, él seguía pareciéndole tan misterioso e incognoscible como la primera vez que lo vio, pero, en aquel preciso instante, no importaba ninguna de las preguntas que tenía. Se sintió como si su relato hubiera podido finalizar allí, en un enredo de labios, de manos y de jirones de color.

Epílogo

Las estrellas se asomaban un poco más cerca del suelo y observaban a Julián y a Scarlett con la esperanza de presenciar un beso tan mágico como Caraval, y Donatella comenzó a bailar bajo el dosel de los árboles curiosos pensando que ojalá tuviera ella a alguien a quien besar.

Revoloteaba de acompañante en acompañante, y sus bailarinas apenas tocaban el suelo, como si el champán que había bebido antes tuviese pequeños fragmentos de estrella que le mantenían los pies suspendidos sobre la hierba. Tella se imaginó que por la mañana seguro que lamentaría haber bebido tanto, pero adoraba aquella sensación de flotar… y después de todo aquello por lo que había pasado necesitaba una noche de olvido y desenfreno.

Siguió comiendo pasteles de licor y vaciando copas llenas de aquel néctar cargado hasta que la cabeza le dio vueltas con el resto del cuerpo. Prácticamente cayó en los brazos de su última pareja, y este la atrajo hacia sí más que los otros. Sus grandes manos reptaban decididas por toda ella y traían consigo una nueva oleada de placer: le gustaba aquella manera tan segura de tocarla. Cuando él se la llevó aparte, al margen de la fiesta, Tella se imaginó la sensación de sus manos en otros lugares más allá de su cintura.

Quizá él pudiese ayudarla a quitarse de la cabeza todo aquello que tanto miedo le había dado contarle a su hermana.

Echó la cabeza hacia atrás y sonrió, pero la noche se había vuelto oscura, y su visión, borrosa. No le recordaba a ninguno de los intérpretes de Caraval que ella conocía, y, cuando su pareja se inclinó y se acercó más, todo cuanto Tella pudo ver fue una sonrisa burlona entre las sombras mientras sus manos descendían. Inspiró con fuerza cuando sus dedos se perdieron entre los pliegues de su vestido y le rozaron la cadera cuando… desapareció.

Sucedió tan deprisa que Tella se tropezó al retroceder.

Aquel joven la tenía rodeada entre sus brazos y la atraía hacia él como si fuera a besarla, y, un segundo después, se alejaba caminando. Se desplazaba tan rápido que Tella deseó no haber bebido tanto.

No había dado apenas dos pasos cuando él ya se había desvanecido entre la multitud y la había dejado allí fría, sola y… con algo bastante pesado en el bolsillo.

Tella sintió un escalofrío en los hombros desnudos. Por muchas vueltas que le diese la cabeza, sabía que el objeto que le tiraba de la falda no estaba allí antes. Por un instante, consideró la posibilidad de que fuese algún tipo de llave: quizá su desconocido esperaba que lo siguiese hasta su habitación para aquel beso que no se habían llegado a dar, pero si eso era lo que él quería, a Tella no le cabía en la cabeza que hubiese huido tan rápido.

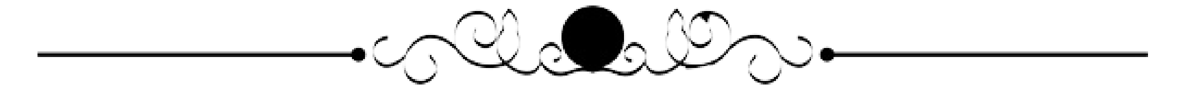
—Creo que necesito otra copa más de champán. —Murmuró aquellas palabras a

nadie en particular, mientras se alejaba de la multitud. Aparte de que estaba envuelto en papel, Tella no sabía qué era el objeto que tenía en el bolsillo, pero sí tuvo la sensación de que era solo para ella.

La música de la fiesta se iba perdiendo conforme se encaminaba hacia un árbol apartado e iluminado por unas velas colgadas que titilaban con una luz blanca azulada, y se metió la mano en el bolsillo.

El objeto que sacó le cabía en la palma de la mano. Alguien había envuelto una moneda gruesa con una nota, pero no se parecía a ningún tipo de pecunia que ella hubiese visto. Volvió a guardarse la moneda en el bolsillo después de desenvolverla y retirar la nota.

La letra manuscrita era clara y precisa.



Querida Donatella:

Enhorabuena por escapar de tu padre y sobrevivir a Caraval. Me complace que nuestro plan haya salido bien, aunque no me cabía la menor duda de que sobrevivirías al juego.

Estoy seguro de que tu madre estará muy orgullosa, y creo que no deberías tardar mucho en poder verla, pero antes tendrás que cumplir con tu parte del trato. Espero que no se te haya olvidado lo que me debes a cambio de todo cuanto he compartido contigo.

Tengo la intención de cobrarme mi pago muy pronto.

Sinceramente,

Un amigo



Agradecimientos

Te doy gracias, Señor, por mantenerte fiel cuando a mí me faltó la fe, por tu amor y por todos y cada uno de los milagros que han hecho posible este libro.

Cuando empecé a escribir no tenía la menor idea de lo difícil que sería mi camino hasta la publicación. *Caraval* no era la primera obra que escribía, ni la segunda, ni la tercera, ni la cuarta, ni la quinta. Antes de terminar este libro, ya me había encontrado frente a frente con todos los motivos posibles para dejar de escribir. Afortunadamente, y en gran parte gracias a todos los que estoy a punto de mencionar, no sucedió tal cosa.

Tengo que dar las gracias de manera muy especial a mis padres, que me ayudaron y me permitieron vivir con ellos para que pudiese terminar este libro. Y os las doy aún más por haber creído en todas las obras sin publicar que vinieron antes de esta. Mamá, papá, ¡cuánto os quiero!

Gracias a mi asombrosa, maravillosa, fantástica y audaz agente, Jenny Bent, por todos tus buenos consejos, por trabajar tanto para meter este libro en cintura y por encontrarle tantos destinos maravillosos. He aprendido mucho de ti… y creo que eres muy divertida.

Sarah Dotts Barley, mi gratitud hacia ti es ilimitada. Gracias por ser tan extraordinaria editora de mesa y defensora de este libro. Trabajar contigo es una alegría constante. Me emociona muchísimo que te enamorases de esta historia y que me enseñaras a llevar la obra a unas cotas que no habría sido capaz de alcanzar yo sola. ¡Ha sido maravilloso trabajar contigo!

Gracias, Amy Einhorn y Bob Miller, mis brillantes editores; es un honor para mí que *Caraval* se encuentre en el catálogo de Flatiron. Amy, gracias por todo el trabajo extra que le has dedicado a este libro, en especial durante la baja de maternidad de Sarah. Quiero también dar las gracias a Caroline Bleeke, por sumarse a echar una mano y por ser siempre tan encantadora.

Estoy increíblemente agradecida a todo el personal de Macmillan que ha dejado su impronta en esta obra. Gracias a David Lott, Donna Noetzel, Liz Catalano, Vincent Stanley, Brenna Franzitta, Marlena Bittner, Patricia Cave, Liz Keenan y Molly Fonseca.

A Erin Fitzsimmons y Ray Shappell, gracias por la magia que le habéis dado a este libro con vuestros espléndidos diseños de cubierta e ilustraciones, y gracias a Rhys Davies por dar vida a mi mundo de fantasía con su increíble mapa de Caraval.

Gracias a Pouya Shahbazian, mi fantástica representante cinematográfica, por encontrarle un extraordinario destino a *Caraval* en la Twentieth Century Fox. Gracias a Kira Goldberg por apreciar *Caraval* lo suficiente como para acogerlo en la Twentieth Century Fox: me alegro mucho de que el libro cayese en tus manos. Gracias a Nina Jacobson por creer lo suficiente en este libro como para producirlo, y

gracias a Karl Austen por subirse a bordo con tanta rapidez y colaborar en convertir el día más emocionante de mi vida en algo más asombroso aún.

Gracias a todos los miembros de la fantástica Bent Agency, con una mención especial a Victoria Lowes por responder a mis numerosísimas preguntas, y por hacer un millón de cosas de las que estoy segura de que ni siquiera soy consciente. A Molly Ker Hawn, muchísimas gracias por encontrarle a este libro un destino tan maravilloso en el Reino Unido.

No deja de llenarme de gratitud y asombro el hecho de que *Caraval* se vaya a publicar también por todo el mundo. Siento un tremendo agradecimiento hacia todos mis agentes, *scouts* y editores internacionales: Novo Conceito (Brasil), BARD (Bulgaria), Booky (China), Egmont (República Checa), Bayard (Francia), WSOY (Finlandia), Piper (Alemania), Libri (Hungría), Noura (Indonesia), Miskal (Israel), RCS Libri (Italia), Kino Books (Japón), Sam & Parkers (Corea), Luitingh-Sijthoff (Holanda), Aschehoug (Noruega), Znak (Polonia), Presenca (Portugal), Editura RAO (Rumanía), Atticus-Azbooka (Rusia), Planeta (España), Faces (Taiwán), Dogan-Egmont (Turquía), Hodder & Stoughton (Reino Unido y el resto de la Commonwealth); gracias a todos por invertir en este libro y hacer posible algo tan maravilloso como esto.

En esencia, *Caraval* es la historia de unas hermanas, y jamás la podría haber escrito si no tuviese una hermana tan increíble como la mía. Allison Moores, gracias por ser mi mejor amiga y por estar siempre convencida de que algún día me publicarían, por imposible que pareciese ni por muchas que fuesen las veces en que perdí la fe.

Matthew Garber, mi generoso hermano: siempre te he admirado, y estoy muy agradecida por los brillantes consejos que me diste a la hora de tomar tantas decisiones tan complicadas sobre este libro.

Estabas ahí en numerosas ocasiones en que no tenía a nadie más a quien recurrir, y siempre supiste con exactitud qué decir.

A Matt Moores, mi paciente cuñado, gracias por hacer unas fotografías tan maravillosas y diseñar mi fantástica página web (a Richard L. Press, gracias por dejarme utilizar tu librería).

Stacey Lee, mi querida amiga e increíble compañera de crítica. Creo que estábamos destinadas a ser amigas. Gracias por ayudarme a averiguar qué hacer con esta idea, por leerte un borrador tan poco pulido en menos de veinticuatro horas, por pasarte horas al teléfono conmigo revisándolo, por estar ahí en cada instante de esta locura de buenos y malos momentos.

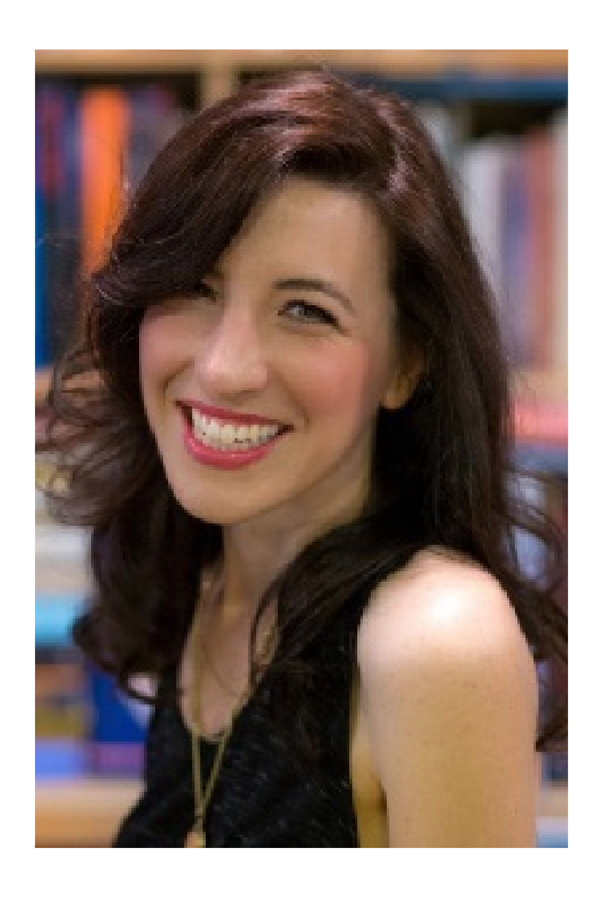
También quiero dar las gracias al resto de mis compañeros de crítica y a mis primeros lectores. A Mónica Bustamante Wagner, gracias por tu disposición a leer este libro una y otra vez y por hacerme trabajar tanto con ese cuestionario. A Elizabeth Briggs, gracias por todo lo que me has enseñado sobre el arte de escribir. Estoy muy agradecida a Pitch Wars por habernos unido. Gracias, Amanda Roelofs,

por leer siempre mis primeros borradores y por aguantar todas mis preguntas. A Jessica Taylor, gracias por estar ahí cuando las cosas eran horribles, y por tu emoción la primera vez que te hablé de esto, cuando era una idea muy vaga. A Julie Dao, gracias por ser mis ojos cuando necesitaba una mirada renovada del libro. Y un agradecimiento especial a Anita Mumm, Ida Olsen y Amy Lipsky por vuestras valiosas opiniones.

Beth Hampson, fueron muchas las veces en que me sentí muy poca cosa por perseguir un sueño que no parecía corresponder a mis atenciones, y tú me hiciste sentir como si lo que estaba haciendo fuera realmente valioso. A Portia Hopkins, gracias por ofrecerte para leer mi libro si es que alguna vez lo escribía, y después por jugártela con una profesora que jamás había dado clase. Jessica Negrón, aunque nunca llegaste a leer el libro, tu ayuda con *Lost Stars* me enseñó muchísimo.

Muchísimas gracias a los desprendidos y talentosos autores que tuvieron la amabilidad de leerse las primeras galeradas de esta obra y escribieron tan maravillosas reseñas: Sabaa Tahir, Jodi Meadows, Kiersten White, Renée Ahdieh, Stacey Lee, Marie Rutkoski y Mackenzi Lee.

Quiero también enviaros un abrazo enorme y mi agradecimiento a mis queridos amigos Katie Nelson, Katie Zachariou, Katie Bucklein, Melody Marshall, Kati Bartkowski, Heidi Lang, Jenelle Maloy, Julie Eshbaugh, Roshani Chokshi, Jen White, Valerie Tejada, Richelle Latona, Denise Apgar, Alexis Bass, Jamie Schwartzkopf, a todos los miembros del Pub(lishing) Crawl, los Swanky Seventeens y los Sweet Sixteens: estoy más que agradecida de conoceros a todos.



Stephanie Garber *Caraval* es su debut literario. Cuando no está escribiendo, Stephanie imparte clases de escritura creativa en un instituto privado del Norte de California. Tiene un blog propio y colabora como blogger en un blog sobre escritura y libros.

Notas

[1] En español en el original. *(N. del t.)* <<

[2] En español en el original. *(N. del t.)* <<

[3] En inglés, *crimson* significa «rojo carmesí»; *scarlet* (acabado en una sola «T»), «rojo escarlata». *(N. del t.)* <<

[4] En español en el original. *(N. del t.)* <<

[5] En español en el original. *(N. del t.)* <<